Licenciado en derecho por la
Facultad Universidad de Oviedo
como testimonio expresa efectos
la única forma que existe a
mi alcance, previendo a mi
amada biblioteca de esta obra
contribuyendo así a la forma-
ción de la nueva biblioteca,
a que generaciones posteriores
tengan de mi existencia con
alumno de la Universidad
y que fuité como asturiano
de elección la tragedia de
1934

Miguel Arribas

Marzo 1935

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA OVIEDO

R. 683

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION FRANCESA.

POR

M. A. THIERS

DE LA ACADEMIA FRANCESA.

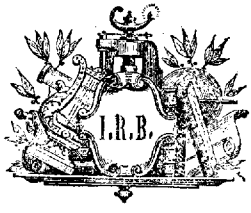
TRADUCIDA Y ANOTADA

POR

DON SEBASTIAN MIÑANO

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO PRIMERO.



SAN SEBASTIAN
Imprenta de Ignacio Ramon Baroja.
Caracteres de la fundicion de LAURENT et DE BERNY de Paris.
1840.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Cuando yo leía, siendo todavía jóven, las primeras historias que salieron de la revolucion francesa, nada escitaba tanto mi curiosidad ni alimentaba mi terror, como la idea exagerada que formaba de sus principales actores, pintándolos mi imaginacion como otros tantos seres estraordinarios y distintos de los demas hombres. No podia figurarme que personas de carne y hueso, no siendo unos sayones como los que llevan en los pasos de semana santa, fuesen capaces de cometer ni los crímenes ni las hazañas que referian tales historias, no poco barnizadas por el espíritu de partido. Ardia en deseos de ver los sitios y conocer los individuos de quienes se contaban tales prodigios en bien ó en mal, sin acertar á persuadirme que no consistia la diferencia en la naturaleza de los hombres sino en el estado de las pasiones, en los vicios de la sociedad y en los desaciertos de los gobiernos. Mas sin embargo, aun despues de vencidas estas impresiones pueriles, todavia me quedó la persuasion de que no se forma tan facil idea de los sucesos históricos cuando son desconocidos los sujetos que tienen parte

en ellos, como cuando se tiene una tintura de su nacimiento, educacion, carrera, conducta pública y privada y el fin y remate que tuvieron, si no todos, á lo menos aquellos de quienes se pudiere adquirir noticia.

Por eso desde luego que salió á luz la obra de Mr. Thiers, cuya traduccion emprendo, no dejé de admirar, entre las demas prendas con que brilla este excelente historiador, aquel esmero con que intenta dar á conocer los principales personages, los sitios de las batallas, los movimientos de los ejércitos, y todas las circunstancias que alumbran el colorido local, en términos que sin perturbar la atencion del lector, le vá llevando como por la mano á que presencie los grandes hechos que él refiere, y no le deja en la menor perplejidad sobre las causas que debian producir tal ó cual resultado ya próspero ya adverso.

No pensaba yo entonces en emprender el ímprobo y casi material trabajo de su traduccion, mas como ya dige en el prospecto, me movió á ello el anuncio que han hecho los diarios de la próxima publicacion de sus historias del Consulado y del Imperio, y mas que todo, el deseo de ocupar mis ocios en la casa de campo donde vivo retirado. Pero ya que me tomaba esta molestia, he procurado suavizarla formando las biografías de casi todas las personas que nombra M. Thiers, estendién-

dolas segun la importancia histórica que las corresponde. Para ello, no he podido ni aun querido valerme esclusivamente de ninguna de esas colecciones, casi todas despreciables que corren con el, título de biografias de tal ó cual época, de tal ó cual colorido político, sino que tomando noticias de algunas de ellas, he sacado los numerosos artículos que se hallarán al fin de cada capítulo de esta obra, de memorias contemporaneas ó recientes, de manuscritos que han tenido la bondad de confiarme sus poseedores y de muchos diccionarios de hombres célebres que he tenido la paciencia de consultar. Con este auxilio he creido que los lectores españoles podrán sacar mayor fruto de la lectura de esta preciosa historia, y servirles de guia para aprovecharse del bien que dió de sí la revolucion francesa, y evitar en lo posible los males que siempre cuesta á la generacion actual cuando proporciona el bien estar de las venideras. Mis intenciones van siempre dirigidas al bien de mi patria, asi cuando en estilo festivo principié á denunciar los principales abusos de su gobierno, como ahora en la ancianidad, cuando pinto á los hombres que trabajaron por desarraigar los que retardaban la regeneracion de un pais vecino.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

APUNTES

PARA

ESCRIBIR LA VIDA DE M. THIERS

AUTOR DE ESTA HISTORIA.

Seria de estrañar que pues vamos á publicar las biografias de todos ó casi todos los personages que se nombran en esta historia, dejásemos olvidada la del ilustre autor de ella, en quien ademas de esta calidad que por sí sola bastaría á merecerle tal distincion, se reunen tambien otras circunstancias políticas para que su nombre resuene gratamente en España, y se desee conocer á fondo y con verdad toda su carrera hasta el dia de hoy, en que se encuentra al frente del consejo de ministros. Nos hemos valido para la redaccion de este artículo de las noticias que publicó hace poco tiempo Mr. Boilay en el suplemento al *repertorio de los conocimientos usuales.*

Luis Adolfo Thiers nació en Marsella en 1797, y desde su mas tierna edad se separó de su familia paterna, criándose con unos parientes próximos de su madre, cuya honrada famlia se ocupaba hace muchos años del comercio del Levante. A esta familia pertenecieron los dos hermanos José y Andres Chenier, de suerte que ya habia en ella dos personages célebres en la literatura. Con motivo de la interrupcion que sufrió el comercio durante la revolucion, quedó muy reducido el caudal de aque-

llos comerciantes, y asi le vino muy bien al jóven Thiers la beneficencia del gobierno imperial que le concedió lo que en Francia se llama *una bolsa*, ó lo que es lo mismo, pagar el estado la educacion gratuita de algunos jóvenes pertenecientes á familias poco afortunadas. En los primeros años que pasó en el liceo de Marsella fué muy poco aplicado, como sucede generalmente á todos los niños que tienen demasiada viveza; hasta que un dia le entró tan de pronto la gana de estudiar y lo tomó con tanto empeño, que en los dos últimos años que pasó allí, fué el discípulo mas brillante de las clases. Sobre todo se aplicó con ardor al estudio de las ciencias exactas, que se miraban con mayor atencion entonces en los liceos, porque abrian la carrera militar á la juventud del Imperio. Mas luego que este cayó, entró Mr. Thiers en una escuela de derecho, y le enviaron á Aix para estudiar la jurisprudencia. En aquella ciudad como en otras muchas habia sus partidos entre los estudiantes, por un efecto natural de las ajitaciones políticas que habian trastornado y trastornaban todavía la Francia, y como Mr. Thiers pasaba por ser uno de los mas instruiditos y adelantados, se halló sin saber cómo siendo una especie de corifeo de partido entre los estudiantes liberales. Allí contrajo estrecha amistad con Mr. Mignet, que conformaba mucho con él en opiniones políticas, en aficion á las letras, y en su predileccion por los estudios históricos. Amistad que ha continuado en todas las situaciones de su vida, sin que la altere aquella rivalidad tan comun entre escritores que emprenden las mismas obras. La única diferencia notable que hay entre estos dos amigos consiste en la diferencia de carácter, pues el uno limita su ca-

pacidad al retiro de la vida administrativa, mientras que el otro parece como nacido para las grandes luchas parlamentarias, y asi tomó la carrera de la tribuna, entregándose á todas las tormentas de la vida pública. Estos dos estudiantes, sin descuidar la asistencia á las cátedras para ganar las certificaciones, se entregaban juntos con mucho mas empeño al estudio de la historia, de la filosofía y de la economia política. Mucho antes de concluir la carrera de estudiante, ya encontró Mr. Thiers una ocasion de hacer en Aix mismo un ensayo literario, y fué que habiendo propuesto aquella academia un premio de elocuencia para el que mejor hiciese el elogio de Vauvenargues, el célebre moralista, se presentó Mr. Thiers al concurso y envió su composicion cerrada. Mas cuando ya la academia iba á coronar su obra, los mismos amigos de Mr. Thiers lo echaron á perder publicando su nombre antes de tiempo, de que resultó que todos los académicos realistas le negaron su voto, diciendo que escribia muy bien pero que pensaba múy mal, y determinaron que no se concediese el premio á ninguno y que se difiriese el concurso hasta el año siguiente. Tuvo paciencia Mr. Thiers, pero juró vengarse y en efecto presentó el mismo elogio al concurso. Enviaron de Paris otro elogio de Vauvenargues, el cual naturalmente gustó mas y se le concedió el premio, otorgando á Mr. Thiers únicamente *el accesit*. Pero luego que se pronunció este juicio, faltaba abrir el pliego para saber quien era el vencedor y se encontró que era el mismo M. Thiers, que escarmentado con lo que le habia pasado el año anterior habia jugado aquella pieza á la academia con el mayor secreto. Este chasco tanbien pegado no dejó de mortificar á la acade-

mia, pero tampoco dejó de influir mucho en el destino de Mr. Thiers: porque le abrió los ojos sobre la carrera que le convenia seguir, despues de haber hecho algunos ensayos en la que propiamente merece el nombre de abogacía, y asi se decidió por la literatura y resolvió marchar á Paris. Uno de los que mas contribuyeron á afirmarle en la resolucion de salir de la provincia fué Manuel, aquel hombre de tanto talento como buen corazon, que sabia distinguir á los que tenian capacidad y estaba siempre dispuesto á apoyarlos. Este y el señor duque de Larrochefoucauld Liancourt fueron los dos primeros protectores que encontró Mr. Thiers en la capital. El segundo de estos quiso tomarle por secretario suyo, pero Mr. Thiers no tuvo por conveniente aceptarlo, sino que siguió el consejo de Manuel de dedicarse á la carrera de los periódicos, para lo cual le presentó á Mr. Etienne, que era propietario y principal redactor del *Constitucional*. Este no tardó en conocer todo el partido que podia sacar de aquel talento, y se apresuró á nombrarle colaborador. Apenas principió su redaccion, cuando sus articulos sobre politica llamaron la atencion de todo Paris por el movimiento y originalidad de su estilo, de suerte que desde el primer año de su estancia en la capital, ya adquirió una posicion tan decente como debe prometérsela todo escritor distinguido que se agrega á uno de los diarios de primera nota. Se han esparcido mil simplezas sobre la escesiva pobreza en que tuvo que vivir Mr. Thiers los primeros años de su permanencia en Paris, pero es absolutamente falso; porque, como ya hemos dicho, adquirió muy pronto medios para vivir independiente. Pero no se crea que por haber empezado á ganar mas de lo absolutamente necesa-

rio, se dispensó Mr. Thiers de ir adquiriendo nuevos materiales, por medio de estudios sérios, sin los cuales bien pronto se hubiera acabado el fondo de su redaccion, y particularmente cuidó de profundizar los estudios hitóricos, que son para el publicista y hombre de estado lo que es la anatomía para un médico. Dedicóse particularmente, siguiendo los impulsos de su inclinacion, á registrar todos los documentos originales de la historia contemporánea, por ser uno de los mas grandes dramas que haya presenciado la humanidad, y al paso que esto le servia para encontrar armas de que hacer uso en su profesion militante de diarista, iba haciendo provisiones para formar algun dia la historia de la revolucion. Apenas le ocurrió esta idea, cuando conoció por lo mucho que ya habia reunido cuanto le faltaba por adquirir. Una de las cosas que primero llamaron su atencion fué, que habiéndose tocado en la revolucion francesa todas las cuestiones importantes de gobierno, era indispensable estudiarlas todas, y no contentarse con la simple relacion de los hechos. Las cuestiones sociales, las políticas, las económicas, las administrativas, las militares, todo se habia tratado mas ó menos bien, con mas ó menos acierto en aquellas memorables asambleas, y era necesario comprenderlas todas bien, sopena de cometer mil errores que ocasionasen gran confusion para la inteligencia de los sucesos. Para ello procuró adquirir relaciones con las personas que habian sobrevivido en las diferentes carreras, á quienes sometió todas las dudas que le ocurrian sobre cualquiera de ellas. Uno de los que mas bondades tuvieron con él fué el Sr. baron Louis que era uno de los mas hábiles economistas de la época, y con él pasaba muchas mañanas lle-

vándose debajo del brazo un tomo de los presupuestos, en el que se iba iniciando en todos los secretos de la hacienda, y fue tanto lo que aprovechó en aquellas útiles lecciones que llegó á aclarar perfectamente aquel caos económico de la revolucion.

Apenas emprendió aquella obra histórica, se entregó esclusivamente á ella, y cuando empezaron á salir los primeros tomos es increible la popularidad que adquirieron en poquísimo tiempo. Por que es menester confesar que la historia de M. Thiers es una especie de revelacion, donde se esplican los sucesos, los hombres y las situaciones con una claridad tal, que parece estarlas uno presenciando. Por mas talento y facilidad que supongamos á M. Thiers, no puede menos de concebirse la estraordinaria sugecion y retiro á que tuvo que dedicarse; pero esto no le privaba de concurrir á la casa de campo de M. Laffitte, llamada Maisons, donde tenian su cuarto preparado él, Manuel y Beranger. Alli fué donde por espacio de muchos meses estaba trabajando en su historia, mientras que Beranger componia sus bellas é inimitables canciones. Por la noche se comunicaban los tres amigos el fruto de sus ocupaciones durante el dia, y los domingos venia M. Laffitte á alegrarlos y divertirlos con otras varias gentes. Aunque M. Thiers es un trabajador infatigable, no por eso deja de conciliar el estudio con distracciones mundanas tomadas con la debida moderacion. La corte de la restauracion no dejaba de ser triste, pero tampoco impedia que hubiese en Paris bastantes tertulias brillantes, que unas pertenecian á la gente puramente rica, como los banqueros, otras á la gente de administracion y otras por fin á la di-

plomácia. Las principales entre todas estas eran las de Mr. Laffitte y Casimir Perrier, la de Mr. Flahut y la de Mr. de Talleyrand, á todas las cuales concurria M. Thiers, y en todas era apreciado por su mucho talento. La mas escojida de estas tertulias era sin disputa la del último, donde se reunia la aristocrácia liberal, muchos diplomáticos y la juventud escogida á quien el dueño de la casa mostraba siempre la mayor amabilidad. En ella habia dos escuelas rivales, que eran la doctrinaria y la revolucionaria, compuestas por una parte de los señores Remusat, Duvergierde Hauranne, Duchatel, Dumont y Piscatory, jóvenes todos que pertenecian á la clase elevada por las relaciones de su familia, y al mundo literario por su talento. Muchos de ellos publicaban escritos apreciables en el *Globo* y en la *Revista francesa*, y reconocian por gefes suyos al señor duque de Broglie y á Mr. Guizot. Por la otra estaban Mr. Thiers y Mr. Mignet, que ya tenian reputacion de buenos publicistas é historiadores; estaban rehabilitando con sus obras la revolucion francesa y pertenecian al partido de la oposicion, representado por Mr. Laffitte y por Manuel. Entre estos jóvenes divididos en dos campos, no puede decirse que habia envidia, sino una noble rivalidad de talento y la diferencia de sus opiniones consistia en lo siguiente. Los doctrinarios desechaban toda idea de revolucion, creyendo que la dinastía legítima acabaria por reconciliarse con el gobierno representativo. La escuela liberal no creia posible esta reconciliacion, y asi daba por supuesto el inevitable desenlace de una revolucion, Pero estas disidencias no impedian á los unos ni á los otros hacer comunes esfuerzos para poner en práctica con sinceridad el

Biblioteca Universitaria - Oviedo -

gobierno representativo. Por desgracia la mala voluntad de la restauracion, no tardó en disipar todo género de dudas acerca de la conspiracion patente de la dinastia legítima. El dia que se publicó el nombramiento del ministerio Polignac, que fué el 8 de agosto, se pusieron completamente de acuerdo las dos oposiciones. Pero creyeron algunos de los mas decididos amigos de la libertad, que la oposicion no tenia bastantes armas con que combatir al poder que estaba desafiando la opinion general de la Francia, y entonces propuso Mr. Carrél á Mr, Thiers la idea de fundar el *Nacional*, y en efecto habiendo concluido este ya su *Historia de la revolucion francesa*, que gozaba de una voga inmensa, conoció que habia llegado el momento de volverse á entregar del todo á los debates políticos, y así fundó el *Nacional* y fué su primer redactor. Al tomar esta resolucion comprendió Mr. Thiers que era indispensable dar ya por incorregible á la dinastia, y por consecuencia que el mal de que la Francia se quejaba, no consistia en los ministerios, sino en ella, y asi era menester atacarla directamente. Para hacer esta guerra enarboló Mr. Thiers la bandera de la monarquia representativa, sin salir de la carta constitucional, obligando al trono á someterse á ella ó á romper de una vez. Bien habia previsto que en efecto romperia, y aun por eso la idea del *Nacional* desde su creacion fué el *Orleanismo*, como se dejaba inferir de muchos de sus primeros números, sin embargo de que por entonces jamas habiá visto Mr. Thiers al duque de Orleans. Apenas apareció el *Nacional*, hizo un efecto inmenso y mucho mas cuando se atrevió á establecer el principio de reusar el presupuesto inmediatamente que

Carlos X nombró por ministro á Polignac. Habia insinuado Benjamin Constant la idea de cercenar todos los créditos destinados por la ley de hacienda á los diferentes servicios públicos, pero se opuso á ella Mr. Thiers diciendo, que reducir estos servicios era lo mismo que castigar á la administracion de las faltas del gobierno y ponerla á pan y agua, con cuyo régimen se vive mal, pero al fin se puede en todo rigor vivir. El propuso un espediente mas decisivo, cual fué el de votar sin reduccion todos los servicios, y reusar el presupuesto, porque despues de semejante voto no hay mas que dos cosas posibles, ó mudar el ministerio ó romper con la carta. Efectivamente asi sucedió, pues que Carlos X tomó el partido de publicar las ordenanzas ó decretos de julio.

Terrible dia fué aquel para la imprenta, por lo mismo que ella era la primera atacada y la que debia dar el ejemplo de someterse ó resistirse al despotismo. El dia 26 de julio se reunieron espontáneamente los diaristas en las oficinas del *Nacional*, y era la opinion general que cada uno protestase segun le dictára su valor contra semejante medida; pero se opuso M. Thiers diciendo: que de nada servian en las circunstancias unos artículos mas ó menos violentos, sino que era necesario un acto comun en que se espresara claramente la resolucion de no obedecer, dando á los ciudadanos el ejemplo de la resistencia. Aceptóse la proposicion, é inmediatamente redactaron la protesta de Thiers, M. de Remusat y M. Cauchois Lemaire. Luego que se concluyó se trató de firmarla y poner su firma en apuel caso equivalia á poner la cabeza; pero se firmó. Al dia siguiente

apareció la tal protesta en todos los diarios de la oposicion y produjo el mejor efecto en Paris. Mas como el gobierno por su parte habia sacado la espada de la baina, no era ciertamente para retroceder en presencia del primer acto de resistencia, y así dió inmediatamente órden á sus agentes para ir á poner los sellos en todas las imprentas donde se hubiese estampado aquella provocacion á la rebelion. Uno de los primeros en quienes se ejecutó esta medida de policía fué en el *Nacional*, donde M. Thiers y sus amigos protestaron nuevamente contra aquella ilegalidad, y tomaron testimonio de que solo cedian á la violencia. El agente que estaba encargado de aquella penosa comision se condujo con la mayor suavidad posible, presentándose con mucha atencion y contentándose, como para descargo de su conciencia, con romper una de las piezas del mecanismo de la imprenta; fingiendo que quedaba persuadido de que dejaba inútil la prensa. Pero á los pocos momentos ya estaba esta reparada y tirando por miles los ejemplares de la protesta que debia esparcirse por Paris y exaltar las cabezas de su poblacion, ya sobradamente irritada. Las oficinas del *Nacional* sirvieron de cuartel general á la insurreccion, y alli se reunieron gran numero de electores á concertarse acerca de los medios de defender, en nombre de todo el cuerpo electoral, las leyes que acababan de violarse. Pero ya el pueblo habia empezado á tomar parte en la resistencia y estaba protestando á tiros por las calles, y podia decirse con igual verdad lo que dijo M. de Larrochefoucauld en 1787: *no era un motin sino una revolucion.* Sabido es lo que pasó en aquellos tres dias, y que seria inoportuno reproducir en este

lugar. Pero concluido el combate era necesario decidir lo que debia hacerse despues de la victoria, porque el pueblo habia principiado por echar abajo y hacer pedazos las insignias de la monarquia, y daba indicios de haber roto enteramente á lo menos con la de Carlos X. Mas en las deliberaciones que tenian entre sí los hombres políticos, habia muchas dudas en pasar desde una dinastia á otra, y esta especie de consejo de estado se celebraba en casa de Mr. Laffitte. Allí el general Sebastiani, Beranger, Mr. Thiers y Mr. Mignet apoyaban y afirmaban la resolucion de Mr. Laffitte, que estaba por el duque de Orleans, y sin perder tiempo Mr. Thiers hizo circular por medio de su periódico una proclama en favor del duque. Siguieron este ejemplo otros varios periódicos, pero sin embargo estaba muy indecisa la reunion de los diputados, que miraba como temerario tomar aquel partido. Mientras que estos señores vacilaban sobre romper ó no del todo con la dinastía lejítima, se anunciaba en el ayuntamiento otra idea mas atrevida, cual era la de romper del todo con la monarquia y declarar república á la Francia. En este conflicto de opiniones contrarias, como existian, por decirlo así, dos gobiernos á un mismo tiempo, uno en el ayuntamiento y otro en casa de Laffitte, andaba M. de Semonville presentándose ya en uno ya en otro para negociar en nombre de Carlos X. En el ayuntamiento le respondió Lafayette: *ya es muy tarde*; mas en casa de Laffitte, á pesar de la resolucion bien terminante de este último, del general Sebastiani y de algunas otras personas y á pesar tambien de los gritos que estaban dando en el patio donde aclamaban al duque de Orleans, ha-

bia un gran número de diputados dispuestos á tratar con el plenipotenciario de Carlos X. Pero al fin consiguió Mr. Thiers decidir á estos últimos, haciéndoles reflexiones sobre lo que podia temerse de lo que estaba pasando en el ayuntamiento, de suerte que la mayoria se resolvió á optar entre las dos opiniones la mas moderada. Solo M. Laffitte y Sebastiani pusieron la dificultad de que no estando en relacion con el duque de Orleans no podian estar seguros de su adhesion, y entonces le preguntaron á Mr. Thiers si querria ir á Neuilly á llevarle al príncipe las proposiciones y recibir su respuesta. M. Thiers aceptó la comision y no pudo ver al duque, pero fué recibido por la augusta familia del príncipe, la cual le declaró que en caso que el duque no pudiera ir á Paris, iria á lo menos una parte de su familia, y esta fue la respuesta que trajo Mr. Thiers. En aquel intérvalo se habian trasladado los diputados desde la casa de Laffitte al palacio Bourbon donde está la cámara, y luego que Mr. Thiers les comunicó la respuesta, vieron que habia llegado el momento de tomar un partido, mas no tan de pronto que no durase la discusion desde el medio dia hasta las seis de la tarde. Tanto era lo que recelaban de cometer una temeridad, deponiendo un rey y creando otro. Es muy probable que la reunion no hubiese tenido la energía necesaria para tomar aquella resolucion estrema, si M. de Remusat no hubiese, discurrido un medio término, cual fué el de que se nombrase al duque de Orleans teniente general del reino. Aceptóse aquella transaccion, pero quedaba todavia una dificultad que vencer, y consistia en la duda de cómo seria recibida en el ayuntamiento aquella resolucion de los diputados, porque sien-

do esta tenencia general un camino para el trono, no se sabia como le sentaria al partido republicano. Enviaron á M. de Remusat en comision á M. de Lafayette para decidirle en favor del duque, y cierto no se podia escoger un negociador mas capaz que él para persuadir al general, de quien era pariente por su muger. Le hizo varias reflexiones casi todas personales, diciéndole que pues en caso de república no podia haber otra que la de la forma americana, siendo él su presidente, considerase si la edad en que se hallaba le prometia bastante fuerza y autoridad para gobernar la Francia en crisis en que ésta se hallaba. El general Lafayette no era hombre para poner un instante en balanza sus propios intereses ni su ambicion respecto de los de su patria; y asi dió inmediatamente su adesion y se proclamó teniente general al duque de Orleans. Este recibió la noticia de su nombramiento por una diputacion de la cámara y se fué aquella misma tarde á Paris, y Mr. Thiers tuvo por primera vez la honra de ser admitido á su presencia. Allí principiaron esas relaciones de gran confianza con que el nuevo rey no ha cesado de honrar á Mr. Thiers, confianza que no han destruido despues ni los disentimientos políticos, ni una dimision ministerial, ni las mas viva oposicion parlamentaria.

No era ya posible que despues del 9 de agosto dejase Mr. Thiers de entrar en los negocios, puesto que habia conquistado en cierto modo el derecho á ellos. Quisieron por depronto colocarle en la secretaría de negocios estrangeros, pero el duque de Broglie y el baron Louis le hicieron dar plaza en el consejo de estado, queriendo este último, cuando le dieron el ministerio de hacienda, nombrarle secretario general de su departamento, porque de-

cia que en la crisis económica con que tenia precision de luchar, necesitaba un jóven activo é inteligente que le ayudase; pero quedó conciliado todo con su nombramiento al consejo de estado, pues le agregaron á la seccion de hacienda. Allí trabajó tres meses en la reorganizacion del servicio bajo la direccion del baron Louis, que ya le habia enseñado la teoria y principió á enseñarle la práctica. Fué mucha la aptitud que mostró Mr. Thiers, á tal punto que cuando el baron Louis se vió precisado á dejar el ministerio, le designó para sucesor suyo, como el hombre mas capaz. Entonces ocurrió una cosa que es muy poco sabida en la vida política de Mr. Thiers, y es que como la dificultad de las circunstancias obligaba á disolver el primer gabinete de la revolucion, el ministerio que se formó el dia despues de la victoria, cuando la comun exaltacion hacia desaparecer todas las incompatibilidades, habia reunido una porcion de estas últimas, que no tardaron en reproducirse. Ya principiaban á designarse los partidos y enardecerse las pasiones, porque se acercaba el proceso de los ministros de Cárlos X, y para resistir aquella temible crisis, se creó el ministerio de 3 de noviembre no sin muchas dificultades. En los dias que precedieron á la formacion de aquel gabinete, mandó llamar el rey á Mr. Thiers, y le propuso el ministerio de hacienda, cosa que le causó la mayor sorpresa porque todavia no era diputado, aunque iba muy pronto á serlo. Preguntó á S. M. que cual era el motivo de tan grande confianza, y el rey le dijo que no habia otros mas que los informes y consejos del baron Louis. Ciertamente quedó muy envanecido Mr. Thiers de un voto semejante, porque tenia ambicion y no le asustaba el

trabajo de aquel vasto departamento, pero tuvo bastante seso para reusar una elevacion tan repentina. Dió por motivos que era grave la crisis económica; que la bolsa estaba muy inquieta y que se necesitaba un nombre menos nuevo que el suyo para tranquilizar á los capitalistas. En vano le instaron Mr. Laffite y Casimir-Perrier á que lo aceptase, porque en aquella combinacion hubiera tomado Laffite el ministerio del interior con la presidencia del consejo; pero Mr. Thiers no se dejó deslumbrar y persistió en su negativa, no queriendo ser ministro antes de tiempo, y aceptó el empleo de subsecretario, bajo el ministerio de Lafitte. Entonces fué cuando le nombraron diputado los electores de Aix, y durante aquel primer periodo de su vida parlamentaria, se atuvo esclusivamente á su especialidad económica y rentera. Se distinguió muy particularmente en la defensa que hizo del plan de amortizacion, contra el cual habia notables prevenciones, y habló tan bien sobre él, que al concluir se le acercó Mr. Royer-Collard y le dijo: *hoy empieza la fortuna de usted.* Sin embargo, estaba entonces amenazado de un gran disfavor en la cámara, porque aquella especie de osadia con que se mostraba en la tribuna causaba recelos al partido conservador que veía en él un jóven revolucionario, de gran talento sin duda, pero con un espíritu emprendedor y resuelto que le inspiraba temores; por el contrario el partido del movimiento le echaba en cara su tibieza en favor de la revolucion, y en efecto Mr. Thiers era uno de los que mas temian el abuso de la revolucion de julio y se inclinaba á lo que se llamaba entonces sistema de resistencia. De aqui procedian aquellas dudas de asociarse al ministerio, cuando le ofrecieron el

de hacienda que reusó, y cuando le nombraron subsecretario; pero dejó á un lado todas sus ideas políticas y se entregó enteramente á la administracion de hacienda y á todas las medidas que tenian por objeto hacer frente á las muchas necesidades del pais.

Dejamos aparte todo lo que ocurrió durante aquel ministerio, sus crisis económicas, sus compromisos durante el proceso de los ministros de Cárlos X. y las dificultades que ofrecia la intervencion del Austria en los negocios de Italia etc. sobre la cual se han hecho muchos juicios eventuales y aun equivocados. La verdad es que se disolvió el ministerio Laffitte, y que Casimir-Perrier formó el del 13 de Marzo en que el baron Louis volvió á entrar en la hacienda. Queria conservar á Mr. Thiers para subsecretario de estado, pero Casimir-Perrier no le consideraba útil, asi por estar demasiado bien con Mr. Laffitte, como por estar demasiado mal con la cámara, mas en sustancia Mr. Tiers no quiso sobrevivir administrativamente á Mr Laffitte. Sin embargo de eso le declaró á este último, que en la situacion en que se hallaba el gobierno de julio, miraba como una obligacion no oponerse al ministerio de 13 de Marzo. Sabido es que Casimir-Perrier disolvió la cámara, pero es lo raro que se opuso á que se reeligiera en Aix á Mr. Thiers, oponiéndole como concurrente ministerial á Mr. Pataille, que no consiguió mas que veinte votos en un colegio de 350 electores, y asi fué nombrado Mr. Thiers apesar de un ministerio, de quien debia ser uno de los mas firmes y mas elocuentes apoyos. Cometió Mr. Casimir-Perrier, en medio de sus eminentes cualidades el error de querer escluir de la presidencia de la cámara á Mr. Laffite,

esponiendo en aquella primera prueba la suerte del ministerio, y asi fué que no ganó la votacion Mr. Girod-del Ain mas que por un solo voto, y hubiera caido tal vez el ministerio sin la invasion del rey de Holanda en la Bélgica. En medio de todo Mr. Thiers, por conviccion de la crisis en que se hallaba el pais, se pronunció altamente en favor de la bandera de Casimir-Perrier, que era la de la resistencia. Su primer discurso sobre ella fue un verdadero fenómeno parlamentario, por lo mismo que era la primera muestra que daba de sus conocimientos políticos, de suerte que la izquierda se quedó muda de admiracion, y el centro se deshizo en aplausos y aclamaciones de gozo. M. Casimir-Perrier y sus amigos le recibieron con los brazos abiertos y todas las desconfianzas de los conservadores, se convirtieron en simpatias. En seguida le nombraron miembro de la comision de presupuestos, recibiendo en ello un honor que habitualmente está reservado para los candidatos al ministerio. Siguióse á ello la discusion de la respuesta al discurso del trono, que fué tan tempestuosa por las interpelaciones de Mr. Mauguin, que era el enemigo mas temible del gabinete, á quien contestó Mr. Thiers en términos que su discurso será uno de los modelos de elocuencia parlamentaria.

Tambien dejamos aparte las continuas luchas que tuvo que sostener en aquella sesion, en que los inovadores, perpetuos enemigos de la prosperidad práctica de toda nacion, se empeñaban en llevar las reformas económicas á tal grado que llegaba á ser imposible todo servicio, porque seria demasiado difusa la relacion de tales debates. Basta decir que de resultas de ellos quedó tan alterada la salud de Mr. Thiers, que le fué preciso em-

Biblioteca Universitaria Oviedo

prender un viage á Italia. Ya habia algunos años antes visitado la Normandia, y su aficion á las artes le llamaba siempre hacia la deliciosa patria de los grandes artistas. Tenia ademas la intencion de escribir la historia de Florencia, y para ello recorrió la Toscana y fue á ver á Génova y á Roma, cuyas ciudades fueron en otro tiempo centro de un vasto comercio, teatro de tantas guerras civiles, y foco de tantos ingenios en la política y en las artes. Allí recobró completamente su salud, al paso que recogió muchos materiales históricos; pero durante su ausencia ocurrió la desgracia de la muerte de Casimir-Perrier, con ocasion de la cual pasó Mr. de Montalivet al ministerio del interior, dejando vacante el de instruccion pública. Se dividió el gabinete en dos pareceres sobre la persona á quien se habia de conferir este ministerio, y Mr. de Rigny, el baron Louis y el conde de Argout querian que se nombrase á Mr. Thiers, mientras que el mariscal Soult, fiel á la antigua amistad y que no conocia á este último, propuso al duque de Bassano, á quien se inclinó tambien Mr. Barthe. Prevaleció Mr. Thiers y llegó á firmarse su nombramiento, pero ocurrió la duda de que aquella divergencia de opiniones en el gabinete pudiese ocasionar alguna division perjudicial entre los ministros, y por esta consideracion se revocó el decreto y se eligió un término medio entre los dos, nombrando á Girod del Ain. Era claro que un ministerio semejante no podia considerarse sino como provisional, y el rey mismo lo pensaba asi, pues se estaba ocupando de nombrar uno mas compacto, y como Mr. Sebastiani estaba enfermo y no podia atender al despacho de los negocios, se llamó á Mr. Thiers á Paris, pro-

poniéndole la plaza de subsecretario de negocios estrangeros, que no quiso aceptar. Ocurrió momentaneamente componer un gabinete en que entrasen M. Dupin, M. Bertin de Vaux y M. Thiers, quedando el primero con la presidencia; pero se deshizo aquella idea, quedándose Mr. Thiers como estaba, esto es pasando el tiempo entre las tareas históricas y las ocupaciones del consejo de estado. Ibase acercando la sesion de la cámara, y cada vez se conocia mas la necesidad de formar un ministerio fuerte, porque se suponia que habia de ser acalorada como en efecto lo fué; mas para todas las combinaciones era considerado Mr. Dupin como la piedra angular, pues que siempre exigia para sí la presidencia, y esta es precisamente la que se empeñaban en reusarle. Se pensaba en los doctrinarios; pero siempre ocurria el recelo de su impopularidad, y ante todas cosas exigian todos los candidatos á los diferentes ministerios el retiro de Montalivet y de Sebastiani, á lo cual por fin se decidió el rey, y mandó al mariscal Soult que hiciese proposiciones á Mr. Dupin, sin esplicarse acerca de la presidencia, mas este no lo quiso admitir. Instruido Mr. Thiers de aquellas negociaciones y de aquella negativa, creyó que era tiempo de dirigirse á los doctrinarios, contra quienes habia entonces una prevencion injusta. Se hicieron las primeras proposiciones al duque de Broglie, que exigió la cooperacion de Mr. Guizot, á quien se dió la instruccion pública, y á Mr. Thiers el ministerio del interior, aunque bastante reducido, porque Mr. de Argout se reservó casi todas las atribuciones administrativas de aquel departamento, reuniéndolas á su ministerio de comercio y trabajos públicos. Era aquella

la época de las mayores dificultades, porque todos los partidos hostiles al gobierno habian llegado á su mayor grado de audacia, el Vendée estaba alborotado, la Bélgica amenazada de ver el incendio de Amberes por la artillería de la ciudadela, y la duquesa de Berry sublevando todo el oeste de Francia. Sin embargo el ministerio no se desanimó y conservando entre todos la mas estrecha union, se le dieron á Mr. Thiers las mas amplias facultades para cumplir la gran obra del arresto de la duquesa. Son bastante públicos muchos de los pormenores que ocurrieron en el arresto de aquella princesa, aunque se ignoran todavía otros muchos que estaban comprendidos en las instrucciones dadas por el nuevo ministro del interior, y que nosotros referiríamos al público, si no temiésemos alargar demasiado este escrito. Baste decir que la sustancia de ellas consistia en asegurarse de su persona, sin que esperimentase el menor daño ni el mas ligero ultrage, como en efecto asi se verificó. Suya esclusivamente fue la resolucion de que no se la sometiese á los tribunales, y todavía mas suya la responsabilidad voluntaria que tomó sobre sí de un acto que jamas perdonan los partidos. Para eso solo habia tolerado que su ministerio del interior estuviese reducido á ser una especie de ministerio de policía; mas entonces exigió que se hiciese una nueva distribucion de atribuciones entre el departamento del interior y el de comercio y trabajos públicos. Púsose al frente de este último que era mas de su gusto, y el conde de Argout volvió al ministerio del interior. Asegurada ya la persona de la señora duquesa, sin que el gobierno supiese una palabra de su estado de

embarazo, aunque se tenian graves sospechas, quiso salvarse su honor, y para eso se envió una comision de médicos para que informasen de su salud encargándoles el mayor secreto. Lo mismo se hizo con el general Bugeaud, previniéndole que en el caso de que la Señora se franquease con él, se pusiese á su disposicion para todo cuanto concerniese á su seguridad y decoro, y habiéndolo hecho asi, se publicó al mismo tiempo, *de acuerdo de la Señora duquesa* su parto y su matrimonio, con lo que quedaba á cubierto su honor.

Faltaba la otra mitad del programa ministerial, que consistia en proteger la Bélgica y en particular la ciudad de Amberes; cuestion que podia traer consigo la guerra general. Hasta entonces se habian amontonado protocolos sobre protocolos y las cosas continuaban siempre en el mismo pié. Se habia contado con la cooperacion de la Inglaterra ó por lo menos con su consentimiento; pero la respuesta del gabinete ingles no acababa de llegar nunca y el ministerio no podia perder mas tiempo. El duque de Broglie y M. Thiers tomaron la iniciativa de la resolucion de que la Francia sola ejecutase el sitio de la ciudadela, y cuando ya estaban tomadas todas las disposiciones llegó al fin la adhesion del gabinete de San James, con la única condicion de que algunos ministros de los mas importantes del gabinete se comprometiesen personalmente á mandar retirar las tropas francesas del territorio belga, inmediatamente despues de conseguido el objeto de la espedicion, como efectivamente se cumplió asi.

Estas dos victorias porporcionaron al ministerio una inmensa mayoria en la cámara, con la

cual pudo emprender y conseguir la votacion de dos presupuestos, regularizando asi la administracion que hasta entonces habia estado viviendo de créditos provisionales. Arreglado este punto concibió M. Thiers la idea de una gran ley relativa á trabajos públicos, y pidió á la cámara cien millones de francos para terminar los muchos que estaban principiados despues de muchos años y que no habia trazas de concluir. Los habia entre ellos sumamente importantes, como canales, caminos, monumentos, alumbrados, y otra porcion de cosas que serian largas de referir; pero la principal ventaja consistia en dar ocupacion á un pueblo entero de obreros, cuya inaccion habia llegado á ser muy peligrosa.

En aquella misma sesion presentó la ley municipal y departamental, defendiendo el principio de la centralizacion, que reducida á sus justos limites, constituye ciertamente la unidad y la fuerza especial de la Francia. Asi terminó el año 1833 y principió el de 34 con sintomas muy peligrosos para la seguridad de la Francia, porque aunque hubiesen sido vencidos los esfuerzos que hasta entonces habian hecho los desorganizadores en las calles de Paris, se formaba en Lyon una tempestad eminentemente grave, con las asociaciones de los obreros que paralizaban del todo la industria en aquella rica ciudad. Contra ella propuso Mr. Thiers y consiguió que pasase la ley sobre asociaciones políticas sin objeto legal, y requirió del ministerio de la guerra que se enviasen fuerzas considerables á Lyon, dando órden á su gefe para que en ningun caso fuese el primero á atacar, sino que dejase á los insurgentes tomar la iniciativa de aquella ofensa, bien seguro de que

lo harian asi. El resultado no fué dudoso; como tampoco lo fué el de sus cómplices de Paris, que casi al mismo tiempo se empeñaron en destruir el gobierno atacándole en las calles públicas.

No bien se habian terminado aquellas grandes dificultades, cuando se presentó otra de no menor importancia con la presencia de D. Carlos en España, habiendo atravesado la Francia apesar de la policía francesa. Estaban al mismo tiempo en el mayor vigor las disputas sobre si habia de concederse ó no una amnistía á la multitud de presos, que iban á ser juzgados por la cámara de Pares muy contra la opinion de Mr. Thiers, pero que al fin se habia resuelto por la mayoría del gabinete y en tal caso no queria él que se interrumpiese el curso de la justicia. El rey, decia, es muy dueño de perdonar á los que ya estén juzgados, pero no puede dispensar de la ejecucion de las leyes. Sin embargo insistia el mariscal Gerard, que habia sucedido momentáneamente al mariscal Soult en el ministerio de la guerra, en que se habia de conceder la amnistía; pero no pudiendo conseguirla tuvo al fin que retirarse, y de resultas se formó aquel ministerio que duró solos tres dias. Al cabo de ellos llamó el rey á Mr. Thiers para reconstituirle, y le pidió que fuesen llamados sus antiguos cólegas Guizot, Humann y de Rigny, bajo la presidencia del mariscal Mortier. Pero no siendo este señor el mas apropósito para sostener las discusiones en la cámara, hubo de recaer esta tarea casi esclusivamente en los ministros Thiers y Guizot, y á las pocas sesiones cedió el mariscal Mortier la presidencia al señor duque de Broglie. Llegaban á Mr. Thiers frecuentes avisos de conspiraciones contra la vida del rey y ya le habian

Biblioteca Universitaria - Oviedo

denunciado cinco en muy pocos dias, de suerte que añadidos estos cuidados á las atenciones de su vasto ministerio, cayó á principios de julio con una grave enfermedad que hizo temer por su vida; pero prevaleció la robustez de su temperamento y se restableció. Llegaron entónces las fiestas de julio, y habiendo podido ya montar á caballo, fué á acompañar al rey á la revista de la guardia nacional y se encontró al lado del señor mariscal Mortier, en el momento en que aquel valiente cayó bañado en su sangre mortalmente herido con otros 30 ciudadanos por la máquina infernal de Fieschi. Ya le habian advertido algunos dias antes á Mr. Thiers que desconfiase de las casas, y aunque la opinion pública estaba muy opuesta á las visitas domiciliarias, se habianhecho bastantes; pero quiso la fatalidad que no fuese de este número aquella en que estaba preparado el instrumento de tantas desgracias. Este horrible suceso exasperó los ánimos de todos, se volvió á llamar á los diputados para una sesion supletoria que duró cosa de un mes, y en ella se hicieron las leyes escepcionales de setiembre, y otra sobre el procedimiento judicial de la cámara de Pares. M. Thiers defendió una y otras y se concluyó el año tranquilamente.

En la próxima sesion se tocó el punto de la conversion de rentas ó de su reembolso, cuya idea agradaba á Mr. Humann que fijaba en ella la honra de su administracion; pero Mr. Thiers, admitiendo el principio de la ley, creía que era todavía prematura, y sin embargo de eso el otro la indicó en la esposicion de los motivos para la ley de presupuestos. Esta divergencia inesperada fué la causa de que se deshiciese el gabinete llamado de 11 de octubre.

Hacia ya largo tiempo que la porcion de la cámara que antes tenia el nombre de *tercer partido* y ahora se llama *centro izquierdo* hacia grandes esfuerzos para formar un ministerio suyo propio; y con este intento habia hecho la probatura del gabinete de los tres dias. No queria Mr. Thiers entrar en ningun otro divorciándose con los doctrinarios, porque se acordaba de los peligros y luchas que habian soportado juntos; pero sin embargo fueron tales las instancias que le hicieron sus amigos, que al fin se decidió á terminar la crisis ministerial, aceptando el de negocios estrangeros y la presidencia del consejo. En aquella sesion puede decirse que estuvo constantemente sobre la brecha, ya se tratase de aduanas, ya de hacienda, de trabajos públicos, de politica interior ó esterior; de suerte que se concilió la admiracion de la antigua mayoría, que á los principios habia manifestado algunas inquietudes. No puede negársele tampoco que á pesar de su origen plebeyo habia adquirido modales tan firmes como atentos, de suerte que los embajadores no podian hacer sobre él comparaciones humillantes. El fué quien negoció el matrimonio del duque de Orleans, que quedó convenido á su salida del ministerio. Mas apesar de sus triunfos en la cámara y fuera de ella ya sospechaba un próximo rompimiento con la política de las córtes del Norte en la cuestion de España. He aqui los términos en que formulaba esta cuestion.: « Mientras que la España esté agitada « y sean iguales las probabilidades de los dos par- « tidos, no se cree la Francia encargada de res- « tablecer en la Península el órden y la buena ad- « ministracion; pero si la reina de España llega « á correr algun peligro sério, le es imposible al

« gabinete frances dejar perecer á la España cons-
« titucional; ó á lo menos yo no lo consentiré. »
Pero fuera de ese caso, no pedia la intervencion, pues que tenia la certeza de que un socorro indirecto haria un inmenso servicio á la reina, y asi se atenia á su sistema de cooperacion. Para ella presentaba un escelente cuadro la legion estrangera, y solo se trataba de aumentarla, en todo lo cual habia obtenido el consentimiento de la corona. Acudian abundantemente los voluntarios, y cuando ya los soldados estaban prontos á pasar los Pirineos, sobrevinieron los acontecimientos de la Granja. En esto vió el rey un motivo suficiente para desistir de la idea, mientras que Mr. Thiers sostenia que podrian ser una razon para diferir el envío de estos socorros, mas no para reusar toda asistencia, y que el gobierno frances no debia reusar defender á una nacion aliada, con tal que en los desórdenes de la Granja se respetase á la reina y no se derramase sangre. No pudo Mr. Thiers hacer que prevaleciese su dictámen en aquella cuestion y se retiró con todos sus compañeros menos uno. Dejó con mucho gusto los negocios políticos para volver á sus estudios, y en particular al de la historia de Florencia para lo cual volvió de nuevo á Italia. Vino á la cámara en 1837 y contribuyó á echar á bajo la ley de *disyuncion* que arrastró consigo la caida del gabinete, y aunque el mariscal Soult le hizo instancias para que entrase en el nuevo, no quiso en manera alguna.

Durante los primeros tiempos del gabinete llamado del 15 de Abril se mantuvo en la cámara como simple observador, y solo la conducta de aquel gabinete pudo hacerle entrar decididamente en la oposicion. Para que ésta adquiriese

la consistencia necesaria, y formar una masa compacta en defensa de la prerrogativa parlamentaria, que es lo que despues se ha llamado *coalicion*, principió por vencer las repugnancias que existian entre M. Guizot y Odillon-Barrot. Apeló el ministerio al pais disolviendo la cámara, y las elecciones dieron una gran mayoria al centro izquierdo, de suerte que no era posible que el ministerio se sostuviese largo tiempo. Asi disuelto el gabinete de M. Molé, era fácil de preveer que el de su sucesor, aunque presidido por el ilustre mariscal Soult no tenia la fuerza y unidad necesarias para resistir á una oposicion tan poderosa, sobre todo teniendo la imprudencia de lanzar con frecuencia en las discusiones *cuestiones dinásticas* sin estar antes perfectamente seguro del éxito; y la dotacion del Sr. duque de Nemours era tal vez la menos meditada de todas. El resultado es tan reciente, como que está pasando en el momento que escribimos estas líneas, y Mr. Thiers se halla otra vez presidiendo el consejo de ministros de Francia. No pretendemos adivinar cual será el giro especial de su política esterior, aunque segun sus precedentes debe ser favorable á la causa de *la libertad* de España, con tal que esta camine siempre unida con la del *órden*, en cuyo caso dejará de ser absolutamente vana la alianza de la Francia. Tampoco pretendemos hacer el elogio especial de Mr. Thiers. Un hombre de tan brillantes cualidades puede tener algunos defectos y aun incurrir en algunos errores, y nosotros no nos hemos detenido en designar algunos que nos parecen tales en el curso de esta historia. Pero no se le puede negar sin injusticia una prenda, que á nuestro corto entender es la

mas honrosa que puede tener un ciudadano y sobre todo un ministro, cual es el amor á su patria, que en el actual lenguage suele llamarse *nacionalidad.* Esta prenda, unida á su mucho talento, justifica la estraordinaria elevacion á que ha subido en poco tiempo el autor de la historia de la revolucion francesa, y debe confundir la envidia de sus enemigos.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA.

PREFACIO DEL AUTOR.

Me propongo escribir la historia de una revolucion memorable, que ha conmovido profundamente los ánimos de los hombres, y que todavia tiene divididas sus opiniones. No dejo de conocer las dificultades de tal empresa en un tiempo en que las pasiones, que ya se creian apagadas ó por lo menos comprimidas por el despotismo militar, vuelven á despertarse de nuevo; y cuando de repente algunos hombres, agoviados de años y de trabajos, sienten renacer dentro de sí mismos ciertos resentimientos que parecian olvidados, y nos los comunican á nosotros que somos sus hijos y herederos. Pero por mas que nuestra obligacion sea defender su misma causa, no está á nuestro cargo apoyar su conducta, y bien se puede separar la libertad, de las personas que la sirvieron bien ó mal; al paso que disfrutamos la ventaja de

haber oido y observado á esos ancianos, que ocupados todavía con sus recuerdos y agitados con sus propias impresiones, nos revelan cual fué el espíritu y carácter de los partidos y nos enseñan á comprenderlos. Acaso el momento mas á propósito para escribir la historia es aquel en que van á desaparecer los actores que figuraron en ella, por que se puede aprovechar su testimonio sin tomar parte en todas sus pasiones.

Sea como quiera, yo he procurado apartar de mí todo sentimiento de odio, poniéndome en el lugar de aquellos que, nacidos en una humilde cuna y animados de una justa ambicion, intentaban adquirir lo que les habia injustamente reusado el orgullo de las clases elevadas; ó bien en el caso de aquel que habiendo sido educado en los palacios, heredero de antiguos privilegios, no puede renunciar sin amargura á una posesion que creia ser una propiedad legítima. Puesto en una situacion semejante, no me es posible irritarme ni contra unos ni contra otros, sino que sin reusar mi compasion á los que combatieron, me complazco en admirar á las almas generosas.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Estado político y moral de la Francia á fines del siglo 18. — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas, Turgot y Necker son nombrados ministros. — Calonne. Asamblea de los notables. — Eleccion de Brienne para Ministro. — Oposicion del parlamento, su destierro y su vuelta. — Destierro del Duque de Orleans. — Arresto del consejero Despremenil. — Vuélvese á llamar á Necker y reemplaza á Brienne. — Nueva asamblea de los notables. — Discusiones relativas á los estados generales. — Formacion de los clubs. — Causas de la revolucion. — Primeras elecciones de diputados á los estados generales. — Incendio de la casa de Reveillon. — El Duque de Orleans; su carácter.

Sabidas son las revoluciones de la monarquía francesa, y nadie ignora que los Griegos y despues los Romanos llevaron á las Galias medio salvages sus armas y su civilizacion, que detras de estos establecieron en ellas los bárbaros su gerar-

quia militar; que trasmitida esta gerarquía desde las personas á las tierras, llegó en cierto modo á inmovilizarse y se formó el sistema feudal. Repartióse la autoridad entre el gefe feudal, á quien llamaron Rey, y los gefes secundarios llamados vasallos, quienes eran una especie de reyes respecto de sus propios súbditos. Mas en nuestros tiempos en que la necesidad de acusarse hace que se escudriñen las faltas recíprocas, se nos ha dicho y repetido que á los principios fué disputada la autoridad por los vasallos, cosa que sucede siempre á los que están mas inmediatos á ella; que luego se la repartieron entre sí, que es de donde nació la anarquía feudal; y que últimamente volvió á pertenecer al trono, donde se convirtió en despotismo bajo Luis XI, Richelieu y Luis XIV. Fué progresivamente emancipándose la poblacion francesa por medio del trabajo, que es el primer origen de la riqueza y de la libertad. Agricultora á los principios y comerciante é industriosa despues, vino á adquirir tal importancia que pasó á ser ella sola toda la nacion, y aunque admitida como suplicante en los Estados generales, donde se presentaba de rodillas para que la *tallasen con piedad y misericordia*, no tardó Luis XIV en anunciar que no queria sufrir ni aun aquellas asambleas tan sumisas, y asi se lo declaró al parlamento estando de botas y con el látigo en la mano. Vióse desde entonces al frente

del estado un Rey cuyo poder estaba mal definido en teoría, pero que era absoluto en la práctica; unos grandes señores que habian cambiado su dignidad feudal por las mercedes del monarca, y que se disputaban entre sí por medio de la intriga aquello que se les dejaba de la sustancia de los pueblos; vióse por bajo de ellos una inmensa poblacion sin otras relaciones con aquella aristocracia real que una sumision consuetudinaria y el pago de los impuestos. Mediaban entre el pueblo y la corte los parlamentos, revestidos de la autoridad de hacer justicia y de llevar registro de las voluntades del monarca. Pero es de esencia de la autoridad el ser siempre disputada, cuando no en las asambleas legítimas de la nacion, en los palacios mismos de los príncipes. Nadie ignora que con reusar los parlamentos registrar cualquier decreto, suspendian los efectos de la real voluntad, cuya divergencia terminaba ordinariamente por lo que se llamaba un *lit de justice* *, en el cual se hacia una

* *Lit de justice* : literalmente esta palabra significa el trono mismo en que se sentaba el monarca cuando venia solemnemente á los parlamentos. En aquellos casos se rodeaba el solio de cinco almohadones y se cubria con un dosel. El rey se sentaba en uno de ellos, otro le servia de respaldar, descansaba los brazos sobre otros dos y ponia los pies en el quinto. Pero la acepcion general de esta voz es significar la sesion misma, en que la presencia del monarca recuerda las anti-

Biblioteca Universitaria - Oviedo

especie de transaccion cuando el Rey era débil, ó se sometian los parlamentos cuando era tenaz y poderoso. Nunca tuvo que transigir Luis XIV, por que durante su reinado ningun parlamento se atrevió siquiera á hacer la mas ligera observacion, sino que se llevó tras de sí á la nacion entera, que refundia en gloria suya todos los prodigios que hacia ella misma, así en la guerra como en las artes y las ciencias. Unánimes estuvieron los súbditos y el monarca en un mismo objeto mientras duró la vida de este último; pero apenas hubo espirado, cuando el regente ofreció á los parlamentos la ocasion de vengarse de su dilatada nulidad. Aquella voluntad del monarca que tan respetada habia sido durante su vida, fué violada inmediatamente despues de su muerte y anulado su testamento. En una palabra, volvió á ponerse en pleito la autoridad y principió una larga lucha entre los

guas asambleas generales *de los campos de Marzo ó de Mayo* que principiaron en tiempo de Felipe *el Largo*, segun consta de una ordenanza de aquel rey de 17 de noviembre 1318. En aquellas solemnes ocasiones que se verificaban rara vez, todos los dignatarios del parlamento se presentaban con togas encarnadas, y los príncipes de la sangre y magnates del reino se sentaban en unos bancos elevados, mientras que el mayordomo mayor, el sumiller y el prevoste de Paris se acomodaban en los escalones del trono á los pies del rey. El canciller, los presidentes y consejeros ocupaban los bancos que habia en medio de la sala. *(N. del T.)*

parlamentos, el clero y la corte, en presencia de una nacion exáusta con prolijas guerras y cansada de subvenir á las prodigalidades de sus dueños, mientras estos se entregaban á los deleites ó á la manía de guerrear. Hasta entonces parecia no tener otra aficion ni otro ingenio que para el servicio y los placeres del monarca, mas ahora ya principió á servirse de uno y otro para su propia utilidad y para examinar sus intereses. El entendimiento humano pasa con facilidad desde un objeto á otro; y asi como antes las delicias del ingenio frances consistian en el teatro, en la elocuencia fúnebre y religiosa, pasó en la época de que hablamos al estudio de las ciencias políticas y morales, y este cambio produjo todos los demas. Figúrese el lector á los usurpadores de todos los derechos nacionales disputándose durante un siglo entero una autoridad ya desacreditada; á los parlamentos persiguiendo al clero; al clero persiguiendo á los parlamentos; á estos, contestando la autoridad de la corte; á la corte, distraida y muy serena en medio de la lucha, sin pensar mas que en devorar la sustancia de los pueblos entre los mayores desórdenes; á la nacion, enriquecida ya y despavilada, mirando la lucha, aprovechándose de las confesiones de los unos contra los otros, privada de toda accion política, dogmatizando con osadia é ignorancia porque no conocia mas que teorías, as-

pirando sobre todo á recobrar su rango en Europa, y derramando en vano sus riquezas y su sangre para reconquistar un puesto perdido por la debilidad de sus dueños, y se formará una idea cabal de la Francia en el siglo diez y ocho.

Ya habia llegado el escándalo á su colmo cuando subió al trono, siendo todavia muy jóven *, Luis XVI, príncipe justo y moderado en sus gustos, educado con descuido, pero inclinado naturalmente al bien; y al momento llamó cerca de sí á un antiguo cortesano para confiarle la direccion de su reino, repartiendo su confianza entre Maurepas [1] y la Reina, que era una princesa jóven, austriaca, viva y amable, y que tenía sobre él el mayor ascendiente. No se querian mucho Maurepas y la reina, y así el rey cediendo unas veces al ministro y otras á su esposa, principió muy temprano la larga carrera de sus incertidumbres. Como no se disimulaba á sí mismo el verdadero estado de su reino, creia sobre este punto lo que decian los filósofos; pero al mismo tiempo le alejaban de ellos los sentimientos cristianos en que le habian educado. Sin embargo la voz pública espresada de todas las maneras posibles, le designaba á Turgot [2], de la sociedad de los economistas, hombre sencillo, virtuoso, dotado de un

(*) En 1774.

carácter firme, de ingenio lento, pero tenaz y profundo. Convencido Luis XVI de su probidad y satisfecho con sus proyectos de reformas, decia muy á menudo: « los únicos amigos del pueblo « somos Turgot y yo.» Mas no pudieron realizarse las reformas de este ministro por la resistencia de las primeras clases del estado, como interesadas que estaban en conservar todos los abusos que aquel austero ministro queria destruir, y asi se vió precisado el Rey á exonerarle con mucho sentimiento. Es digno de observar cómo la vida de este monarca no fué mas que un prolongado martirio, conociendo siempre el bien, deseándole con sinceridad y sin tener jamas la fuerza necesaria para ejecutarle. Colocado entre la corte, los parlamentos y el público, espuesto á las intrigas y sugestiones de todo género, tuvo que variar á menudo de ministros, hasta que cediendo por segunda vez á la opinion pública y á la necesidad de las reformas, tuvo que llamar á Necker [3] para la administracion de hacienda. Era este un Genoves, que se habia enriquecido con operaciones de banca, partidario y discípulo de Colbert [4], como Turgot lo era de Sully [5]; administrador económico é íntegro, pero vano y con pretensiones de ser el moderador de todas las cosas asi en filosofía como en religion y en libertad, segun se lo habian persuadido los elogios de sus amigos y del público, y sobre todo

lisongeándose de poder conducir y detener las ideas en el punto en que se detuviesen las suyas.

Restableció Necker el órden en la hacienda pública y encontró recursos para subvenir á los considerables gastos de la guerra de América; porque aunque su talento no fuese comparable con el de Turgot, era mucho mas flexible y tenia la confianza de los capitalistas, con cuyo auxilio dispuso de sumas inesperadas é hizo renacer el crédito. Pero no bastaban los artificios económicos para terminar los apuros del tesoro y se puso á ensayar el medio de las reformas, contra las cuales no se mostraron mas dóciles con él las clases superiores que se habian mostrado con Turgot, y apenas se enteraron los parlamentos de sus intenciones cuando se reunieron contra él y le obligaron á retirarse.

Todo el mundo estaba convencido de los abusos y se hablaba de ellos en todas partes, cosa que no ignoraba el rey y que le hacia sufrir cruelmente, pero los cortesanos que disfrutaban de ellos, hubieran deseado sin duda que cesasen las escaseces del tesoro, con tal que á ellos no les costara el mas ligero sacrificio. Disertaban lindamente en la corte y propalaban máximas muy filosóficas, apiadándose durante la caza de las vejaciones que sufria el pobre labrador, y hasta se les oia aplaudir la emancipacion de los Americanos

y recibir con muchas honras á los franceses jóvenes que volvian del Nuevo Mundo. Tambien los parlamentos invocaban el interes del pueblo y alegaban para apoyar sus resistencias los sufrimientos del pobre, pero sin dejar por eso de oponerse á la reparticion igual de los impuestos, ni á la abolicion de los restos de la barbarie feudal. Todos hablaban del bien público, pero habia pocos que le quisiesen, y el pueblo que no distinguia todavia bien sus verdaderos amigos, aplaudia á todos los que resistian al poder, que era el enemigo mas aparente.

Con la separacion de Necker y de Turgot no se habia variado el estado de las cosas, sino que continuaba la estrechez del tesoro, y aunque con mucho gusto se hubieran pasado largo tiempo sin la intervencion de la nacion, era necesario vivir y suministrar para las prodigalidades de la corte. Por mas que por el pronto se ladeaba la dificultad con la destitucion de un ministro, con un empréstito, ó con una contribucion forzada, volvia muy luego á renacer con mayor fuerza, como sucede con todo mal que se descuida. Perdian el tiempo, como sucede siempre, en dudas cuando era necesario tomar una resolucion temida, pero necesaria; y entretanto una nueva intriga trajo al ministerio á M. de Calonne [6], poco grato á la opinion pública por haber contribuido á la persecucion de La-Chalo-

tais [7] en 1783; pero Calonne tenia un talento brillante, era fecundo en recursos, contaba con su ingenio, con la fortuna y con los hombres, y se entregaba al porvenir con la mas admirable indiferencia. Era de opinion que nadie debe inquietarse anticipadamente, ni sondar el mal hasta la víspera misma de repararle, y no solo sedujo á la corte con sus modales, sino que la cautivó con su facìlidad para conceder cuanto le pedian, proporcionando, asi al Rey como á todos, algunos instantes de reposo, y logrando que á los antiguos y fúnebres presagios sucediese un momento de felicidad y de ciega confianza.

Pero se iba acercando aquel lóbrego porvenir con que se habia contado y era necesario al fin tomar medidas decisivas, porque las cajas estaban exaustas y no se podia recargar mas al pueblo. Solo habia un medio de hacer frente á todo, que era el de reducir los gastos suprimiendo las mercedes, y aun este medio no bastaba sin estender el pago de contribuciones sobre mayor número de contribuyentes, es decir, sobre la nobleza y el clero. Mas estos mismos proyectos sucesivamente intentados por Turgot y por Necker y reproducidos por Calonne, no le parecian ejecutables á este último sino en el caso de ser consentidos por los mismos privilegiados. Para ello discurrió Calonne que lo mejor seria reunirlos en una asamblea llamada de los

Notables, á fin de someter á su examen los planes y arrancar su consentimiento, ya con astucia ya por conviccion. Esta asamblea, que se abrió el 22 de Febrero de 1787, estaba compuesta de grandes, elegidos entre la nobleza, del clero y de la magistratura; de una multitud de relatores del consejo de estado, á quienes llaman *Maîtres des requêtes*, y de algunos magistrados de provincia. Con tal reunion, y sobre todo con el auxilio de los grandes señores populares y filósofos á quienes Calonne habia tenido cuidado de nombrar, contaba con un éxito seguro.

Pero se equivocó el nimiamente confiado ministro, porque la opinion pública no le perdonaba que ocupase el puesto de Turgot y de Necker, y veia con mucho placer que se pidiesen cuentas á un ministro, por lo cual apoyó la resistencia de los notables. No dejaron de ser animadas las discusiones entre ellos, y Calonne cometió la falta de echar la culpa á sus predecesores y en particular á Necker del estado del tesoro, á lo cual respondió este último; creyeron adelantar con desterrarle y solo se consiguio la oposicion. Calonne resistió á todo con serenidad y presencia de ánimo, é hizo que se destituyese al guarda sellos M. de Miromenil [8] que conspiraba con los parlamentos. Pero su triunfo no duró mas que dos dias, porque aunque le apreciaba el rey y le habia prometido mas de lo que podia comprometiéndose á sostenerle, tuvo

que ceder á las representaciones de los notables, quienes prometian acomodarse á los planes de Calonne, con tal que se confiase su ejecucion á un ministro mas morigerado y mas digno de confianza. Entonces la reina, sugerida por el abate de Vermont [9], propuso é hizo aceptar al rey un nuevo ministro, que fué M. Brienne [10] arzobispo de Tolosa y uno de los notables que mas habian contribuido á la pérdida de Calonne, con la esperanza de sucederle, como en efecto le sucedió en el mes de abril de 1787.

Este arzobispo de Tolosa, que reunia á un carácter muy débil una tenacidad á toda prueba, habia estado soñando en el ministerio casi desde la infancia, y no perdonaba medio hasta conseguir el objeto de sus deseos. El apoyo principal con que contaba era el de las mugeres, á quienes procuraba agradar á fin de que en todas partes ponderasen su administracion del Languedoc, y aunque no consiguió al llegar al ministerio aquella popularidad con que fué recibido Necker, tuvo á lo menos á los ojos del público el mérito de haber sucedido á Calonne. Por el pronto no le nombraron primer ministro, pero no tardó en conseguirlo con el auxilio de Lamoignon [11], que era guarda sellos y enemigo implacable de los parlamentos, y asi principió su carrera con bastante reputacion. Ya que los notables estaban comprometidos con sus

promesas, se apresuraron á consentir aquello mismo que habian reusado á los principios, y se concedió con cierta afectacion el impuesto territorial, el del papel sellado, la supresion de las gabelas y las asambleas provinciales, dando á entender que no se habia resistido á estas providencias, sino al autor de ellas, con lo cual quedó triunfante la opinion pública. Cargó Calonne con la malevolencia universal, pero por mas aplaudidos que estuviesen los notables, sentian en el alma un honor adquirido á precio de tan costosos sacrificios. Si M. de Brienne hubiera sabido aprovecharse de tan ventajosa situacion y hubiera proseguido con actividad la ejecucion de las medidas consentidas por los notables, presentándolas á un tiempo y sin dilacion alguna al parlamento, cuando parecia forzada la adhesion de las primeras clases, hubiera sido tal vez un negocio concluido, por que el parlamento cercado por todos lados hubiera consentido en todo, y aunque parcial y forzada la transaccion, habria retardado por largo tiempo la lucha que no tardó en sobrevenir.

Pero precisamente se hizo todo lo contrario, pues que se la aceleró á fuerza de dilaciones imprudentes, sin presentar los decretos sino uno despues de otro, y el parlamento tuvo tiempo de discutir, de recobrar ánimo y de reponerse de aquella especie de sorpresa que se habia hecho á los no-

Biblioteca Universitaria Oviedo

tables. Registró por fin despues de largas discusiones el que era relativo á la segunda abolicion de las gavelas y otro que permitia la libre esportacion de granos; mas no podia disimular el odio que tenia contra la subvencion territorial, aunque temia por otra parte reusarla por no hacer ver al público que su oposicion era puramente interesada. Sacóle de este aprieto la presentacion simultánea que se le hizo del decreto sobre el papel sellado y el de la subvencion territorial, y sobre todo el principiarse la discusion sobre el primero, porque pudo el parlamento reusar este sin esplicarse sobre el segundo y tuvo aire de defender los intereses públicos contradiciendo el impuesto del sello. En una sesion á que asistieron los pares, denunció los abusos, escándalos y prodigalidades de la corte, y pidió el estado de los gastos. Oido lo cual por un consejero que quiso aprovecharse del equívoco, dijo: « no es el estado, sino *los Estados generales* los que nos hacen falta por ahora. » Todo el mundo se quedó admirado de aquella peticion tan inesperada, y asi fué que si hasta entonces se habia estado resistiendo por que se sufria, y se habia mirado con apego toda clase de oposicion á la corte, fuese ó no favorable á la causa popular, era porque no se sabia qué solicitar: como que acostumbrada la nacion á no tener el menor influjo en el gobierno ni hacer otra cosa que quejarse, no concebia

siquiera la idea de obrar ni mucho menos de hacer una revolucion. Pero aquella sola palabra presentó el objeto que se deseaba y cada cual empezó á repetirla pidiendo á gritos los Estados generales.

Uno de los que se mostraron mas violentos declamadores parlamentarios fué un consejero jóven llamado D'Espremenil [12], orador acalorado, demagogo en los parlamentos, aristocráta en los estados generales y que fue declarado en estado de demencia por un decreto de la asamblea constituyente. Pero quien dirigia secretamente la oposicion era el jóven Duport [13], mozo de gran talento, de carácter firme y constante, y el único acaso que en medio de aquellas turbulencias se proponia un porvenir y queria conducir su corporacion, la corte y la nacion entera, hácia un objeto muy distinto de una aristocracia parlamental.

Estaba dividido el parlamento en consejeros viejos y jóvenes, queriendo los primeros hacer contrapeso á la autoridad real para dar importancia á su cuerpo, mientras que los segundos, mas fogosos y sinceros, pretendian introducir la libertad en el estado, aunque sin trastornar el sistema político en que habian nacido. Era grave sin duda la confesion que acababa de hacer el parlamento, pues que reconocia no tener facultad para consentir los impuestos, sino que solo pertenecia á los estados generales el derecho de establecer-

los; y así pidió al rey la comunicacion de los estados de entradas y de gastos.

No pudo menos de admirar aquella confesion de incompetencia ó mas bien de usurpacion, supuesto que hasta entonces habia estado el parlamento arrogándose el derecho de consentir los impuestos. Irritado el prelado ministro de aquella oposicion, citó inmediatamente el parlamento á Versalles é hizo tomar razon de los dos decretos en presencia del rey el dia 6 de agosto; mas luego que el parlamento volvió á Paris, hizo sus protestas correspondientes y mandó que se formase una instruccion sumaria contra las prodigalidades de Calonne. Apenas se supo aquella determinacion, salió un acuerdo del gabinete con fecha 15 del mismo mes, en que se anulaba lo determinado y desterrando el parlamento á Troyes.

Tal era la situacion de las cosas en la época de que hablamos; de modo que se mandó á los dos hermanos del rey, el conde de Provenza, llamado *Monsieur*, y el conde de Artois, que fuesen el uno al tribunal de cuentas y el otro al de subsidios á hacer que se registrasen los decretos. El primero de estos dos príncipes se habia hecho muy popular por las opiniones que habia manifestado en la asamblea de los notables, y así le recibieron con aclamaciones de una multitud inmensa, que le fué acompañando hasta el Luxemburgo en me-

dio de universales aplausos. Al contrario el conde de Artois, de quien se sabia que habia sostenido á Calonne, fué recibido con murmullos, insultados sus criados y fué necesario acudir á la fuerza armada.

Tenian los parlamentos á su alrededor una clientela numerosa compuesta de legistas, empleados del consejo, pasantes y escolares, gente toda activa, bulliciosa y siempre pronta á removerse en su favor. A estos aliados naturales de los parlamentos se agregaban los capitalistas que recelaban la bancarrota; las clases ilustradas que estaban bien con todo el que hacia oposicion*, y

* Es un hecho constaute, pero que no deja de causar admiracion, las clases elevadas cuyos intereses sufren proporcionalmente mas que las otras en las grandes mudanzas políticas, suelen ser las primeras que se dejan impresionar de las novedades útiles al pueblo: al paso que una gran parte de este permanece insensible al movimiento que ha de mejorar su condicion. Este fonómeno que observó Mr. Thiers en la revolucion francesa, y que nosotros estamos palpando en la de España, seria inesplicable para los que no meditan bastante sobre el influjo irresistible que tiene la civilizacion en la moralidad y justicia entre los hombres. En una palabra, nosotros creemos que esta docilidad de las clases privilegiadas depende de dos causas inmediatas, una buena y otra mala: la primera es la que ya hemos insinuado, á saber, que la buena educacion arrastra hácia los principios de justicia, por mas que perjudiquen á los propios intereses; y la segunda, que

últimamente la multitud que siempre se pone de parte de los agitadores. Fueron graves aquellos alborotos y la autoridad tuvo mucho trabajo en reprimirlos.

El parlamento que se hallaba en Troyes se reunia todos los dias y llamaba las causas, pero ni los abogados ni los procuradores querian presentarse y la justicia estaba suspensa, como habia sucedido ya tantas veces durante aquel siglo. Sin embargo los jueces se iban fastidiando del destierro y M. de Brienne no tenia un cuarto, por mas que propalaba en alta voz que no carecia de nada y tranquilizaba á la corte que solo se inquietaba sobre este punto, mas la verdad era que carecia de todo, y como era incapaz de ninguna resolucion enérgica, andaba negociando con algunos miembros del parlamento. Las condiciones que él ponia eran un empréstito de 440 millones repartidos en cuatro años, al cabo de los cuales se convocarian los estados generales, y á este precio renunciaba Brienne á los dos impuestos que servian de motivo á tantas discordias. Obtenido el asenso de algunos consejeros, creyó estar seguro del de todo el cuerpo y se levantó el destierro el dia 10 de Setiembre.

como estas clases están en mas inmediato contacto con la suprema, que és la que únicamente las oprime, se apresuran á vengarse de ella, contraponiendo el interes del público.

(N. del T.)

Verificóse el 20 del mismo mes una sesion real, á la que vino el Rey en persona á presentar el decreto en que se abria un empréstito sucesivo y la convocacion de los estados generales para de alli á cinco años. Mas como no se habian esplicado bien acerca de la naturaleza de aquella sesion, y se ignoraba si era un *lit de justice* (V. la nota sobre esta palabra), estaban los semblantes tristes y se guardaba el mayor silencio, cuando se levantó el duque de Orleans [14], con las facciones alteradas y con todas las señales de una viva emocion; y dirigiendo la palabra al Rey le preguntó si aquella sesion era una cámara de justicia ó una deliberacion libre. « Es una sesion real » le respondió el Rey, y luego que habló el duque, tomaron la palabra Freteau [15], Sabatier [16] y Espremenil, declamando con su acostumbrada violencia. Inmediatamente se mandó registrar por fuerza los decretos, se desterró á Freteau y Sabatier á las islas de Hyeres, y al duque de Orleans á Villers-Cotterets, quedando emplazados los estados generales para de alli á cinco años.

Tales fueron los principales acontecimientos del año 1787, y el siguiente comenzó con nuevas hostilidades, pues el dia 4 de Enero espidió el parlamento un acuerdo contra los mandamientos arbitrarios de prision, llamados *lettres de cachet* *, y otro

* Nos parece que no se tiene en España una idea bastante clara de lo que eran estas *cartas selladas* ó mandamien-

para que llamase á las personas que estaban desterradas. El Rey anuló este acuerdo, y el parlamento le confirmó de nuevo.

Durante aquel tiempo no podia resignarse el du-

tos de prision que se confiaban á un simple particular. Se ha hablado mucho y con sobrado motivo de la tirania y mala legalidad de la inquisicion española, pero no se tienen las nociones suficientes de la tiranía de la corte francesa, sobre todo desde fines del siglo XVII hasta la revolucion. Mas no se crea que en ningun tiempo hayan autorizado las leyes de Francia ni las ordenanzas de sus reyes un abuso tan escandaloso de la autoridad: nada de eso. Por el contrario, los estados de Orleans, que bajo cierto aspecto pueden considerarse como una especie de asamblea constituyente, se declararon abiertamente contra este abuso, y entonces fué cuando por la primera vez apareció en la legislacion esta palabra de *lettres de cachet*. Porque aunque antiguamente fuese conocido este nombre, que era comun á todas las cartas que llevaban el sello particular del rey, las cuales se llamaban tambien *lettres closes* para distinguirlas de las *cartas patentes* que solo eran firmadas por el guardasellos, no se habia hecho de ellas el horrible abuso que hemos visto despues. El mas comun, por donde se principió, fué el de barrenar la autoridad paternal, violando su domicilio por medio de una de estas cartas que adquiria algun caballerete pobre pero con favor en la corte, para sacar de la casa paterna alguna heredera rica y substraerla de la autoridad del padre de familias. Para que se forme idea de la facilidad con que debian conseguirse semejantes órdenes, baste saber que el sello privado estaba á la disposicion de un simple gentil-hombre de cámara.

Contra este abuso especial se declararon particularmente los

que de Orleans á vivir en su destierro de Villers-Cotterets, y por solo estar reñido con la corte, se habia conciliado la opinion pública que al principio no le era favorable; mas como á un mismo tiem-

estados de Orleans y el artículo 3.º de la ordenanza que se publicó á peticion suya, manda que no solo no se obedezcan tales cartas, sino que se persiga como raptores á los que las soliciten y á los que les ayuden á obtenerlas. En el mismo sentido abunda casi toda la antigua legislacion fraucesa; pero en los tiempos modernos y sobre todo en el de Luis XIV, llegó el olvido de ella á tal grado, que apenas se hace creible. Solo bajo el ministerio del cardenal de Fleury, se calculan en 80 mil las cartas de este género que se concedieron sin que precediese el menor juicio ni aun el mas ligero informe sobre la culpabilidad del desdichado contra quien se espedian Al principio se abusó, como hemos dicho, para favorecer. matrimonios contra el gusto de los padres; despues para desterrar, prender y proscribir á los disidentes en materias religiosas, y últimamente contra los literatos ó por solo satisfacer venganzas personales. No bastaban las penas injustas que se prodigaban contra los protestantes en el edicto de revocacion, ni las dragonadas, ni todas las demas violencias autorizadas por aquel rey, á quien algunos llaman todavía *el grande*, sino que era necesario añadir la atrocidad de las *lettres de cachet*. Por ellas eran arrebatados los hijos del lado de sus padres y encerrados en los conventos para convertirlos: las esposas separadas de sus maridos y aun los criados mismos debian temerlo todo de la violencia de sus amos, por poco que recelasen de su indiscrecion. Se leen sobre esto cosas graciosísimas, al par que abominables, en las memorias de aquel tiempo. Apenas habia cortesano que no tuviese en

po carecia de la dignidad de príncipe y de la firmeza propia de un tribuno, no pudo soportar aquella pena, por ligera que fuese, y consiguió su perdon bajándose á implorar la proteccion de la misma reina que era su enemiga personal.

su bolsillo un paquete de estas cartas con el nombre en blanco, para que las pudiese emplear contra quien le viniese en gana. Otras veces las vendian las favoritas de los ministros y la marquesa de Laorgeac, que lo era del ministro La-Vrilliere, tenia tienda abierta de ellas á 25 luises cada una.

Mas no solo se emplearon estas cartas contra los individuos aislados, sino contra corporaciones enteras, como los parlamentos ú otras que contrariaban los deseos de la corte ó de los ministros. Ni estuvo limitado su uso á castigar culpados ó inocentes; sino tambien á sustraer de la accion de las leyes á los mayores criminales. Bajo pretesto de que el castigo podria infamar alguna familia ilustre, se hacia desaparecer un asesino, un envenenador ó un infame ladron, y al cabo de pocos dias recobraba su libertad para volver á continuar en sus deprabadadas costumbres. Con solo una cartita de estas, cesaba la accion de todos los tribunales.

Todas ellas estaban concebidas en los mismos términos sin otra variante que el nombre de la prision ó el lugar del destierro que se designaba: por egemplo. « Sr. marques de Launay: os escribo esta carta para mandaros que recibais en mi « castillo de la Bastilla al nombrado..... y que le retengais « en él hasta nueva órden mia. Entretanto, pido á Dios que « os conserve en su santa gracia. — Siguen la fecha y la firma « de S. M. »

A los principios del reinado de Luis XVI se creyó que se aboliria este abuso, ya por las notorias virtudes é ilustracion de

Brienne estaba muy irritado con los obstáculos sin tener energía para superarlos; y débil en Europa contra la Prusia, á quien sacrificaba la Holanda, y no menos débil en Francia contra los parlamentos y grandes del estado, solo estaba sostenido por la reina, encontrándose ademas interrumpido en sus tareas por causa de su poca salud. Ni sabia reprimir las desobediencias, ni ejecutar las reducciones decretadas por el rey, y por mas que estuviese el tesoro en vísperas de hallarse vacío, afectaba una increible seguridad. Lo único de que se ocupaba en tan graves dificultades, era en proveerse de pingües beneficios y en acumular nuevas dignidades en su familia.

aquel príncipe, ya por haber llamado cerca de sí á ministros virtuosos, como Turgot y Malhesherbes; pero por mas esfuerzos que estos y el rey hicieron por destruir hasta el uso, no les fué posible mas que corregir y modificar el abuso. Fueron tales los obstáculos y los sofismas con que se defendió la necesidad de cubrir ciertos secretos de las familias, que al fin solo se consiguieron decretos limitativos de semejante desorden. Fué necesaria toda una revolucion para poner á cubierto las víctimas del despotismo ministerial, y los estados generales tomaron por su cuenta este asunto muy desde los principios de su reunion.

No es esto decir que toda arbitrariedad contra la libertad individual haya cesado desde aquella época; pero aseguramos que las que hoy dia se cometen, ya no se llaman *lettres de cachet.* *(N. del T.)*

Menos débil era sin duda el guarda sellos Lamoignon, pero tambien gozaba de menos influjo que el arzobispo de Tolosa, y entrambos concertaron un plan para destruir la autoridad política de los parlamentos, que era el objeto importante del poder en aquellos momentos. Todo se preparó en el mayor silencio, y se enviaron cartas selladas á los comandantes de las provincias, rodeándose ademas de guardias la imprenta en que se preparaban los decretos. Querian que no se supiera una palabra del proyecto hasta el momento mismo de su comunicacion á los parlamentos, y ya se iba acercando la época estendiéndose la voz de que se preparaba un gran golpe político; pero el consejero Espremenil logró seducir á fuerza de dinero á un cajista de la imprenta que le comunicó una de las pruebas de los decretos, é inmediatamente se fué al consejo, hizo llamar á sus cólegas y les dió parte del proyecto ministerial. Se reducia este á establecer seis audiencias territoriales en la jurisdiccion del parlamento de Paris, que deberian restringir la muy estensa que disfrutaba, trasladándose la facultad de juzgar en última apelacion y tomar razon de las leyes y decretos á un tribunal supremo compuesto de pares del reino, prelados, magistrados y gefes militares elegidos todos por el rey. Hasta el capitan de guardias tenia en él voto deliberativo, con cuyo plan se coartaba la autori-

dad judicial del parlamento y se aniquilaba todo su poder político. Llena de espanto la corporacion, no sabia que partido tomar, pues por una parte no podia deliberar sobre un negocio que no se la habia sometido, y por otra la importaba no dejarse sorprender. En aquellas dudas adoptó un medio tan firme como ingenioso, cual fué el de recordar y consignar en un acuerdo lo que ella llamaba leyes fundamentales de la monarquía, teniendo gran cuidado de numerar entre ellas su propia existencia y sus derechos. Con esta medida general no se anticipaba en manera alguna á los supuestos proyectos del gobierno y aseguraba lo que tenia que asegurar.

En consecuencia declaró el 5 de Mayo el parlamento de Paris:

« Que la Francia era una monarquía gobernada « por el rey con arreglo á las leyes, y que muchas « de estas leyes que eran fundamentales, abrazaban « y consagraban: 1.º el derecho de la casa reinante « al trono de varon en varon por órden de primo- « genitura; 2.º el derecho de la nacion para con- « ceder libremente los subsidios por el órgano de « los estados generales regularmente convocados y « compuestos; 3.º las costumbres y concordias de las « provincias; 4.º la inamovilidad de los magistra- « dos; 5.º el derecho de los tribunales de constatar « las voluntades del Rey, y de no conceder el pase « y tomar razon de ellas sino en cuanto fuesen con-

Biblioteca Universitaria Oviedo

« formes con las leyes constitutivas de la provincia « y con las fundamentales del estado; 6.º el de- « recho de cada ciudadano á no ser juzgado en ma- « nera alguna por otros jueces que los naturales « suyos, y estos los que fuesen designados por la « ley; y 7.º el derecho, sin el cual son inútiles to- « dos los demas, de no ser arrestado en virtud de « órden alguna fuese de quien fuese, sino para en- « tregarle inmediatamente á sus jueces competen- « tes. A esto se seguia una protesta contra todo ata- « que que se diese á los principios arriba espresados.»

A esta enérgica resolucion contestó el ministro con el medio tan mal y tan inútilmente acostumbrado, cual fué el de mostrar severidad contra algunos miembros del parlamento. En él se refugiaron Espremenil y Goislart de Monsalbert [17], sabiendo que ambos estaban amenazados, y en efecto se presentó en él un oficial llamado Vincent d'Agoult al frente de una compañía, y como no conocia á los magistrados que se le habian designado, les llamó por sus nombres. Todo el cuerpo guardó el mas profundo silencio, hasta que al fin gritaron los consejeros que *todos se llamaban Espremenil.* Por último se nombró el que lo era verdaderamente y siguió al oficial que estaba encargado de prenderle, con lo cual se le vantóun tumulto estraordinario y el pueblo acompañó á los magistrados cubriéndolos de aplausos. Tres dias despues mandó el rey desde

su trono en el parlamento tomar razon de los decretos, y los príncipes y pares reunidos ofrecieron la imágen de lo que habia de ser aquel tribunal supremo que debia suceder á los parlamentos.

Inmediatamente la audiencia del Chatelet, llamada así por estar situada en el castillejo antiguo en frente del grande que defendia en otros tiempos á Paris, dictó un acuerdo contra los decretos, y el parlamento de Rennes declaró infames á todos los que hicieran parte del tribunal supremo. En Grenoble los mismos habitantes defendieron á sus magistrados contra dos regimientos, y hasta las tropas mismas escitadas á la desobediencia por la nobleza militar, reusaron en breve marchar contra ellos. Cuando el comandante general del Delfinado reunió sus coroneles para saber si podia contar con los soldados, guardaron todos el mayor silencio, y como le tocaba hablar al mas jóven, respondió que no habia que contar con los suyos principiando por su coronel. A tal resistencia opuso el ministro las resoluciones del consejo supremo que anulaba las decisiones de las audiencias, y desterró á ocho de ellos.

Al verse la corte inquietada por las primeras clases que la hacian la guerra invocando el interes del pueblo y provocando su intervencion, recurrió por su parte al mismo medio y resolvió

llamar en su ausilio al estado llano, como hicieron en otro tiempo los reyes de Francia para destruir el feudalismo. Dióse mucha prisa á promover la convocacion de los estados generales, y prescribió que se hiciesen investigaciones sobre el modo con que habian de reunirse, escitando á los escritores y corporaciones sabias á que diesen su parecer; y mientras que el clero reunido estaba clamando por la necesidad de que se acelerase su convocacion, la corte, aceptando el desafio, suspendió al mismo tiempo el tribunal supremo y fijó la apertura de los estados generales para el 1.º de mayo de 1789. Entonces, esto es, el 24 de agosto se verificó la retirada del ministerio del arzobispo de Tolosa, que por haber ejecutado débilmente proyectos atrevidos, habia provocado una resistencia que era necesario vencer ó no provocar. Dejó al retirarse exausto el tesoro, suspendido el pago de las rentas del ayuntamiento, todas las autoridades en lucha abierta y todas las provincias en armas. Mas por lo que hace á él con sus 800 mil francos de renta en beneficios, con el arzobispado de Sens y con el capelo de cardenal, ya que no mirase por la riqueza pública, á lo menos puede decirse que no descuidó la propia. El último consejo que dió al rey fué que volviese á llamar á Necker para el ministerio de hacienda, á fin de apoyarse en su popularidad

contra unas resistencias que habian pasado á ser invencibles.

En estos dos años de 1787 á 88 principiaron los franceses á pasar de las vanas teorias á la práctica, dándoles ocasion y escitándoles el deseo aquella lucha de las primeras autoridades. Verdad es que durante todo el siglo habia estado el parlamento atacando al clero y desenmascarando sus propensiones ultramontanas: igualmente habia combatido á la corte, llamando la atencion sobre sus abusos de autoridad y denunciando sus desórdenes. Pero ahora, viéndose amenazado de represalias y receloso hasta de su existencia, acababa de restituir á la nacion unas prerrogativas que la corte le queria quitar á él mismo para trasladarlas á un tribunal estraordinario. Mas no solo habia revelado á la nacion cuáles eran sus derechos, sino que ejercitaba sus fuerzas escitando y protegiendo la insurreccion. El alto clero por una parte con sus pastorales, y la nobleza por otra, fomentando la desobediencia de las tropas, reunian sus esfuerzos á los de la magistratura, y llamaban al pueblo á las armas por defender sus privilegios.

Oprimida la corte por tan poderosos enemigos, habia resistido con debilidad, y aunque conocia la necesidad de obrar, procuraba diferir el momento de hacerlo, contentándose con suprimir este

ú el otro abuso, mas bien en beneficio del tesoro que en el del pueblo, y despues volvia á permanecer en inaccion. Mas viéndose ya combatida por todas partes y que las primeras clases convocaban el pueblo á la lid, la presentaba ella misma convocando los estados generales. Por espacio de todo aquel siglo habia estado oponiéndose al espíritu filosófico, y ahora de repente apelaba á él, entregando á su exámen las constituciones del reino. De este modo dieron las primeras autoridades el estraño espectáculo de presentarse como usurpadoras injustas que se disputaban un objeto, en presencia del propietario legítimo, y constituyéndole juez de la querella.

En tal estado se hallaban las cosas en el mes de agosto cuando Necker volvió al ministerio, seguido de la pública confianza, y poco despues del crédito que hacia desaparecer las principales dificultades. Hizo frente con algunos arbitrios á los gastos indispensables mientras llegaban los estados generales, que eran el único remedio invocado por todo el mundo. Principiaban á agitarse las grandes cuestiones relativas á su organizacion, y lo primero que se preguntaba era el papel que en ellos habia de representar el estado llano, esto es, si habia de asistir como igual ó como suplicante, si su representacion sería igual en número á la de las dos primeras clases, si se votaría por

individuos ó por estamentos, y si los plebeyos no tendrian mas que un solo voto contra los dos de la nobleza y del clero.

La primera cuestion que se agitó fué la del número de los diputados, y bien puede decirse que no habia habido controversia filosófica en todo el siglo diez y ocho, á que se hubiese dado igual importancia ni que mas acalorase los ánimos. Un escritor conciso, enérgico é incisivo tomó en aquella cuestion el lugar que habian ocupado los grandes ingenios del siglo en las discusiones filosóficas. Publicó el abate Sieyes [18] un libro que hizo dar un gran paso al espíritu público preguntándose en él: ¿qué es el estado llano? y respondió: nada.—¿Qué es lo que debe ser?.... Todo.

A pesar de las órdenes de la corte, se reunieron los estados del Delfinado, y como en ellos eran mas diestras y populares las primeras clases que en ninguna otra provincia, decidieron que la representacion del estado llano fuese igual á la de la nobleza y el clero. Mas sospechando el parlamento de Paris las consecuencias de sus imprudentes provocaciones, conoció que el estado llano no vendria como auxiliar sino como dueño, y asi cuando tomó razon del edicto de convocacion, no se descuidó en añadir como cláusula espresa, que se habian de observar las mismas formas de 1614, en las cuales se anulaba enteramente la representa-

cion del estado llano. Ya estaba bastante despopularizado el parlamento con los obstáculos que habia opuesto al decreto en que se concedian los derechos civiles á los protestantes, pero con la tal cláusula acabó de desacreditarse enteramente, y la corte quedó completamente vengada. El fué quien sufrió la primera prueba de la instabilidad del aura popular, y si mas adelante pudo dar motivos la nacion de que se la tuviese por ingrata en abandonar á todos sus corifeos uno tras otro, á lo menos tuvo razon en este caso, porque efectivamente el parlamento se paraba antes que ella hubiese recobrado ninguno de sus derechos.

No atreviéndose la corte á decidir por sí misma estas cuestiones tan importantes, ó mas bien con la intencion de despopularizar en provecho suyo á las dos primeras órdenes del estado, les pidió su parecer con ánimo de no seguirle en el caso muy probable de que fuese contrario al estado llano. Para ello convocó en Versalles el dia 6 de noviembre una nueva asamblea de notables, que se cerró el 8 de diciembre inmediato, en la cual se discutieron todas las cuestiones relativas á la celebracion de los estados generales. No dejó de ser acalorada la discusion, porque por una parte se hacian valer las antiguas tradiciones, y por la otra los derechos naturales y la razon. Mas aun cuando

se tomasen por regla las tradiciones antiguas, siempre tenia la ventaja el estado llano, porque á las fórmulas de 1614, que invocaban las primeras clases, se oponían otras mas antiguas, en las cuales unas veces se habia votado por cabezas, otras por provincias y no por clases, y muchas habia sido igual el número de diputados del estado llano al de la nobleza y el clero ¿ Cómo pues habia de decidirse la cuestion con arreglo á los usos antiguos ? ¿ No habian estado siempre los poderes del estado en una perpetua revolucion ? La autoridad real que al principio fué soberana y despues despojada y vencida, levantándose de nuevo con el auxilio del pueblo y atrayendo á sí todos los poderes, presentaba la imágen de una lucha perpetua y de una posesion siempre vacilante. Al clero se le decia, que en el caso de referirse á los antiguos tiempos, él no tenia derecho alguno á ser considerado como un órden del estado: á los nobles, que solo le tenian entre ellos para ser elegidos los poseedores de los feudos, y que por consecuencia el mayor número tenia que ser escluido de la diputacion; á los parlamentos, que ellos no eran mas que unos ministros infieles de la corona; y por último á todos, que la constitucion francesa no era ni habia sido otra cosa que una prolongada revolucion, durante la cual cada potencia habia dominado sucesivamente, que todo habia sido innovaciones, y que en

Universidad de Oviedo

tan vasto conflicto la única que debia decidir era la razon.

El estado llano comprendia por sí solo la casi totalidad de la nacion, todas las clases útiles, industriosas é ilustradas : aun cuando no poseyese mas que una parte de las tierras, por lo menos las cultivaba todas, y si habia de escucharse el grito de la razon, no era demasiado concederle un númerode diputados igual al de las otras dos clases.

La asamblea de los notables se declaró contra lo que se llamaba la *duplicacion del tercer estado*, y no hubo mas que una comision en que presidia el hermano mayor del rey, que votase en favor de ella. Entonces la corte, tomando, segun decia, en consideracion el dictámen de la minoría, la opinion emitida por muchos príncipes de la sangre, el voto de los tres órdenes del Delfinado, la representacion de las asambleas provinciales, el ejemplo de muchos paises constitucionales, el *parecer de varios publicistas* y el deseo espresado en una multitud de peticiones, mandaba la corte que el número total de diputados fuese á lo menos de mil; que este se formaria en razon compuesta de la poblacion y de las contribuciones de cada partido, y que el número particular de los del estado llano hubiese de ser igual al de los dos primeros órdenes reunidos. (*acuerdo del consejo de 27 diciembre 1788*)

Esta declaracion escitó un entusiasmo universal, y como se la atribuían á Necker, aumentó infinito su popularidad, al paso que crecio el odio de los grandes contra él. Mas en realidad la tal declaracion no decidia nada en cuanto al voto por individuos ó por clases, aunque le aprobaba implicitamente, por que en vano seria aumentar el número de los votantes si no habian de contarse los votos, y de este modo dejaba al cuidado del estado llano obtener á viva fuerza lo que por entonces se le reusaba. Mas en esto mismo daba una idea de la debilidad de la corte y del mismo Necker, cosa que se concibe mui bien al considerar que la corte era un compuesto de voluntades que imposibilitaba todo resultado, porque el rey era moderado, justo, estudioso y muy desconfiado de sus propias luces; amaba mucho al pueblo y recibia con dulzura sus quejas, pero con todo eso le asaltaban de cuando en cuando ciertos terrores pánicos y supersticiosos, temiendo que al lado de la libertad y de la tolerancia marchasen la anarquia y la impiedad. * Era por desgracia cierto que el espíritu filosófico, en su primer arranque, habia cometido estravios de que no podia menos de asustarse un rey tímido y religioso; y así el desgraciado Luis XVI, poseido á cada instante de debili-

* Por desgracia suya y de la civilizacion del género humano, no le engañaban estos presentimientos. (*N. del T.*)

dad, terrores é incertidumbres, resuelto á pasar por todos los sacrificios propios pero sin atreverse á imponórselos á los demas, víctima de su docilidad con la corte y de su condescendencia con la reina, espiaba todas las faltas que no habia cometido, pero que habian de atribuírsele necesariamente porque las dejaba cometer. La reina, entregada á sus diversiones y ejerciendo en derredor de sí el imperio que dá la belleza, deseaba que su esposo estuviese tranquilo, el tesoro surtido y que la corte y sus súbditos le adorasen. Unas veces estaba de acuerdo con el rey en ejecutar las reformas cuando la necesidad parecía urgente, otras por el contrario, cuando creia que la autoridad estaba amenazada y sus amigos de la corte despojados de las pensiones, contenia la benevolencia del rey, alejaba los ministros populares, y destruia todos los medios y todas las esperanzas del bien. Sobre todo no podia resistir al influjo de una parte de la nobleza, que vivia al rededor del trono alimentándose de gracias y de abusos, y aunque esta nobleza deseaba ciertamente, como la reina misma, que el rey tuviese con que hacer mercedes, y por eso era enemiga de los parlamentos cuando reusaban los impuestos, volvia á ser aliada suya cuando defendian sus privilegios, reusando con diversos pretestos la subvencion territorial. En medio de estos contrarios influjos, no atreviéndose el rey á mirar cara

á cara las dificultades, juzgar de los abusos, y remediarlos por su propia autoridad, cedia alternativamente á la corte y á la opinion pública sin conseguir satisfacer á una ni otra.

Si cuando en el siglo diez y ocho andaban los filósofos aplaudiendo durante el paseo á Federico y á los Americanos, á Turgot y á Necker, y cuando sin aspirar al gobierno del estado, se contentaban con ilustrar á los príncipes, anunciando revoluciones lejanas que se veian acercarse por mil señales y por lo absurdo de las instituciones, hubiese el rey entonces establecido espontaneamente alguna igualdad en las cargas y dado algunas garantias, todo se habria calmado por largo tiempo, y Luis XVI hubiera sido adorado al igual de un Marco Aurelio. * Pero cuando todas las autoridades se encontraron envilecidas por una larga contienda y se hicieron patentes todos los abusos en la asamblea de los notables; cuando la nacion fué llamada á tomar parte en la cuestion, y concibió la esperanza y el deseo de ser algo, lo quiso decididamente. Apenas se la ofrecieron los estados generales, solicitó que su convocacion fuese la mas

* Asi como procuraremos poner notas biográficas de los personages célebres de la revolucion, asi nos abstendremos de hacerlo de los que por serlo demasiado, merecen una historia particular, como por ejemplo, Luis XVI, Maria Antoneta, Napoleon, Luis XVIII, el Delfin etc., etc. *(N. del T).*

inmediata posible; conseguida esta, reclamó la preponderancia en ellos, y aunque se la reusó esto último, se la dieron los medios de conquistarlo, doblando su representacion. Por manera que solo se cedia parcialmente y cuando no habia recursos con que resistir; mas entonces ya la nacion conocia sus fuerzas y deseaba todo lo que creia poder obtener. Irritada su ambicion con continuas resistencias, no podia menos de llegar á ser insaciable muy pronto. Mas entonces mismo, si hubiese habido algun gran ministro que comunicando al rey un poco de su vigor, conciliando el ánimo de la reina y sujetando á los privilegiados, se hubiese anticipado á satisfacer de pronto las pretensiones nacionales dando una constitucion libre; si hubiera condescendido con aquella necesidad de obrar que sentia la nacion, llamándola inmediatamente, no á reformar el estado, sino á discutir sus intereses anuales en un gobierno ya constituido, tal vez no hubiera tenido lugar la lucha. Pero era inevitable anticiparse á la dificultad en vez de ceder á ella, y sobre todo sacrificar numerosas pretensiones. Se necesitaba un hombre profundamente convencido y con una voluntad igual á su conviccion, y un hombre de tales circunstancias, que no podia menos de ser osado, poderoso y tal vez apasionado, hubiera asustado á la corte, que no hubiera podido sufrirle. Por tanto, para no ofender ni á la opi-

nion ni á los rancios intereses, todo el partido del justo medio, eligió, como ya hemos visto, un ministro semi-filósofo, semi-audaz y que gozaba de una popularidad inmensa, por que en aquel tiempo las simples intenciones semi-populares en un agente del poder sobrepujaban á todas las esperanzas y escitaban el entusiasmo de un pueblo, á quien dentro de poco apenas satisfaría la demagogía de sus corifeos.

Estaban ya los ánimos en una fermentacion universal, y ya por toda la Francia se iban formando juntas á ejemplo de la Inglaterra y con el mismo nombre de clubs, en que no se ocupaban de otra cosa que de los abusos que era necesario destruir, las reformas que se habian de hacer y la constitucion que se habia de plantear. El exámen severo que ellos mismos hacian de la situacion del pais les irritaba sobre manera, y en efecto no puede negarse, que asi en lo político como en lo económico, era intolerable. Todo era privilegio en individuos, en clases, en ciudades, en provincias y hasta en los oficios: todo era traba para la industria y el ingenio del hombre. Las dignidades civiles, eclesiásticas y militares estaban esclusivamente reservadas para ciertas clases, y en ellas para ciertos individuos: no se podia abrazar una profesion sino con ciertos títulos y condiciones pecuniarias. Las ciudades tenian sus privilegios para

Universitaria - Oviedo

la distribucion, percepcion y cantidad de los impuestos, asi como para la eleccion de magistrados. Hasta las mismas mercedes convertidas en propiedad de familia por medio de las supervivencias ó futuras, no permitian al monarca ni siquiera el derecho de dar la preferencia, ni le quedaba otra libertad que la de hacer algunos regalos pecuniarios, y hubo ocasion de estar en litigio con el duque de Coigny para la abolicion de un cargo inútil. * Por manera que todo estaba inmovilizado en algunas manos, y en todas partes el menor número resistia al grande que se hallaba despojado de todo, pesando, por consiguiente, las cargas sobre una sola clase. Casi los dos tercios de tierras estaban en manos de la nobleza y del clero, y la otra tercera parte, poseida por el pueblo, pagaba tributos al rey, un sin número de derechos feudales á la nobleza, el diezmo al clero, y ademas tenia que soportar las devastaciones de la caza y de los cazadores nobles. Los impuestos sobre consumos pesaban sobre el gran número, y por consiguiente sobre el pueblo, siendo ademas muy vejatoria la cobranza, porque los señores podian retardar los pagos impunemente, mientras que el plebeyo era maltratado, encarcelado y en la triste precision de pagar con su persona á falta de productos. El era pues quien

* Véanse las memorias de Bouille.

alimentaba con su sudor y defendia con su sangre á las altas clases de la sociedad sin tener con qué subsistir él mismo. No tan desgraciada como el pueblo era esta clase media, industriosa é ilustrada que enriquecia al reino con sus manufacturas y le honraba con su talento, mas no por eso gozaba de ninguna de las ventajas á que tenia un incontestable derecho. Hasta la justicia misma se distribuia en algunas provincias por los señores, en las jurisdicciones realengas por magistrados que habian comprado sus cargos, siendo en lo general lenta, muchas veces parcial, siempre ruinosa y sobre todo atroz por las persecuciones criminales. Se violaba la libertad individual con los mandamientos arbitrarios de prision de que ya hemos hablado *(lettres de cachet)*, y la libertad de imprenta por medio de los censores regios, y últimamente el estado mal defendido por fuera, vendido por las favoritas de Luis XV, y comprometido por las debilidades de Luis XVI, habia sido deshonrado recientemente en Europa por el vergonzoso sacrificio de la Holanda y de la Polonia.

Ya principiaban á agitarse las masas populares, y muchas veces, durante la lucha de los parlamentos, habia habido alborotos, sobre todo cuando se retiró el arzobispo de Tolosa, como que quemaron su estatua y no solo fué insultada, mas combatida la fuerza armada, sin atreverse la ma-

gistratura á proceder sino con mucho tiento contra los agitadores que defendian su causa. Conmovidos los ánimos y llenos de una idea confusa de cierta revolucion próxima, estaban en una fermentacion continua, viendo ya los parlamentos y las primeras clases dirijidas contra ellos las armas que habian puesto en manos del pueblo. En Bretaña se habia opuesto la nobleza á la duplicacion del estado llano y reusado nombrar diputados, y por consiguiente los vecinos que con tanta intrepidez la habian ayudado contra la corte, se tornaron entonces contra ella y hubo combates mortíferos. La corte que no se creia bastante vengada de la nobleza bretona, no solo la habia reusado su apoyo, segun dice Bouillé, sino que mandó poner presos algunos de sus miembros que habian venido á Paris á solicitarle.

Hasta los mismos elementos parece que se habian desencadenado, pues una fuerte granizada que sobrevino el 13 de julio habia asolado las cosechas y dificultaba estraordinariamente el abasto de Paris, sobre todo en medio de los disturbios que se preparaban. Apenas bastaba toda la actividad del comercio para reunir la cantidad de víveres que necesitaba aquella gran capital, siendo muy de temer que no tardase en aumentarse el apuro, cuando las agitaciones políticas hubiesen destruido la confianza é interrumpido las comu

nicaciones. Desde aquel invierno cruel que se siguió inmediatamente á los desastres de Luis XIV, y que inmortalizó la caridad de Fenelon, no se habia visto otro mas riguroso que el de 1788 al de 89, sin que bastase toda la beneficencia que se esmeró en dulcificar con ternura las miserias del pueblo. Se habia visto acudir de todos los puntos de Francia una multitud de vagamundos sin oficio ni beneficio, que se ponian en el camino de Versalles á Paris á hacer alarde de su miseria y desnudez, sin que faltase ninguno de ellos al menor rumor que ocurria, para aprovecharse de las ocasiones que siempre son favorables para quien no tiene nada que perder y algo que ganar, hasta el pan para salir del dia.

Asi todo contribuia á hacer inevitable una revolucion, preparada por un siglo entero en que solo se habia tratado de descubrir abusos y de llevarlos hasta el último esceso, y los últimos dos años en escitar á la rebelion y á guerrear las masas populares, haciéndolas intervenir en la lucha de los privilegiados. Últimamente, desastres naturales y un concurso fortuito de diferentes circunstancias ocasionaron la catástrofe que se hubiera podido diferir algun tiempo, pero que tarde ó temprano tenia que ser infalible.

Bajo tales auspicios se verificaron las elecciones, que fueron tumultuosas en algunas provincias, aca-

loradas en casi todas y muy tranquilas en Paris, donde reinó el mejor acuerdo y unanimidad. Ibanse distribuyendo las listas, y procuraban unirse y entenderse los mercaderes, los abogados y los literatos, admirados de verse reunidos por la primera vez, elevándose poco á poco á la atmósfera de la libertad. Tuvieron en Paris la delicadeza de confirmar las comisiones electorales que habia elegido el Rey, y sin variar ni una sola persona, ejercieron acto de autoridad por el hecho mismo de confirmarlas. Hasta el mismo sabio y prudente Bailly [19] abandonó su retiro de Chaillot, y sin conocer intrigas ni otro motivo que el cumplimiento de su noble mision, se presentó solo y á pie á la junta. Paróse en el camino en el terrado de los Fuldenses *, y se le acercó un jóven desconocido con el mayor respeto diciéndole: Vm. será nombrado. — No tengo la menor noticia, le respondió Bailly, pero me parece que semejante honra ni debe reusarse ni solicitarse; y continuando su camino el modesto académico, se presentó en la sala y le nombraron sucesivamente elector y diputado.

Por el contrario la eleccion del conde de Mirabeau [20] fué tempestuosa, por que habiéndole desechado la nobleza, se acogió al estado llano, agi-

* Fuldenses: un convento de religiosos de la orden de San Bernardo. (*N. del T.*)

tó la Provenza, su patria, y no tardó en hacerse ver en Versalles.

No quiso la corte en manera alguna influir en las elecciones, ni la disgustaba en verdad ver en ella tanto número de simples curas, porque contaba con la oposicion de estos á los grandes dignitarios eclesiasticos asi como con su respeto al trono. Fuera de eso, estaba muy distante de preverlo todo, y creia que los diputados plebeyos serian mas bien enemigos de la nobleza que de ella misma. No faltaron acusaciones contra el duque de Orleans de que habia hecho cuanto habia podido porque se elijiese á sus partidarios, y aun para ser nombrado él mismo, y como ya estaba sindicado de ser uno de los adversarios de la corte, amigo de los parlamentos, y de grado ó por fuerza corifeo del partido popular, se le imputaron diferentes tramas. Ocurrió tambien una escena deplorable en el arrabal de S. Antonio, y como no ha de haber suceso sin que haya alguno á quien atribuirle, le colgaron el milagro al duque ,haciéndole responsable de él. Se esparció la voz de que un fabricante de papel pintado llamado Reveillon, que por medio de su habilidad mantenia diferentes establecimientos, perfeccionaba nuestra industria y daba de comer á trescientos obreros, queria reducir los salarios á la mitad, y el populacho amenazaba pegar fuego á la fábrica. Se pudo dispersarle por aquel

dia, pero al siguiente por la mañana volvió á la carga, y en efecto el 27 de abril quedó la casa invadida, incendiada y destruida; y á pesar de las amenazas que los incendiarios habian hecho el dia anterior y de la cita que se habian dado, la autoridad acudió muy tarde al remedio, y entonces obró con un rigor escesivo, pues estuvo esperando á que el populacho se hiciese dueño de la casa para atacarle con furia, y fué preciso matar un gran número de aquellos hombres tan feroces como intrépidos, que despues acudian á todos los alborotos dándoles el nombre de *vergantes* y de *bandidos*.

Todos los partidos que ya estaban formados se acusaron recíprocamente de esta crueldad, pues por de contado se dijo que la corte les habia dejado de intento cometer el crimen para ejercer su crueldad y ejercitar sus tropas á costa del pueblo. Otros, sospechando por el dinero que se encontró en poder de los agresores y por ciertas palabras que se les escaparon, que habia en ello alguna mano oculta, acusaron al duque de Orleans de que habia querido hacer un ensayo de las fuerzas populares por medio de aquellas bandas revolucionarias.

La verdad es que aquel príncipe habia nacido con escelentes disposiciones y heredado riquezas inmensas; pero entregado á malas costumbres, habia abusado de todos aquellos dones de la natura-

leza y de la fortuna. Con un carácter inconsecuente y demasiado vario, unas veces le importaba muy poco la opinion pública, y otras se mostraba ansioso de popularidad, un dia atrevido y ambicioso, y otro dócil y distraido. Por haberse puesto mal con la reina se habia hecho enemigo de la corte, y como entonces empezaban á formarse los partidos, tuvo la simpleza de permitir que tomase uno de ellos su nombre, y aun se asegura que sus riquezas. Deslumbrado por un porvenir confuso, hizo lo bastante para que le acusaran, y no lo necesario para conseguir el éxito, y en el caso de que sus partidarios tuviesen efectivamente algunos proyectos sobre él, es preciso que los desesperase por la inconstancia de su ambicion.

Biblioteca Universitaria Oviedo

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO PRIMERO.

PAGINA 8.

1 Juan Federico Philipeaux, conde de Maurepas, nació el año de 1701 de una familia muy distinguida en la magistratura, pues era hijo, nieto y viznieto de consejeros de estado, entre los cuales hubo un canciller. Desde la edad de 14 años se le confirió el empleo de su padre, aunque no le ejerció por sí mismo hasta la de 24. Posteriormente ocupó diferentes empleos y comisiones, asi del patrimonio real como de la administracion de la ciudad de Paris, y poco despues se le confirió el ministerio de marina y de las colonias. Era en su juventud tenido por hombre ligero y decidor, porque trataba los asuntos mas sérios con cierta superficialidad y gracia en manejar el ridículo, que le hacian aparecer como poco profundo en los conocimientos administrativos. Esta propension á la chanza, que casi nunca se ejerce sin peligro, le ocasionó en efecto su desgracia en 1749 por un epígrama que compuso contra madama de Pompadour. Mas esta ligereza de imaginacion de que se le acusaba con alguna razon, no le impidió ser un escelente amigo de Montesquieu y de Caylus, ni proteger abiertamente durante su ministerio á los célebres Mr. Lacondamine, Maupertuis, Clairaut y Bouguer.

Cuando Luis XVI, á su advenimiento al trono, le confió el timon de los negocios, sus primeras resoluciones fueron 1.ª llamar á Paris el antiguo parlamento, á pesar de las observaciones del hermano del rey que fué despues Luis XVIII, y á pesar tambien de los muchos partidarios que ya iba adquiriendo el parlamento Maupeou. La 2.ª fue

la guerra en favor de los independientes de la América del norte. Esta última resolucion ha sido juzgada tal vez con escesiva severidad, porque solo se fija la vista en el inmenso influjo que ha ejercido en el mundo la emancipacion de los norte-americanos. Pero pocos se toman el trabajo de trasladarse con el pensamiento á aquella época y ponerse en el lugar de un ministro frances que encuentra la ocasion de vengar á su pais de los desaires de la guerra de siete años y del repartimiento de la Polonia. Por lo demas el conde Maurepas valia ciertamente mucho mas que la reputacion de que goza, y permítasenos creer que no era un mero *cortesano* el que supo elegir para el despacho de los negocios á los sabios Turgot y Necker, venciendo la repugnancia personal que el rey tenia contra ellos por causa de sus creencias religiosas. Una de estas dos criaturas suyas ocasionó su caida del ministerio, á que se siguió muy pronto su muerte acaecida en 1781.

PAGINA 8.

2 Ana Roberto Jacobo Turgot era hijo de Miguel Estevan, corregidor de Paris, ó como se llamaba entonces, *Preboste de los mercaderes*, y nació el 10 de Mayo de 1727. La idea tan concisa como favorable que de él nos dá Mr. Thiers, es sin duda muy suficiente para el objeto de su obra; pero los lectores españoles agradecerán tal vez que la justifiquemos con algunos pormenores. Para ello pudieramos aplicarle aquellas palabras de Tácito en que hablando de su suegro Agricola decia « *facilè bonum crederes, magnum libenter* » (Todos le dán con gusto el título de hombre de bien, pero le vienen á uno ganas de colocarle entre los grandes hombres). Su reputacion hubiera sido igual y aun acaso superior á la de Sully, si hubiese conseguido el mismo apoyo de su soberano que este encontró en el discernimiento y firmeza de Enrique IV. Aun cuando su celo universalmente reconocido por el bien público, no le hubiese conducido al manejo de los negocios, su ingenio solo y su saber le habrian elevado á uno

de los primeros puestos entre los filósofos, los literatos y los economistas de su tiempo.

Desde su tierna infancia, si hemos de creer al abate Morellet, anunciaba una decidida aversion á los entretenimientos superficiales y pueriles, escondiéndose de todas las visitas importunas. Mas luego que entró en la juventud era tal su candor y modestia, que parecia tan pudoroso como una señorita, y al mismo tiempo tan alegre y confiado como un niño inocente. Por estas solas apariencias le destinaron sus padres al estado eclesiástico, y él se entregó con tal ardor al género de estudios que debian facilitarle esta carrera, que en diciembre de 1749, no teniendo mas que 22 años, fué elegido rector de la Sorbona. Mas á pesar de este suceso y de la fama que le dieron sus dos discursos en latin *sobre las ventajas del cristianismo en favor de la humanidad: y sobre los progresos del entendimiento humano*, no tardó en conocer que no habia nacido para el sacerdocio. Por mas instancias y reflexiones que le hicieron sus amigos el abate Cicé que fué despues arzobispo de Burdeos, y Lomenie de Brienne que lo era de Tolosa, poniendo á su vista las inmensas ventajas y grandes dignidades que le ofrecia aquella carrera, nunca pudieron obtener otra respuesta sino decirles «Yo «no sé como son ustedes, á pesar de lo mucho que les «quiero; pero en cuanto á mi, solo sé decirles que me «es del todo imposible decidirme á andar toda mi vida «con máscara.»

Alargariamos mas de lo que conviene esta nota si hubiésemos de recorrer la serie de estudios á que se dedicó desde la edad de 18 años hasta la de 33. Pero baste decir que estudió la moral, la metafísica, las matemáticas, la astronomía y la física. Aprendió los idiomas griego, latin, hebreo, ingles, aleman é italiano, mostrando en todos ellos tanta facilidad como paciencia. Mas tarde asistió á un curso de química que enseñaba el célebre Rouelle y emprendió el estudio de la historia natural y geometría trascendental. Tradujo varios opúsculos del griego, del hebreo y de los autores latinos, que es-

Universitaria - Oviedo

tán insertos en la coleccion de sus obras. Publicó un *tratado de geografía política* y un *discurso sobre la historia universal*. A la edad de 18 años habia escrito un *tratado sobre la existencia de Dios*, y á la de 22 una carta al conde de Buffon, en que le demuestra varios errores *sobre la teoría de la tierra*. Fué uno de los redactores de la famosa enciclopédia y son suyos los artículos *Existencia, Etimología, y Expansibilidad*.

Pero dejando ya su carrera literaria, que apenas hacemos mas que tocar, pasemos á su carrera política. Luego que Turgot dió á conocer á su padre los motivos de su repugnancia al estado eclesiástico, este le proporcionó la entrada en el parlamento, primero como sustituto del fiscal general y despues en calidad de consejero. Desde entonces ya manifestó los principios políticos que siguió y practicó constantemente toda su vida, á saber, *la necesidad de un poder central, capaz de imponer la ley al espíritu de cuerpo y á las diferentes facciones;* pero al mismo tiempo *la reforma de los abusos hecha por la autoridad real*, única capaz de prevenir un trastorno general, cuando ella misma se presta á satisfacer los deseos de la opinion pública. Mas no se crea que esta fuese una idea original de Mr. de Turgot, cuyo error le ha valido tantas persecuciones durante su vida y tantas injurias despues de su muerte: sino que en esto no hacia mas que seguir las huellas de los ilustrados ministros de Luis XV. Mr. de Argenson, autor de las *consideraciones sobre el gobierno antiguo y moderno de Francia*, y las del superintendente de la real hacienda Mr. de Machaut. Porque debieran saber los que no estudian ni leen pero juzgan y condenan, que estos dos ministros, y en particular el segundo, habian concebido y principiado á ejecutar este plan que todo el mundo atribuye á Turgot. Lo que este hizo, siendo relator del consejo de estado, fué mostrar su predileccion por la autoridad real bien dirigida, y su antipatía contra las corporaciones políticas anti-populares, en lo cual le acompañan cada dia con mayor razon los que siguen atentamente el giro de los sucesos y la marcha de

la opinion en todos los pueblos civilizados de Europa.

Turgot estaba ligado por amistad y por principios con los famosos Quesnay, el marques de Mirabeau, Vicente de Gournay, Dupont de Nemours y otros corifeos de la nueva escuela de economistas. El primero se empeñaba en que la agricultura era el único origen de la riqueza: el segundo le designaba en la industria y en el comercio; pero Turgot trató de demostrar la relacion y dependencia mutua de estas dos potencias productoras. Cuando Gournay desde simple comerciante pasó á ejercer la intendencia del comercio, le acompañó Turgot en sus diferentes correrias por las provincias, estudiando juntos sobre los datos que se presentaban pertenecientes á la economía pública, cuyo conocimiento es el que verdaderamente alumbra la marcha de la administracion. El mismo fué nombrado en 1761 intendente del Limosino, y allí ensayó en pequeño las reformas que queria aplicar en grande á la Francia, si algun dia llegaba á ser ministro. La abolicion de las gabelas ó servicio personal para la recomposicion de los caminos reales: la construccion de otros nuevos que todavia sirven de modelo en su género: los socorros domiciliarios en tiempos de escasez: los premios á la agricultura: la instruccion tan necesaria en las comadres ó matronas: la creacion de los primeros talleres de beneficencia que se habian visto en Francia, y otras muchas medidas, convirtieron aquella pobre y desgraciada provincia en una de las comarcas mas florecientes del reino, y atrajeron á su autor las bendiciones de todos los amigos de la humanidad. Esta voz fué escuchada por un príncipe animado, como dice muy bien Mr. Thiers, de las mejores intenciones, y el intendente de Limoges pasó á ser ministro de marina de Luis XVI. Apenas hizo ver en el consejo sus altas y profundas miras de reforma, cuando el monarca le confió el ministerio de hacienda bajo la condicion espresa de que no habia de haber *bancarrota, ni nuevos empréstitos ni nuevas contribuciones*. Con semejante pacto, claro es que no quedaba otro medio que el de las economías en los gastos inútiles y la simplificacion en el siste-

ma de cobranzas de los impuestos, á cuyo pago era menester sujetar á muchas clases exentas hasta entonces. Pero he aquí el grande escollo, donde se estrelló no solo la buena intencion y la fortuna de estos dos excelentes varones rey y ministro, sino tambien la suerte de la Francia que tuvo que comprar con torrentes de sangre lo mismo que hubiera adquirido en medio de la paz y en las dulzuras del reposo. Entonces se conoció la enorme falta que habia cometido Maurepas en levantar el destierro del antiguo parlamento, que inmediatamente se coligó con los privilegiados contra toda medida que pudiese ser útil al pueblo.

Los lectores podrán ver en el testo de esta historia los resultados de esta funesta coalicion, pues nosotros debemos ya limitarnos á decir que Turgot murió de un ataque de gota, que era hereditaria en su familia, el dia 20 de marzo 1781 á la edad de 54 años. Los que deseen adquirir mas noticias acerca de las obras, carácter, virtudes y trabajos de Turgot, podrán consultar con fruto la historia de su vida escrita por Condorcet; las memorias sobre su vida y obras por Dupont de Nemours; el 4.° tomo de la historia de Francia en el siglo XVIII por Lacretelle; el tomo 9.° de la historia de Francia por Anquetil y las consideraciones sobre la revolucion francesa de Madama Staël.

PAGINA 9.

3 Jacobo Necker, ministro de hacienda y despues primer ministro de Luis XVI, nació en Ginebra el 30 de setiembre de 1732, de una familia protestante, antigua y originaria del norte de Alemania. Recibió una educacion esmerada, y á fuerza de aplicacion y de estudio, llegó á familiarizarse con las mas difíciles cuestiones de la filosofia y de la política. Siguiendo el consejo de sus padres, se dedicó al comercio, y en el discurso de mas de 20 años, adquirió un caudal considerable y honroso; pero al cabo de este tiempo principió á mezclarse en asun-

tos de una naturaleza mas elevada. La república de Ginebra le nombró ministro residente en Paris, donde no tardó en darse á conocer por el *Elogio de Colbert* que publicó y fué premiado por la academia francesa. Despues dió á luz una obra intitulada *Ensayo sobre la legislacion y comercio de granos*, que sirvió de presagio para presumir que el autor de ella seria tarde ó temprano director de la hacienda pública. Nadie ignora que por aquel tiempo se hallaba esta en el mayor desórden, tanto por las prodigalidades de la corte, como por la avaricia de los cortesanos y mala reparticion de los impuestos. En medio de eso se hallaba ya resuelta por el conde de Maurepas la guerra de la independencia americana, y se necesitaban mucho dinero y grandes recursos, superiores á la capacidad de aquel ministro, por cuya razon le propuso al rey en 1776 para contador general de hacienda, en calidad de adjunto de Mr. Tauboreau. Por de pronto no se le dió á Necker mas que el título de director del tesoro real, pero al año siguiente fué nombrado director general de hacienda. Desde el momento que ascendió al poder, manifestó sus deseos de reformar la multitud de abusos que absorbian la mejor parte de las rentas del estado y paralizaban el crédito. Pero esta ciencia era del todo desconocida entonces y no se sabia mas que tomar prestado cuando ocurria alguna urgencia, en los mismos términos que lo hace un particular, es decir: arruinándose por lo comun, y sin acertar á salir de sus apuros sino con otro nuevo préstamo. Se ignoraba entonces lo que se sabe hoy, esto es, conciliar los intereses del prestamista con los del estado. Este último paga exactamente los réditos al que le facilitó el dinero, y el prestamista encuentra diariamente en la bolsa la proporcion de cobrar el capital que prestó, de lo cual nacen la confianza y el crédito. Pero todo esto se ha estado ignorando en Francia hasta el año de 1817.

Necker entró francamente en la via de las reformas que reclamaba el siglo, y, para obrar con mas libertad, renunció al sueldo que le correspondia por su destino.

Seria demasiado larga, para una nota, la historia de las operaciones económicas de este ministro durante sus dos administraciones, y no podemos menos de recomendar al lector aplicado que quiera estudiar esta parte de la economía pública, que consulte el *manifiesto* ú *compte rendú au roi* por el mismo Necker el año 1781, que es el mismo que á nosotros nos guia en este artículo biográfico. Pero no podemos dispensarnos de indicar siquiera las máximas, ó sean las bases sobre que fundó la marcha de su administracion. La primera y mas importante de todas es la publicidad en todas las operaciones de hacienda, por que ella sola impone á los ministros la precision de no escederse de sus facultades y obligaciones. La segunda es la necesidad de tener á la mano todos los elementos necesarios para saber á cada instante la situacion en que se encuentran las rentas. Tercera, no recurrir á empréstito de ninguna especie, mientras hubiese posibilidad de salir adelante con las economias y con la firmeza necesaria para resistir á las importunaciones y arterias de los cortesanos.

Necker se conformó de tal manera con el espíritu de estas tres máximas, que á pesar del déficit considerable que habia dejado Mr. de Clugny en 1776, y á pesar de los inmensos gastos de la guerra y los gruesos intereses de los empréstitos contraidos para ella, llegó á realizar un escedente de diez millones doscientas mil libras de entradas ordinarias sobre los gastos tambien ordinarios. Conseguido ya este admirable resultado formó el proyecto de crear la *caja de descuentos*, convertida despues, á principios de este siglo, en *Banco de Francia*, con el cual se facilitan tanto las transacciones comerciales, al paso que se modera el interes del dinero y se aumenta su circulacion. Suprimió todas las pensiones que no procedian de título oneroso ó de señalados servicios hechos al estado antiguos ó modernos. Reunió en la tesorería general todas las pensiones que antes se pagaban por una multitud de cajas ó rentas particulares. Redujo el número de los recibidores generales que era de 48 á solos 12,

y á estos los sujetó á una pauta comun para el órden de contabilidad, haciéndolos depender á todos del ministerio de hacienda que vigilaba sobre ellos. De este modo se les puso en la imposibilidad de prestar dinero, como lo hacian frecuentemente al rey, con los fondos mismos del estado, y de distraer estos en operaciones suyas privadas. Esta disposicion fué tambien estensiva á los recibidores del real patrimonio y á los de montes y bosques del estado. En una palabra, sufrieron una enorme rebaja los beneficios de los arrendadores generales, sin estinguir por eso la accion del interes individual, que es tan necesario conservar en la sociedad. Hizo con permiso y aprobacion del escelente rey Luis XVI considerables economias en los gastos de la casa real, que hasta entónces era un modelo de corrupcion y de desórden, asi en las mesas como en las provisiones para ellas. Hizo presentar y reconocer los títulos de las infinitas enagenaciones de dominios de la corona, que hasta entónces se habian prodigado, ó usurpado mas bien, bajo los mas vergonzosos pretestos; pero procuró, en medio de todo, que se respetasen los derechos adquiridos. Disminuyó el esceso de los sueldos en los principales empleados, y aumentó el de los subalternos que no estaban suficientemente dotados.

Imitando el ejemplo de Turgot, se propuso abolir las servidumbres reales y personales, aunque en escala menor que su predecesor, pues conoció que el medio seguro de no conseguir nada es intentarlo todo á un tiempo en semejantes crisis. Procedió pues con método en la abolicion de las gabelas, en la modificacion de la *talla* ó capitacion y en la reduccion del precio de la sal. Hoy se quejan mucho los franceses de que este artículo indispensable para el consumo diario les cuesta 46 millones de francos anuales, repartidos entre 33 millones de habitantes; y no se acuerdan de que, antes de la revolucion, estaban precisados los 24 millones de habitantes que constituian el pueblo contribuyente, á pagar 54 millones de libras en limpio. Mas no era esto lo peor, sino que

tambien habia una enorme desigualdad en el reparto de esta carga, pues estaban divididas las provincias en *comarcas de grandes alfolies, de pequeños alfolies, de salinas, de rediezmos y de exentos*, cuya monstruosa division era un manantial inagotable de contrabandistas. Necker propuso establecer el precio de la sal uniforme para todo el reino, fijándole á cinco sueldos la libra.

El fué el fundador del *monte de piedad*, que aunque bastante gravoso hoy mismo para los necesitados, fué entonces utilísimo, porque puso un freno á los usureros que desollaban á los pobres. Abolió con particular teson el bárbaro derecho de *manos muertas*, por el cual toda persona que moraba un año y un dia en una casa dependiente de ciertos señores, pasaba á ser esclavo del señor: y este señor solian ser los frailes ó los canónigos que desde el tiempo feudal gozaban este derecho. Tambien destruyó otro no menos repugnante ni de mejor origen, que era el *derecho de comitiva (droit de suite)* por el cual los señores de feudos situados en diferentes provincias, reclamaban la herencia de un hombre que habia nacido en su territorio, por mas que se hubiese ausentado de él despues de muchos años y hubiese fijado su domicilio en otro. Ultimamente, mejoró los hospitales, las cárceles y otra multitud de establecimientos públicos que necesitaban grandes reformas.

Cuando Necker publicó su manifiesto, cuya autenticidad era notoria á todo el mundo y mucho mas á sus cólegas, adquirió una popularidad general, no solo en Francia, mas en toda Europa. Pero por lo mismo, no dejó de causar celos á sus propios compañeros, que en cierto modo participaban con él del favor popular que era fruto de tales providencias. Este bajo resentimiento y algunas otras quejas procedidas de intrigas de corte, hicieron que principiáran á desairarle y disgustarle de mil maneras.

Una de ellas fué con motivo de la lectura de este mismo manifiesto que él quiso hacer en presencia del rey y de los ministros, pues aunque él tambien lo era, no te-

nia entrada en el consejo privado. Negósele esta gracia, ofreciéndole en cambio la *entrada en la cámara*, ó como si dijéramos la *Llave de Gentil-hombre*, que los cortesanos miraban como un singular favor en un hombre que no era noble. Entónces hizo renuncia de su destino, y lo que es mas, se le admitió, por no vencer ridículas preocupaciones. Esta falta fué una de las mayores que cometió la corte en aquellos tiempos.

Luego que salió del ministerio, publicó Necker una obra intitulada *administracion de hacienda* en 1784, de que se despacharon en pocos dias 80,000 ejmplares; y en ella fué donde los franceses se habituaron á pensar en las ciencias económicas, á juzgar de los actos del gobierno, y sobre todo, á conocer los abusos y los desórdenes. Siguiose á Necker el ministerio de Calonne, acerca del cual dice el testo de esta obra todo lo que conviene saber, y nosotros añadirémos tambien algunas noticias curiosas. Pero no puede omitirse que este nuevo ministro cometió, entre otras torpezas, la de desmentir los asertos de Necker, asegurando que, lejos de haber excedente alguno en las rentas, habia dejado en ellas un *déficit* de 140 millones de libras. Necker se ofreció á presentarse delante de los notables para justificar su conducta y sus guarismos, pero el rey no se lo permitió, y entónces publicó un escrito que le valió el destierro á 40 leguas de la corte. Algun tiempo despues cayó Calonne, y aunque el rey se inclinaba á llamar otra vez á Necker, no se lo permitieron los cortesanos, y fué nombrado el arzobispo de Tolosa. Se disolvió la asamblea de los notables, y principiaron las luchas del parlamento en los términos que dice Mr. Thiers, y se hizo la *convocacion de los estados generales*. No bien se habia pronunciado esta última palabra, cuando asustó á los mismos que la habian provocado. Inmediatamente se entorpeció la circulacion del numerario, se suspendió el pago de las contribuciones, y el ministro no encontró otro medio que el de pagar en abonarés que ganaban interes hasta fin del año siguiente. Entónces la inquietud general principió á

manifestarse y se temió un tumulto en la capital. Asustado el ministro, escribió á Necker proponiéndole que volviera á encargarse de la hacienda bajo su presidencia, pero este le respondió que, si le hubiese llamado á los principios, no hubiera tenido el menor inconveniente en ayudarle; pero que habiendo llegado las cosas al estado en que se hallaban, no queria comprometer su reputacion. En vista de esta carta, conoció el ministro que no habia otro recurso que ceder el puesto al favorito del pueblo, y en efecto se le nombró.

Con su vuelta á los negocios renació, como por encanto, la confianza pública, y en un solo dia subió el papel un 30 por ciento. Inmediatamente mandó poner en libertad á la diputacion de Bretaña que estaba presa en la Bastilla: llamó al parlamento que estaba desterrado, é hizo llegar á Paris con toda la diligencia posible los víveres que, por lo riguroso del invierno de aquel año, eran difíciles de reunir. Todas estas medidas fueron tomadas con tal acierto que la irritacion se calmó por sí misma, y aun llegó á convertirse en aplausos y gratitud. Entonces ya fué menester pensar en la organizacion de los estados generales, una vez que se les habia convocado, y nos remitimos al testo para la historia de este primer episodio de la revolucion. Cuando Necker se presentó en ellos el 5 de Mayo de 1789 excitó su presencia un entusiasmo general; pero su discurso, que duró tres horas, no agradó á la mayoria por haberse limitado á tratar solo de la hacienda, mientras que toda la atencion de la asamblea estaba tornada hacia la cuestion política del *voto por clases ó por individuos*. Se equivocó en pensar que la crisis era económica, cuando realmente era política y social: error muy perdonable en un hombre que habia pasado toda su vida pensando en remediar la llaga visible del estado, sin remontar al verdadero origen del cancer que devoraba á la sociedad. De aqui nació otro error de Necker, que ha tenido muy tristes consecuencias, y fué haberse imaginado que con su popularidad podria detener el movimiento de las pasiones en el punto en que estaba su propia inte-

ligencia. Mas no tardó en conocer lo que todavia no conocen hoy muchos que se tienen por grandes políticos, á saber, *que las medias concesiones no conducen á nada, y que los partidos no se satisfacen jamas sino con la victoria.* Necker abogaba por la causa popular, al mismo tiempo que pretendia mantener intacta la monarquia moderada, y mientras que aconsejaba al rey que prometiese la abolicion de los privilegios y la admision de todos los franceses sin distincion á todos los empleos civiles y militares, le instaba para que reusase todo establecimiento contra la monarquia templada. En una palabra, pretendia un imposible, no habiéndose preparado de antemano á preceder el curso de los sucesos.

Sabido es lo que pasó en la asamblea nacional, que todo puede resumirse en la célebre respuesta de Mirabeau á Mr. de Dreux-Brezé, y los fatales consejos que prevalecieron en la corte para mostrar una firmeza inoportuna que la costó tan cara. Afortunadamente Necker no tomó la mas ligera parte en ellos, ni aun quiso contribuir con su presencia en el gabinete; por que esto le valió su exoneracion del ministerio y la órden de destierro comunicada por una esquela del Rey el 11 de Julio cuando estaba comiendo con algunos amigos. Obedeció inmediatamente saliendo con su muger para Bruselas, sin que ni sus comensales, ni su misma hija supiesen una palabra hasta el dia siguiente. Este destierro fué el verdadero cañonazo de leva de la revolucion, y el que puso la pistola en la mano á Camilo Desmoulins para ir á arengar á los patriotas en el palacio real, de que resultó la ovacion del busto de Necker que fué llevado en triunfo por las calles. Bastó esta demostracion para que intimidada la corte, se apresurase á llamar otra vez á Necker, al paso que los príncipes Artois, Condé, Conti y la familia de Polignac abandonaban á Paris y á la Francia, dando este primer ejemplo á la emigracion. Volvió Necker en triunfo, siendo recibido por el cuerpo de electores que le esperaba reunido en el ayuntamiento y escoltado por mas de 200,000 ciudadanos que le colmaban de aplausos: mas

Biblioteca Universitaria - Oviedo

este dia que señaló el colmo de su popularidad, fue tambien el último de su influjo sobre las masas populares. El empeño con que solicitó la amnistia general, en que fué comprendido el baron de Bezenval, á quien el pueblo miraba como su enemigo, bastó para derribar en un momento el idolo de los patriotas y para hacerles olvidar todos los servicios que habian recibido de él. Tal es el pueblo frances: tales son todos los pueblos del mundo cuando estan agitados por las pasiones revolucionarias, sean políticas ó religiosas. ¡Desdichado de aquel que les sacrifique su propia razon y los principios de la filosofia.!

Desde aquel momento Necker no hizo otra cosa que luchar contra la revolucion: su influjo en la asamblea fué casi nulo durante todo el tiempo de su última administracion, y á pesar de sus esfuerzos, no pudo lograr que cesasen los apuros de la hacienda, que habian sido la ocasion pero no la causa de la revolucion. Cansado de discusiones inútiles, y de presentar proyectos que no eran comprendidos de la mayor parte y que se reusaban ó modificaban de un modo que les quitaba toda su eficacia, se decidió en fin á retirarse y presentó su dimision el 4 de setiembre de 1790, que fué admitida con gusto por todos los partidos. Con mucho mayor montó en el coche para su quinta de Coppet, cerca de Ginebra, donde acabó su vida el año de 1804. Solo nos resta decir para desengaño de los sedientos de popularidad, que el mismo que el año anterior habia atravesado las calles de Paris entre palmas y aclamaciones, fué acometido en su tránsito para Suiza por una multitud desenfrenada que quiso hacer pedazos su coche, y fué necesario un decreto especial de la asamblea para que le dejasen pasar.

PAGINA 9.

4 Aunque habrá pocas personas entre nuestros lectores que no tengan noticia del gran ministro de Luis XIV, Colbert, consideramos oportuno recordar algunos pormenores de la vida de este personage.

Juan Bautista Colbert, marques de Seignelai, nació en Rheims el 31 de Agosto de 1679, de una familia originaria de Escocia, y que se habia establecido desde el siglo XIII en la Champaña. Por mas antigüedad y blasones de nobleza que la adulacion haya inventado sobre el lustre de su familia, se sabe de un modo positivo, que su abuelo era un mercader de lanas de Rheims, y su padre no fué nombrado consejero de estado hasta despues de la elevacion de su hijo. Pero tenia Juan Bautista un tio que era secretario del rey, y comerciante bastante rico en Troyes, el cual le colocó de mancebo en casa de los Maseranni y Cenami, banqueros del cardenal Marazino. Este ministro tuvo noticia del talento y habilidad de aquel joven, y le confió sus negocios privados, nombrándole cerca de su muerte uno de sus albaceas y testamentarios. Bien puede contarse entre los principales servicios que este cardenal hizo á la Francia, el de haber preparado la confianza del rey en favor de Colbert. Asi fué que estando ya para morir, le escribió á S. M. las siguientes palabras: «Todo os lo debo Señor, pero «me parece que se lo restituyo en gran parte con solo « presentar á V. M. un hombre como Colbert.»

En efecto, despues de la desgracia de Fouquet, á que él no dejó de contribuir, se le confió el ministerio de hacienda, y no tardó en restablecer el órden, que su predecesor no habia dejado de trastornar. Entonces fué cuando principió el gran siglo de Luis XIV, en que se concedieron gratificaciones y rentas á los sabios naturales y estrangeros, haciéndolo respecto de estos últimos con tal finura y gracia, que solia escribirles: «Aunque el «rey no es vuestro soberano, desea ser vuestro bienhe«chor, y asi recibid la adjunta letra de cambio como una «señal de su aprecio y una prenda de su benevolencia.» Conociendo el rey por sí mismo el mérito de Colbert, le nombró superintendente de todos los edificios públicos, en los cuales procuró poner en contribucion asi las ciencias, como las bellas artes. Erigió en su misma casa la célebre academia de las inscripciones en 1663, y tres

años despues lo fueron la de las ciencias, y algo mas tarde la de arquitectura. No contento con haber restablecido la hacienda, y concedido estímulos á todos los hombres de mérito, llevó sus miras hácia la justicia, la policía, el comercio y la marina, nombrando un consejo especial para tratar estas materias, y formar aquellos magníficos reglamentos y ordenanzas que luego han venido á ser el fundamento de todo el derecho civil. Formó tres compañías de comercio, una para las indias Orientales, otra para las Occidentales, y la tercera para las costas de Africa, colmando á todas ellas de recompensas. Emprendió y ejecutó el famoso canal de Languedoc, con el objeto de dar comunicacion entre los dos mares, é introducir en el corazon de la Francia las mercaderías de todas las partes del mundo. Mandó construir en poco tiempo un gran número de navios y galeras, edificando arsenales en Marsella, Tolon, Brest y Rochefort, con todo el armamento necesario para el equípo de muchas flotas. Serian largas de referir las inumerables fábricas que se plantearon bajo sus auspicios, asi de telas de seda como espejos, hojas de lata, acero, porcelana, valdeses y otros artículos; de suerte que cada año de su ministerio puede señalarse con uno ó muchos establecimientos ó manufacturas útiles. Y no se crea que para esto aumentase los impuestos públicos, al contrario, desde el primer año que entró en el ministerio los rebajó en mas de tres millones de francos. Hubiera sido no poca fortuna para la Francia si todo el gabinete de Luis XIV hubiera observado las mismas economias que Colbert; pero lejos de eso atribuyen sus biógrafos la cruel enfermedad y pronta muerte que le sobrevino á los disgustos y pesadumbres que le ocasionaba la prodigalidad del ministro de la guerra Louvois, y, mas que todo, su dureza con los infelices contribuyentes. Lo cierto es que aquel digno ministro acabó de ser el mártir del bien público el dia 6 de setiembre de 1683, á los 64 años y seis dias de su edad.

PAGINA 9.

5 Maximiliano de Bethume, baron de Rosni, duque de Sully, mariscal de Francia y principal ministro de Enrique IV, nació en Rosni en 1559, de una familia ilustre y ya conocida desde el siglo X. Desde muy jóven fué presentado á la reina de Navarra y al rey Enrique, con quien desde entonces continuó recibiendo las lecciones del preceptor de aquel príncipe Florencio Chretien, y se encontró á su lado cuando se verificó la horrenda matanza del dia S. Bartolomé. Es inútil decir que estando agregado al servicio de aquel príncipe se halló en muchos encuentros, conduciéndose con tal denuedo, que habiéndolo sabido su amo le dijo «Rosni, no es aquí «donde yo deseo que espongais vuestra vida. Aplaudo «vuestro valor, pero deseo que le empleis en mejores «ocasiones.» Fueron estas tantas y tan repetidas, que no es cosa de prolongar con ellas esta nota, pudiendo los curiosos consultarlas, ya en la vida de Enrique IV, ya en las inumerables biografías que corren de estos dos héroes. Nosotros debemos limitarnos á indicar que no solo fué un valiente y distinguido militar, mas tambien un gran político y administrador. Su embajada á Inglaterra, inmediatamente despues de la muerte de Isabel, produjo el gran resultado de decidir á su sucesor en favor de la causa de Enrique IV. A su vuelta le nombró el rey secretario de estado en 1594, miembro del consejo de hacienda en el de 1596, superintendente de este ramo en el de 1597, y gran maestre ó director de artillería en el de 1601. En cada uno de estos empleos se distinguió de una manera notable, si bien su principal reputacion está ligada con el órden y economía que introdujo en la hacienda durante su administracion. Baste decir que con solos 35 millones de francos á que entonces ascendian las rentas de la corona, pagó doscientos millones de deudas en el espacio de diez años, y dejó en reserva 30 millones en metálico encerrados en la Bastilla,

Nada dirémos de su constancia y casi perpetuidad en el trabajo, porque es evidente que sin ellas no hubiera podido desempeñar ni aun la mínima parte de sus encargos. Tampoco podemos detenernos á referir una multitud de rasgos, ya de benevolencia, ya de lealtad y cariño al rey su amigo, ya tambien de dureza y severidad con los que pretendian agravar el erario, abusando de la natural generosidad del rey. Pero no debemos omitir una anécdota que, por ser poco comun y pintar vivamente el carácter de aquel honrado ministro, merece citarse. Habiendo muerto Enrique IV, y sucedídole en el trono su hijo Luis XIII, se habia retirado Sully á su casa de Rosni, sin ocuparse de otra cosa que de escribir sus memorias, que él intitulaba *las economias reales*. Todos saben la inmensa distancia que había en el carácter, virtudes y aun vicios de Enrique IV respecto á su hijo, y asi no tardaron los negocios en resentirse de la debilidad de su gobierno. Para remediar en parte los males, y sobre todo las escaseces que ya se resentian demasiado en su corte, mandó el rey venir al anciano Sully para que le auxiliara con sus consejos. Obedeció el viejo ministro, y encontró al soberano rodeado de una porcion de petimetruelos y botarates de su corte que le rodeaban y parecian tomar parte en la conversacion. En vista de lo cual, indignado Sully le dijo: «Señor, cuando el rey vuestro padre me hacia el «honor de consultar conmigo, jamas hablábamos de nego«cios sin haber hecho salir á la antecámara á todos los «rufianes y bufones de la corte.»

En 1634 habia sido nombrado mariscal de Francia en cambio de la direccion de artillería que renunció, y siete años despues falleció en su casa de campo de Villebou, el 21 de Diciembre de 1641, á los 82 años de su edad.

PAGINA 11.

6 Carlos Alejandro de Calonne, hijo del primer presidente de Doucis, nació en esta ciudad el año 1734. Su familia le destinaba á la magistratura, y en efecto

principió sus estudios relativos á ella; mas apenas habia sacudido el polvo de las escuelas, cuando recibió el nombramiento, primero de fiscal del parlamento de Flandes, y en 1762 el de relator del consejo de estado, con el especial encargo de los negocios relativos al clero y á la magistratura. Estando desempeñando este destino, tuvo algunas conferencias con Mr. de la Chalotais (véase su nota), fiscal general del parlamento de Bretaña, mas no tardó en convertir su papel de confidente en el de falso amigo y en el de acusador. Cualquiera habria creido que semejante infamia y la reprobacion general que fué consiguiente á ella, le hubiesen cerrado para siempre la carrera de los honores, en una época en que ya la opinion principiaba á ser una potencia. Pero tenia tantos y tan buenos protectores en la corte, que lejos de cubrirle de ignominia *este señalado servicio*, le valió la intendencia de Metz, y poco tiempo despues la de Lille, que era una de las mejores de Francia. No le faltaba talento ciertamente, pero solo le empleaba en la intriga y en los placeres, como un hombre ansioso de deleites, de riquezas y de mando, á quien le son indiferentes todos los medios de conseguirlos. No le quitaba el sueño el porvenir, con tal que en lo presente satisficiese sus gustos, sus caprichos y su decidida aficion á la mesa, al juego y á las mugeres. Tenia una imaginacion viva y se esplicaba con gracia y facilidad, bien que su atolondramiento solo viese la superficie de los objetos. Era alto, bastante bien formado, andaba con desembarazo, y tenia un semblante y un modo de mirar espresivos, aunque se echaba de ver su desconfianza general en la risa sardónica con que recibia á los que se le presentaban. En una palabra, reunia en su persona la viveza de un militar jóven, el atolondramiento de un escolar, la elegancia y presuncion de un petimetre, el orgullo de un diplomático y la pedantería de un magistrado. Asi es como le retrata un contemporáneo suyo, en quien no es de sospechar gran parcialidad, supuesto que le elogia de no haberse enriquecido á costa del erario, aunque podia haberlo hecho. De cualquier modo que sea,

Universitaria Oviedo

el nombre de este personage está enlazado con todas las faltas que apresuraron la caida del antiguo gobierno. Vamos pues á seguirle lo mas sumariamente que podamos.

Su nombramiento de superintendente general de hacienda fué el fruto de una intriga manejada por el rico banquero M. d'Harvelay, ó mas bien por su muger, que queria derribar á M. d'Ormesson, para colocar en la corte *al amiguito de casa*. Cualquiera otro que Mr. de Calonne se hubiera estremecido al ver el deplorable estado en que se hallaba la hacienda pública; pero él por el contrario se aseguró el apoyo de los cortesanos, ponderando la multitud de recursos que aun habia, y la novedad de los planes que decia tener en su cabeza. Ni el fausto de la corte, ni la repeticion y magnificencia de las fiestas que en ella se celebraban, mientras que el pueblo perecia de miseria, nada bastó para acobardar á nuestro superintendente. Antes por el contrario, entre una pirueta y un chiste, anunció su entrada en los negocios con dos decretos, de los cuales el uno era una manifestacion del *déficit* de las rentas, y el otro un proyecto de reembolso de la deuda por medio de unos empréstitos sin combinacion, sin garantía especial, y por consiguiente sin que pudieran realizarse. Sin embargo, se estableció una caja de amortizacion, pero sin fondos especiales para atender á los reembolsos, como ha estado sucediendo en España durante años y años. Verdad es que en el preámbulo de cada decreto no faltaba la cláusula de que habria el mayor órden y economía en todo, prometiendo las mas saludables reformas, pero al dia siguiente el embrollo y los desórdenes crecian en una progresion asombrosa. Se hicieron adquisiciones que no servian para nada, al paso que se regalaban los dominios de la corona bajo el nombre de permutas, en las cuales tampoco se olvidaba á sí mismo. Entre las diferentes especulaciones de este género no debemos olvidar el monopolio de los granos, conocido en la historia de aquel tiempo con el nombre de *pacte de famine*. Mas no se crea que fuese Calonne el inventor de este horrible tráfico, sino que venia ya del tiempo de

Luis XV, en que bajo un pretesto muy útil y benéfico se sorprendió la religion de aquel rey y se hicieron cosas que parecen hoy increibles.

Entretanto el *déficit* crecia como la espuma, y aunque no lo negaba el ministro, tenia la serenidad de atribuirlo á sus predecesores, (V. la nota relativa á Necker) sin que le sacasen los colores al rostro los muchos que le repetian la equivocacion de su aserto. Pero creyó responder sin réplica á su predecesor, haciéndole desterrar porque intentaba defender su honor.

La única idea buena que tuvo entonces Calonne, y que muy gratuitamente se ha atribuido á Clariere, fué el plan de refundir las monedas de oro y plata, cuyo valor intrínseco no estaba en proporcion con las demas de Europa, y la diferencia pesaba sobre la Francia. Si los conocimientos químicos hubiesen estado entonces tan adelantados como ahora, se hubiera podido ahorrar una segunda operacion que se ha hecho últimamente para estraer la porcioncita de oro que hay en las de plata: operacion que se necesita tambien con urgencia en España para conservar el equilibrio y verdadera correspondencia de unas monedas con otras.

En todos los demas asuntos que manejó durante su ministerio no se vieron mas que contradicciones, farándulas y superficialidad. Por ejemplo, siendo todavía intendente, se habia opuesto terriblemente á la creacion de las administraciones provinciales, y luego que fué ministro, lo primero que hizo fué proponerlas á la asamblea de los notables que se apresuraron á aprobarlas. Verdad es que él no habia propuesto esta medida sino para conciliarse los ánimos y conseguir por este medio que se adoptasen sus planes de hacienda; pero los notables habian conocido sus intenciones y los desaprobaron todos. Esta derrota le volcó del ministerio, á pesar de los folletos y de las intrigas con que procuró desacreditar á sus compañeros, que eran de distinta opinion. Recibió órden del rey de trasladarse á la Lorena en calidad de desterrado, y debe decirse en honor suyo, que ni esta severidad,

ni el ejemplo de tantos cortesanos, que no abrazaron la causa de la revolucion sino por odio á la corte, pudo separarle del partido del rey y de los principes sus hermanos. Volvió á Paris el año 1790, y no tardó en ir á reunirse con ellos en Coblentz, donde le encargaron de la administracion de sus fondos, en la cual se condujo con mucha mayor economía que cuando manejaba los del erario frances.

Desde esta época es ya inutil seguirle en sus repetidos viajes á las cortes estrangeras, formando siempre planes y mas planes para formar la contrarevolucion, de los cuales unos fueron descubiertos y otros no fueron aprobados ni mucho menos seguidos. El peor de todos fué la fabricacion que hizo en Lóndres, con harto vergonzosa tolerancia del gobierno ingles, de una enorme masa de asignados falsos, causando la ruina de una multitud de familias de acreedores del estado, que ninguna culpa tenian de aquellos sucesos. Por último, despues de haber sido objeto de la desconfianza de su propio partido que le tenia por moderado y aun casi por republicano, se aprovechó de la amnistía en favor de los emigrados y volvió á Paris, donde murió el 19 de Octubre 1802.

PAGINA 12.

7 Luis Renato de Caradelle de la-Chalotaís, fiscal general del parlamento de Bretaña, tenia ya 60 años cuando principió á adquirir reputacion por sus *manifiestos*, ó llámense *informes acerca de la constitucion de los jesuitas*. En ellos dice, hablando con el parlamento de Rennes en Diciembre de 1761 y en Mayo de 1762, «no «conozco pais alguno, sea monárquico, ó aristocrático ó «repulicano, en que pueda hermanarse con sus leyes «la constitucion de los jesuitas.» Estas severas palabras le costaron tan caras como era de recelar del furor de los partidarios de aquella compañia, quienes aguardaron con disimulo la primera ocasion de la venganza. Bien sabidas son por varios pasages de esta misma obra las dificulta-

des que opusieron los parlamentos, y en particular el de Bretaña, á conceder el pase de los decretos sobre contribuciones, en cuyos debates se distinguió mucho la-Chalotais. Llegaron estos á tal punto, que produjeron la prision de este último, de un hijo suyo y de tres consejeros mas que habian opinado por la resistencia. Sus acusadores fueron Calonne y el duque de Aiguillon, de quienes se queja amargamente la-Chalotais en una memoria escrita en un calabozo del castillo de San Maló que termina por estas palabras «he escrito estas líneas con «una pluma hecha de un mondadientes, sirviéndome de «tinta el hollin de la chimenea, mezclado con un poco «de vinagre y azucar, y sin tener otro papel que las en«volturas del chocolate.» Cuando Mr. de Voltaire leia esta memoria dijo con indignacion que *el mondadientes de la-Clalotais gravaba para la inmortalidad.*

La segunda memoria tiene la fecha de Londres en 1788, y en ella está la historia de las turbulencias de Bretaña, con algunas buenas reflexiones sobre las leyes criminales; pero no quiso publicarla durante su vida, sino que la dió á luz su hijo tres años despues de la muerte de su padre que falleció en 1785. Este ilustre magistrado es autor de un *ensayo de educacion nacional, ó plan de estudios para la juventud*, del cual decia Voltaire que debia intitularse «instruccion de un hombre de estado para ilustrar á sus conciudadanos.»

PAGINA 13.

8 Armando Tomas de Miromenil nació en 1723 en el Orleanes, y estuvo al principio agregado al consejo general, y despues en 1755 nombrado presidente del parlamento de Rohan. Fué desterrado como los demas magistrados por el canciller Maupeou, pero este mismo destierro fué ocasion de su fortuna política, porque empezó á frecuentar durante él la casa de campo de Pont-Chartrain, en calidad de amigo del conde de Maurepas, y cuando este llegó á ser primer ministro, le nombró

guarda-sellos y ministro de la justicia. Bajó bastante su favor con la muerte del primer ministro, pero le sostuvo Mr. de Vergennes y la confianza de S. M. hasta la primera asamblea de los Notables. Salió entonces del ministerio tan pobre como habia entrado en él y sin solicitar recompensa alguna. A poco tiempo se retiró á su casa de campo, donde murió el dia 6 de Julio de 1796. El principal beneficio que resultó de su ministerio fué la abolicion del tormento en lo que entonces se llamaba *cuestion preparatoria.*

PAGINA 14.

9 El abate de Vermont, lector de la reina de Francia, estuvo al principio empleado en la biblioteca del colegio Mazarino, y luego le enviaron á Viena en calidad de preceptor de Maria Antoneta de Austria, que fué despues reina de Francia. Habiendo encargado el duque de Choiseuil al obispo de Orleans que escogiera para aquel destino un eclesiástico instruido y de buenas costumbres, consultó al arzobispo de Tolosa Brienne, quien puso la vista en el abate de Vermond. Este enseñó á la joven archiduquesa á leer y escribir, los principios de religion y de lengua francesa, procurando hacerse agradable y ganando su confianza. Luego que esta señora llegó á ser reina de Francia, le nombró lector suyo, y le conservó cerca de su persona una entrada familiar, gozando él en el ánimo de su ama aquel crédito que dá una antigua costumbre. El era quien escribia casi todas sus cartas y quien la instruia de todo cuanto pudiera serla útil, de suerte que si hubiese tenido mas ambicion, hubiera podido hacer mayor papel; pero se contentó con disfrutar secretamente su favor sin escitar la envidia, reusando los halagos de los cortesanos, y limitándo su trato á las sociedades subalternas. Sin embargo, como dice muy bien Mr. Thiers, él fué quien elevó al ministerio á su bienhechor Mr. Brienne, proporcionándole el favor de la reina y el de las damas de la corte. Pero lograron apartarle de su señora en Junio de 1789, y emigró despues del 14 de Julio.

PAGINA 14.

10 E. C. de Lomenie de Brienne, cardenal arzobispo de Sens, nació en Paris en 1727, y desde su juventud se ligó con los enciclopedistas, lo cual no le impidió ganar la confianza del obispo de Orleans que tenia la bolsa de los beneficios eclesiásticos, y que le nombró obispo de Coudom y luego arzobispo de Tolosa. Se distinguió en este destino por su aplicacion á los negocios de la provincia y llegó á ser primer ministro de Luis XVI, en cuya época se hizo nombrar á sí mismo arzobispo de Sens, y á su salida del ministerio obtuvo el capelo de cardenal, que es á lo que aluden las indirectas de Mr. Thiers. La mania de las reformas é innovaciones, que habia tomado de los economistas, le hizo inmediatamente odioso á toda la Francia, y el odio general le obligó muy pronto á dar su dimision, pues de todas partes llegaban folletos y sátiras que no le dejaban en paz. Desde el principio de la revolucion se mostró partidario suyo y aun se alababa de haberla preparado: en los negocios eclesiásticos y de religion tuvo la misma incertidumbre que en los del estado, y despues de haber prestado juramento á la constitucion y reusado la mitra de Tolosa, confesó que no hacia caso alguno de ella y juró observarla de nuevo; procuró dar sus escusas al papa y despues le devolvió el capelo de cardenal. Su Santidad, despues de haber admitido su renuncia á la púrpura romana, le declaró depuesto de ella, y el arzobispo murió en Sens en los últimos dias de febrero de 1794, cubierto de herpes y de otras varias enfermedades. Aunque carecia de instruccion literaria y solo hubiese escrito algunas pastorales y un elogio fúnebre del Delfin, no por eso dejó de ser miembro de la academia francesa.

PAGINA 14.

11 C. F. de Lamoignon, presidente del parlamento

de Paris, sucedió á Mr. de Miromenil en la plaza de guarda-sellos, y todavía cuando se suscitaron estas disputas de que habla el testo entre la corte y los parlamentos, participó de los proyectos y desgracia del cardenal de Brienne, sin haber tomado parte, á lo que se cree, en sus defectos ni en sus miras ulteriores. En 1789 le encontraron muerto en su parque con una escopeta al lado, y unos creyeron que habia sido asesinado, y otros en mayor número que se habia matado á sí mismo ó bien de intento ó por casualidad. Tenia entónces muchas deudas y dejó á su familia casi arruinada; pero apesar de eso le querian mucho sus parientes y tenia muchas virtudes privadas.

PAGINA 17.

12 José Duval de Espremenil nació en Poudicheri en 1746. Fué primero fiscal de la audiencia de Chatelet, despues consejero en el parlamento de Paris y diputado por la nobleza de aquella capital en los estados generales de 1789. Era hombre de talento y de probidad notoria, pero tenia una imaginacion demasiado viva y un carácter sobradamente confiado, que le hicieron ser el juguete de varios charlatanes empíricos ó políticos, á punto de ser un entusiasta del magnetizador Mésmer. No carecia de erudicion ni de una elocuencia varonil, acompañadas de una voz sonora y de una memoria prodigiosa, cuyas dotes le adquirieron el respeto de sus compañeros y aun de toda la Francia. La ocasion de esta celebridad fué la siguiente. El hijo natural del célebre y desgraciado general Lally-Tolendal, que fué decapitado en tiempo de Luis XV, seguia en el tribunal de Casacion un pleito dirigido á rehabilitar la memoria de su padre, á quien pretendia haber injustamente condenado el parlamento de Paris. Precisado este á defender su fallo, echó la mira sobre Espremenil para que le defendiese, tanto mas cuanto era sobrino de Mr. de Leyrit, intendente de Pondicheri, á quien Lally se habia visto precisado á acusar para justificar la memoria de su padre. Mas á pesar de la brillan-

tez y elocuencia de sus alegatos, y de la gracia y sensibilidad con que estaban escritos, no pudieron prevalecer contra los vehementes discursos de su adversario, sino que se confirmó la sentencia.

El éxito de este recurso aumentó sobre manera su reputacion, pero no tardó en presentársele otra ocasion y otro teatro para desplegar su talento. Acababa Mr. de Brienne de entrar en el ministerio, y tenia el proyecto de variar la forma del gobierno. Resistíase el parlamento, y algunos consejeros vendidos al duque de Orleans procuraban azuzar á Espremenil, para que abusando de su propia vehemencia saliese de los límites que se habia propuesto y sirviese á los planes de la faccion. Se dijo tambien entonces que lograron llevarle á las reuniones de casa de Duport, que era uno de sus compañeros. Lo cierto es que en la sesion del parlamento de 19 de noviembre de 1787, rebatió con tanta elocuencia los proyectos de contribucion del ministro, y supo mover con tal arte el corazon de Luis XVI, que hubo momentos en que se creyó que iba á convocar los estados generales. Advertido poco despues de que se estaban imprimiendo en Versalles los decretos de que habla Mr. Thiers, compró por 500 luises de oro un ejemplar de prueba, y dió cuenta de él al parlamento. Las consecuencias de este paso pueden verse en el texto.

Cuando volvió de su destierro en 1789, fué elegido diputado de la nobleza, y defendió el principio monárquico contra los innovadores con tanto fuego como cuando habia atacado el despotismo de los ministros. Era tal su entusiasmo por impedir la reunion de los dos cuerpos privilegiados con el estado llano, que cuando hablaba de este le comparaba á los comunes de Inglaterra en tiempo de Carlos I, y en verdad que no le engañaron sus presentimientos. Pero desde que se verificó la dicha reunion no quiso subir á la tribuna sino muy rara vez, porque la violencia de su carácter no le permitia esplicarse en una asamblea donde estaba seguro de que habia de ser interrumpido. Sin embargo no dejó de manifestarse siempre en oposicion directa con Mirabeau, con Necker y en gene-

ral contra todos los proyectos en que se trataba de envilecer la autoridad real. Firmó todas las protestas que se hicieron aquel año contra el acta constitucional. El 27 de julio de 1792, fué asaltado en el terrado de los Fuldenses por un tropel de hombres armados que le llevó desde Tullerías al palacio real, donde le dieron una porcion de sablazos, en términos que hubieran acabado con él, si una guardia no hubiese acudido á su socorro, sacándole ya desnudo, cubierto de sangre y casi muerto de las manos de sus asesinos.

Luego que se restableció de sus heridas, le aconsejaban sus amigos que saliese de Francia, pero él lo reusó diciendo que debia seguir todas las vicisitudes de una revolucion, de que él habia sido uno de los primeros motores. Finalmente en el mes de setiembre 1793 fué arrestado por el diputado Louchet, y el tribunal revolucionario le condenó á muerte como conspirador. Cuando le llevaban al suplicio iba insultándole, como acostumbra, el populacho, y alcanzando á ver al corregidor Petion le dijo « Mírate en mi espejo, porque yo tambien he « sido el ídolo del pueblo. » Prediccion que no tardó en cumplirse y de un modo harto mas terrible. Pocos minutos antes, estando Lechapelier preparado á ir al suplicio con Espremenil, le dijo: « Por cierto que nos ponen en « una terrible duda en estos últimos momentos. ¿Qué du- « da? La de saber cuando vayamos juntos en la carreta, « á quien de nosotros dos se dirigen los insultos del pue- « blo. A ambos, respondió Espremenil. » Murió á la edad de 48 años.

PAGINA 17.

13. Adriano Duport, consejero del parlamento de Paris y diputado de su nobleza en los estados generales, pronunció en ellos un discurso muy profundo sobre el estado de las cortes de Europa y sobre el modo de introducir en ellas la revolucion. En 1788 se reunian en su casa todos los enemigos de la corte, y allí formaban sus

planes que luego se fueron poniendo en ejecucion. En la sesion del 28 de julio 1789 propuso que se nombrára una comision para conocer de los delitos de alta traicion, que fué la que luego dió origen al tribunal de vigilancia. El 6 de agosto insistió vivamente en la abolicion de los derechos de la nobleza y supresion de las gabelas. No se le ocultaba ya en aquella época el proyecto de Robespierre, Camilo de Desmoulins y sus camaradas, de formar un gobierno republicano, puesto que cuando vinieron á decir á la asamblea el dia 31 que una porcion de facciosos reunidos en el palacio real amenazaban asesinar á una parte de los diputados, dijo: «¿qué tenemos que temer de 15 «ó 20 mil personas erigidas en república, sin leyes, sin «constitucion y que ni siquiera se entienden entre sí?» El dia 5 de octubre se acaloró mucho contra los guardias de corps, á quienes asesinaron pocas horas despues. El 23 habló en favor de que se concediesen los derechos de ciudadanos á los protestantes, á los judíos, á los cómicos y aun á los verdugos. Ultimamente él promovió todas aquellas cuestiones que hoy vuelven á mirarse por algunos como absolutamente necesarias: *verbi gracia* la abolicion de la pena de muerte: la prohibicion de que los diputados admitan empleos del gobierno: la abolicion del derecho de gracia en el monarca: la participacion de la cámara de diputados al derecho de hacer la guerra y la paz etc. etc.

El dia 10 de junio de 1791 fué nombrado presidente del tribunal criminal de Paris, y en calidad de tal tomó las declaraciones á Luis XVI sobre su fuga á Varennes. Desde aquella época ya afectó mayor moderacion en sus principios políticos, y aun se declaró uno de los partidarios de la inviolabilidad de la persona del rey. Despues de la terrible jornada del 10 de agosto 1792 huyó de Paris, pero fué arrestado en Melun en el mes de setiembre y logró escaparse. Por último se retiró á Suiza y murió en Appenzell en agosto del año 1798. Adriano Duport, sin ser el mas brillante, era quizas el mas profundo orador de la asamblea: reunia la astucia á la pene-

tracion, y combinaba y dirigia con acierto la marcha de sus asociados.

PAGINA 21.

14 Luis Felipe José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, nació en S.t Cloud el 13 de abril 1747. Su primitivo título fué el de duque de Montpensier, y por la muerte de su abuelo heredó el de duque de Chartres en 1752. Todos cuantos le conocieron en su juventud están conformes en elogiar, no solo su linda figura, mas tambien las prendas de su alma, que con una regular educacion hubieran hecho de él un hombre muy apreciable. Efectivamente, era un jóven de mucha amabilidad cuando se casó con Luisa María Adelaida de Borbon, hija del duque de Penthievre, y digna heredera de las virtudes paternas. Celebróse el matrimonio en la capilla real de Versailles, y se cuenta que para recibir la bendicion nupcial no se habia colocado al lado del altar que le correspondia: advirtióselo uno de los concurrentes y el novio saltó por encima del vestido de la novia para ponerse al otro lado. Esta viveza de muchacho escandalizó á los viejos y graves cortesanos que no acertaban á transigir con ninguno de los derechos de la etiqueta. Era sumamente diestro en todos los ejercicios del cuerpo y ninguno montaba á caballo ni conducia un birlocho mejor que él por las calles de la capital. A imitacion de su amigo el príncipe de Gales, brillaba en las carreras de caballos, cuya moda introdujo en Francia, y su ejemplo no dejó tambien de ser imitado por el señor conde de Artois y por otros muchos señores de la corte, quienes dieron en entregarse á los placeres, que no siempre eran dignos de su rango. Este era el defecto principal de la nobleza de aquel tiempo, de no respetar en manera alguna las costumbres, como se veia frecuentemente en el trono mismo de Luis XV. De aqui se seguian tantos folletos y libelos en que mezclando lo fingido con lo cierto, se desacreditaba al duque de Orleans, como se desacreditó despues á la infeliz María Antoneta. No es esto decir que la

conducta de aquel príncipe no lo mereciese, pero la verdad es que dentro de su casa era adorado de todos, porque no solo era inclinado á la beneficencia, sino que gustaba de que solicitasen su proteccion, si bien degeneraba algunas veces en exceso de familiaridad.

En medio de sus inmensas riquezas gastaba tanto, que al fin le fué indispensable contraer deudas, que, sea dicho en verdad, no pagaba como otros con los fondos del estado; pero en cambio de eso, se metió en especulaciones vergonzozas que estuvieron á pique de hacerle perder toda la popularidad de que era idólatra. Una de ellas fué la apertura de toda esa multitud de tiendas que alquiló en el palacio real, haciendo perder mucho de su valor á las casas de todos sus vecinos. En Inglaterra nadie hubiera dicho una palabra de semejante especulacion, porque están acostumbrados á que los nombres mas ilustres se asocien á las empresas industriales; pero en Francia chocaba esto mucho con las ideas recibidas acerca de la dignidad de los nobles. Mas no estaba lejos el tiempo en que debia principiar su fatal carrera política, porque desde 1771 fué uno de los príncipes de la sangre que se opusieron á la disolucion de los parlamentos bajo el ministerio de Meaupou, y como ellos fué desterrado por no haber querido tomar asiento en el nuevo que creó aquel famoso canciller. Luego que Luis XVI restableció los antiguos cuerpos judiciales volvieron los príncipes á tomar su asiento y se creyó terminada la lucha contra el poder; pero no tardó en renovarse con ocasion de la guerra de independencia de los Estados Unidos, en la que solicitó el duque ir á servir como voluntario en la escuadra del almirante D'Orvilliers que cruzaba en la Mancha. Hizo dos campañas de meras evoluciones en el oceano y en el mediterráneo en 1777, y ya en el de 78 nombrado teniente general de la real armada pasó revista á las tres escuadras reunidas en el puerto de Brest, se le dió el mando de la division azul que debia ir á batirse con la del almirante ingles Keppel. El 27 de julio se libró el combate de Ouessant en que, segun el parte

del ministro de la guerra al almirante de Francia, se portó con valor y serenidad. Luego que la flota volvió á Brest, marchó el príncipe á Paris, donde fué recibido con entusiasmo, tanto que al entrar en la ópera le cubrió el público de aplausos. El rey no creyó poder recompensarle mas dignamente, que encargándole de la distribucion de premios que habian de darse á los oficiales de las tres escuadras. El duque se volvió á bordo de su division y tomó de nuevo el mando en un crucero cerca de las Sorlingues; pero durante su ausencia no perdieron el tiempo sus enemigos para indisponerle con la corte, inspirando desconfianzas sobre sus proyectos de ambicion. Es de advertir que ya muy anteriormente existia cierta enemistad entre él y la reina, á resultas de que desde el primer año del reinado de Luis XVI, cuando el archiduque Maximiliano de Austria vino á ver á su hermana, esta no queriendo privarse algunos momentos de su compañía, ó por otra razon cualquiera, le disuadió de ir á hacer visita á los príncipes, cosa que llevaron muy á mal todos ellos y en particular el duque de Chartres. Desde entonces ya se principió una especie de hostilidad entre el príncipe y María Antoneta: hostilidad funesta que debia ocasionar para ambos las mas tristes consecuencias. A este frivolísimo pretesto se añadió otro motivo que le llegó mas al alma y fué que le negaron la supervivencia del empleo de almirante de Francia que desempeñaba entonces su suegro el duque de Penthievre, dándole en su lugar el nombramiento de coronel general de húsares. Desde entonces dejó de presentarse en Versalles, viviendo en la intimidad de algunos amigos, cuyas costumbres eran relajadísimas.

De resultas de un viage que hizo á Lóndres en que trabó estrecha amistad con el príncipe de Gales, (Jorge IV) y otros señores, vino prendado de la sencillez del traje que usaban los ingleses y que contrastaba tan directamente con el lujo y oropel que se usaba en Francia; y así empezó á vestirse como la gente del pueblo, cuya moda imitaron muy pronto los demas grandes y hasta la

misma corte. Semejante innovacion no podia menos de agradar al público porque era un principio de igualdad. La reina misma adoptó la manía de presentarse en lo que se llamaba *el negligé*, y sabe Dios qué de daños sufrió injustamente por él la reputacion de aquella señora y el influjo que tuvo en su catástrofe!

Para no repetir la relacion de los sucesos en que estuvo enlazado el nombre del duque de Orleans, de los cuales unos constan en el testo y otros pueden verse en algunas de nuestras notas, nos vemos precisados á seguir su carrera política con alguna sequedad. Decimos pues que en la convocacion de la asamblea de los notables, le tocó por su clase y por orden de primogenitura la presidencia de la tercera comision de las siete en que se dividieron dichos notables. Algunos meses despues, esto es el 19 de noviembre 1787, se verificó aquella famosa sesion real, en que interrogado el rey por sus propios súbditos, se vió precisado á responder ante ellos como un acusado á quien se va á juzgar. Fué ciertamente una imprudencia de los ministros hacer que Luis XVI asistiese en persona á la deliberacion, porque tuvo que escuchar verdades demasiado enérgicas que dichas cara á cara siempre debilitan el prestigio del trono. Para poner término á la discusion concluyó Mr. de Brienne pidiendo el pase á los decretos, y entonces se levantó el duque de Orleans y dijo: « Señor me atrevo á preguntar á V. M. si la presente « sesion es una sesion real ó una cámara de justicia. » Es una sesion real respondió el monarca. « Sin embargo, « Señor, replicó el príncipe, nada veo aqui que no carac- « terice una cámara de justicia, mientras que vuestros fie- « les súbditos tenian motivos para esperar que V. M. no « recurriria á una fórmula contraria á las leyes del reino. « Le pido pues que me permita depositar en el seno del « tribunal la declaracion de que miro este pase de los de- « cretos como ilegal. Para descargo de mi conciencia y de « las personas que se quiere suponer han deliberado, se- « ria indispensable añadir que lo han hecho por espreso « mandato del rey. » El ministro no respondió una palabra

ni el rey halló tampoco nada que contestar á unas espresiones que jamas se habian oido semejantes en la boca de un príncipe. En seguida salió acompañando al rey hasta la puerta y cuando volvió á entrar en el parlamento, todos le cubrieron de aplausos. Al dia siguiente se halló con una orden de destierro á Villers-Cotterets, y por mas solicitudes que se hicieron por parte del parlamento no quiso el rey levantarle el destierro hasta que al fin cedió á la mediacion de S. M. la reina.

Cuando volvió á Paris era precisamente en los momentos en que Luis XVI se habia visto precisado á volver á llamar á Necker, á causa de no haberse podido realizar los planes de Calonne y de las escaseces que sufria la poblacion. Fueron admirables, como dice muy bien Mr. Thiers los esfuerzos de humanidad que hicieron toda clase de personas en favor de los pobres; pero el duque de Orleans se distinguió muy particularmente, asi por las grandes sumas que repartió, como por el modo delicado con que lo hizo, habiendo esto mismo dado motivo á que se atribuyese mas á su ambicion que á su cristiana generosidad. Sin embargo de lo mucho que se dijo contra él en aquellas circunstancias, no dejó de ser elegido representante en los estados generales por Paris, por Villers-Cotterets y por Crespi, en el Valois, cuyo bailiage aceptó de preferencia. Dicho se está que atendidos los principios políticos que habia adoptado votaria en ellos, porque la verificacion de los poderes se hiciese en comun con el brazo popular, y no como pretendian la nobleza y el clero. Asi fué que el 25 de julio vino á reunirse con los diputados del estado llano al frente de 49 miembros de la nobleza: accion que colmó los resentimientos de la corte y que dió margen á que se multiplicasen y agriasen las hablillas que ya se esparcian contra él. En medio de eso no dejó de ser nombrado presidente de la asamblea nacional, cuya dignidad reusó, y fué reemplazado por el arzobispo de Viene.

Sin embargo de las infinitas memorias y folletos de aquel tiempo, en que se asegura que el duque de Orleans

fué el verdadero promotor de los primeros actos revolucionarios, como la toma de la Bastilla, el paseo triunfal de los bustos de Necker y el suyo, y las jornadas del 5 y 6 de octubre, nosotros nos guardarémos bien de confirmar con nuestro propio juicio unas calumnias tan absurdas. La opinion de la posteridad es ya demasiado severa contra este príncipe sin que se le añadan cargos que en nuestro concepto son poco menos que imposibles cuando se trata de un particular. Ninguno hay tan rico, como dice madama Staël, que pueda comprar un pueblo, ni pagar una revolucion como la de 1789. Baste que pese sobre este imprudentísimo personage la enorme falta de su ingratitud á los favores que habia merecido de la corte y de su nacimiento: y bástale la culpa de haber equivocado su papel, bástale sobre todo el fin desastroso que tuvo, para que no recarguemos su memoria con crímenes que distan mucho de estar probados. Pero no nos anticipemos á los sucesos.

Ya dijimos en la nota sobre Lafayette, como de resultas de las dichas jornadas de octubre le insinuó este en nombre de la corte, que debia ausentarse para Inglaterra con pretesto de una mision, y aun añadimos la respuesta que en nuestro concepto debió haberle dado el príncipe. Pero no solo no se la dió, sino que á pesar de las instancias de Mirabeau, tuvo la docilidad, mejor debiéramos decir la debilidad de aceptar la supuesta embajada, y se puso en marcha para Boulogne donde debia embarcarse. El pueblo de esta ciudad marítima no quería dejarle salir, pero él se sustrajo á esta peligrosa ovacion y marchó á Lóndres, donde lo primero que hizo fué publicar una memoria en que desmentia todas las infames acusaciones que se propalaban contra él. Estas acusaciones no eran ya un simple murmullo de sus enemigos, ni unos meros chismes pasajeros que conviniese despreciar, sino que habian adquirido la importancia de una causa criminal, que se seguia en la audiencia territorial del Chatelet. Mas como los supuestos reos Orleans y Mirabeau eran ambos miembros de la asamblea, á quienes no se podia enjuiciar sin

que esta declarase antes que habia lugar á la formacion de causa, se nombró una comision para que informase, de cuyas resultas se declaró que no. Discúrrase la impresion que haria este fallo, asi entre sus enemigos como entre sus partidarios.

El duque permaneció en Lóndres cosa de ocho meses, y desde alli envió por escrito su adhesion al juramento cívico que habia prestado el rey en la asamblea el 4 de enero 1790. Mas cuando volvió á Paris, á pesar de los esfuerzos de Lafayette, se apresuró á repetir de palabra el mismo juramento, y por la noche fué á ver al rey. Este le recibió con su bondad acostumbrada y aun le dijo que fuese á ver la reina, que le estaba esperando. Esta Señora iba á ponerse á la mesa y le recibió como si ya hubiese perdido la memoria de sus antiguos resentimientos; pero las damas le volvieron la espalda y los cortesanos se pusieron á mirarle con un desprecio provocador. Uno de ellos dijo en alta voz que se tuviese cuidado con las viandas, como recelando de que el príncipe echase en ellas algun veneno. No contentos con estos insultos, se tomaron la libertad los criados menores de escupir sobre él cuando bajaba por la escalera; infamia que exaltó su indignacion hasta el último grado, tanto mas cuanto supuso que nadie se hubiera atrevido á cometerla sin la autorizacion de la reina. Esto último era ciertamente injusto, porque tanto ella como S. M. tuvieron un gravísimo pesar cuando llegó á su noticia este indigno atrevimiento.

Llegó por fin el triste suceso del arresto del rey en Varennes, en cuyo lance se condujo el duque con bastante moderacion, en términos que cuando en el club de los jacobinos, á donde concurria frecuentemente, se trató de nombrar una regencia, dijo que renunciaba desde entonces y para siempre á los derechos que la constitucion le daba á ella. Igualmente se opuso á la estraña proposicion de las comisiones de la asamblea, relativa á que se privase á los hermanos del rey del título de *ciudadanos activos*. Exaltado, al oir esto, su fanatismo revolucionario, dijo que reclamaba su cualidad de hombre y que en caso de

que la asamblea quisiese reducirle al estado de ilota, como parece que se pensaba hacer con los hermanos del rey bajo pretesto de querer honrarlos, estaba muy pronto á hacer una renuncia formal de todos los derechos que le correspondian como miembro de la familia reinante y quedarse con los de mero ciudadano frances. Esta salida patriótica se aplaudió mucho en las galerías; pero no se hizo gran caso de ella, porque el diputado André salió con la chulada de que el duque de Orleans no tenía derecho para renunciar á la corona *ni por sí, ni por sus hijos, ni por sus acreedores.*

El duque continuaba asistiendo á la asamblea nacional hasta su disolucion que se verificó el 30 de setiembre 1791. En 1792 hizo un corto viage á Lorient en virtud de un decreto que mandaba que todos los oficiales de marina se presentasen en uno de los cuatro departamentos para averiguar el número de los que habian emigrado. De vuelta á Paris le envió el ministro de la marina Thevenar el nombramiento de almirante, pero no fué empleado en esta arma. Mas como ya hubiese principiado la guerra en las fronteras, solicitó servicio en el ejército del norte, donde ya se hallaban sus dos hijos los duques de Chartres y de Montpensier. Luis XVI puso al márgen que podia hacer lo que gustase, con cuya seca respuesta se puso en marcha para Valenciennes en compañía de su hijo tercero el conde de Beaujolais, que no tenia mas que 12 años. Asistió á los combates de Monin y de Courtrai y se proponia continuar la campaña; pero el rey hizo saber al mariscal Luekner que no era de su agrado que su primo continuase en el ejército. Volvióse pues á Paris donde asistió al tercer aniversario de la federacion, y como ya se tratase abiertamente de la deposicion del rey, principiaron las intrigas entre los Girondinos que no querian que la corona pasase á las sienes del duque de Orleans y los partidarios de este: mas no se sabe de un modo positivo la parte que él tomase en estas sordas agitaciones. Lo que sí se sabe es que á la espiracion de los poderes de la asamblea legislativa y cuando se trataba de las elecciones

para la que habia de ser convencion nacional se presentó el duque como candidato á la diputacion de Paris. Pero era el caso que cuando quiso hacer ver sus calidades de elector y de eligible se encontró con la dificultad de que por los decretos de la constituyente en que se habian abolido los feudos, no podia ser inscrito bajo el título de Orleans ni mucho menos permitian las circunstancias que se nombrase Felipe de Borbon, príncipe frances, de manera que entre unos decretos y otros se encontraba sin saber como habia de llamarse. Entonces fué cuando habiendo acudido á la municipalidad de su domicilio para que se fijase el nombre con que habia de designarse, no se sabe si por una simple ocurrencia de Manuel ó por inspiracion propia, adoptó el nombre de *Egalité*, con el cual fué conocido y designado en la convencion.

Sus votos en este congreso fueron constantemente conformes á los del partido de la montaña, ó como si dijésemos á los del estremo *movimiento*, que no quisiéramos que nadie confundiese con los del *progreso*, por que ciertamente distan mas uno de otro que un polo de otro polo. Allí contribuyó por su parte á sostener la lucha contra los Girondinos, particularmente cuando estos obtuvieron el decreto de 16 de diciembre 1792 por el cual se imponia la pena de destierro de los dominios de la república á todos los miembros de la familia de Borbon que todavia permanecian en Francia, decreto que la Montaña revocó dos dias despues. Era aquel el tiempo en que los clubs pedian con mas furor el juicio y condenacion de Luis XVI, con cuyo motivo, sabiendo que muchos le atribuian el proyecto de sucederle en el trono, hizo que se publicase un escrito, en el cual, reproduciendo lo que ya habia dicho en 1791, sobre que en la alternativa estaba pronto á renunciar á los derechos de miembro de la familia real por conservar los de simple ciudadano, añadió que él y sus hijos estaban dispuestos á firmar con su sangre, que permanecian en los mismos sentimientos.

Esta declaracion lejos de popularizarle, no sirvió mas

que para crearle nuevos enemigos entre los dos partidos. Los Girondinos decian que no trataba mas que de desorganizarlo todo para elevarse sobre las ruinas de los poderes existentes, mientras que una gran parte de los jacobinos no le perdonaba ni el haber sido príncipe, ni sus antiguas relaciones con los miembros de la asamblea constituyente que era entonces el objeto del odio tal vez mas general y mas injusto.

Se ha querido decir que él fué uno de los principales instigadores de la muerte del rey pero esta acusacion nos parece inverosimil, porque en aquella época lejos de instigar por la muerte de nadie, estaba él ya recelando y temiendo la suya propia y buscando un asilo en la obscuridad. Pero la revolucion que él habia abrigado en su seno le perseguia por todas partes y le arrastraba á pesar suyo á su fatal destino. La escena del 10 de agosto le habia principiado á acobardar y las del 2 de setiembre y siguientes en que se vió el furor á donde pueden llegar las violencias populares le habian llenado de espanto y de confusion. Tenemos motivos para creer que cuando llegó el vergonzoso dia en que Luis XVI fué llamado á la barra, intentó el duque recusarse y aun anunció á muchos de sus amigos que pensaba en no asistir á las sesiones del proceso. Pero ellos le dijeron que si se recusaba en una ocasion tan solemne, seria lo mismo que declarar su propia proscripcion, y dar un público mentis á la conducta que habia observado durante toda la revolucion. Esta consideracion del egoismo le empujó á dar el escándalo de que se le viese constituirse en juez de su bienhechor, y el ejemplo y el miedo le sepultaron en el espantoso crímen de votar la muerte de su pariente y de su rey. Bien hubiera querido un sin número de diputados y entre ellos Vergniaud, que en caso de votar en la causa se inclinase á la pena mas suave de cuantas se propusieron. Pero aquel desdichado, olvidando ya todos sus deberes y hasta la propia fama póstuma, votó por la muerte en los términos siguientes que queremos citar por que ya pertenecen á la historia. « Unicamente lleva-

« do de mi deber y convencido como lo estoy de que to-
« dos los que hayan atentado ú atentaren en adelante
« contra la soberania del pueblo merecen morir, voto
« por la muerte. »

En la tarde del 20 de diciembre un ex-guardia de corps del rey llamado Paris, quiso introducirse en el palacio del duque para darle de puñaladas, pero no habiendo podido lograrlo, asesinó á Lepelletier St. Fargeau. Tal vez hubiera sido para él una buena dicha, porque desde el dia mismo de aquel horrible voto se vió abandonado de todos sus llamados amigos de la montaña. El pretesto de este abandono fué el descubrimiento de cierta correspondencia de su hijo el duque de Chartres (hoy Luis Felipe) en que parece le aconsejaba que se retirase con todos los suyos á los Estados unidos; pero el verdadero motivo el desprecio y el horror con que los mismos criminales miran á los que se señalan en el camino de la atrocidad. No necesitaban ya de su nombre y esto era mas que suficiente para que le volviesen las espaldas. ¡Ejemplo terrible pero inútil á los que tienen la imprudencia de ligarse con los partidos por solo el impulso de las malas pasiones! En el poco tiempo que siguió desde la consumacion de uno de los mayores atentados que han visto los siglos, Felipe Egalité se vió acosado si no de remordimientos por lo menos de terrores continuos que le anunciaban su próximo fin; pero llegaron estos á su término cuando se supo la deserçion de Dumouriez, con quien él estaba en una correspondencia frecuente, y la huida forzada de su hijo el duque de Chartres. En el mes de abril de 1793, habiendo la comision de seguridad pública espedido dos mandamientos de prision contra los duques de Chartres y de Montpeusier, no tardó en espedirse otro contra su padre y contra todos los miembros de su familia que no habian salido de Francia. Conducido al ayuntamiento, reclamó, pero en vano, la inviolabilidad de su persona como diputado, mientras que la convencion no decretase su acusacion. Desde allí le llevaron á la Abadia con su hijo el conde de

Beaujolais, y dos dias despues salió un decreto de la convencion por el cual se mandaba que los dos príncipes fuesen trasladados á los castillos de Marsella y que se secuestrasen sus bienes. Encerrado primero en el fuerte de Nuestra Señora, le condujeron despues al de S. Juan en donde se le trató con estraordinario rigor. Pasado algun tiempo fué juzgado en el tribunal revolucionario de las bocas del Ródano que le declaró inocente; mas á pesar de esta favorable sentencia y de que el informe del diputado Rull aseguraba que nada se habia encontrado entre los papeles del duque que inspirase la menor sospecha, la convencion no quiso que se le pusiese en libertad, mas antes envió unos comisionados con órden de trasladarle desde Marsella á Paris. Creyó Egalité durante todo el viage que lo único que se exigiria de él serian ciertas declaraciones, pero no se figuró de ningun modo que se le pondria nuevamente en juicio. Esta ilusion duraba todavia en la última carta que desde Lyon escribió á sus hijos; pero habiendo llegado á Paris en la noche del 5 al 6 de noviembre, le condujeron inmediatamente á la consergeria, donde se le anunció que al dia siguiente debia comparecer ante el tribunal revolucionario. El 6 por la mañana le llevaron delante de sus jueces, y el acta de acusacion era la misma que se habia hecho contra los girondinos, sin que siquiera se hubiese tomado Fouquier-Finville el trabajo de formar una especial que pudiera acomodarse al duque de Orleans. Entre otros cargos absurdos habia uno que ya se habia hecho al diputado Carrá, esto es, haber querido colocar al duque de York en el trono de Francia. Al oir esta estraña acusacion exclamó el duque «en verdad que esto parece mas «bien una chanza que otra cosa.» Cuando le intimaron que respondiese, solo dijo que los cargos se destruian unos á otros porque era notorio que la acusacion se dirigia contra aquellos mismos á quienes él habia combatido constantemente. Sin embargo el tribunal entró inmediatamente á deliberar y le condenó á muerte. Entonces el duque lleno de indignacion les dijo á los jueces. «Si

Universidad Oviedo Biblioteca

«estabais decididos á acabar conmigo, debierais á lo me-«nos buscar algunos pretestos mas plausibles, porque «nadie se persuadirá jamas que me habeis creido culpa-«ble de nada de lo que os decís convencidos. Y tú sobre «todo que me conoces tanto, dijo fijando la vista en An-«tonelle que presidia el jurado. Por lo demas veo que «mi suerte está decidida, y así solo os pido que no me «hagais penar aqui mas tiempo, sino que me conduzcan «inmediatamente á la muerte.» Esta gracia le fué otorgada con la mayor indiferencia. Fuéronle escoltando seis gendarmes, y segun aseguran testigos oculares, atravesó con la mayor serenidad desde la carcel hasta la plaza de la revolucion donde el populacho se desató en injurias contra él, sin que él manifestase hacer el menor caso. Murió á la edad de 46 años.

PAGINA 21.

15 M. M. P. Freteau de St. Just, consejero en el parlamento de Paris y diputado por la nobleza de Melun á los estados generales de 1789, era cuñado de Dupati y el origen principal de la reputacion de este último. Fué partidario de la faccion de Orleans y uno de los que mas contribuyeron á exasperar á sus cólegas que se oponian á las innovaciones intentadas por el ministerio. En consecuencia de aquellos sucesos fué arrestado en el mes de mayo, y no logró la libertad hasta despues de la desgracia de Lamoignon y de Brienne. Cuando le nombraron despues diputado en los estados generales, pasó con la minoria de su órden á la cámara del estado llano; pero despreciado por Mirabeau, que le ridiculizaba, llamándole *la comadre Freteau* y desechado por el resto de la faccion de Orleans, procuró hacer el papel de conciliador entre los diferentes partidos, adulando á cada uno de ellos en particular y consiguiendo el desprecio de todos. En medio de aquellas vacilaciones, se le vió ocupar dos veces la presidencia en 1789, y en el mes de octubre propuso que se le diese á Luis XVI el título de

rey de los franceses y no el de rey de Francia, apoyando despues la peticion que se hizo de que se presentara el libro encarnado ó de las pensiones. En enero de 1790 pidió la abolicion de las órdenes religiosas y la venta de los bienes del clero con todas las demas proposiciones revolucionarias de aquel tiempo. Continuamente estaba clamando contra los riesgos que amenazaban á la Francia de parte de las potencias estrangeras, exagerando las fuerzas del príncipe de Condé. Luego que se conclu yó la legislatura de la asamblea le nombrarón juez del tribunal del segundo barrio de Paris; mas á p esar de sus opiniones adelantadas, no estaba en la misma cuerda que los jacobinos, y así Robespierre acabó por hacerle morir en el cadalso, á donde subió el dia 14 junio de 1794.

PAGINA 21.

16 Sabathier de Cabre, no Sabatier como dice el testo, era consejero de Paris, y amigo íntimo de Despremenil y de Freteau, y uno de los mas famosos antagonistas de la corte, cuando ocurrieron las primeras turbulencias de 1788, escitadas por las innovaciones que entonces promovió Mr. de Brienne. Pero cambió de principios y de conducta cuando comprendió los proyectos de los facciosos, procurando reparar sus primeros errores por un gran celo en favor del partido realista. Fué arrestado diferentes veces por los diversos gobiernos revolucionarios de Francia, y despues vivió y murió en la oscuridad.

PAGINA 28.

17 No se sabe mas de este Goislart de Montsabert, sino que fue uno de los consejeros que mas se opusieron á las innovaciones que proponia el ministerio y que por eso le tuvieron preso algun tiempo en Pierre-en-Cise.

PAGINA 33.

18 Manuel José Sieyes, miembro del senado conservador y del instituto de Francia, nació en Frejus en 1748, y era vicario general del obispado de Chartres, canónigo y cancelario de aquella iglesia cuando le nombraron diputado del estado llano por Paris á los estados generales. Este estraño nombramiento fué debido al famoso folleto ¿qué es el tercer estado? el cual le dió una inmensa popularidad. El dia 10 de junio 1789 instó mucho á la cámara de su órden para que verificase sus poderes á fin de constituirse y precisar á los dos á venir á reunírsele. El 15 propuso que se constituyesen en asamblea de representantes, y el 10 de agosto se opuso á la supresion de los diezmos eclesiásticos, diciendo en el calor de la discusion: «quereis ser libres y no sabeis ser «justos.» En las discusiones para formar la constitucion propuso una muy semejante á la que luego decretó la convencion, es decir, compuesta de dos consejos, el uno deliberante y el otro con derecho de sancion. Tambien propuso una declaracion de los derechos del hombre, que fué desechada por demasiado metafísica. El fué quien dió la idea de dividir la Francia en departamentos, distritos y municipalidades, operacion que no contribuyó poco á consolidar la revolucion. A los principios se creyó que estaba unido á la faccion de Orleans y asi es que en las declaraciones que tomó la audiencia sobre los sucesos del 5 y 6 de octubre, aseguró el conde de la Chatre haberle oido responder á uno que le decía que habia alborotos en Paris: «ya lo sé, pero no comprendo lo que «quieren y solo veo que se camina en sentido opuesto.» Cuando á él le llamaron á deponer dijo que se habia afligido como todos de aquellas tristes escenas, pero que ignoraba sus causas.

Por entonces escribió una obra intitulada *Observaciones sobre los bienes del clero* en la cual procuraba defenderle todavia de la espoliacion que le amenazaba. En 1790

trabajaba mucho en las comisiones pero rara vez subia á la tribuna, y entonces fué cuando Mirabeau dijo en plena asamblea que *el silencio de Sieyes era una calamidad pública.* Sin embargo al principio de aquel mismo año presentó un proyecto para la represion de los delitos de imprenta, conservando al mismo tiempo la libertad del pensamiento. Este trabajo es una de las infinitas pruebas que hay de lo dificil que es hacer una buena ley sobre esta materia en los estados libres. Luego votó por la institucion del jurado asi en lo civil como en lo criminal, y á poco tiempo le nombraron presidente á pesar de su resistencia á admitirlo. En febrero de 1791 fué elegido miembro del departamento de Paris, y habiendo llegado á entender que se trataba de nombrarle obispo de aquella ciudad, anunció al cuerpo de electores que estaba en intencion de renunciarlo. Se opuso con mucho valor en la asamblea al proyecto en favor de la libertad de cultos diciendo que *se le engañaba al pueblo á punto de hacerle tomar por defensores suyos á sus asesinos, y á sus asesinos por defensores.* En julio de 1791 publicó una carta en la cual desenvolviendo sus principios políticos dice; « no por una « simple aficion á los antiguos hábitos ni por ningun sen- « timiento supersticioso de realismo prefiero la monar- « quia; sino porque estoy convencido de que hay ma- « yor libertad para los ciudadanos en una monarquia que « en una república, y porque en toda suposicion es uno « mas libre en el primero de estos dos gobiernos. »

Nombrado en setiembre por el departamento del Sarthe diputado á la convencion, evitó aprovecharse del ascendiente de opinion que tenia sobre muchos de sus cólegas, para vivir retirado en lo posible y sustraerse á las tormentas que preveia como indispensables. En el proceso de Luís XVI no se le oyeron mas palabras en las cuatro votaciones nominales que se hicieron, sino *si, no*, y *la muerte.* A principios del año 1793 presentó un proyecto para la organizacion del ministerio de la guerra, pero habiendo esperimentado contradicciones, se encerró en el mas profundo silencio como en un santuario. Mas no

por eso dejó de ser nombrado adjunto de las primeras comisiones de salud pública, y el 10 de noviembre de aquel año anunció que si no renunciaba del todo al sacerdocio era porque habia ya mucho tiempo que lo habia hecho, pero que no por eso renunciaba á sus actuales funciones. Durante la lucha del 9 termidor (27 de julio 1794), se condujo con su circunspeccion ordinaria y observó el mismo silencio hasta 1795. Entonces subió mas frecuentemente á la tribuna y espresó varias veces el horror que le causaban los crímenes de Robespierre, escitando á la asamblea á que mandára volver á todos los que aquel habia desterrado. Poco tiempo despues hizo parte de la comision de salud pública y propuso una ley de alta política contra las insurrecciones populares, proclamando solemnemente la legalidad de la constitucion de 1793 en que él habia trabajado tanto. Nombráronle presidente de la convencion, pero lo rehusó como otras veces, y entonces le enviaron á Holanda con Rewbell para concluir un tratado entre la Francia y aquella nueva república. A su vuelta dirigió toda la diplomacia de la época é influyó particularmente en los tratados con la Prusia y la España. Mas en cambio se ocupó muy poco en el por menor de las leyes constitucionales, sin que tuviese empeño en otra que en la de la formacion del cuerpo legislativo en dos consejos, pues aunque tambien propuso el jurado constitucional, la convencion le reusó. Habiendo sido nombrado en el mes de octubre miembro del Directorio, tambien reusó esta plaza y prefirió quedarse en el consejo de los quinientos. Durante los años de 1796 y 97 estuvo continuamente empleado en todas las comisiones relativas á los objetos mas importantes, particularmente en la de los cinco, creada para examinar la providencia que habia de tomarse con los jueces que habian reusado prestar el juramento de *ódio á la monarquía*. El 12 de abril 1797 estuvo para perecer á manos de un paisano suyo, bastante fanático, llamado Poule, que le tiró un pistoletazo en su propio cuarto, cuyo tiro pudo esquivar Sieyes, pero no sin recibir una herida en la mano y en el brazo.

Cuando se renovó la tercera parte del consejo dejó de asistir á muchas sesiones hasta la jornada del 18 fructidor (4 de setiembre), en la cual y en las sesiones que se siguieron, votó la proscripcion de los diputados de Clichi y en particular la de Boissy d'Anglas. Poco tiempo despues fué elegido secretario y luego presidente del consejo, y aunque salió del cuerpo legislativo cuando tocó la renovacion de su tercio, volvieron inmediatamente á elegirle. *Despues fué como embajador á Berlin, donde re*sidió hasta el mes de mayo 1799, época en que fué nombradó de nuevo director y entonces lo aceptó. El estado crítico en que se hallaba entonces la Francia por la impericia del directorio hacia desear otra forma de gobierno, y convencido Sieyes de la imposibilidad de hacer marchar la constitucion directorial, se encargó en nombre de los de su partido de tratar con el general Bonaparte, dándole parte de los riesgos que amenazaban á la causa pública. Cuando este volvió de Egipto, concertaron entre los dos el plan del 18 brumario del año 8 (9 de noviembre 1799) sirviendo de intermediarios Tailleraud y Ræderer (V. el testo). De resultas fue nombrado Sieyes consul interino y despues senador y presidente del senado. Ultimamente en recompensa de sus servícios le ofrecieron los cónsules la hacienda de Crosne, donde murió ya de mucha edad.

PAGINA 46.

19 Juan Silvano Bailly nació en Paris el 15 de setiembre 1736. Su padre era conservador de los cuadros del Louvre y en los ratos ociosos componia algunos sainetes para el teatro de los italianos. Toda su ambicion se limitaba entonces á que su hijo le sucediese en aquel modesto empleo y así limitó su educacion á que tomase algunas lecciones de dibujo. Pero el muchacho descubrió muy desde los principios una decidida inclinacion á las ciencias y empezó á tomar lecciones de matemáticas con los profesores Montcarville y Clairant. Quiso hacer algu-

Biblioteca Universitaria Oviedo

nos ensayos para el teatro pero renunció á esta carrera por consejo del comediante Lanone, á quien habia confiado para su examen dos tragedias. *Ifigenia en Taurida* y *el Clotario*. Con este desengaño le bastó para renunciar aquella carrera y dedicarse esclusivamente al estudio de la astronomía, bajo la direccion del sabio Lacaille.

Desde el año 1764 principió á publicar algunas obras sobre esta ciencia, que pasan todavía por clásicas. La primera de ellas fué un *Ensayo sobre la teoria de los satélites de Júpiter*. La segunda fué *la historia de la astronomia antigua, desde su origen hasta el establecimiento de Alejandria*. Tecera la *historia de la astronomia moderna* y la cuarta unas *cartas sobre la Atlántida de Platon y sobre la antigua historia del Asia*. Estos escritos y otros en que concurrió á los premios ofrecidos por las académias, particularmente el elogio de Carlos V, le valieron ser recibido miembro de las tres academias de Paris. En ellas se condujo con tal moderacion y esponia sus opiniones con tal modestia, que lejos de suscitarse enemigos, se grangeó el honroso apodo de el *bonhomme Bailly*. Asi fué que sus obras nunca fueron impugnadas por nadie, por que ademas de ser muy contados los que tenian estos conocimientos especiales, él tenia buen cuidado de someterlas al juicio de casi todos ellos suplicándoles que variasen ó suprimiesen todo aquello que les disgustase. Solo la de la Atlantida encontró un impugnador en un diarista obscuro y bastante nécio, con lo que lejos de perjudicar á la obra, la dió un nuevo realce y favoreció su despacho.

Hasta la época en que se hicieron las elecciones para los estados generales, Bailly no habia tomado ninguna parte en los negocios públicos, y cuando se presentó en la seccion de su distrito habló muy poco y salió de ella sin ser casi conocido de nadie. Pero aquello poco que dijo y la circunstancia de ser miembro de las tres academias, junto con aquel aire de honradez que le distinguia, hicieron que se le nombrase secretario. Esta eleccion sorprendió á los que verdaderamente le conocian, porque no le creian á propósito para semejante cargo. Añádase

á esto que todo el aspecto esterior de Bailly prevenia en contra suya, aunque realmente era la fiel espresíon de su carácter. Todas sus facciones y miembros eran duros y rectos: el pelo lacio y espeso que mas bien recargaba que adornaba su cabeza: los ojos y la frente carecian de fuego y espresíon, las mejillas eran pálidas y su boca desgraciadísima, de suerte que formaba un conjunto bastante desagradable. Mas en medio de todo principió désde luego á mostrar la energia necesaria en aquellas primeras reuniones de la asamblea nacional como presidente del estado llano. « La nacion reunida no tiene órdenes que recibir de nadie » le respondió al gran maestro de ceremonias que mandaba de orden del rey á los diputados que se disolviesen. Sabido es que en las asambleas precedentes los miembros del orden popular no podian hablar sino de rodillas, y así es que los diputados del clero y de la nobleza no acertaban á comprender que los plebeyos no se conformasen con aquella humillante etiqueta. Pero creció su sorpresa cuando al volver Bailly del palacio de Versailles, á donde habia ido presidiendo una diputacion de los suyos, le preguntaron algunos diputados palaciegos, que cómo habian sido recibidos, y él respondió « perfectamente, nosotros estábamos de pie y el rey no estaba sentado. »

El 16 de julio de 1789 fué nombrado corregidor de Paris, cuya plaza no quiso aceptar sin tomar antes el consentimiento de la asamblea nacional á que pertenecia. En el mismo dia fué nombrado Laffayette general en la milicia cívica y ambos estuvieron siempre muy acordes en las medidas que tomaron para mantener el órden en la capital: por eso todas las miradas estuvieron fijas en ellos al tiempo de la federacíon en 1790. Ninguno de los dos temió comprometer su vida y su libertad en aquel mismo campo de marte, donde habian sido victoreados un año antes. Pero como no nos es permitido seguir paso á paso todos los acontecimientos de la revolucion que pertenecen á la historia, nos vemos precisados á estrecharnos dentro de los hechos mas intimamente enlazados con el

personage de que tratamos. De resultas de la fuga del rey de Tuillerias en la noche del 20 al 21 de junio 1791 y su prision en Varénnes, todos los partidos se habian puesto en movimiento y pedian en alta voz la deposicion del rey. Para esto se reunió un inmenso gentio en el campo de marte á fin de firmar una peticion que había de depositarse en el altar de la patria. Luego que lo supo Bailly, acudió con un destacamento considerable de tropas, con ánimo de proclamar la ley marcial y dispersar el tumulto. Fué menester repeler la fuerza con la fuerza y trabar una especie de combate en que se derramó alguna sangre, en todo lo cual no hizo Bailly otra cosa que obedecer un decreto que se habia expedido el dia anterior. Ciertamente no habia dependido de él ni prevenir ni evitar su ejecucion, como que solo habia obrado en virtud de órden del consejo municipal, sin haber podido siquiera hacer las intimaciones prescritas por la ley, sino entre una nube de pedradas. La misma asamblea nacional á quien dió cuenta de este lamentable suceso, aprobó su conducta, pero con todo eso, desde aquel instante perdió toda su popularidad, y al momento ofreció su dimision al cuerpo municipal. No quiso este cuerpo aceptársela y le fué preciso continuar hasta el mes de noviembre de aquel año en que le sucedió Pethion.

Retirado entonces en las cercanias de Melun, no salió de su soledad sino para venir á declarar como testigo en el proceso de Maria Antoneta, del cual resultaba que habia habido una correspondencia entre él y esta señora. Bailly negó que fuese cierto, aunque se ha querido decir que no contento con negar el punto que le concernia, habia dicho tambien que todos los demas cargos eran un tejido de falsedades. Lo cierto es que pocos dias despues fué denunciado el mismo y obligado á presentarse ante el tribunal revolucionario. Conducido desde Melun á Paris, le encerraron por de pronto en las Magdelonetas y desde alli le trasladaron á la Consergeria, para comparecer el dia 10 de noviembre 1793, por el crimen de haber mandado disparar contra el pueblo. Condenado á muerte, le condu-

geron el dia 21 del mismo mes, que correspondia entónces al 22 de brumario, á la esplanada que separa el campo de marte de la orilla del Sena. Pusieron en su misma carreta la bandera encarnada que habia servido para proclamar la ley marcial y la quemaron al pie del cadalso. Entre tanto el infeliz estaba calado de agua, pues le habia venido lluviendo encima desde la consergeria hasta el lugar del suplicio. «Parece que tiemblas, le dijo uno de «aquellos infames que iban á insultar á los sentenciados «á muerte:» si tiemblo, respondió Bailly, pero es de frio» y en seguida subió al cadalso con paso firme. El 18 frimario del año 5 de la república decretó el consejo de los quinientos que la viuda de Bailly sería asimilada á las viudas de los representantes que habian muerto por la república y se la señaló una pension que solo disfrutó tres años.

PAGINA 46.

20. La historia de Mirabeau está todavia por hacer, y acaso es una fortuna; porque viviendo todavia algunos que fueron testigos y tal vez actores en los grandes dramas que pasaron en las asambleas legislativas, el que para algunos seria un grande hombre, seria para otros un mero revolucionario digno de la execracion de su siglo. Solo tenemos acerca de este gran orador algunas memorias ó recuerdos, muy incompletos, muy varios y muy distintos unos de otros. Segun unos Mirabeau no era mas que un cenagal impuro de todos los vicios y una especie de gigante de todos los desórdenes: un infame *Lazzarone* parlamentario que se hacia pagar por la corte en buenas monedas de oro, y por el populacho en aplausos y aclamaciones. Segun otros Mirabeau aparece como un piloto atrevido que empuña el timon de una nave combatida por una horrorosa tempestad, ó como un hombre á quien el destino arroja para interponerse entre un trono que cae y el poder anárquico que se subleva y amenaza destruirlo todo.

La verdad es que este es uno de aquellos hombres muy

difíciles de comprenderse y mas aun de pintarse con rasgos generales, cuya historia está reservada á otro siglo en que hayan desaparecido las pasiones contemporáneas. Contentémonos pues con referir las principales acciones de la vida de este hombre que se levantó como un ástro para alumbrar á la revolucion que nacia, y que con su muerte la dejó sepultada en las tinieblas de la obscuridad, que son siempre la causa de los desórdenes, de las revueltas y de los crímenes.

Honorato Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau nació en Bignon el 9 de marzo 1749. Ya desde su infancia empezaron á manifestarse las señales de un temperamento fuerte y enérgico, acompañado de una inteligencia muy precoz. Aprendió el latin y un ligero conocimiento de los clásicos al lado de un preceptor, y luego le pusieron sus padres en un colegio militar donde estudió las matemáticas puras con el célebre Lagrange. De alli salió á la edad de 17 años para entrar en clase de voluntario en un regimiento de caballería, y en los ratos que le dejaba ociosos su nueva profesion, se dedicó al estudio con aquel ardor insaciable que no podia evitar en todos los ejercicios del cuerpo ó del espíritu. Mas ya desde aquella época principiaron para él las luchas y los combates en que le veremos siempre envuelto, ya contra los sucesos, ya contra los hombres, ya consigo mismo. La de entónces fué suscitada por su propio padre y llevada á tal encarnizamiento, que llega á poner en duda los sentimientos de la naturaleza, ofreciendo á la vista pública el escándalo de las mas infames acusaciones de uno contra otro. No hay duda en que una gran parte de los estravíos de Mirabeau durante su juventud deben atribuirse al despotismo poco ilustrado de su padre; y como su injusta severidad dió márgen á tantos sucesos, no parecerá inoportuno que le démos á conocer sumariamente.

El marques de Mirabeau, cuyo nombre era Victor Riquetti, habia nacido en Perthuis el dia 5 de octubre de 1715, de una antigua familia de Florencia que con motivo de las turbulencias del siglo XIV se habia refugiado en la

Provenza. Devorado de ambicion y del deseo de hacer papel, se vino á Paris y se afilió en la escuela de los economistas que entónces estaba muy en voga. Publicó diferentes escritos, segun las doctrinas de Quesnay, que merecieron poca aceptacion asi por su estilo trivial como por las exageraciones ridículas de que estaban llenos, en que se disimulaba muy mal el charlatanismo filosófico, bajo las apariencias de una sencillez grosera y estudiada. Sin embargo de eso la *teoría de los impuestos* atrajo sobre él la atencion pública solo por haberle valido los honores de la Bastilla. Cuando el rey de Suecia estuvo en Paris le hizo la honra de visitarle en su casa como á otros muchos hombres de talento, lo cual aumentó sobremanera su orgullo. En medio de que afectaba en sus libros las ideas mas generosas, era en el fondo uno de los mas bajos cortesanos de los ministros y un déspota insoportable para todos los que estaban á sus órdenes. Tan egoista como avaro y libertino, mantenia varias queridas y le reusaba á su hijo, de quien estaba celoso, hasta las cosas mas necesarias. A su pobre muger, que le habia traido 50,000 francos de renta en dote, la tuvo encerrada doce años, y en una palabra obtuvo á fuerza de bajezas 54 mandatos de prision (lettres de cachet) contra su propia familia, con quien no cesó nunca de estar en pleitos, Tal era el famoso *amigo de los hombres*, que es como se firmaba en todos sus escritos. Por fin se murió el dia 13 de julio 1789, víspera de la toma de la Bastilla, que fué el primer acontecimiento de la revolucion y abrió un nuevo órden de cosas en que su hijo debia hacer un papel tan brillante.

El primer enemigo pues que encontró Mirabeau fué su propio padre, el cual con ocasion de una aventura amorosa que dió bastante que hablar, obtuvo *el amigo de los hombres* contra él una órden para encerrarle en la isla de Rhé, y aun estaba empeñado en enviarle á las colonias holandesas, sino hubiera mediado el empeño de algunos amigos. Cuando salió de esta prision le enviaron á Córcega, donde sirvió con distincion y obtuvo el despacho de capitan de dragones. Entonces escribió á su padre pi-

diéndole que le comprase un regimiento, pero este le respondió con severidad que ni Bayardo ni Duguesclin habian principiado asi su carrera. Disgustado de ella y terminada la pacificacion de Córcega, volvió Mirabeau á Francia, y procuró volver á entrar en la gracia de su padre, quien le envió al Limosino para que cuidase de mejorar sus tierras y seguir varios pleitos pendientes. Ya se deja discurrir que semejantes ocupaciones no serian muy del gusto de Mirabeau, y asi trató de volverse muy pronto á Paris, donde tornó á descomponerse con su padre por disputas sobre cuestiones económicas. Marchóse á la Provenza, donde tuvo la fortuna de casarse el año 1772 con una señorita hermosa y rica llamada Mad.lle de Marignan. Mas apenas se vió con proporciones para satisfacer su inclinacion á gastar, fueron tales los escesos de prodigalidad á que se entregó, que al cabo de dos años le hizo su padre interdecir la administracion de sus bienes y confinarle en su hacienda de órden del rey.

Viéndose privado de la libertad, tomó la pluma y escribió con las tintas del resentimiento su *ensayo sobre el despotismo* en que se echa de ver á vueltas de algunos trozos enérgicos y razonados, el desórden y la fuerza de sus ideas. Pero un suceso inesperado vino á agravar su posicion y hacer mas pesadas sus cadenas. Con motivo de haber insultado á su hermana un caballero insolente, quebrantó su destierro para venir á castigarle, cosa que en lugar de agradecer su padre, pues cedia en honor de su familia, suscitó una nueva queja contra él y logró encerrarle en el castillo de If, de donde le trasladaron al fuerte de Joux en 1776. Mas como Mirabeau tenia naturalmente tanto talento para seducir y una conversacion tan hechicera, no tardó en ganarse todo el afecto del gobernador, quien le dejó la ciudad de Pontarlier por carcel. Alli hizo conocimiento con una señora hermosa y jóven llamada Sofia de Ruffei, que estaba casada con un viejo sesenton, el marques de Alonnier, antiguo presidente del tribunal de cuentas de Dole. Apenas puede decirse que tuvo tiempo para seducirla y ya aquella rela-

cion le ocasiona nuevos disgustos, porque la familia de Sofia, su esposo ultrajado y su padre, á quien siempre se encontraba pronto para perseguir á su hijo, se reunieron para solicitar la reparacion de aquella nueva injuria. No le quedaba á Mirabeau otro recurso que la fuga, segun le aconsejó Mr. de Malesherbes al dejar el ministerio. Se refugió en Suiza, á donde vino á buscarle su amante y juntos pasaron á Holanda. Siguióse entretanto la causa en rebeldía, y el parlamento de Besanzon le condenó á ser decapitado en estátua, como culpable de rapto. No dejó de ser bastante triste la vida que pasaron en Holanda, donde para mantenerse le fué preciso á Mirabeau ponerse á sueldo con los libreros, vendiendoles su pluma. Entonces fué cuando supo que su padre le acusaba de haber profanado su lecho; calumnia que le llegó al alma, y que le hizo publicar contra su acusador unos folletos llenos de hiel en que respondia á aquella odiosa imputacion con otras, tal vez igualmente falsas.

Entretanto las necesidades crecian, y no alcanzando sus escritos para satisfacerlas, concibió el proyecto de embarcarse para América, pero le faltó tiempo porque ya se habia solicitado y obtenido su extradicion, y ási fué sacado de Amsterdan con su cómplice que purgó su culpa con una larga prision en una casa de recogidas. A Mirabeau le encerraron en Vincennes, donde permaneció tres años y medio, trabajando sin cesar y escribiendo sobre todo lo que le venia á la imaginacion. Unas veces considerando las cartas selladas (*lettres de cachet*) y las *prisiones de estado* en sus relaciones con el derecho natural: otras imitando á Boccacio, á Tibulo y á Juan Second, escribiendo *cartas á Sofia* en que la pinta su pasion con los colores mas fuertes y vehementes: otras abandonando su fantasia á todos los delirios que engendra la soledad, componia la *Erotica Biblion* y *Mi conversion*, obras licenciosas, en que no basta todo el talento de un Mirabeau para hacer perdonar el cinismo.

Ultimamente alcanzó su libertad, pero no se estinguió el odio en su cruel padre, pues que volvió á acu-

Biblioteca Universitaria - Oviedo

sarle de nuevo de haber escrito libelos injuriosos contra su madre, cuya acusacion no tuvo resultado alguno. Entonces el primer uso que hizo de su libertad fué ir á constituirse preso en la carcel de Pontarlier para purgar su contumacia, consiguiendo que se anulase la sentencia que le habia condenado á él y á su amante. El triunfo fué completo en aquella causa; mas no sucedió lo mismo en la que poco despues instauró para volver á reunirse con su muger que acababa de heredar seis mil escudos de renta.

Viéndose sin recursos, partió para Londres en 1784 con una holandesa que habia sucedido á Sofia y alli publicó en frances y en ingles sus *Consideraciones sobre la órden de Cincinato*, cuya obra habia principiado en Paris. De vuelta á Francia, puso su pluma á disposicion de los banqueros y asentistas, sosteniendo, con ocasion de la empresa de traer aguas á Paris, una polémica muy viva contra Beaumarchais, que le contestaba siempre con estraordinaria moderacion. Llegó á captarse la voluntad del ministro Calonne, el cual no tuvo reparo en enviarle con una mision secreta á Berlin; pero Federico Guillermo, que temia escuchar las observaciones peligrosas de semejante enviado, le dió órden de salir de sus dominios. A su vuelta se le antojó publicar una *denuncia del agiotage al rey y á los notables*, cuyo papel le valió otra nueva persecucion y la orden de S. M. para ser encerrado en el castillo de Saumur. Escondiose Mirabeau, y desde su escondite, lanzó otro folleto intitulado *segunda parte de la Denuncia* que le dió mayor celebridad que la primera, asi por la energia de su estilo como por la abundancia y buena eleccion de las razones.

Principiaba ya á lucir la estrella de su fortuna política, que adquirió un nuevo brillo con la publicacion que hizo en 1788 de la importante obra sobre *la monarquía Prusiana*, á que siguió muy pronto la *historia secreta del gabinete de Berlin*. En ella descubria muy á las claras las maniobras y recursos de los príncipes estrangeros, de lo cual se quejó el cuerpo diplomático y pidió satisfaccion

que le fué otorgada, mandando que el folleto fuese quemado por mano del verdugo. Pero este fué el último acto de severidad que se ejerció contra Mirabeau, empezando desde entonces una nueva existencia mas digna de él y abriéndose una vasta carrera política, á la cual se habia preparado con sus profundos estudios, su actividad y sus muchas relaciones. La convocacion de los estados generales le puso en el caso de dictar leyes y tomar el ascendiente que le correspondia.

Grandes eran las prevenciones que habian engendrado contra él en aquella época sus escandalosos pleitos, su conducta pródiga, sus prisiones y sus desavenencias con la familia. Sus mismas cualidades eran temibles en una época tan fecunda en sucesos y tan espuesta á todo género de crimenes. Esta fué la causa porque la nobleza le repelió de su seno, y tal vez tambien la que le hizo adoptar por el estado llano, obteniendo el nombramiento por dos ciudades, que fueron Marsella y Aix. Optó por esta última y antes de presentarse en Versalles, recorrió en triunfo la Provenza. Mas cuando se presentó en el salon el dia de la apertura, se suscitó un rumor de desaprobacion que no tardaron en acallar sus atrevidas miradas y su posado modo de adelantarse hasta su asiento; porque desde que entró en aquel recinto presentia su fuerza y el influjo que habia de adquirir en él. Desde las primeras sesiones empezó á manifestar su energía en las disputas que se suscitaron entre el estado llano y las otras dos órdenes, proponiendo que los diputados tomasen el nombre de *representantes del pueblo*. Cuando en la sesion real del 23 de mayo se dió órden á la asamblea para que se disolviese, y cuando solos los diputados de los pueblos se resistian y conservaban su puesto, él fué quien tomó sobre sí la responsabilidad de la resistencia diciéndoles: « Señores, pido que cubriéndoos de vuestra pro-
« pia dignidad y de vuestro poder, os ciñais á la religion
« de vuestro juramento, el cual no os permite separaros
« sin haber hecho antes la constitucion. » Dichas estas palabras, insistió el marques de Brezé, gran maestro de

ceremonias, porque se ejecutase la órden del rey y ya puede verse en el texto lo que le contestó.

No contento con eso, hizo proposicion para que la asamblea declarase la inviolabilidad de los diputados, lo cual se votó acto continuo, y en una palabra desde aquel dia fué reconocido por tribuno del pueblo. Facil es de concebir la impresion que harian estos rasgos de audacia asi en la corte como en los oyentes, aunque en diferente sentido. Tratóse de cercar la asamblea con tropas, pero la revolucion marchaba á pasos largos y ya andaban de boca en boca las palabras de *derechos, regeneracion. libertad* y ya caía á los esfuerzos del pueblo la Bastilla, aquel antiguo monumento del poder absoluto. El rey se asustó mucho y pidió esplicaciones á la asamblea que quiso enviarle una diputacion. Entonces se levantó Mirabeau y les dijo á los comisionados. « Decidle al rey y repetidle que « las hordas estrangeras de que estamos rodeados, han « recibido ayer la visita de los príncipes y de las prince- « sas, de los favoritos y de las favoritas de su corte, y « sus caricias y sus exortaciones y sus regalos. Decidle « que toda esta noche han estado esos satélites estrange- « ros, nadando en oro y en vino, prediciendo en sus « canciones impías la servidumbre de la Francia. . . . . « Decidle que en su mismo palacio los cortesanos han mez- « clado sus bailes con esta música impía, y que esto mis- « mo fué lo que precedió á la horrible escena de San « Bartolomé. »

Mas el rey habia determinado presentarse él mismo y sin escolta en el seno de la asamblea, cuyo rasgo de confianza iba á suscitar universales aplausos. « Despacio, « dijo Mirabeau, con gravedad, aguardad á que el rey « nos haya manifestado sus intenciones. Recíbasele con « un triste silencio en este doloroso momento: el silencio « de los pueblos es la leccion de los reyes. «

Seria demasiado prolijo ir siguiendo toda la marcha de Mirabeau durante aquellas memorables circunstancias, y mas pudiéndose consultar en la historia. Pero baste decir que siempre estuvo en primera fila rechazando todos

los obstáculos que se oponian á la revolucion, atemorizando á la corona y electrizando á la asamblea con sus discursos. En cuanto á sus principios políticos puede decirse que no tenia ninguna idea fija, sino que ulcerada su alma con las humillaciones que le habian hecho sufrir diferentes géneros de despotismo, necesitaba vengarse de los desdenes y de las injurias que le habian hecho padecer. La primera que se encontró á su paso fué la corona, y la corona fué la primera que esperimentó los efectos de su orgullo irritado. Asi es que no perdia ocasion de humillarla y hacerla sufrir aquellas amarguras mortales que, segun la espresion de Bossuet, causaba á los reyes la presencia del gran Condé.

A pesar de todo esto no era la intencion de Mirabeau acabar con la monarquía, antes bien declaró en la asamblea, cuando se abrieron los debates sobre la constitucion, que preferiria vivir en Constantinopla, primero que en Paris, si en la formacion de un nuevo poder legislativo no se admitia la sancion real. La frase siguiente, que es toda suya, puede esplicar cuales eran sus disposiciones y su conducta. « Yo he querido libertar á los france-« ses de la supersticion de la monarquía, para sustituirla « un culto. » Es muy probable que luego que Mirabeau hubo satisfecho sus resentimientos, no tardó en conocer que el torrente popular se engrosaba demasiado, y que era preciso darle salidas menos peligrosas, aunque sin indignarle.

Lo cierto es que poco despues se estendió la voz de que estaba vendido á la corte asi como ya antes se habia dicho que era un agente del duque de Orleans. El no se acobardó con este ataque de los enemigos de su talento y de su poder, sino que respondiendo á Barnáve le dijo. «Yo tambien he sido llevado en triunfo y no por eso de-«jan de ir publicando por las calles *la gran traicion del* «*conde de Mirabeau*. Ninguna necesidad tenia yo de este «ejemplo, para saber que no hay mas que un paso desde «el Capitolio á la roca Tarpeya.» En otra ocasion en que se proponia una ley contra los emigrados, habiendo sido in-

terrumpido diferentes veces por los furibundos, se volvió á ellos y les dijo. «Esa popularidad que yo he ambicio-«nado y de que he disfrutado como otros no es mas que «una debil caña; pero yo la plantaré en la tierra y la ha-«ré florecer sobre el terreno de la justicia y de la razon... «juro que si se hace una ley contra la emigracion, no la «obedeceré.» Con estos y semejantes rasgos de elocuencia es como dominaba en la asamblea é imponia silencio á sus enemigos. «*Guarden silencio esas treinta voces* les dijo un dia mirando al banco en que se sentaban Barnave y los hermanos Lameth, que no se atrevian á sacudir su yugo dictatorial.

Pero la continuacion de estas luchas, unida á los escesos de trabajo y de placeres, habian minado la fuerza de su temperamento. No tardaron en manifestarse síntomas funestos que anunciaban su próximo fin y bien pronto empezaron á inquietarse el pueblo, la asamblea y hasta la misma corte, que enviaba diariamente á saber noticias de su salud. El solo era quien conservaba tranquilidad en medio del peligro en que se hallaba. «Sostén esta cabeza «le dijo á un criado, porque es la mas fuerte de la Fran-«cia.» Su sosiego no se alteró un instante, ni aun con la visita de su adversario Barnave, antes bien manifestó á su vista una dulce satisfaccion. Espiró el dia 2 de abril de 1791. Hiciéronsele unos funerales poco menos que á un monarca, y sus restos mortales fueron depositados en la iglesia de Sta. Genoveva, erigida en Panteon con el lema de «*A los grandes hombres la patria reconocida.*»

Un hombre que lo era tanto no podia menos de tener admiradores y enemigos. Estos últimos le han acusado de que se habia vendido al partido de la corte. No nos toca á nosotros decidir esta cuestion en el sentido odioso que quiere dársela. Lo único que podemos asegurar, porque asi lo dice Bouillé, es que recibia todas las semanas una suma considerable porque no persiguiese á la corte, y el mismo Mirabeau estaba muy distante de negarlo, pues decia claramente. « Yo soy pagado, pero no estoy vendido. »

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de los estados generales. — Discusion sobre la verificacion de poderes y sobre la votacion por estamentos ó por individuos. — El estado llano se declara asamblea nacional. — Ciérrase el salon de los estados y pasan los diputados á otro local. — Juramento del juego de pelota. — Sesion real de 23 de junio. — Continua la asamblea sus deliberaciones, á pesar de las órdenes del rey. — Reúnense definitivamente los tres estamentos. — Primeras operaciones de la asamblea. — Agitaciones populares en Paris. — Guardias franceses libertados de la carcel por el pueblo. — Intrigas de la corte y aproximacion de tropas á los alrededores de Paris. — Exoneracion de Necker. — Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. — Toma de la Bastilla. — Viene el rey al seno de la asamblea y desde allí marcha á Paris. — Vuelta de Necker.

Iba acercándose por fin el momento de la convocacion de los Estados generales, y no pudiendo dudar los dos primeros estamentos del riesgo que les amenazaba, trataron de unirse con la corte y agruparse al rededor de los príncipes de la fami-

lia real y de la reina. Procuraban alhagar y aun adular á los hidalgos de las provincias, pero no por eso dejaban de burlarse de ellos apenas los perdian de vista. El clero se esmeraba en captar la benevolencia de los plebeyos que habia en su propio estamento, asi como la nobleza á los del suyo, y los parlamentos que habian creido ocupar el primer lugar en los Estados generales, empezaban ya á recelar que quedase burlada su ambicion. Confiados los diputados del estado llano en la superioridad de sus luces y en la enérgica espresion de sus poderes; sostenidos ademas por las frecuentes deserciones de las otras clases, y estimulados por las mismas dudas que manifestaban algunos de la eficacia de sus esfuerzos, estaban firmemente resueltos á no ceder.

Solo el rey que no habia tenido un momento de descanso desde que principió á reinar, se complacia en esperar que los estados generales serian el término de sus apuros, y como todo su celo de autoridad era mas bien por sus hijos que por sí mismo, pues estaba persuadido á que era de su obligacion dejarles intacto aquel patrimonio, no le repugnaba ceder á la nacion una parte de ella y exonerarse de este modo de las dificultades del gobierno. Por eso se le veia ocuparse alegremente de los preparativos de aquella gran reunion, para la cual se habia preparado de priesa un salon, y dis-

cutídose muy seriamente sobre el traje que habian de usar los diputados, imponiendo al estado llano una etiqueta humillante. Pero como no son los hombres menos celosos de su dignidad que de sus derechos, se habia tenido buen cuidado de prevenir en los poderes por condicion espresa, que no sufrieran ninguna humillacion en la etiqueta. Esta nueva falta de la corte provenia, como las demas, de su deseo de mantener, á lo ménos el signo, cuando no la sustancia de las cosas que ya habian desaparecido. Pero bastó para dar origen á una profunda irritacion, sobre todo en un momento en que, antes de combatir, se miraban cara á cara unos á otros en ademan de medir sus fuerzas.

El dia 4 de mayo, víspera de la apertura, se celebró una procesion solemne en que el rey con los tres estamentos y los primeros personages del estado fueron á la iglesia de Nuestra Señora con estraordinaria magnificencia. Iban los dos primeros estamentos pomposamente vestidos: los príncipes, duques y pares, gentiles hombres y prelados, estaban cubiertos de púrpura y con sombreros de plumage. Seguíanse los diputados del estado llano con sus capas negras muy sencillas, pero á pesar de su modesta postura se echaba de ver la fuerza que les daba su número y la conviccion de su porvenir. Se notó que el Duque de Orleans se habia colocado en las últimas filas de la nobleza y afec-

taba quedarse atras para confundirse con los diputados del estado llano. Aquella pompa nacional, militar y religiosa, y aquellos devotos cánticos acompañados de instrumentos de guerra, juntamente con la magnitud del suceso mismo, hicieron una profunda impresion en los ánimos, supuesto que á pesar de la santidad del lugar y de la presencia del rey, se dieron repetidos aplausos al sermon que predicó el obispo de Nancy, en que rebosaban los sentimientos generosos. No hay duda que las grandes reuniones elevan el alma, enagenándonos por decirlo así para unirnos á nuestros semejantes, como se manifestó en aquella circunstancia, mitigándose repentinamente el odio en muchos corazones que por lo ménos aquel dia se inundaron de humanidad y patriotismo.*

Al siguiente que era el 5 de mayo 1789 se efectuó la apertura de los Estados generales. Estaba colocado el rey sobre un elevado trono con la reina á su lado, la corte en las tribunas, los dos primeros estamentos en los dos lados de la sala, y el estado llano en el centro de ella en asientos inferiores. Hubo bastante murmullo á la entrada del conde de Mirabeau, pero sus miradas y actitud imponente infundieron respeto. A pesar de la costumbre antigua, se cubrió el estado llano al

* Véase la nota 1 al fin del tomo.

mismo tiempo que los otros dos estamentos, y el rey pronunció un discurso en que aconsejaba el desinteres á los unos, la prudencia á los otros y á todos les hablaba de su amor al pueblo. Tomó luego la palabra el guarda sellos Barentin [1], y despues el ministro de hacienda Necker leyó una memoria sobre el estado del reino, en que habló largamente de todos los puntos peculiares á su ramo, manifestando por último que habia un déficit de 56 millones de francos, con cuya larga lectura cansó al auditorio, y no dejó de ofender á muchos con su tono doctoral.

A los diputados de cada estamento se les previno que acudiesen al dia siguiente al sitio que se les habia señalado, pues á mas del salon comun, que era bastante capaz para contener á los tres estamentos reunidos, se habian construido otras dos salas para la nobleza y el clero. En el salon comun debia reunirse el estado llano, logrando con eso la ventaja de mirar como su propio local el de los estados generales. La primera operacion era la de verificar los poderes, y con este motivo se trató de decidir si se haria en comun ó por estamentos. Pretendian los diputados del estado llano que cada seccion de los estados generales tenia interes en asegurarse de la legitimidad de los otros dos, y asi pedian que se hiciese la verificacion en comun; pero como la nobleza y el clero

Biblioteca Universitaria Oviedo

querian mantener la separacion por estamentos, sostenian que debia constituirse cada uno por separado. Esta cuestion no era rigorosamente la misma que la de la votacion por cabezas, pues que podian verificarse los poderes en comun y efectuarse despues las votaciones separadamente; pero se le asemejaba mucho, y desde el primer dia hizo estallar una division, que hubiera sido fácil preveer y prevenir resolviendo la cuestion de ante mano. Mas la corte jamas tenia fuerza para negar ni para conceder lo que era justo, y por otra parte esperaba reinar con mas facilidad dividiendo los ánimos.

Los diputados del estado llano se mantuvieron reunidos en la sala comun, absteniéndose de tomar ninguna medida, y aguardando, como decian, á que se les reuniesen sus cólegas. La nobleza y el clero, retirados en su sala respectiva, se pusieron á deliberar sobre la verificacion, y el clero votó que fuese separada por una mayoria de 130 votos contra 114, y la nobleza por 188 contra los mismos 114. Persistiendo en su inmovilidad el estado llano, observó el dia siguiente la misma conducta que la víspera, procurando evitar todo acto que pudiera interpretarse como propio de un cuerpo constituido en estamento separado, por cuya razon en una diputacion que envió á las otras dos cámaras, tuvo cuidado de

no darla ninguna mision espresa, sino la de decir á la nobleza y al clero que se les aguardaba en el salon general. La nobleza no se encontraba entonces reunida, pero el clero sí, y este ofreció nombrar comisionados para conciliar las contestaciones que acababan de suscitarse. En efecto los nombró é hizo presente á la nobleza que convenia hacer otro tanto, manifestando con esta conducta en la presente lucha un carácter muy diferente del de la nobleza, sin embargo de que habia padecido mas que ninguna de las clases privilegiadas en los ataques del siglo 18, en que no se trataba de nada menos que de poner en duda hasta su propia existencia política; pero estaba dividido en razon del gran número de curas párrocos que habia en su seno, y ademas no podia sustraerse á la necesidad de manifestar moderacion y espíritu de paz !Por eso, como hemos visto, ofreció una especie de mediacion.

La nobleza siguió otro rumbo y se negó á nombrar comisionados, porque ménos prudente que el clero, y mas convencida de sus derechos, no se contemplaba obligada á guardar moderacion, sino á manifestar valor, y así contestó negándose redondamente y hasta con amenazas. Aquellos hombres que luego han sido tan severos con las pasiones de los otros, se entregaron enteramente á las suyas, y como sucede en todas las reunio-

nes numerosas, se dejaron dominar por los mas acalorados de entre ellos, como Cazales [2] y Despremenil, los cuales, por lo mismo que acababan de ser elevados á la clase de nobles, proponian las mociones mas fogosas, que llevaban preparadas de ante mano en sus reuniones particulares. En vano procuraba la minoría, que estaba compuesta de hombres mas discretos ó mas prudentemente ambiciosos, dar buenos consejos á la corporacion, por que esta no daba oidos á nada ni hablaba de otra cosa que de combatir y aun de morir, como ellos decian, por las leyes y por la justicia. Entre tanto el estado llano, persistiendo en su inmovilidad, devoraba en silencio todos aquellos ultrajes irritándose á sus solas, pero observando aquella firmeza y prudencia, propias de todos los poderes que principian, cuya conducta le valió los aplausos de las tribunas que habian servido para la corte y no tardaron en ser invadidas por el público.

Habiéndose pasado ya muchos dias, procuró el clero tender algunos lazos al estado llano, incitándole á ciertos actos que le calificasen de estamento constituido; pero se negó constantemente el estado llano, y limitándose á tomar las medidas indispensables de policía interior, se contentó con elegir un decano y dos adjuntos para recoger los votos, reusó abrir las cartas que se le

dirigian y declaró que formaba, no un estamento, sino una junta de *ciudadanos reunidos por una autoridad legítima para aguardar á otros ciudadanos.*

Despues de haberse negado la nobleza á nombrar comisionados conciliadores, consintió por fin en elegirlos para que tratasen con los otros estamentos; pero la tal mision venia á ser inútil, por que les encargaba, al mismo tiempo, declarar que persistia en su decision del 6 de Mayo, por la cual habia resuelto que la verificacion se hiciese por separado. El clero por lo contrario, conservando la misma aptitud que habia tomado al principio, suspendió la verificacion principiada ya en su propia cámara, y declarándose no constituido, aguardó el resultado de las conferencias que se habian abierto entre los comisionados conciliadores. Dióse principio á ellas sin que el clero se pronunciase en pró ni en contra, mientras que los diputados del estado llano hacian valer sus razones con calma y los de la nobleza con violencia. Separábanse los interlocutores agriados por la disputa; y como el estado llano estaba resuelto á no ceder en nada, no le pesaba sin duda de ver que cada dia se hacia mas imposible toda transaccion. La nobleza oia diariamente asegurar á sus comisionados que habia obtenido la ventaja en las discusiones, y se iba exaltando mas y mas; pero por un rasgo momentaneo de prudencia, los

dos primeros estamentos declararon que renunciaban á sus privilegios pecuniarios. El estado llano aceptó la cesion, pero se mantuvo en sus trece exigiendo siempre la verificacion en comun. Duraban todavia las conferencias, cuando por fin se propuso por via de conciliacion, que se hiciese la verificacion de los poderes por comisionados elegidos de entre los tres estamentos. Los de la nobleza declararon en su nombre que no consentian en ello, y se retiraron sin señalar dia para otra conferencia. Asi se rompió la transaccion, y el mismo dia la nobleza tomó un acuerdo por el cual declaraba de nuevo que para los presentes estados generales, la verificacion se habia de hacer separadamente, salvo el que los mismos estados adoptasen para lo sucesivo otro modo de ejecutarla. Se comunicó el acuerdo al estado llano el 27 de mayo, de suerte que habiéndose hecho la apertura el dia 5, habian pasado 22 dias sin hacer nada. Ya era tiempo de tomar una determinacion, y asi Mirabeau, que era quien daba impulso al partido popular, llamó la atencion sobre la urgencia de tomar alguna decision y principiar cuanto antes los trabajos en favor del bien público que ya se habian retardado demasiado. Propuso pues, que, supuesto no se sabia la resolucion que hubiese adoptado la nobleza, se intimase al clero á que se esplicara inmediatamente y declarara de una vez si queria

ó no reunirse al estado llano. Se adoptó al instante la propuesta de Mirabeau, y el diputado Target [3] al frente de una diputacion numerosa, pasó al salon del clero y habló en estos términos: «En nombre del Dios de paz y del interes nacional, los señores diputados del estado llano suplican á los señores diputados del clero que vengan á reunirse con ellos en el salon de la asamblea, para discutir los medios de establecer la concordia tan necesaria en este momento para la salvacion del estado»; el clero quedó suspenso al oir aquellas palabras tan solemnes, y un gran número de sus individuos contestó con aclamaciones y quiso inmediatamente corresponder al llamamiento; pero se les impidió hacerlo, y se contestó á los diputados que se iba á deliberar. Volvió la diputacion, y el estado llano, inexorable, resolvió aguardar, sin separarse, la respuesta del clero, y como no llegaba, se le mandó decir que el estado llano aguardaba. Quejóse el clero de que se le apuraba demasiado, y pidió que se le dejase el tiempo necesario, á lo que se le contestó con moderacion que tomase todo el que quisiera, y que si fuese necesario se aguardaria todo el dia y toda la noche.

Difícil era ya la situacion, porque sabia muy bien el clero que una vez dada su contestacion, el estado llano pondria manos á la obra y tomaria

un partido decisivo. Mas queriendo contemporizar para concertarse con la corte, pidió término hasta el dia siguiente, lo que le fue concedido no sin mucha dificultad.

Efectivamente aquel dia el rey cuya mediacion era tan deseada de los primeros estamentos, intervino por fin en el momento en que las enemistades recíprocas entre la corte y las dos primeras clases empezaban á desaparecer, en presencia de aquel poder popular que se elevaba con tanta rapidez. Esplicándose pues el rey, escitó á los tres estamentos á que volviesen á conferenciar en presencia de su guarda sellos. Cualquiera otra cosa que se haya dicho de los proyectos del estado llano, sobre los cuales se ha juzgado con escesiva severidad en vista de sucesos posteriores, es agena de la verdad, porque consta por cuantos testimonios son posibles, que sus deseos no pasaban entonces de conseguir una monarquia templada. Conociendo como conocia las intenciones de Luis XVI, le miraba con el mayor respeto y no queria tampoco perjudicar á su propia causa con algun desacierto, por lo cual contestó que por deferencia al rey, se conformaba en que volviesen á abrirse las conferencias, aunque en vista de las declaraciones de la nobleza le parecian inútiles. A esta respuesta acompañó un mensage al rey por medio de su decano Mr. Bailly, hombre sencillo y

virtuoso al par que sabio y modesto, que se veia trasladado repentinamente desde los estudios silenciosos del gabinete á las discordias civiles, y que elegido para presidir una grande asamblea, se había estremecido de la nueva carga que caia sobre sus hombros contemplándose índigno de llevarla. Pero entrando de un golpe en la carrera de la libertad, halló en sí mismo la presencia de ánimo y firmeza necesarias, y en medio de tantos conflictos supo hacer respetar la magestad de la asamblea, y representarla con toda la dignidad de la virtud y de la razon.

Con mucha dificultad logró Bailly llegar hasta la cámara del rey, y como insistiese para ser introducido, los cortesanos hicieron correr la voz de que ni siquiera habia respetado la afliccion del monarca que acababa de perder al Delfin. Fué admitido por fin á presencia suya, y supo sustraerse á la humillacion de la etiqueta con firmeza y respeto, de la misma manera que el rey le recibió con benignidad, aunque sin darse por entendido de cuales eran sus intenciones.

Decidido el gobierno á hacer algunos sacrificios para proporcionarse recursos, intentó valerse de la oposicion de los estamentos unos con otros para constituirse en árbitro, arrancando á la nobleza sus privilegios pecuniarios con el auxilio del estado llano, y conteniendo la ambicion de este con

el de la nobleza. Pero esta, teniendo poca cuenta con los apuros de la administracion, y pensando únicamente en los sacrificios que se la iban á imponer, procuraba disolver los Estados generales, inutilizando su convocacion. Los diputados del comun, á quienes la corte y los primeros estamentos no querian reconocer bajo este título, concediéndole solamente el de estado llano, iban adquiriendo incesantemente nuevas fuerzas, y resueltos á arrostrar todos los peligros, no dejaban escapar la ocasion que tal vez no volveria á presentarse.

Tuvieron lugar las conferencias propuestas por el rey, y desde luego los comisionados de la nobleza suscitaron toda clase de dificultades, tanto sobre el título de diputados del comun que habia adoptado el estado llano, como sobre el modo de redactar y firmar las actas. Trabóse una larga discusion y ya se habian agotado todos sus argumentos contra las razones que se les oponian, cuando á nombre del rey propuso Necker un nuevo medio de conciliacion que consistia en que cada estamento examinase separadamente los poderes, comunicándolos á los otros dos en caso de que se presentasen dificultades de que se daria conocimiento á cada cámara, y, si no hubiese conformidad en la decision de los estamentos, el rey decidiria definitivamente. De este modo la cor-

te sentenciaba el pleito en provecho suyo. Se suspendieron las conferencias hasta que adhiriesen los estamentos, como lo hizo el clero lisa y llanamente. En el primer momento, la nobleza tambien fué del mismo parecer, pero incitada por sus instigadores acostumbrados, no quiso oir los consejos de sus mas prudentes individuos y modificó el proyecto de conciliacion. Este dia puede ser considerado como la fecha en que tuvieron principio todas las desgracias.

Instruidos los del comun de aquella resolucion aguardaban para esplicarse á que les fuese comunicada; pero el clero con su mónita acostumbrada y queriendo comprometerlos á los ojos de la nacion, les envió una diputacion escitándoles á que se ocupasen, en union con él, de aliviar las miserias del pueblo, que iban creciendo de dia en dia, y en proveer de comun acuerdo á la escasez y carestia de las subsistencias.

Mas ellos temiendo verse espuestos á perder el favor popular si se mostraban indiferentes á una proposicion de esta clase, opusieron su propia astucia á la del clero, contestándole, que estando penetrados del mismo deber aguardaban á los señores eclesiásticos en el gran salon para ocuparse juntamente con ellos de un objeto tan importante. Entonces llegó la nobleza y comunicó solemnemente su acuerdo á los del estado llano,

Biblioteca Universitaria - Oviedo

adoptando, segun decia, el plan de conciliacion; pero persistiendo en que la verificacion se hiciese separadamente, y sometiendo únicamente á los estados reunidos, y á la jurisdiccion suprema del rey las dificultades que pudieran suscitarse sobre las diputaciones enteras de toda una provincia.

Con este acuerdo terminaron todos los apuros de los diputados del comun. Obligados á ceder ó declararse ellos solos en guerra abierta contra las primeras clases y contra el trono, en caso de haberse adoptado el plan de conciliacion, no tuvieron necesidad de esplicarse por haberse hecho en él tantas modificaciones. El momento era decisivo, porque á la verdad no era lo mismo conceder la verificacion separada de poderes que convenir en que los votos se tomasen por estamentos; pero una primera debilidad podia arrastrar consigo otras muchas, y asi era preciso ó reducirse á hacer un papel casi nulo, cual era el de suministrar fondos al poder, contentándose con remediar algunos abusos cuando tenia en su mano regenerar el estado, ó tomar una resolucion fuerte y apoderarse violentamente de una parte del poder legislativo por medio de un acto revolucionario. La asamblea no titubeó; y apenas concluidas las conferencias y firmadas las actas, se levantó Mirabeau y dijo: «Todo proyecto de conciliacion «que haya sido desechado por una de las partes

«no puede ser examinado ya por la otra; ha tras-«currido un mes entero y urge tomar un partido «decisivo; un diputado de Paris tiene que hacer «una mocion importante y pido que se le oiga.» Abierta de este modo la deliberacion por la audacia de M. Mirabeau, subió á la tribuna Sieyes, que era un hombre de gran capacidad, sistemático, y severo en su lógica. Recordó y justificó en pocas palabras la conducta del estado llano, diciendo que habia aguardado con demasiada paciencia y prestádose á todas las conciliaciones propuestas. Pero habiendo sido inútil su larga condescendencia, no puede sin faltar á su mision continuar en ella por mas tiempo; en consecuencia se vé precisado á hacer la última intimacion á los otros dos estamentos, á fin de que se reunan á él para empezar la verificacion de poderes. Era tan fundada esta proposicion, que no pudo menos de adoptarse con entusiasmo, * y aun se quiso intimar la reunion á los dos estamentos para dentro de una hora **; pero se prorrogó el término. Como el dia siguiente jueves debia emplearse en solemnidades religiosas, se señaló el viernes para comunicar la última resolucion á los estamentos, cuya respuesta fué que iban á deliberar; y por parte del rey que ya les

* Véase la nota 2 al fin del tomo.

** Sesion de 10 de Junio.

comunicaria sus intenciones. En seguida principió á lerse la lista de los diputados; el primer dia se reunieron tres curas párrocos, cuya entrada fué celebrada con vivos aplausos; el segundo vinieron seis, el tercero y el cuarto diez, entre los que se hallaba el abate Gregoire. [4]

Mientras que se leia la lista de los diputados y se reconocian los poderes, se trabó una discusion grave sobre el título que habia de tomar la asamblea. Propuso Mirabeau *el de representantes del pueblo frances;* Meunier [5] *el de mayoria deliberante en ausencia de la minoria;* el diputado Legrand [6] el de *asamblea nacional.* Se adoptó este último, despues de una discusion bastante larga que duró hasta la noche del 16 de junio. Acababa de dar la una del dia y se trataba de saber si la asamblea se constituiria en aquella misma sesion ó se diferiria hasta el dia siguiente, siendo de parecer muchos diputados que no se perdiese un momento en adquirir un carácter legal que impusiese á la corte. Otros en corto número, deseando entorpecer los trabajos de la asamblea, se exasperaban y prorrumpian en gritos furibundos. Los dos partidos que estaban colocados á los dos lados de una larga mesa, se amenazaban recíprocamente; y los unos aconsejaban á Bailly, que ocupaba la cabecera, que disolviese la asamblea, mientras que otros querian que se pusiese á votacion el proyecto de

constituirse ; pero se mantuvo impasible en medio de los gritos y de las injurias, permaneciendo mas de una hora inmóvil y silencioso. Entretanto habia una tempestad horrorosa y el viento soplaba con violencia hasta en el mismo salon, lo cual contribuia á aumentar el tumulto. Retiráronse por fin los mas furibundos, y entonces Bailly, dirigiéndose á la asamblea que ya se habia sosegado con la retirada de los alborotadores, la aconsejó que se difiriese hasta el siguiente dia el acto importante que se habia propuesto. Fué adoptado su dictámen, y se retiró la asamblea celebrando la firmeza y prudencia de su presidente.

Al dia siguiente 17 de junio se puso en deliberacion la propuesta, y se constituyeron los diputados del pueblo *en asamblea nacional*, siendo la votacion de 491 votos en pró y de 90 en contra, y encargándose otra vez á Sieyes que motivara esta decision, lo cual hizo, con su acostumbrada energia, en los términos siguientes.

« Deliberando la asamblea despues de haber ve-
« rificado los poderes, reconoce que se compone
« de los representantes enviados directamente por
« los 96 centésimos á lo menos de la nacion. Una
« masa tan numerosa de electores no puede per-
« manecer ociosa por que se hayan ausentado los
« diputados de algunos partidos ó de algunas cla-
« ses de ciudadanos, no pudiendo los ausentes,

« supuesto que se les ha convocado, impedir á los « presentes el pleno ejercicio de sus derechos, so- « bre todo cuando el ejercerlos es un deber im- « perioso y urgente.

« Supuesto ademas que solo tienen derecho para « votar aqui los representantes, cuyos poderes han « sido reconocidos en esta asamblea, se sigue la « consecuencia indispensable de que solo á ella « pertenece interpretar y representar la voluntad « general de la nacion. »

« No puede existir entre el trono y la asamblea « ningun *veto* ni ningun poder negativo. »

« Declara pues la asamblea que los diputados « presentes pueden y deben empezar inmediata- « mente la obra comun de la restauracion nacio- » nal, y que deben continuarla sin interrupcion « y sin obstáculo. »

« La única denominacion que conviene á la asam- « blea en el estado actual de cosas es, *la de asamblea* « *nacional*, tanto porque los individuos que la com- « ponen son los únicos representantes legítimos y « públicamente reconocidos, como que se hallan « autorizados por la casi totalidad de la nacion, « cuanto porque, siendo una é indivisible la re- « presentacion, ninguno de los diputados, de cual- « quier estamento ó clase, tiene derecho de ejer- « cer sus funciones separado de esta asamblea. Ja- « mas perderá esta la esperanza de reunir en su

« seno á todos los diputados ausentes en la actua-
« lidad; ni cesará de llamarlos para cumplir la
« obligacion que se les ha impuesto de concurrir á
« la celebracion de los estados generales. En cual-
» quier momento que se presenten los diputados
« ausentes en la sesion que vá á abrirse, declara la
« asamblea desde luego que se apresurará á admi-
« tirlos y á hacerlos participar, despues de reco-
« nocidos sus poderes, de las graves tareas que de-
« ben producir la regeneracion de la Francia.

Inmediatamente despues de tomado este acuerdo, y queriendo la asamblea ejercer un acto de autoridad y probar que no trataba de detener la marcha de la administracion, legalizó el cobro de las contribuciones, aun que se hubiesen impuesto sin el consentimiento nacional; pero recelando una disolucion, añadió que dejarían de percibirse el dia mismo que tuviera que separarse. Para el caso tambien de que el gobierno se apresurase á declarar la bancarrota, único medio de salir de apuros sin el concurso de la nacion, satisfizo igualmente á la prudencia y al honor poniendo á los acreedores del estado bajo la salvaguardia de la lealtad francesa. Anunció por fin que iba á ocuparse incesantemente de las causas de la escasez y de la miseria pública.

Estas medidas que manifestaban tanta energia como tino, produjeron una impresion profunda;

pero esta misma audacia y energia asustaban á la corte y á los dos primeros estamentos. Mientras tanto el clero deliberaba tumultuosamente si debia reunirse á los del comun, y la muchedumbre aguardaba fuera el resultado de su deliberacion; mas al fin vencieron los curas párrocos, habiéndose votado la reunion por una mayoria de 149 contra 115. El pueblo aplaudió con entusiasmo á los que habian votado la reunion, persiguiendo y ultrajando á los disidentes.

Esta crisis debia producir necesariamente la reconciliacion de la corte y de la aristocracia, porque era igual el peligro para los dos, y tan funesta la última resolucion para el rey como para ellos, supuesto que el estado llano estaba resuelto á pasarse sin el concurso de ambos. Inmediatamente acudieron al rey echándose á sus pies, y suplicándole que reprimiese la audacia del estado llano y sostuviese los derechos invadidos. Los que mas insistieron fueron el duque de Luxembourg, el cardenal de Larrochefoucauld [7] y el arzobispo de Paris. Propuso el parlamento á la corona la disolucion de los estados generales ofreciendo consentir todos los impuestos. El rey se vió rodeado por los príncipes y por la reina, sobrando estas demostraciones para vencer su debilidad, y por último le llevaron al real sitio de Marly para arrancarle una resolucion vigorosa.

El ministro Necker, que se inclinaba á la causa popular, se contentaba con hacer representaciones inútiles que le parecian justas al rey cuando no escuchaba mas que su propia razon; pero la corte cuidaba de que esto sucediera raras veces. Viendo el ministro la indispensable necesidad de hacer intervenir la autoridad real, formó un plan que le pareció muy atrevido atendido su propio valor; y consistia en que el rey en una sesion real prescribiese la reunion de los estamentos, pero únicamente para todas las medidas de interes general; que se reservase la sancion de todas las resoluciones aprobadas por los estados generales; que se desechase desde luego todo principio y toda institucion contraria á la monarquia templada, como verbigracia, el de una asamblea única, y por último que se prometiese anular todos los privilegios y consagrar el principio de que todos los franceses tienen derecho para aspirar á todos los empleos civiles y militares etc. Necker que no habia tenido la firmeza de anticiparse al tiempo en la formacion de su plan, tampoco tenia la necesaria para asegurar su ejecucion.

El consejo de ministros habia seguido al rey á Marly, donde volvió á discutirse el plan de Necker que habia sido aprobado en un principio. Mas estando en esto, recibe el rey una esquela, cuya lectura hizo suspender el consejo: luego se le vol-

vió á convocar y poco despues se le dijo que continuaria al dia siguiente, no obstante la urgencia de las circunstancias. Vuélvese á celebrar en efecto en el dia señalado con añadiduras de nuevos vocales, entre los cuales estaban los dos hermanos del rey. Modificóse el proyecto de Necker, á pesar de su resistencia, en medio de la cual hacia algunas concesiones, pero sin adelantar nada: visto lo cual, se volvió á Versalles, donde un page le trajo sucesivamente tres esquelas con nuevas modificaciones que desfiguraban enteramente su plan. Se señaló el dia 22 de junio para la sesion real; mas era tal la impaciencia, que desde el dia 20 ya se mandó cerrar el salon de los estados, con el pretesto de hacer los preparativos que exigia la presencia del rey, los cuales hubieran podido hacerse en pocas horas. Pero el verdadero motivo era impedir al clero que se reuniese al estado llano[1], como lo habia resuelto la víspera. A mayor abundamiento salió una real órden suspendiendo las sesiones hasta el dia 22; pero Bailly creyéndose obligado á obedecer los mandatos de la asamblea, la cual en su sesion del viernes 19 habia señalado otra para el sábado 20, se presentó á las puertas del salon, donde encontró un piquete de guardias francesas con órden de impedir la entrada. El oficial de servicio recibió con respeto á Bailly y le permitió penetrar á un

patio para redactar una protesta, y aunque algunos diputados jóvenes y ardientes quisieron entrar por fuerza, acudió Bailly á apaciguarlos y se los llevó por no comprometer al honrado oficial que con tanta moderacion ejecutaba las órdenes de la autoridad. Mientras tanto se agrupaban tumultuosamente los diputados, persistiendo en reunirse, queriendo algunos ir á celebrar la sesion de bajo de las mismas ventanas de palacio; proponen otros el salon del juego de pelota, hacia donde se dirigieron todos, habiéndosele franqueado el amo con mucho gusto.

La tal sala era bastante capaz, pero sus paredes estaban sombrias y desnudas, sin que tampoco hubiese bancos ni sillas. Llevaron de fuera un sitial para el presidente que no quiso admitirle, sino permanecer en pie como los demas miembros de la asemblea; sirvió de mesa un banco que se encontró por allí, y se pusieron dos diputados de guardia á las puertas; pero luego vino á relevarles y ofrecer sus servicios, la guardia del prevoste de palacio. * Acudió un gentio inmenso

* *Prevôst de l'hôtel*, este empleo fué creado por Felipe el largo para juzgar todos los delitos que se cometiesen en la casa del rey. Era el prevoste, segun Dutillet, uno de los principales empleados de palacio y antiguamente se intitulaba *rey* de los *ribaldos* (roi des ribauds) hasta que Carlos VII le hizo

y se empezó á deliberar sobre la ocurrencia del dia, clamando unánimemente contra la suspension de las sesiones y se propusieron varios medios para precaver en adelante semejante medida. Crece la agitacion y ya principian á discurrirse partidos estremos, entre los cuales propusieron algunos diputados que la asamblea se trasladase á Paris, cuyo dictámen fué muy bien recibido y disputado con acaloramiento, en términos que no faltó quien se inclinase á que se pusieran todos en camino á pie. Pero Bailly previó con espanto las violencias á que podria estar espuesta la asamblea durante el viage; y temiendo por otra parte una escision en el cuerpo mismo, se opuso al proyecto. Entonces fué cuando Mounier [8] propuso á los diputados jurar que no se separarian antes de haber fundado una constitucion, y admitida que fué esta proposicion con entusiasmo, se redactó inmediatamente la fórmula del juramento.

Bailly pidió por favor que le permitiesen ser el primero que jurára y leyó la fórmula del juramento en estos términos. « ¿Jurais solemnemen-« te no separaros jamas, y reuniros en cualquier « punto, donde lo exijan las circunstancias hasta

mudar el nombre sin alterar en nada sus funciones. Duró hasta el tiempo de la revolucion, en que la asamblea nacional convirtió la guardia prevotal en gendarmeria nacional.

(N. del T.)

« que la constitucion del reino quede establecida « y asegurada sobre bases sólidas ? Pronunciada esta fórmula en alta é inteligible voz, resonó hasta fuera del recinto y todos se apresuraron á repetirla estendiendo los brazos hacia Bailly, el cual inmóvil y en pie recibió aquella promesa solemne de asegurar por medio de buenas leyes el ejercicio de los derechos nacionales. Al momento el pueblo agolpado hizo resonar los aires con gritos de *viva la asamblea! viva el rey!* Como para manifestar que no por cólera ni por odio, sino por puro deber, recobraba lo que de justicia se le debia. Empiezan los diputados á firmar la declaracion que acababan de hacer, y uno solo, llamado Martin d'Auch [9], añadió á su nombre la palabra *disidente.* Al instante se agruparon una porcion de diputados á su alrededor, y entonces Bailly se subió sobre una mesa para que le oyeran mejor, y dirigiéndose con moderacion al diputado, le hizo presente que si bien tenia derecho para rehusar su firma no asi el de formar oposicion. Persistió el diputado en lo dicho, y la asamblea, por respeto á la libertad de pareceres, disimuló la palabra y permitió que quedase consignada en el acta.

Con este nuevo rasgo de energia se arredró la nobleza, y al dia siguiente se apresuró á llevar sus lamentos á los pies del rey, escusándose en cierto modo de las restricciones que habia intercalado

Biblioteca Universitaria - Oviedo

en el plan de conciliacion y pidiéndole su asistencia. La minoria de los nobles protestó contra este paso, sosteniendo con razon que ya no era tiempo de pedir la intervencion real, despues de haberla desechado con tan poco juicio. Esta minoria á quien por desgracia no se habia querido escuchar, se componia de 47 individuos, entre los cuales figuraban militares y magistrados ilustres. Entre ellos estaba el duque de Liancourt [10], amigo verdadero de su rey y de la libertad; el duque de Larrochefoucauld, tan distinguido por su constante providad como por sus grandes luces; Lalli-Tolendal [11], célebre ya por los infortunios de su padre y por sus elocuentes alegatos en favor de su memoria; Clermont Tonnerre [12], que era un orador de mérito; los hermanos Lameth [13], coroneles muy jóvenes y conocidos por sus talentos y bizarria; Duport que se habia distinguido ya por su vasta capacidad y la firmeza de su caracter; y en fin el marques de Lafayette [14], defensor de la libertad americana, y que unia á la vivacidad francesa toda la constancia y modesta sencillez de Washington.

Las intrigas entorpecian todas las operaciones de la corte: la sesion real indicada para el lunes 22, se difirió hasta el 23. Lo supo Bailly por una esquela que recibió muy tarde á la salida del consejo pleno, en que se le daba noticia de la agitacion que reinaba en las ideas. Estaba resuelto Necker

á no asistir á la sesion por no autorizar con su presencia unos proyectos que desaprobaba, pues con el objeto de impedir que se reuniesen los del estado llano el lunes 21 se emplearon medios mezquinos, que son el recurso ordinario de toda autoridad débil, y bajo pretesto de que se iba á jugar un partido de pelota, mandaron los príncipes ocupar el juego para aquel mismo dia. Pero la asamblea se entró en la iglesia de San Luis, donde se le reunió la mayoria del clero presidida por el arzobispo de Vienne. Esta reunion se hizo con mucha dignidad, y escitó la mas viva alegria porque era una señal evidente de que habia adoptado el clero el sistema de la verificacion de poderes en comun.

Se habia señalado el dia siguiente 23, para celebrar la sesion real, á que debian asistir los diputados del estado llano entrando por una puerta distinta de la reservada á la nobleza y al clero, procurando vengar en humillaciones la falta de valor para someterlos. Llovia mucho y tuvieron los diputados que aguardar bastante tiempo á pesar de haber llamado varias veces el presidente, para que le abriesen la puerta, contestándosele que no era todavía tiempo. Iban á retirarse los diputados, pero llamó otra vez Bailly y entonces le abrieron: mas ¡cual seria su sorpresa al encontrarse con que los dos primeros estamentos estaban

sentados en sus propias sillas, cuya posesion habian querido asegurarse ocupándolas de antemano! Abrió el rey la sesion con un discurso en que se echaba de ver la debilidad por entre la energía misma de las espresiones que eran poco adecuadas á su carácter. Se ponian en su boca palabras de recriminacion y mandatos absolutos, como por ejemplo, el de la separacion por estamentos, anulando las anteriores resoluciones del estado llano y ofreciendo sancionar la renuncia de los privilegios pecuniarios, cuando los poseedores tuviesen á bien hacerla; mantenia los derechos feudales, así los útiles como los meramente honoríficos, declarándolos propiedad inviolable, y no consideraba la reunion de los tres brazos como un objeto de interes general, sino como un mero resultado de la moderacion de los primeros estamentos. Por consiguiente exijia la obediencia del estado llano, y se contentaba con presumir la de la aristocracia, dejando al arbitrio de la nobleza y del clero la facultad de decidir sobre lo que les concernia especialmente. Por último concluia por decir, que si se le oponian nuevos obstáculos, haria por sí solo el bien de su pueblo, mirándose como su único representante. Asi estas palabras como el tono en que fueron pronunciadas, produjeron una funesta irritacion en los ánimos, no contra el rey, que bien veian no ser mas que un órgano débil de

pasiones agenas, sino contra la aristocracia, que era quien realmente se la habia dictado. Concluido su discurso, mandó el rey que la asamblea se separase inmediatamente y se retiró seguido de la nobleza y de una porcion del clero; pero se quedaron la mayor parte de los diputados eclesiásticos, y los del estado llano permanecieron inmóviles guardando un profundo silencio. Entonces Mirabeau, cuya costumbre era presentarse siempre el primero en la lucha, se levantó y dijo: «Señores, confieso que todo cuanto acabais de oir podria producir la salvacion de la patria, si no fuesen siempre peligrosos los presentes del despotismo.... ¿Qué significa ese aparato de fuerzas, esta violacion del templo nacional, para mandaros que seais felices?»

«¿Dónde están los enemigos de la nacion? ¿Está á nuestras puertas Catilina?... Pido que cubriéndoos con vuestra dignidad y con vuestro poder legislativo, no salgais de los límites de vuestros juramentos, que no os permiten separaros antes de haber formado la constitucion.»

En aquel momento volvió á entrar en la sala el marques de Brezé [16], gran maestre de ceremonias, y dirigiéndose á Bailly: ¿habeis oido, le dijo, las órdenes del rey? Si, respondió Bailly, pero voy á tomar las de la asamblea. Si señor, interrumpió Mirabeau, hemos oido las espresiones que se

« han sugerido al rey, pero vos no teneis aqui, « ni voto, ni asiento, ni derecho de hablar. Sin « embargo, para evitar toda dilacion, id y decid « á vuestro amo que estamos reunidos aqui por « la voluntad del pueblo, y que no saldrémos de « este lugar sino por la fuerza de las bayonetas. » Retiróse Mr. de Brezé y Sieyes prorrumpió en las siguientes palabras. » Somos hoy lo que éramos « ayer, deliberemos. » En seguida se puso la asamblea á deliberar sobre el mantenimiento de las resoluciones anteriores, de las cuales dijo Barnave [15] « la primera se reduce á declarar qué es lo « que somos. La segunda es relativa á las contri- « buciones que solo vosotros teneis derecho de con- « sentir; la tercera es el juramento de cumplir con « nuestro deber. Ninguna de estas medidas nece- « sita de la sancion real, porque el rey no puede « impedir lo que no tiene facultad de aprobar. » En aquel momento entraron algunos criados para sacar los bancos, y varios soldados atravesaron el salon y otros se situaron á fuera; los guardias de corps se adelantaron hasta la puerta. Pero la asamblea continuó impávida recogiendo los votos, cuyo resultado fué la unanimidad de mantener todas las resoluciones anteriores. Mas como era de temer que la asamblea pudiese ser amenazada por hallarse en el centro de una ciudad que era toda del rey, rodeada de criados de palacio y privada del

auxilio del pueblo que despues se hizo tan temible, subió Mirabeau á la tribuna y propuso que se decretára la inviolabilidad de todo diputado. En el momento mismo la asamblea, sin oponer á la fuerza mas que una voluntad magestuosa, declaró inviolables á todos sus miembros, y traidores, infames y dignos de muerte á todos los que atentasen contra sus personas.

Mientras tanto creyendo la nobleza haber salvabo al estado con aquella sesion real, felicitaba al príncipe que habia sugerido el plan, repartiendo sus elogios entre él y la reina. Esta señora con su hijo en los brazos y mostrándole á sus celosos cortesanos, recibia sus juramentos y se entregaba á una ciega y funesta confianza. En aquel mismo instante se oyen gritos confusos, y asomándose todos á los balcones ven á Necker aclamado por el pueblo por no haber asistido á la sesion real. De repente se trocó en susto la alegria; y el rey y la reina llamaron á Necker, á quien aquellas augustas personas se vieron en la precision de suplicar que continuase en el ministerio. Consintió en ello Necker; cubriendo en parte á la corte con la popularidad que le habia dado su determinacion de no asistir á la sesion real.

De este modo se verificó la primera revolucion, en la cual el estado llano supo recobrar el poder legislativo, que perdieron sus adversarios por ha-

ber querido conservarlo esclusivamente. Pocos dias bastaron para que se consumase enteramente aquella revolucion legislativa, á la cual se suscitaron todavia algunos obstáculos mezquinos, como por ejemplo, el de obstruir las comunicaciones interiores del edificio de los Estados generales; pero quedaron sin efecto. El 24 vino la mayoria del clero á pedir la verificacion de poderes en comun para deliberar en seguida sobre las proposiciones hechas por el rey, en la sesion de 23 de junio. Mas la minoría continuaba deliberando en su sala particular. El arzobispo de Paris Juigné [17], prelado virtuoso y bienhechor del pueblo, pero privilegista obstinado, se vió atropellado y en la precision de prometer que se reuniría, y en efecto vino á la asamblea nacional, en compañía del arzobispo de Burdeos, que era un prelado popular, á quien verémos mas tarde ocupar una silla ministerial.

Reinaba la mayor agitacion entre los nobles, cuyas pasiones inflamaban sus agitadores acostumbrados. El mas ardiente de todos, D'Espremenil propuso atacar al estado llano ante los tribunales por conducto del fiscal del parlamento, mientras que la minoria estaba por la reunion, y así fué desechada la propuesta en medio del tumulto. El duque de Orleans apoyó la proposicion, por mas que la víspera hubiese prometido lo contrario á los

Polignac.* Mas habiendo resuelto 47 individuos de la nobleza reunirse á la asamblea general, á pesar de la decision de la mayoria, se presentaron todos á un tiempo y fueron recibidos en medio de la alegria pública, sin embargo de que en sus tristes semblantes se manifestaba la repugnancia: porque, como decia Clermont-Tonnerre, obedecian á la voz de su conciencia, pero con el dolor de separarse de sus hermanos. «Venimos, decia este diputado ilustre, á concurrir á la regeneracion pública; cada uno de nosotros os dará á conocer el grado de actividad que nos permiten nuestros poderes.»

Cada dia iban verificándose nuevas reuniones, y crecia el número de los miembros de la asamblea. De todas partes llegaban representaciones de ciudades y provincias enteras, que manifestaban la mas viva adhesion; distinguiéndose particularmente el Delfinado, incitado por Mounier, Paris, y hasta el palacio real, que se atrevió á dirigir á la asamblea una diputacion, que fué admitida en consideracion á los peligros que la rodeaban y por no enagenarse la multitud, cuyos escesos no se preveian todavia. Era menester al contrario contar con su energia y apoyarse en ella, aunque para muchos fuese dudosa y considerada

* Véase Ferrieres.

por otros como un sueño lisongero. Asi fué que los aplausos de las tribunas públicas, importunos tal vez, sostenian la asamblea, que no se atrevió á imponerlas silencio. Bien lo conocia Bailly y quiso remediarlo, pero sus reclamaciones no fueron oidas, y su voz fué interrumpida por aplausos estrepitosos.*

* No deja de ser reparable que entre las felicitaciones legítimas que se hicieron á la asamblea, apenas instalada, se cuente la muy ilegitima del palacio real, que es como si dijéramos la de los corrillos de la puerta del sol de Madrid. Esta mania de popularidad, de que adolecen tanto las corporaciones como los individuos, las hace transijir muchas veces, no solo con la ley, mas tambien con la propia esencia de su institucion, dando márgen á desacatos que pronto se convierten en tirania. Con haber admitido la asamblea esta impertinente felicitacion del que entonces no era mas que populacho conducido por demagogos, ó pagado tal vez por el dinero de la casa donde se tenian tales reuniones, se puso en posesion á la multitud del voto deliberativo, que solo correspondia á los representantes de la nacion. Este voto tardó muy poco en pasará ser precepto, y degeneró luego en sentencias, y sentencias de sangre. El resto de esta historia presentará demasiados ejemplos de esta verdad, que debieran haber servido de escarmiento á otros pueblos que se encuentran en igual caso; pero desgraciadamente en España no han producido el saludable efecto que debieran. Las falsas teorias de lo que suele llamarse opinion pública seducen á muchos hombres bien intencionados y sirven de instrumento á no pocos perversos. Casi nunca esos gritos de los agitadores son la opinion general del pais; pero cuando se toleran, se aplauden y se

Continuaban las sesiones de la mayoría de la nobleza en medio del tumulto y de las mas violentas vociferaciones; pero llegaron á atemorizarse los que la dirigian, de suerte que los mismos que, pocos dias antes se esforzaban en persuadir la resistencia, fueron los que aconsejaron la reunion. Pero no eran fáciles de conducir las pasiones ya escitadas en estremo. Tuvo el rey que escribirles una carta, y la corte y los grandes se vieron reducidos á suplicarles que cediesen, diciendo á los mas obstinados que la reunion duraria muy poco porque se acercaban las tropas, y era indispensable hacer este sacrificio para salvar al rey. Se arrancó por fin el consentimiento en medio del desórden, y la mayoria de la nobleza, seguida por la minoria del clero, vino el 27 de junio al seno de la asamblea. Hablando en nombre de todos, el duque de Luxembourg, dijo; que venian por solo dar al rey una prueba de su respeto, y á la nacion de su patriotismo. «Ya está completa la familia» contestó Bailly, y suponiendo que habian venido todos y que no se trataba de verificar los poderes,

reciben gratamente por las autoridades ó por los cuerpos legislativos, esos gritos acaban por formarla y de ahi se siguen los errores y los crímenes. ¿Cuando acabarán de desengañarse los hombres de que una vez constituido *legítimamente* un gobierno, el pueblo no debe tener mas accion que la de obedecer á las leyes? *(N. del T.)*

sino de deliberar en comun, añadió, « podrémos « ocuparnos inmediatamente y sin distraernos á « otro asunto en la regeneracion del reino y en « la felicidad pública. »

Todavia se ensayaron algunos pretestos para salvar las apariencias y para que no se creyese que se habia cedido á la necesidad. Venian los recien llegados á la asamblea, juntos, para figurar una corporacion, y siempre despues de abierta la sesion, afectaban quedarse en pie detras del presidente, por no parecer que habian tomado asiento; pero Bailly consiguió á fuerza de moderacion y firmeza vencer todas las resistencias y al fin se sentaron. Tambien se le quiso disputar la presidencia, no á viva fuerza, sino unas veces con supercherias y otras por medio de negociaciones secretas. No obstante Bailly se mantuvo firme, no ciertamente por ambicion, sino por deber, dando el ejemplo de que un mero ciudadano, conocido únicamente por sus virtudes y talento, presidiese á todos los personages del reino y de la iglesia.

Evidentemente estaba concluida la revolucion legislativa, pues aunque la primera discusion no hubiese tenido mas objeto que el modo de verificar los poderes y no el de cómo se habia de votar, y aunque hubiesen declarado los unos que no se reunian sino para hacer la verificacion en comun, y los otros que solo por cumplir con la voluntad

del rey manifestada el 23 de junio, ciertamente era ya inevitable la votacion por cabezas, y toda reclamacion era inútil é impolítica. Sin embargo, protestó el cardenal de Larrochefoucauld en nombre de la minoria, asegurando que su reunion no habia tenido mas objeto que deliberar sobre los asuntos generales, reservando siempre el derecho de formar un estamento á parte. Replicó el arzobispo de Vienne con bastante acaloramiento, que en ausencia de la mayoria la minoria del clero no habia podido decir nada, y que no tenia derecho para hablar en nombre de la clase entera. Rebatió Mirabeau con mucha fuerza aquella pretension, diciendo que estrañaba se protestase en el seno de la asamblea contra la asamblea misma, y que era preciso reconocer su soberania ó retirarse.

Se suscitó entonces la cuestion de los poderes ó mandatos imperativos, pues la mayor parte de aquellos documentos espresaban la intencion de los electores con respecto á las reformas, imponiéndola á sus diputados de un modo obligatorio. Antes de pasar adelante convenia decidir hasta qué punto era posible conformarse con ellos y resolver previamente esta cuestion, la cual se discutió muy detenidamente. Querian algunos que se apelase á los comitentes, mientras que otros eran de parecer que la única mision que habian podido dar

Biblioteca Universitaria Oviedo

aquellos era la de votar en su nombre, despues de discutidos y esplanados los asuntos por los diputados de toda la nacion; mas no creian que se les hubiese podido dar una opinion ya formada.

En efecto, si las leyes se han de hacer solamente en un consejo general, bien sea porque se hallan mayores luces en las clases distinguidas, ó porque no se puede formar un juicio cabal sin que hayan convenido recíprocamente entre sí todas las que constituyen la nacion, la consecuencia natural es que los diputados han de ser libres de todo mandato obligatorio. Apoyando la razon con un poco de ironia, dijo Mirabeau que los que se contemplasen ligados por mandatos imperativos hubieran podido escusar su venida, y que con depositar sus poderes sobre los bancos habian cumplido con su mision. Previendo Sieyes con su acostumbrada sagacidad que á pesar de la justísima decision de la asamblea, un gran número de diputados opondrian sus juramentos; y que atrincherados con su conciencia se creerian inatacables, propuso pasar á la órden del dia, motivándola en que á cada uno le tocaba apreciar el valor del juramento prestado. «Considérese como au«sentes, dijo, á los que se creen ligados por sus «poderes, como se hace con respecto á los que se «han negado á la verificacion de ellos en la asam«blea general.» Se adoptó este prudente parecer,

porque si la asamblea se hubiese empeñado en obligar á los disidentes, les habria dado un pretesto plausible, mientras que dejándoles en libertad era seguro que vendrian y la victoria se aseguraba.

El objeto de la nueva convocacion era la reforma del estado, es decir la formacion de una constitucion de que carecia la Francia, á pesar de cuanto se ha dicho en contrario. Si se quiere dar este nombre á toda clase de relaciones entre el gobierno y los gobernados, sin duda que la Francia poseia una constitucion, pues habia un rey que mandaba y unos súbditos que obedecian: verdad es que unos ministros mandaban prender á su antojo á cualquiera: que los arrendadores cobraban hasta el último maravedi del pueblo, y que los parlamentos habian sentenciado á muchos infelices al último suplicio. De esta clase de constituciones no carecen ni los pueblos mas bárbaros. Verdad es tambien que se habian celebrado en Francia estados generales, pero sin atribuciones fijas, sin periodos conocidos y siempre sin resultados. Habia existido una autoridad real unas veces nula y otras absoluta. Habia habido tribunales ó cortes soberanas, cuyas atribuciones habian sido varias veces judiciales y legislativas á un mismo tiempo. Pero no existia ley ninguna que afianzase la responsabilidad de los agentes del po-

der, la libertad de la imprenta, la libertad individual y por fin todas las garantias que en el estado social suplen y reemplazan la ficcion de la libertad natural. *

Todo el mundo conocia y confesaba la necesidad de una constitucion y asi lo espresaban todos los poderes con mucha energia, esplicándose formalmente sobre los principios fundamentales de ella. Prescribian unánimemente el gobierno monárquico hereditario de varon en varon, atribuyendo esclusivamente al rey el poder ejecutivo; pedian así mismo la responsabilidad de todos los agentes del poder; el concurso de la nacion y del rey en la formacion de las leyes; la votacion de los impuestos y la libertad individual. Pero no estaban acordes acerca de la creacion de una ó de dos cámaras legislativas, ni sobre la permanencia, periodicidad y disolucion del cuerpo legislativo, ni sobre la existencia política del clero y de los parlamentos, ni sobre la estension de la libertad de imprenta. Tantas cuestiones resueltas ó propuestas por los mandatarios demostraban bastante el movimiento del espíritu público en todo el reino, y cuan general era el deseo de libertad en toda la Francia. ** Pero fundar una constitucion

* Véase la nota 3 al fin del tomo.

** Nota 4 al fin del tomo.

entera en medio de los escombros de una legislacion antigua, á pesar de todas las resistencias y con la fermentacion desordenada de los ánimos, era obra grande y dificil. Ademas de las disensiones que debia ocasionar la diversidad de intereses, era tambien temible la divergencia natural de opiniones. Escita tan fuertemente los ánimos la creacion de una legislacion entera adecuada á un gran pueblo; le inspira proyectos tan vastos y esperanzas tan quiméricas, que no era estraño que se tomasen medidas vagas ó exageradas y muchas veces hostiles. Para que hubiese cierto órden en los trabajos se nombró una comision que calculase su estension y distribucion. Fueron elegidos al efecto los miembros mas moderados de la asamblea, entre ellos Mounier que estaba dotado de talento y prudencia, aunque era algo obstinado, si bien el mas laborioso é influyente. El fué quien preparó el órden de los trabajos.

No era la única dificultad que tuviese que vencer la asamblea, la formacion de una constitucion. Dificil era que entre un gobierno mal dispuesto y un pueblo hambriento que exigia un pronto alivio, no se mezclasen asuntos de administracion. Poco confiada la asamblea en la autoridad, y deseosa al mismo tiempo de socorrer al pueblo, no podia evitar, por exenta que estuviese de ambicion, de ir poco á poco usurpando una par-

te del poder ejecutivo. * Imitaba en esto el ejemplo que le habia dado ya el clero, proponiendo insidiosamente al estado llano que se ocupase inmediatamente de subsistencias. Apenas acabada de constituirse la asamblea, nombró una comision de subsistencias sobre cuya materia pidió informes al ministerio y propuso facilitar la circulacion de víveres de una provincia á otra y aun trasportarlos de oficio, segun fuese menester, á los puntos en que escaseaban de ellos, repartir limosnas y proveer á estos gastos por medio de empréstitos.

El ministerio la dió parte de las medidas eficaces que habia tomado en union con el rey, que como buen administrador las habia facilitado con todo su poder. Propuso Lally-Tolendal algunos decretos sobre la libre circulacion; pero hizo presente Mounier, que siendo necesaria la sancion real para su ejecucion y quedando todavia este punto por arreglar, se originarian graves dificultades: asi se iban amontonando los obstáculos de todas clases. Era preciso hacer leyes sin que estuviesen fijadas todavia las formas legislativas; fis-

* Ni esta razon ni la que se sigue de la comparacion con la conducta del clero disculpan las repetidas usurpaciones de la asamblea nacional y que provocaron conatos de imitarla sacudiendo el yugo de su intervencion. Dígase que entonces no estaban bien trazados los límites de los respectivos poderes y esta será la verdadera escusa. *(N. del T.)*

calizar la administracion sin atacar la autoridad ejecutiva y vencer tantas dificultades, á pesar de la mala voluntad del gobierno, de la oposicion de los interesados, de la divergencia de los ánimos y de las exigencias de un pueblo que acababa de despertarse repentinamente y que se agitaba á poca distancia de la asamblea en medio de una inmensa capital.

Corta es en efecto la distancia entre Paris y Versalles, pues se puede ir dos y aun tres veces en un dia desde un pueblo á otro, de suerte que la menor agitacion que se manifestase en Paris, tenia eco inmediatamente en la corte y en la asamblea. Ofrecia Paris en aquel momento un espectáculo extraordinario. Reunidos los electores en 60 distritos, no habian querido separarse despues de concluidas las elecciones y habian permanecido reunidos, bien sea para dar instrucciones á sus diputados, ó movidos solamente por aquel afan de reunirse y agitarse que siempre existe en el corazon de los hombres y que estalla con tanta mas violencia, cuanto por mas tiempo ha estado comprimido. Les habia sucedido á los electores lo mismo que á la asamblea nacional. Se les cerró el local de sus sesiones y ellos se trasladaron á otro, hasta que al fin obtuvieron que se pusiese á su disposicion la casa de la ciudad, en donde continuaban reuniéndose y correspondiendo con sus

Biblioteca Universitaria - Oviedo

diputados. Todavia no existian periódicos que diesen cuenta de las sesiones de la asamblea nacional, por cuyo motivo era preciso reunirse para saber lo que pasaba. En el jardin del palacio real, se congregaba el mayor concurso de gentes. Este magnífico jardin, rodeado de las mas ricas tiendas de Europa, hacia parte del palacio del duque de Orleans, y á él concurrian los estrangeros, los hombres de mala conducta, los ociosos y sobre todo los mas acalorados agitadores. Alli se oian los discursos mas atrevidos, ya en los cafés ya en el mismo jardin. Se veian á menudo oradores subidos en una mesa, rodeados de un gentío inmenso, escitándole con palabras violentas, que nadie se atrevia á castigar, porque alli reinaba la multitud como soberana. Entre los mas ardientes figuraban unos hombres que pasaban por adictos al duque de Orleans, cuyas riquezas y prodigalidades eran sabidas de todos, asi como sus enormes empréstitos. Su proximidad al trono y su ambicion mal definida, y peor disfrazada, eran otros tantos motivos que le acusaban de complicidad. Sin designar ningun nombre propio, puede á lo menos certificar la historia que se derramó mucho oro sin duda, y que si bien la parte sana de la nacion deseaba ardientemente la libertad, no faltaban agitadores, que aprovechándose de las circunstancias, conmovian las masas populares, excitándolas á cometer esce-

sos bajo pretesto de mejorar su suerte y aliviar sus padecimientos. Mas en todo caso no debe contarse este influjo entre las causas de la revolucion, porque no se hace mover á una nacion entera de 25 millones de almas con un poco de oro, ni con maniobras secretas.

Pronto se presentó una ocasion de turbulencias. Las guardias francesas, tropa escogida que hacia parte de la guardia real, residian en Paris, é iban y venian alternativamente de Paris á Versalles cuatro compañias de aquel cuerpo, para el servicio de palacio. Ademas del descontento que habia cundido entre los soldados por la severidad exajerada que se había introducido recientemente en la disciplina, tenian motivos de queja de su nuevo coronel. Cuando el saqueo de la casa de Reveillon, se mostraron algo encarnizados contra el pueblo; pero mas tarde manifestaron sentimiento de su conducta en aquella circunstancia, y con la frecuencia de sus relaciones con los habitantes de Paris iban cediendo poco á poco á la seduccion. Por otra parte no podian disimularse los soldados, cabos y sargentos que no habia ascenso para ellos, y les incomodaba ver á sus oficialitos jóvenes hacer poco ó ningun servicio, presentándose únicamente en los dias de parada, y desdeñándose de seguir el regimiento á los cuarteles. Allí como en otras partes, habia un estado llano que llevaba toda la carga sin

compensacion ninguna. Hubo pues en el cuerpo algunos actos de indisciplina, y de resultas fueron arrestados algunos soldados y conducidos á la carcel militar de la abadia. Inmediatamente se reunió la gente en el palacio real gritando *á la abadia*: á donde se dirigió en efecto, y rompiendo las puertas sacó á los presos y los llevó en triunfo al jardin el dia 30 de junio. Mientras que estaban los soldados custodiados en aquel sitio por el pueblo, se escribió una carta á la asamblea pidiendo su libertad. Pero viéndose esta comprometida entre el pueblo por una parte y el gobierno por otra, sospechando que este último iba á decidir en su propia causa, se veia en la precision de intervenir y mezclarse en la policia pública. Para evitar uno y otro tomó una resolucion tan acertada como prudente, cual fué la de hacer saber á los parisienses su deseo de mantener el buen órden, exhortándoles á que no le alterasen, y al mismo tiempo envió una diputacion al rey para implorar su clemencia, como medio infalible de restablecer la concordia y la paz. Agradecido el rey á la moderacion de la asamblea, ofreció ser clemente despues de restablecido el órden, é inmediatamente volvieron las guardias á la cárcel, de donde salieron poco despues en virtud de un indulto real.

Todo iba bien hasta entónces, pero la reunion de la nobleza á los otros dos estamentos no se ha-

bia efectuado sin repugnancia de su parte y solo bajo la promesa de que duraria poco. Continuaban diariamente sus juntas particulares, y protestaban contra las operaciones de la asamblea nacional. Pero iba disminuyéndose progresivamente el número de sus miembros en términos que el 3 de Julio era de 138, el 10 de 93, y el 11 de 80. Sin embargo persistian los mas obstinados y el 11 reresolvieron presentar una protesta que no llegó á redactarse con motivo de los acontecimientos que sobrevinieron. Por su parte la corte no habia cedido voluntariamente, ni renunciaba á los proyectos que tenia formados. Disipado el miedo que la acometió despues de la sesion real de 23 de junio, habia consentido en la reunion general, con la esperanza de entorpecer la marcha de la asamblea, por medio de los nobles, hasta llegar á disolverla á viva fuerza. Habia conservado á Necker únicamente para cubrir con su presencia las tramas secretas que se urdian; pero la agitacion que este notaba y la reserva que se guardaba con él, le indicaban que habia maquinaciones de entidad. El mismo rey no lo sabia todo, y no hay duda que los proyectos iban mucho mas allá de lo que él queria. Creia Necker que toda la accion de un hombre de estado consistia en raciocinar, y solo tenia fuerza para hacer representaciones inútiles. De acuerdo con Mounier, Lalli Tolendal y Cler-

mont-Tonnerre, meditaban juntos sobre los medios de adoptar en Francia la constitucion inglesa. Durante este tiempo la corte seguia en sus preparativos secretos, por cuyo motivo se mandó detener á varios diputados nobles que intentaban retirarse, haciéndoles esperar un desenlace próximo.

Se acercaban las tropas bajo el mando del viejo mariscal de Broglie [18], que habia sido nombrado comandante general, y del Baron de Bezenval [19], que obtuvo el mando particular de las que estaban situadas al rededor de Paris, compuestas de quince regimientos, los mas de tropa estrangera. Por su jactancia y amenazas inoportunas, los cortesanos descubrieron el peligro comprometiendo asi el éxito de sus proyectos.

Instruidos los diputados populares, no de todos los pormenores del plan, que no era conocido todavia y que jamas supo enteramente el rey, pero sí de que era de temer alguna violencia, se irritaron como era regular y pensaron en los medios de resistirle. Se ignora y probablemente se ignorará siempre qué medios secretos se emplearon para la insurreccion del 14 de julio, pero poco importa saberlos. Si es cierto como lo es que la aristocracia conspiraba, nada tiene de estraño que el pueblo conspirase tambien. Los medios eran unos mismos, y lo único que podria diferenciarlos seria la justicia de la causa y esta no estaba cierta-

mente de parte de los que querian revocar la reunion de los tres estamentos, disolver la representacion nacional y perseguir á sus mas animosos diputados.

Pensó Mirabeau que el medio mas seguro de intimidar al gobierno era reducirle á discutir públicamente las medidas que se le veía tomar, á cuyo fin era preciso denunciarle abiertamente, y si titubeaba en sus contestaciones ó las tergiversaba, era bien manifiesta su culpa y la nacion quedaba advertida y sublevada.

En consecuencia, propuso suspender los trabajos de la constitucion y pedir al rey que mandase alejar á las tropas, cuidando de manifestar en sus palabras el mayor respeto al monarca, al mismo tiempo que prodigaba los mas severos vituperios al gobierno, asegurando que llegaban diariamente nuevos batallones; que todos los pasos estaban cogidos; que los puentes y paseos públicos se habian convertido en puestos militares; que muchos hechos públicos y secretos, muchas órdenes y contra-órdenes precipitadas se daban á la vista de todo el mundo y anunciaban la guerra, y por último, tomando al fin de su discurso un tono todavia mas acre, concluyó de este modo: «Se ame«naza á la nacion con un número de soldados «mayor que el que, tal vez, se pondria sobre las «armas en una invasion estrangera, mil veces ma-

«yor á lo menos que los que se ha procurado reu-
«nir para socorrer á unos amigos mártires de su
«fidelidad, y sobre todo para conservar la precio-
«sa alianza de los holandeses, adquirida á costa
«de tantos sacrificios y tan vergonzosamente per-
«dida.»

En medio de los aplausos unánimes que escitó este discurso, se adoptó la representacion redactada por Mirabeau, suprimiendo únicamente el párrafo en que pedia que las tropas fuesen reemplazadas por milicias urbanas. En esta célebre representacion que, segun se cree, no escribió Mirabeau, pero cuyas ideas son suyas y redactadas por un amigo, preveia cuanto iba á suceder; esto es, la sublevacion del pueblo y la defeccion de las tropas por el roce con los ciudadanos. Igualmente astuto que audaz, se atrevia á asegurar al rey que sus promesas no serian vanas. «Nos ha-
«beis llamado, le decia, para regenerar el reino,
«y quedarán cumplidos vuestros deseos á pesar
«de los engaños, de las dificultades y de los pe-
ligros.» etc.

Una diputacion de 24 miembros de la asamblea puso la representacion en manos del rey, quien no queriendo esplicarse demasiado claro, contestó que la reunion de tropas tenia por único objeto la tranquilidad pública y la proteccion debida á la asamblea, pero que si esta hubiese

concebido algunos temores, la trasladaria á Soissons ó á Noyon, y que él mismo iria á residir en Compiegue.

No podia contentarse la asamblea con semejante respuesta, y mucho menos con la oferta de alejarse de la capital para encontrarse entre dos campamentos. Propuso el conde de Crillon [20] que se fiase la asamblea en la palabra de un rey, hombre de bien. «La palabra de un rey hombre «de bien, dijo Mirabeau, no basta para garanti«zar la conducta de sus ministros. La ciega con«fianza en nuestros reyes nos ha perdido. Hemos «pedido que se retiren las tropas, mas no el huir «delante de ellas, y asi es preciso insistir todavia y sin cesar.»

No tuvo apoyo esta mocion porque era demasiada la franqueza que ostentaba Mirabeau para que le perdonasen las maquinaciones secretas, si es cierto que se emplearon estas últimas.

Habia llegado ya el 11 de julio, en que como otras muchas veces habia dicho Necker al rey, que si no le eran gratos sus servicios estaba pronto á retirarse con sumision. Desde luego acepto esa palabra, le respondió S. M., y el 11 por la noche recibió Necker una esquela suya, en que le intimaba que la cumpliese, instándole á que no difiriese su partida y añadiéndole que esperaba de su lealtad que guardaria el mas profundo silencio

sobre ella. Justificó Necker en esta circunstancia la honrosa confianza del monarca, saliendo sin avisar á nadie de su propia familia, ni á ninguno de sus amigos, y á las pocas horas estaba ya muy lejos de Versalles. Al dia siguiente 12, que era domingo, empezó á correr la voz de que Necker habia sido depuesto, igualmente que sus compañeros en el ministerio, Montmorin [21], La Luzerne [22], Puisegur [23] y San-Priest [24] á quienes reemplazaban Breteuil [25], La Vauguyon [26], Broglie, Foulon [27] y Damecourt [28], casi todos sindicados por su oposicion á la causa popular. En un momento se estendió el alarma por todo Paris y se llenó de gente el palacio real. Un jóven llamado Camille Desmoulins [29], que se dió á conocer despues por su exaltacion republicana, dotado de una alma sensible aunque demasiado fogoso, se subió sobre una mesa enseñando unas pistolas y gritando á las armas; arrancó una oja de un árbol y se la puso en guisa de escarapela incitando á todos á que le imitasen.

Al momento quedaron deshojados los árboles y corrió la gente á buscar en un museo inmediato los bustos de cera de Necker y del duque de Orleans, amenazado, decian, con el destierro, y los fué llevando en triunfo por las calles de Paris. En la de San Honorato, cerca de la plaza de Vendome, se encontró la turba con un destacamento del

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE ASTURIAS
OVIEDO

regimiento de caballería real aleman que la embistió é hirió á varias personas, entre ellas á un soldado de las guardias francesas. Estos últimos dispuestos ya á favor del pueblo y enconados contra el real-aleman, con quien habian tenido un mal encuentro algunos dias antes, tenian sus cuarteles cerca de la plaza de Luis XV é hicieron fuego contra el real-aleman. El principe de Lambesc [36] que mandaba aquel regimiento, se replegó sobre el jardin de Tullerias, cargando á la gente pacífica que paseaba, mató á un anciano en medio de la confusion y mandó evacuar el jardin. Mientras tanto iban concentrándose en el campo de marte las tropas que rodeaban á París.

Entonces ya no tuvo límites el terror y no tardó en convertirse en enfurecimiento, derramándose la turba por todas partes y gritando á las armas. Los electores que se hallaban reunidos en aquella hora en la casa de la ciudad, se vieron rodeados en un instante por la muchedumbre, pidiendo armas que ya no les podian reusar, porque el pueblo se estaba apoderando de ellas en el momento mismo en que se deliberaba sobre si se le debian entregar. Toda la autoridad residia en aquel momento en los electores, que viéndose privados de todo poder activo tomaron las medidas que exigian las circunstancias, y decretaron la convocacion de los distritos, adonde se apresuraron á

concurrir todos los ciudadanos para buscar los medios de preservarse á un tiempo del furor popular y de las tropas reales. Durante la noche el pueblo que nunca pierde de vista lo que le interesa, invadió y derribó las barreras, * dispersó á los empleados y dejó libres todas las entradas. En seguida corrió la gente á saquear las tiendas de los armeros y volvieron á dejarse ver aquellos foragidos que ya se habian notado en el saqueo de la casa de Reveillon, armados con lanzas y palos, saliendo como de debajo de tierra é infundiendo un espanto general. Se verificaron estos acontecimientos el domingo 12 de julio y durante la noche siguiente. El lunes por la mañana, los electores que continuaban reunidos en la casa de la ciudad, pensaron en dar una forma mas legal á su autoridad y llamaron en consecuencia al prevoste de los mercaderes, que era como si dijésemos el correjidor do la ciudad. No quiso consentir aquel magistrado sino despues de haber sido requerido formalmente lo cual se hizo agregándole un cierto número, de electores en clase de adjuntos. Asi se estableció una municipalidad revestida de todos los poderes, que llamó inmediatamente al director de la policia, y redactó en pocas horas un plan de armamento de la milicia urbana.

* Llámanse asi las puertas donde se cobra en Paris el derecho de entrada de comestibles. *(N. del T.)*

Debia componerse esta milicia de 48 batallones formados en los varios distritos, debiendo tener por distintivo la escarapela encarnada y azul en lugar de la verde. Se dió órden de prender, desarmar y castigar á toda persona que se cogiese con armas y con escarapela si no justificaba estar inscrito en la lista de la milicia urbana del distrito. Tal fue el primer origen de las guardias nacionales. Adoptaron este plan todos los distritos dándose prisa á ponerlo en ejecucion, y durante la misma noche el pueblo habia saqueado el hospicio de San Lázaro para buscar granos, así como el guarda muebles de la corona, de donde habia sacado armaduras antiguas de que se revistió. Se veian tropeles de gente recorrer la ciudad con morriones en la cabeza y lanzas en las manos. En aquellos momentos el pueblo se mostraba enemigo del saqueo, y con su movilidad acostumbrada afectaba desinteres, despreciando el oro por las armas y arrestando el mismo á los ladrones. A las guardias francesas y á la particular de la ciudad que ofrecieron sus servicios, se les incorporó en las milicias urbanas.

Entretanto el pueblo pedia á gritos que se le diesen armas, y el prevoste Fleselles [31] que al principio se las habia negado, afectaba ahora mucho celo, ofreciendo doce mil fusiles para aquel mismo dia y muchos mas para los siguientes, en vir-

tud de una contrata celebrada, segun pretendia, con un armero desconocido, lo que parecia dificil atendiendo al poco tiempo que habia trascurrido. Pero al anochecer llegaron á la casa de la ciudad los cajones de artilleria anunciados por Fleselles, y abiertos que fueron se hallaron llenos de trapos. Al ver esto, se inflama la multitud contra el prevoste, quien aseguró haber sido engañado y para apaciguarla dijo que fuesen á la cartuja en donde aseguró que se encontrarian armas. Aturdidos los cartujos con la visita de aquella turba furibunda, la hicieron entrar en su retiro, á fin de que se convenciesen todos de que no habia allí nada de cuanto habia anunciado el prevoste.

Mucho mas irritado el pueblo con esta, que él llamaba traicion, vuelve á la ciudad y para darle satisfaccion se mandan fabricar cincuenta mil lanzas. En aquel mismo momento bajaban por el Sena unas lanchas cargadas de pólvora con destino á Versalles. Detuvieron los barcos, y un elector distribuyó la pólvora en medio de los mayores peligros.

A todo esto reinaba grandísima confusion en la casa de la ciudad que servia al mismo tiempo de residencia para las autoridades, de cuartel general de la milicia y de centro de todas las operaciones. Habia que proveer á la vez á la seguridad esterior amenazada por la corte, y á la interior que esta-

ba en igual peligro por los foragidos. Era preciso calmar continuamente las sospechas del pueblo que temia ser vendido, y salvar de su furor á los que excitaban su desconfianza. Se amontonaban los coches y carretas embargadas, los convoyes interceptados y los viageros que aguardaban permiso para seguir su camino. Con motivo de otra amenaza de los foragidos contra la casa de la ciudad, el animoso elector Moreau de San-Mery que estaba encargado de la vigilancia durante aquella noche, mandó traer unos barriles de pólvora amenazando pegarles fuego, con lo que se retiraron aquellos pillos [32]. Mientras tanto se preparaban los ciudadanos retirados en sus casas á toda clase de ataques, desempedrando las calles, abriendo trincheras y tomando las medidas necesarias para resistir á un sitio.

Durante estas turbulencias de la capital reinaba la mayor consternacion en el seno de la asamblea, que se habia reunido desde el 13 por la mañana, no poco inquieta con los sucesos que se preparaban é ignorando todavia lo que habia sucedido en Paris. El primero que habló fué el diputado Mounier contra la exoneracion de los ministros; sucedióle Lally Tolendal en la tribuna, haciendo un magnífico elogio de Necker, y ambos se reunieron para proponer una representacion al rey en la cual se le pedia la reintegracion de

los ministros. Propuso ademas Mr. de Virieu, [33] diputado de la nobleza, confirmar con un nuevo juramento los decretos del 17 de junio; pero se opuso Mr. de Clermont-Tonnerre, por ser una medida inútil y recordando los compromisos anteriores de la asamblea, esclamó: «Habrá constitucion ó nosotros dejaremos de existir.» Seguia todavia la discusion cuando llegaron noticias de los alborotos de Paris durante la mañana del 13, y de las desgracias que amenazaban á la capital, entre franceses indisciplinados, que segun la espresion del duque de Larrochefoucauld, no obedecian á nadie, y estrangeros disciplinados que se hallaban en manos del despotismo. Se resolvió inmediatamente enviar una diputacion al rey para hacerle presente la situacion crítica de la capital, y suplicarle que mandase alejar sus tropas y establecer milicias urbanas. Dió el rey una contestacion fria é insignificante que no concordaba con sus verdaderos sentimientos, repitiendo que Paris no podia guardarse á sí mismo. Elevándose entonces la asamblea á la altura de las circunstancias, tomó una resolucion memorable, en la cual insistiendo sobre que se alejase á las tropas y sobre el establecimiento de la milicia urbana, declaró responsables á todos los ministros, á todos los agentes del poder y á todos los que aconsejasen al rey, *cualquiera que fuese su rango*, de las desgra-

cias que se preparaban. Consolidó la deuda pública prohibiendo que se pronunciase la palabra infame de bancarrota, permitió en sus decretos anteriores, y mandó á su presidente que hiciese saber á Necker y á sus cólegas el sentimiento que la causaba su separacion del ministerio. Despues de estas medidas tan enérgicas como prudentes, y para preservar á sus individuos de toda violencia personal, se declaró la asamblea permanente, y se nombró vice-presidente á Mr. de Lafayette para aliviar al respetable arzobispo de Vienne, cuya salud no le permitia presidir de dia y de noche.

De este modo y en medio de la turbacion y de las inquietudes se pasó la noche del 13 al 14. A cada instante llegaban confusamente noticias funestas. Se ignoraba la mayor parte de los proyectos de la corte, pero se sabia que muchos diputados estaban amenazados, y que se trataba de emplear medios violentos contra Paris y los individuos mas notables de la asamblea. Suspendida por un momento, se volvió á abrir la sesion á las cinco de la mañana del 14 de julio, y con una tranquilidad imponente siguió discutiendo la constitucion, tratando con mucha minuciosidad de los medios de acelerar la ejecucion y conducirla con prudencia. Se nombró una comision para preparar las cuestiones, compuesta del obispo de Autun, el arzobispo de Burdeos, Lally, Clermont Tonnerre,

Universidad de Oviedo

Mounier, Chapelier [34], Sieyes y Bergasse [35], pasóse la mañana recibiendo noticias á cual mas siniestras, pues se decia que el rey pensaba en ausentarse durante la noche dejando á la asamblea entregada á varios regimientos estrangeros. En aquel mismo instante se habia visto á la duquesa de Polignac [36] á los príncipes y á la misma reina paseándose en el jardin de los naranjos, agasajando á los oficiales y soldados, á quienes hacian distribuir refrescos. Parece que se preparaba un gran plan para la noche del 14 al 15; que se intentaba atacar á Paris por siete puntos distintos, cercar el palacio real, disolver la asamblea y hacer revocar por el parlamento la declaracion de 23 de junio. Se pensaba tambien en remediar á las urgencias por medio de la bancarrota y hacer frente á todo con pagarés del tesoro. Lo positivo es que los comandantes de las tropas tenian órden de marchar adelante el 14 y el 15; que se habian fabricado ya los tales pagarés; que se habian llevado muchas municiones á los cuarteles de los suizos, y que el gobernador de la Bastilla se habia ausentado, dejando únicamente en ella algunos muebles indispensables. Se aumentaron mucho los terrores de la asamblea despues del medio dia, porque se acababa de ver al príncipe de Lambesc á caballo, corriendo á escape, se oian cañonazos, y era tal la inquietud, que se ponian las gentes

oido en tierra á fin de percibir el menor ruido. Propuso entonces Mirabeau enviar otra diputacion al rey, la cual salió inmediatamente para hacer nuevas instancias. En aquel momento entraron dos diputados que venian á toda prisa de Paris, y dijeron que la gente se estaba degollando, añadiendo uno de ellos que habia visto un cadáver sin cabeza y vestido de negro. Principiaba á ser de noche cuando entraron los electores en el salon de la asamblea en que reinaba el mas profundo silencio, pudiéndose contar sus pasos en medio de la obscuridad. Anunciaron que la Bastilla habia sido atacada á cañonazos, que corria la sangre y que amenazaban las mayores desgracias. Al instante se envió á palacio una nueva diputacion, la cual al salir se encontró con la primera que traia la contestacion del rey, en que decia que habia mandado alejar á las tropas acampadas en el campo de marte, y que habiendo sabido que se habia formado una milicia urbana habia nombrado oficiales para mandarla.

Al recibir la segunda diputacion, el rey, cuya turbacion iba creciendo por momentos, dijo: « Señores, se despedaza mi corazon con la relacion que me haceis de las desgracias de Paris, « es imposible que las hayan causado las órdenes « dadas á las tropas. » Eran las dos de la noche y no se habia conseguido todavia que se alejasen las

tropas. La asamblea contestó á la ciudad de Paris « que habia enviado dos diputaciones al rey, y que « se repetirian las instancias hasta lograr el buen « éxito que podia esperarse de la rectitud de S. M. « cuando se viera libre de impresiones agenas, « que comprimian los movimientos de su corazon.» Durante un corto espacio de tiempo en que se suspendió la sesion, llegó la noticia de los acontecimientos del dia 14.

En la noche del 13 el pueblo se habia agolpado hacia la Bastilla donde habia habido algunos tiros y parece que los instigadores gritaban, *vamos á la Bastilla*, lo que no era estraño, supuesto que la idea de destruccion de aquella fortaleza se hallaba consignada en algunos de los poderes de los diputados. El pueblo continuaba pidiendo armas, y habiéndose esparcido la voz de que existia un gran depósito de ellas en el cuartel de los inválidos, la multitud se dirigió inmediatamente á él, cuyo comandante Mr. de Sombreuil rehusó la entrada, diciendo que tenia que pedir órdenes á Versalles [37]; pero el pueblo sin querer oir nada, se precipitó dentro del edificio, y se apoderó de los cañones y de una gran cantidad de fusiles. En aquel mismo momento estaba ya sitiada la Bastilla por una inumerable multitud, con pretesto de que estando apuntados sobre la ciudad los cañones de la fortaleza era preciso precaverse contra sus fuegos. Pi-

dió un diputado de distrito ser introducido en la fortaleza, en lo que condescendió el comandante, mas el resultado de la visita fué convencerse que toda su guarnicion consistia en 32 suizos y 82 inválidos que dieron palabra de no hacer fuego, si no se les atacaba. En el interin que se trataba esta especie de capitulacion, el pueblo no viendo volver á su diputado empezaba á irritarse; pero habiéndose dejado ver aquel, la turba se apaciguó y se retiró á las 11 de la mañana. Mas apenas habia pasado media hora cuando llegó un nuevo tropel de gente armada gritando «queremos entrar en la Bastilla» y á pesar de la intimacion que les hizo la guarnicion de que se retiráran, se empeñan con obstinacion en atacar la plaza. Suben con intrepidez dos de ellos sobre el tejado del cuerpo de guardia, desde donde rompen á hachazos las cadenas del punte levadizo cuya caida facilitó la entrada hasta el segundo puente, en donde se vió detenido el pueblo por una descarga de fusileria, á la que contestó retrocediendo algunos pasos. Duró el combate pocos instantes, pero habiendo oido el fuego los electores que estaban reunidos en la casa de la ciudad, enviaron dos diputaciones una tras otra para intimar al comandante la órden de dejar entrar en la plaza á un destacamento de la milicia urbana, bajo pretesto de que toda fuerza militar dentro de Paris debia estar á la

disposicion de la ciudad. Llegan sucesivamente estas dos diputaciones en medio de aquel asedio popular, sin poder hacerse escuchar de nadie; pero sin embargo el ruido del tambor y la vista de una bandera suspendieron el fuego por algun tiempo y se acercaron los diputados á la guarnicion que los aguardaba, mas no fué posible esplicarse. Se oian tiros sin saber de donde venian, y persuadiéndose el pueblo á que estaba vendido, intenta pegar fuego á la fortaleza; pero la guarnicion les opone tiros de metralla: acuden entonces las guardias francesas con cañones y empiezan un ataque en regla.

Mientras tanto vino á parar á manos de los electores reunidos en la casa de la ciudad, una esquela dirigida por el Baron de Besenval á Delaunay,[38] comandante de la Bastilla, en que le mandaba resistir asegurándole que pronto seria socorrido. En efecto se habia señalado la tarde de aquel dia para la ejecucion de los proyectos de la corte; pero viendo Delaunay que no llegaba el socorro ofrecido contra el encarnizamiento del pueblo, cogió una mecha encendida y quiso hacer volar el castillo, á lo que se opuso la guarnicion obligándole á bajar los puentes y dar la señal de rendicion. Se acercan los sitiadores ofreciendo no hacer ningun daño; pero entra con ellos la turba que invade los patios. Logran escaparse los sui-

zos, mas acometidos los inválidos por un pueblo furioso solo deben la vida á la proteccion de las guardias francesas. En aquel momento se presenta una jóven hermosa y despavorida; corre la voz de que es hija de Delaunay, y ya se trataba de quemarla viva cuando se precipita un valiente soldado, la arranca de las manos de aquellos furibundos, la pone en salvo y vuelve al combate.

Eran las cinco y media de la tarde y reinaba la mas cruel ansiedad entre los electores, cuando se oye un murmullo sordo y prolongado que poco á poco se convierte en gritos de victoria, proferidos por una turba inmensa que invade los salones, llevando en triunfo á un guardia frances cubierto de heridas y coronado de laureles. En una bayoneta venian atadas las llaves de la Bastilla, y en una mano ensangrentada que se levantaba en medio de la turba se veia una hevilla de corbatin que habia pertenecido al gobernador Delaunay, el cual habia sido degollado, aunque defendido hasta el último estremo por dos guardias francesas, Elie [39] y Hullin [40] Habian sucumbido otras víctimas, aunque defendidas heroicamente contra la ferocidad popular. Empezaba á manifestarse una especie de furor contra el prevoste Fleselles, á quien se acusaba de traicion por haber engañado al pueblo con ofertas de armas que no pensaba en darle, y llenaba los salones una multitud de hombres ani-

mados todavia por el furor de un largo combate, y á quienes empujaban otros cien mil de afuera que querian entrar á su turno. Procuraban los electores justificar á Fleselles á los ojos de la multitud; pero ya empezaba á temblar el infeliz y esclamaba con el semblante pálido «veo que inspiro sos-«pechas y voy á retirarme; no, gritaba el pue-«blo por todas partes, venid al palacio real y allí «se os formará la causa.»

Dispónese á obedecer seguido por el gentio que le rodeaba y apretaba, pero apenas llegó al muelle *Pelletier*, cuando cayó muerto de un pistoletazo. Se aseguró que se le habia cogido á Delaunay una carta en la que le decia Fleselles «manteneos fir-«me mientras yo tengo entretenidos á los pari-«sienses con escarapelas.»

Estos son los infaustos acontecimientos que se verificaron aquel dia, y no tardó el terror en suceder al entusiasmo de la victoria. Aturdidos de su propia audacia y temiendo hallar el dia siguiente una autoridad formidable, ya no se atrevian los vencedores á nombrarse. A cada minuto corrian voces de que se adelantaban las tropas para saquear á Paris, pero Moreau de San Mery, aquel mismo que la víspera habia contenido á los bandidos con la amenaza de volar la casa de la ciudad, se mantuvo firme y, en pocas horas, espidió mas de tres mil órdenes. Luego que se supo en el

ayuntamiento que habia sido tomada la Bastilla, los electores dieron parte á la asamblea que recibió la noticia á cosa de media noche. Estaba suspendida la sesion, y sin embargo corrió la noticia con suma rapidez. Hasta aquel momento la corte, que no podia suponer tanta energia en el pueblo, se reia de los esfuerzos de una multitud ciega que intentaba apoderarse de una plaza que en otro tiempo habia sitiado en vano el gran Condé; por lo tanto estaban todos muy tranquilos y se burlaban de cuanto se les decia. Sin embargo empezaba el rey á inquietarse, y sus últimas contestaciones daban sobrados indicios de su pena. Estaba ya acostado cuando el duque de Liancourt, tan conocido por sus sentimientos generosos, amigo particular de Luis XVI y que en su calidad de gefe de la guardarropa tenia entrada franca en palacio, vino presuroso á verse con el monarca; mandó despertarle, no obstante la oposicion de los ministros, y le descubrió todo lo que habia pasado. « ¿qué rebelion es esta, esclamó el príncipe? Señor, replicó el duque de Liancourt *llamadla revolucion.* » Desengañado el rey con lo que el duque le decia, consintió en ir la mañana siguiente á la asamblea, á lo que accedió tambien la corte, y se resolvió dar esta prueba de confianza. En aquel intérvalo se habia vuelto á abrir la sesion de la asamblea, que ignorando las nuevas disposiciones

inspiradas al rey, trataba de enviarle por última vez una diputacion para persuadirle y lograr todo cuanto le quedaba todavia por conceder. Esta diputacion era la quinta que se dirigia al monarca desde aquellos funestos acontecimientos. La componian 24 diputados é iba yá á salir cuando la detuvo Mirabeau, pronunciando en un tono mas vehemente que nunca, estas palabras: «decid al «rey, repetidle, que las hordas estrangeras que «nos rodean recibieron ayer la visita de los príncipes y de las princesas, de los favoritos y de las favo«ritas; que les prodigaban caricias, exhortaciones «y regalos. Decidle que durante toda la noche, «esos satélites estrangeros cevados con oro y con «vino, han celebrado en sus cánticos impios la es«clavitud de la Francia, invocando en sus votos «feroces la destruccion de la asamblea nacional; «decidle, que en su mismo palacio han bailado los «cortesanos al eco de esa música sacrílega, y añadid «que tales fueron los preludios del dia de San «Bartholomé.»

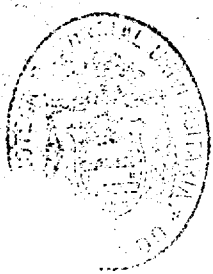
«Decidle que aquel Enrique, cuya memoria ben«dice el universo, aquel á quien quiso tomar por «modelo entre sus abuelos, permitia entrar víve«res en Paris mientras que lo sitiaba en persona, «al paso que por órden de sus feroces consejeros «se mandan retroceder las harinas que dirige el «comercio á Paris, tan fiel como necesitado.»

Estaba ya en marcha la diputacion cuando se anunció que venia el rey, *propio mótu* sin guardias ni comitiva, y ya empezaban los aplausos. «Aguar-«dad, dijo Mirabeau con gravedad, que nos haya «dado á conocer el rey sus buenas disposiciones, «manifestemos en este momento de dolor un res-«pcto silencioso. El silencio de los pueblos es la «leccion de los reyes.»

Entró en el acto Luis XVI acompañado de sus dos hermanos y escitó el mas vivo entusiasmo con un discurso tierno y sencillo. Procuró inspirar confianza á la asamblea, á quien dió por la primera vez el título de nacional, quejándose con dulzura de las sospechas concebidas «habeis recelado de «mí, les dijo: pues bien, yo soy el que me fio de vosotros.» Escitaron estas palabras los mas vivos aplausos, de modo que se levantaron los diputados y rodeando al monarca, le acompañaron á pie hasta su palacio. Iba rodeándole una multitud inmensa llorando todos de gozo, y apenas podia el rey abrirse paso en medio de tan numerosa comitiva. En aquel momento la reina, puesta con toda su corte en un balcon, contemplaba á lo léjos aquella tierna escena, teniendo en brazos á su hijo y á su hija en pie á su lado, jugueteando inocentemente con los cabellos de su hermano. Conmovida la reina parecia complacerse con aquella demostracion de amor de parte de los franceses.

Cielos! cuantas veces se han reconciliado recíprocamente y enternecido los corazones durante aquellas funestas discordias. Todo parecia olvidado por un momento; pero al dia siguiente, el mismo dia tal vez, volvia la corte á su acostumbrado orgullo, el pueblo á sus sospechas y tornaba á seguir su curso el odio implacable de unos y otros.

Estaba hecha la paz con la asamblea, pero quedaba por hacerse con Paris. Desde luego envió aquel cuerpo una diputacion á la casa de la ciudad, para dar parte de la feliz reconciliacion con el rey. Figuraban entre los enviados Bailly, Lafayette y Lally-Tolendal, cuya presencia ocasionó la mas viva alegria. El discurso de Lally en particular produjo tal efecto, que se le llevó en triunfo á la ventana de la casa de la ciudad para mostrarle al pueblo. Le pusieron en la cabeza una corona de flores, siendo de notar que se le tributaban aquellos homenages en frente de la misma plaza, donde habia espirado su padre con una mordaza en la boca. Con la muerte del desgraciado Fleselles y con haber reusado el duque de Aumont [41] el mando de la milicia urbana, habia que nombrar un prevoste y un comandante general. Se designó á Bailly, y en medio de las mas vivas aclamaciones fué nombrado sucesor de Fleselles, bajo el título de corregidor (maire) de Paris. Con la misma corona que habia servido á Lally corona-



ron al nuevo magistrado, el cual quiso quitársela, pero á pesar suyo se la tuvo puesta en la cabeza el arzobispo de Paris, con lo que vertiendo lágrimas el virtuoso anciano, se resignó á sus nuevas funciones. Por mas que Bailly fuese un digno representante de una asamblea numerosa en presencia de la magestad del trono, no se hallaba con la fuerza necesaria para resistir á las continuas borrascas de una municipalidad, donde la multitud luchaba tumultuosamente contra sus propios magistrados. Pero haciendo abnegacion de sí mismo, osó tomar sobre sí la dificil empresa de proporcionar subsistencias á un pueblo que le habia de pagar mas tarde con tanta ingratitud. Solo faltaba nombrar un comandante de la milicia, y como hubiese en el salon un busto regalado por los americanos libres á la ciudad de Paris, y habiéndole señalado con la mano Moreau de San-Mery, llamó la atencion de todos los concurrentes. Este busto era el de Lafayette, á quien por unanimidad de votos se proclamó comandante. Inmediatamente despues se determinó cantar un *Te Deum*, con cuyo objeto se dirigió la multitud á la iglesia de Nuestra Señora. Iban de brazero los nuevos magistrados, el arzobispo de Paris y los electores mezclados con los guardias franceses y soldados de la milicia, todos llenos de júbilo dirigiéndose á la antigua catedral. En el ca-

mino se echaron á los pies de Bailly una porcion de niños espósitos dándole el nombre de padre, que ciertamente merecia por haber trabajado mucho en favor de los hospitales. Los abrazó Bailly llamándoles hijos, y de este modo llegó por fin la comitiva á la Iglesia donde se celebró la ceremonia, y en seguida la gente se esparció por la ciudad, en la cual se habia convertido en júbilo todo el terror de la víspera. En aquel mismo momento acudia el pueblo curioso á visitar la fortaleza tan temida en otros tiempos y cuya entrada estaba ya franca. Se recorria la Bastilla con una ansiosa curiosidad, si bien mezclada todavia de un poco de terror. Procuraban descubrir los instrumentos de los suplicios y los profundos calabozos; pero particularmeute una piedra inmensa colocada en medio de una pieza obscura y húmeda en cuyo centro estaba clavada una fuerte cadena.

No menos alucinada la corte en sus recelos que lo habia sido en sus confianzas, tenia tanto temor del pueblo que á cada instante se imaginaba ver un ejército parisiense marchando sobre Versalles. Salieron entonces de Francia el conde de Artois * y la familia de Polignac, tan querida de la reina, siendo estos señores los primeros emigrados.

* El mismo que fue luego Carlos X.

Aquel mismo dia vino Bailly á tranquilizar al rey y suplicarle que viniese á Paris, como lo hizo á pesar de la resistencia de la reina y de la corte.

Dispuso el rey su partida con acompañamiento de 200 diputados designados al efecto. La despedida de la reina fué profundamente dolorosa, y los guardias de corps formaron la escolta hasta Sevres, * donde se detuvieron hasta la vuelta del rey de Paris. Fué recibido á las puertas del la ciudad por Bailly al frente del cuerpo municipal, y le presentó las mismas llaves que fueron ofrecidas á Enrique IV. Este buen rey. le dijo Bailly, conquistó á su pueblo, el pueblo es hoy el que vuelve á conquistar á su rey. Legisladora en Versalles, la nacion estaba sobre las armas en Paris, y Luis XVI se vió rodeado á su entrada en la capital de una multitud silenciosa y formada instantaneamente. Llegó á la casa de la ciudad pasando por debajo de una bóveda de espadas cruzadas sobre su cabeza en señal de honor y lealtad. El discurso que pronunció entonces fué sencillo y tierno, de modo que el pueblo que no podia ya contenerse, prorrumpió en los aplausos acostumbrados al monarca.

Estas aclamaciones aliviaron algun tanto su co-

* Pueblecito situado á dos leguas de Paris y otras dos de Versalles, donde está la famosa fábrica de porcelana de este nombre. *(N. del T.)*

razon; pero sin embargo no pudo disimular el movimiento de alegria que le causó á la vuelta la vista de los guardias de corps que le aguardaban en las alturas que rodeaban á Sevres; y cuando llegó á Versalles la reina se le echó al cuello abrazándolo, como si hubiera temido no volverle á ver.

Para satisfacer enteramente el deseo popular, reintegró Luis XVI á Necker, y despidió á los nuevos ministros. Eligió la asamblea por su presidente á Mr. de Liancourt, amigo y excelente consejero del rey, con lo cual cedieron por fin y tomaron parte en las votaciones los diputados nobles, que aunque asistian á las deliberaciones se habian negado hasta entonces á tomar parte en ellas. Allí se acabó la lucha de los estamentos y desde aquel instante se pudo considerar como consumada la revolucion. Dueña del poder legislativo por medio de la asamblea, y de la fuerza pública por si misma, podia la nacion realizar en adelante todo lo que fuese útil á sus intereses. Por haberse negado á la igualdad de contribuciones habia sido necesario apelar á los estados generales, y por hader reusado en ellos una justa reparticion de la autoridad, se habia perdido todo el influjo. Ultimamente por haber querido recobrar este influjo, se habia sublevado Paris y proporcionado á la nacion la oportunidad necesaria para apoderarse de la fuerza pública.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO SEGUNDO.

PAGINA 115.

1 Carlos Luis Francisco de Barentin fue nombrado guardasellos en reemplazo de Mr. de Lamoignon en 19 de setiembre 1788 á causa de la buena reputacion que habia adquirido siendo presidente de la cámara de arbitrios de Paris. Su nuevo empleo no dejaba de ofrecer dificultades nacidas de los primeros trastornos de la revolucion. El fue quien hizo la apertura de la asamblea de los notables y de los estados generales teniendo que pronunciar un discurso en cada una de ellas, lo cual hacia bastante medianamente. Su empeño en sostener las que entonces eran prerrogativas de la corona le atrajo la animadversion de los diputados, y en particular de Mirabeau, quien le echó en cara públicamente que daba muy malos consejos al rey. En consecuencia se apresuró á dar su dimision y fue reemplazado por el arzobispo de Tolosa. El 18 de Noviembre 1789 fue acusado ante el tribunal de vigilancia de Paris de haber entrado en una conspiracion dirigida á formar una reunion de tropas en las cercanias de la capital para oprimirla. Pero á pesar de los esfuerzos de Garande-Coulon, le declararon inocente en 1.° de marzo 1790. Poco tiempo despues emigró á Londres y no sabemos si vive aun aunque probablemente habrá muerto.

PAGINA 118.

2 Fra Cazales hijo de un consejero del parlamento de Tolosa y servia en clase de capitan del regimiento de

caballería, cazadores de Flandes, cuando fue nombrado diputado por la nobleza á los estados generales en Riviere Verdun. En ellos se mostró como uno de los mas ardientes defensores de la monarquia y se distinguió entre los mejores oradores de aquella asamblea, sobre todo en el arte de improvisar. Al principio de dichos estados fué uno de los comisionados para las conferencias conciliatorias de que habla Mr. Thiers, y fué tal su empeño por impedir la reunion de los tres brazos, que habiéndole dicho sus adversarios que así lo mandaba Luis XVI, respondió: « si el monarca quiere perderse, es preciso « á lo menos salvar la monarquía. » A fines de julio salió de la asamblea; pero habiendo sido detenido en Caussade, volvió á la capital y se presentó en ella con toda la ventaja que le daba su talento. Muchas veces se le vió confundir á Robespierre, cuyos principios democráticos empezaban ya á despuntar. Pocas cuestiones hubo en que él no tomase la palabra y siempre en el sentido conservador. El fué quien promovió que se hiciesen averiguaciones sobre los escesos cometidos en los dias 5 y 6 de octubre 1789, y quien pidió que el censo para la eligibilidad en los cuerpos legislativos fuese esclusivamente en propiedades territoriales. En una palabra, todo su empeño consistia en dar mayor fuerza al poder ejecutivo y cercenar las exageradas pretensiones de los cuerpos deliberantes: en lo cual el tiempo ha hecho ver que estaba bien inspirado. Cuando Menou acusaba á los ministros de que habian hecho traicion á la causa del pueblo, le replicó Cazales: « y yo tambien les acuso, pero es de haber « hecho traicion á la autoridad real. » Se opuso abiertamente á que el rey fuese considerado como un empleado público: protestó contra la deposicion del monarca y negó el principio de la soberania del pueblo. En el mes de agosto 1790 se batió á la pistola con Barnave y salió herido. Cuando Luis XVI emprendió su fuga á Varennes, el populacho puso preso á Cazales; pero la asamblea le hizo poner en libertad. El 21 de julio 1791 hizo renuncia de sus poderes y se fué á Inglaterra, de donde volvió á

Paris en febrero 1792. Obligado á emigrar de nuevo, se fue á reunir con los príncipes en Alemania: hizo la campaña de aquel año sirviendo en la vanguardia del ejército; pero habiendo tenido muchos motivos de disgusto con los emigrados, se retiró á Inglaterra, donde se fijó definitivamente hasta que en 1805 volvió á Paris y fué muy bien recibido del gobierno y de todos cuantos conocian su mérito. Ultimamente se retiró cerca de Tolosa, donde fué elegido candidato para el cuerpo legislativo en 1805 y murió á la edad de 50 años en una casita de campo que tenia en las inmediaciones de Grenade.

PAGINA 121.

3 Luis Target era un abogado del parlamenfo de Paris, despues consejero en el tribunal de Bouillon y uno de los 40 de la academia francesa. Antes de la revolucion pasaba por uno de los mejores jurisconsultos; pero desde que redactó el alegato en favor del cardenal de Rohan en la famosa causa del collar, ya principió á decaer su crédito, que luego arruinaron del todo sus escritos sobre las disputas del estado llano con la nobleza y el clero sobre el doble voto, y mas aun sus discursos en la tribuna de los estados generales. Este es uno de los infinitos ejemplos que podrian citarse de la diferencia que hay entre un abogado que pleitea en la curia y un orador que diserta en la tribuna de los legisladores. Fue uno de los miembros de la comision de constitucion y trabajó con ahinco en la redaccion de la acta constitucional, con cuyo motivo se hizo gran burla de él en diferentes folletos, partícularmente en uno intitulado *el parto de Target*. Desde entonces se le vió rara vez en la tribuna, y no se oyó su voz sino para leer los informes en nombre de la comision de constitucion. El 20 de junio 1789 fue uno de los primeros que apoyaron el juramento del juego de pelota, y votó por que se anunciase al pueblo, « que la « intencion de la asamblea era perseguir á los conspira- « dores, tales como Bezenval y otros. » El 28 de agosto

del mismo año hizo declarar el gobierno monárquico, y el 1.° de Setiembre se pronunció en favor de que se declarase la sancion del rey como indispensable en las leyes. Votó por la permanencia y unidad del cuerpo legislativo, é hizo decretar el 21 de octubre el establecimiento de la ley marcial para reprimir los tumultos. Obtuvo los empleos de secretario y presidente de la asamblea nacional, habiendo sido él quien leyó el acta final de su existencia.

El 8 de setiembre 1792 le vemos presentarse en la barra de la asamblea legislativa en nombre de la seccion del Mallo, pidiendo que los empleados y funcionarios públicos que marchasen al ejército conservasen sus plazas y volviesen á ocuparlas á su regreso. Cuando llegó la época fatal del proceso de Luis XVI se cubrió de ignominia, no aceptando el peligroso honor de sér uno de sus abogados defensores, como lo habia solicitado aquel monarca. Durante el régimen del terror, desempeñó las funciones de secretario de la comision revolucionaria de su seccion, y últimamente en 1800 entró en el tribunal de casacion en cuyo destino creemos que murió.

PAGINA 128.

4 Enrique Gregoire nació cerca de Lienville en 1750 y fue cura de Embermesnil y luego diputado por el clero del bailiage de Nanci á los estados generales. Fue en efecto uno de los primeros de su órden que se reunieron al estado llano, y desde entonces se distinguió siempre por sus opiniones contrarias á la corte y á los ministros en todo lo que no perjudicaba á los intereses materiales de su estado, y así cuando se trató de apoderarse de los bienes del clero, dijo que de ningun modo debian pasar á la nacion, sino cuando mas á los donatarios. El fue tambien el primer diputado de su órden que prestó el juramento constitucional, con cuyo motivo le nombraron obispo de Blois. El 18 de Enero 1791 fue elegido presidente de una asamblea intitulada los amigos de los ne-

gros y defendió al mulato Ogé solicitando para él y para todos los hombres de color los derechos de ciudadanos activos. Cuando se verificó la fuga y arresto de Luis XVI, y cuando despues se agitó la cuestion de la inviolabilidad, Gregoire fué uno de los que se esplicaron contra él con mas violencia proponiendo que fuese juzgado por una convencion. Elegido últimamente en setiembre de 1792 diputado á la convencion nacional, provocó el dia 20 y obtuvo en la misma sesion la abolicion de la monarquía, afirmando « que los reyes son en el órden moral lo que « los mónstruos en el órden físico, y que su historia es el « martirologio de las naciones. » El 15 de noviembre pronunció otro discurso contra Luis XVI y pidió que fuese puesto inmediatamente en juicio. Nombrado en la misma época presidente de la convencion, promovió la reunion de la Saboya á la Francia y fué comisionado allí juntamente con Jagot, Herauld y Simon para organizar el departamento del Mont Blanc. Esta ausencia le privó de asistir y votar en el proceso del rey; pero escribió igualmente que sus compañeros de viage una carta diciendo « que convencidos de las traiciones no interrumpidas de « ese rey perjuro, pedian que fuese condenado por la « convencion sin apelacion al pueblo. » En agosto de 1793 hizo mil instancias á Barrere para que se retractase del elogio que habia hecho de Luis XII, comprometiéndose á probar *que aquel pretendido padre del pueblo habia sido una verdadera plaga*, y en seguida hizo suprimir todas las academias. En medio de estas opiniones, desaprobó altamente la conducta y ejemplo que dió el obispo constitucional de Paris Gobel, cuando vino á la barra de la convencion á abjurar de la religion católica y de las funciones episcopales. Entonces fué cuando le dijo Bourdon de l'Oisa que si queria *cristianizar la revolucion*.

Durante el año 1794 trabajó mucho en la comision de instruccion pública, y dió varios informes sobre los perjuicios que habia ocasionado el terror á las artes y las ciencias. El dia 4 de marzo de aquel mismo año leyó en la tribuna una carta original, escrita, segun el decia, por

Carlos IX rey de Francia el 10 de octubre 1569 á su hermano el duque de Alenzon, recomendándole á Carlos de Louviers, señor de Montrevel, á quien concedia el collar de su orden, en recompensa de haber asesinado al condestable de Mouy. Propuso Gregoire que se insertase este documento en el boletin y que se depositase en los archivos nacionales, á fin de que con su publicidad *se aumentase el horror de los pueblos contra los reyes*. El 1.° de abril ofreció á la convencion unas notas históricas sobre los árboles de la libertad, y despues habló muchas veces en favor de la libertad de cultos. Cuando estalló la insurreccion del 1.° prairial (20 de mayo de 1795), propuso medidas de rigor contra los sublevados diciendo *que en tiempos de revolucion, pegar pronto y sacudir recio era un excelente medio de salvacion*. En setiembre de aquel mismo año pasó al consejo de los quinientos, donde se opuso mucho á que las ceremonias religiosas se trasfiriesen á las décadas, con cuyo motivo le echó en cara Baraillon de que se ocupaba mas en sus funciones de obispo que en sus cargos como legislador. Despues del 18 brumario (diciembre de 1799) entró en el nuevo cuerpo legislativo, de que se le nombró presidente en febrero de 1800. Ultimamente el 25 de diciembre 1801, fué elegido miembro del senado conservador á propuesta repetida del dicho cuerpo legislativo. Le hizo el emperador comendador de la legion de honor: obtuvo plaza en el instituto nacional y la de socio de la de agricultura de Paris. A él se le debe la creacion de la comision de longitudes *(bureau des longitudes)* y la del conservatorio de artes y oficios, pues que solo en virtud de sus informes creó la convencion estos establecimientos.

Publicó varios escritos, de los cuales son los mas conocidos los siguientes: *Elogio de la poesia*, premiado por la academia de Nancy en 1773.» *Ensayo sobre la regeneracion física, moral y política de los judios*, premiado por la academia de Metz en 1778 » *Memorial en favor de los hombres de color*, en 1789.» *Carta al inquisidor general de España, en que ataca á la inquisicion y hace ver cuan*

contraria es al espíritu del evangelio.» Las ruinas de Port-Royal en 1801 *, y la apología de Fr. Bartolomé de las Casas.* Murió hace 27 años.

PAGINA 128.

5 Lo único que sabemos de este diputado es que habia sido elegido por el bailiage de Mantes , donde residia como teniente de aquella jurisdiccion presidial. A principios de 1791 reclamó contra la insercion que se habia hecho de su nombre en la lista del club monárquico, y sin embargo fue uno de los que firmaron la protesta de 12 de setiembre 1791.

PAGINA 128.

6 Era Legrand fiscal en Chateauroux cuando le eligieron diputado del estado llano á los estados generales , en donde propuso el 16 de junio que tomasen el título de asamblea nacional. Luego pasó á ser miembro de una de las comisiones, en que dió diferentes informes y propuso varias medidas de rigor contra los sacerdotes que reusaban prestar el juramento cívico. En setiembre de 1795 fue nombrado por el departamento del Indre miembro del consejo de los ancianos , donde tomó parte en muchos decretos sobre objetos de hacienda y de contribuciones ; y permaneció en él hasta 1799 que fué nombrado comisario del directorio en su departamento y últimamente destinado al cuerpo legislativo, donde permaneció hasta 1803.

PAGINA 132.

7 Francisco José de Larrochefoucauld , obispo de Beauvais y par de Francia , habia nacido en Inglaterra en 1735. Fué diputado del clero en los estados generales por el bailiage de Clermont , y firmó la protesta de 12 de setiembre 1791. Acusado posteriormente por Chabot de que concurria á las juntas secretas del partido aristocrá-

Oviedo - Universitaria

tico que trabajaba en procurar al rey los medios de evadirse fué encerrado en la prision de los carmelitas y asesinado el 2 de setiembre 1792.

PAGINA 136.

8 Mounier, secretario de los estados provinciales del Delfinado y diputado del estado llano en los estados generales, fue uno de los que mas contribuyeron y con la mejor fé del mundo al desarrollo de la revolucion francesa; pero tambien fue el primero que se retiró de ella, luego que la vió tomar un giro que repugnaba á su honrado corazon. Verdad es que le sucedió lo que á todos los que desean sinceramente el bien por medios honestos en tiempos de revoluciones, y fue que tanto los jacobinos como los realistas exagerados han procurado desacreditarle, como sucede en España con tantos hombres de bien. Cuando le nombraron para los estados generales, gozaba en el Delfinado de una consideracion debida á su conducta popular, asi como á las luces que habia manifestado en los estados provinciales: en términos que por lo mismo que él los había dirígido á su arbitrio sirvieron de ejemplo en los generales para adoptar la doble representacion del estado llano y el voto por individuos. Allí sostuvo tambien el dictámen de que los ayuntamientos no debian ocuparse en ninguna deliberacion política como cuerpos, sino únicamente como individuos cuando fuesen nombrados para ello. El fue uno de los principales promovedores de la famosa sesion del juramento en el juego de pelota, y en ella votó que se enviára un mensaje al rey para que se retirára la guardia que rodeaba á la asamblea. El 1.° de julio se opuso con mucha elocuencia á que este cuerpo se mezclára en la disciplina militar, cuyo punto era esclusivo de las atribuciones del rey. El 9 leyó un largo informe sobre el modo de proceder á la formacion de la constitucion, siendo de dictámen que debia preceder á ella una declaracion de los derechos del hombre. El 13, al mismo tiempo que reconocia en

el rey la facultad de mudar de ministros, propuso que se le suplicase mandara volver á los que habia exonerado imputando los desórdenes públicos á los enemigos de la libertad que rodeaban á S. M. Los acusó, como se acostumbra en todas partes, de que habian formado una liga para mantener los abusos en que estaban interesados, y pidió que la asamblea declarase al rey que no tenia confianza en el nuevo ministerio. En una palabra, todas sus votaciones fueron entonces en el sentido popular que dominaba el espíritu de aquel cuerpo; pero en medio de todo, queria que se respetasen los derechos de la corona, y asi se opuso abiertamente á los que pretendian que se exigiese imperiosamente la vuelta de Necker, diciendo que la asamblea no tenia otro derecho en este punto mas que de aconsejar á Luis XVI. Fue partidario acérrimo del *veto* absoluto y de la necesidad de dos cámaras en el cuerpo legislativo. Esta opinion fué, como en España la manzana de la discordia entre los liberales, porque al instante se vieron formarse tres partidos diferentes, á saber: el de los que no querian mas que una cámara, el de los que deseaban dos, pero iguales entre sí, y el de los que querian una alta y otra baja.

Fue nombrado presidente de la asamblea precisamente en el mes de octubre 1789 y asi pudo saber mejor que otros lo que habia pasado en la noche del 5 al 6 por mas que no le fuese dado prevenirlo. Pero fue tal la impresion que en él hicieron los desacatos, las violencias y los crímenes de aquella noche, que por mas que Mirabeau se empeñase en comprometerle de mil maneras, se volvió á su Delfinado y envió su dimision el 21 de noviembre, publicando un manifiesto sobre su conducta. Retiróse muy pronto á Ginebra, donde escribió, bajo el título de *Apelacion á la opinion pública*, una nueva obra mas esplícita que la primera, en la cual dió señas individuales de lo que habia ocurrido en la citada noche del 5 al 6 de octubre, refutando el informe de Chabroud en favor del Duque de Orleans y de sus cómplices. Luego se retiró á Alemania donde estableció una casa de educacion en

Weimar. Llamado á Francia despues del 18 brumario, fue nombrado en 1802 prefecto del departamento de Ile et Vilaine, y despues en 1804 candidato para el senado conservador por el colegio electoral de aquel departamento. Ultimamente fue nombrado consejero de estado el 1.° de febrero 1805, en cuyo destino murió en Paris el 25 de enero 1806. Ademas de los escritos ya mencionados, publicó las obras siguientes: « Investigaciones sobre « las causas que han impedido á los franceses ser libres « y sobre los recursos que aun les quedan para alcanzar « la libertad. » « Adolfo, ó principios elementales de po- « lítica y resultados de la esperiencia. »

PAGINA 137.

9 Martin de Auch era licenciado en leyes y diputado del estado llano por el senescalato de Castelnaudary, pero con mas preocupaciones él solo que todos los privilegiados juntos.

PAGINA 138.

10 Larrochefoucault d'Estissac, duque de Liancourt, gefe de la guardarropa del rey, caballero de sus órdenes y diputado de la nobleza del Beauvoisis á los estados generales, abrazó la causa de la revolucion, é hizo todos sus esfuerzos por reunir la nobleza con el estado llano. En julio de 1789 fué nombrado presidente de la asamblea, y ademas de lo que dice el texto cuando despertó al rey, le suplicó que volviese á llamar á Necker y mandase retirar las tropas. Mas sin embargo fue partidario de la monarquia en todas las cuestiones que la tocaban de cerca, diciendo que los diputados no habian venido mas que para corregir ciertos abusos y no para destruir la esencia del gobierno. Se ocupó en varias comisiones de beneficencia, y él fue quien introdujo en la barra de la asamblea la *famosa embajada del género humano*, cuyo orador era Anacarsis Clootz. El fue tambien quien hizo asistir á la asamblea en cuerpo á las exequias de Mira-

beau, diciendo que al fin de su carrera habia declarado la guerra á los facciosos. Cuando la fuga del rey, se declaró abiertamente en su favor, reclamando su inviolabilidad. Despues del 10 de agosto 1792 fue destituido de su grado de oficial general y se refugió primero á Inglaterra y luego á los Estados Unidos, donde viajó mucho. Ha dado á luz sobre este último pais una gran obra en que se encuentran ideas muy nuevas y datos estadísticos preciosos. Tambien escribió sobre las prisiones de Filadelfia en 1801, sobre el estado de los pobres ó historia de las clases trabajadoras de la sociedad en Inglaterra, y últimamente un estracto de la obra de Sir Morton Eden.

PAGINA 138.

11 Trofimio Girard, conde de Lally-Tolendal, nació en Paris el 5 de marzo 1751, siendo hijo natural del célebre Lally, á quien decapitaron en tiempo de Luis XV por sus crueldades en la India. Antes de la revolucion era capitan de coraceros y se dió á conocer por sus escritos en defensa de la memoria de su padre. (V. la nota sobre Espremenil). Nombrado diputado por la nobleza de Paris á los estados generales, se inclinó desde luego al partido monárquico y fue uno de los primeros que se reunieron al estado llano. Pero se abstuvo de tomar voz deliberativa hasta tanto que se ampliasen sus poderes porque su mandato espreso era que no admitiese la votacion por individuos, aunque su opinion particular le inclinaba á mirar este método como el mejor. El dia 11 de julio despues de hacer un ligero elogio de la declaracion de los derechos del hombre que habia presentado Laffayette, propuso que no se la tomase en consideracion, sino que se contentasen con mirarla como una simple esposicion de los principios que habian de servir de base á la constitucion. El fué uno de los comisionados para formarla y si se hubiera seguido siempre su parecer, hubiera salido mucho menos democrática; porque deben tener entendido los que lo ignoren, que la tal constitucion de 91 fué la

misma que despues bautizaron los diputados de Cádiz con el nombre de constitucion española de 1812; tan incompatibles una como otra con el estado en que se hallaban estos dos reinos á su respectiva publicacion.

El dia 17 de julio cuando el rey se presentó en el ayuntamiento de Paris donde le recibió Bailly, dirigió Lally un discurso al pueblo que principiaba con estas palabras. « Aqui teneis al rey etc. » lo cual dió motivo á que se dijese que era el discurso del *Ecce homo*. En varias ocasiones hizo ver á la asamblea la necesidad de crear dos cámaras con *veto* recíproco y el rey con *veto* absoluto, doctrina que reprodujo el 30 de agosto y el 11 de setiembre á pesar de las amenazas de los grupos del palacio real. Mas desde luego que vió que la revolucion tomaba una marcha que repugnaba á sus honrados principios, renunció á la tribuna y se retiró á Suiza cerca de su amigo Mounier, quien despues de haber trabajado tambien en favor de la revolucion la habia abandonado antes que él y apartádose mas seriamente de todo espíritu de faccion. Entonces publicó una obra intitulada *Quintus Capitolinus*, en la cual relataba las operaciones de la asamblea nacional, descubria los vicios de la constitucion y declamaba contra la espropiacion que habian sufrido los dos primeros órdenes del estado. Volvió á entrar en Francia en 1792 y trabajó durante algun tiempo en union con los señores Montmorin, Bertrand de Moleville y Malouet por sostener la corona que ya estaba en el borde del precipicio, y por suministrar al rey planes que acaso hubiera debido seguir. Estaba convencido Lally en aquella época de la sinceridad de las intenciones de Laffayette en favor del restablecimiento de la autoridad real, y queria valerse del crédito de aquel general en el ejército y en una gran parte de la guardia nacional, para hacer que Luis XVI tomase una resolucion vigorosa que le libertara de la tutela de la asamblea; pero el rey se reusó á ello constantemente. Tanto hizo Lally que acabó por ser arrestado y conducido á la Abadia donde consagró todo el tiempo á escribir alegatos en favor de sus compañeros de infor

tunio, singularmente de Montmorin. Mas feliz que este último, pudo sustraerse á las matanzas de setiembre y se retiró á Inglaterra. Cuando se abrió el proceso contra Luis XVI, escribió á la convencion ofreciéndose por defensor de aquel príncipe, y escribió é imprimió poco despues un alegato en su favor. En él se echa de ver la clara razon, la elocuencia y sensibiliad del autor, pero se descubre todavia mas la mania de brillar que los medios de serle útil. Tambien publicó en 1796 una defensa de los emigrados en que se trata con bastante profundidad la dificil cuestion de las emigraciones; pero tambien se echa de ver en este escrito el carácter del hombre que á cambio de lisonjear las opiniones de todos siempre toma por divisa el *mezzo termine*. Ademas de sus informes como diputado de la asamblea constituyente, tenemos suyas, como literato, unas *observaciones sobre la carta de Mirabeau contra Mr. de St. Priest*: unas *Memorias á sus contemporaneos*: un *estracto del tercer libro de Tito Livio*: su *alegato en favor de Luis XVI*: *Reclamaciones escritas en favor de Lafayette*: una *tragedia política* intitulada *El conde de Strafford* y *Ensayos sobre la vida de este desgraciado ministro*. Volvió á Francia poco despues del 18 brumario y se retiró á Burdeos, de donde marchó á Paris en 1805 para solo besar los pies al Sto. Padre.

PAGINA 158.

12 Simon, conde de Clermont Tonnerre hijo del duque de este título, que fué guillotinado en 26 de julio 1793 á la edad de 74 años, fué diputado por la nobleza de Paris á los estados generales de 1789 y uno de los miembros de su clase que mas pronto se reunieron al estado llano. Constantemente se sentó en el lado izquierdo y se distinguió entre los que con mas ahinco pedian la espoliacion del clero. Presidió muchas veces la asamblea nacional y fué el fundador del club de los amigos de la constitucion monárquica. El 10 de julio de

aquel año estuvo encargado de presentar á Luis XVI el mensage redactado por Mirabeau pidiendo que mandase retirar las tropas que se habian llamado á Paris. El dia 14 de julio fué nombrado miembro de la comision de constitucion: adherió á los decretos de la famosa noche del 4 de agosto y votó la abolicion de las *capitanerias*. Elegido presidente de la asamblea, se esplicó con mucha indignacion contra las amenazas que hacian á varios diputados los alborotadores del palacio real, y propuso que se alejara de Paris la asamblea si las autoridades no respondian de la seguridad de los representantes. Se declaró en favor de las dos cámaras y del *veto* absoluto. Nombrado segunda vez presidente de la asamblea, pidió que se formase causa al parlamento de Rohan por no haber querido obedecer las leyes publicadas hasta entonces, y solicitó poco despues el derecho de ciudadania para los protestantes, judios, cómicos y verdugos. El 22 de febrero 1790 propuso que se invistiera al rey de todo el poder ejecutivo, para que reprimiera los alborotos que cada dia iban creciendo en las provincias. Apoyó luego el plan de Sieyes sobre la institucion del jurado é hizo el mas pomposo elogio de este diputado, diciendo: «que hombres como aquel eran el patrimonio de los siglos.» En la cuestion del derecho de paz y guerra fué de dictámen de que debia pertenecer solo al rey bajo la responsabilidad de sus ministros. En 1791 principió á ser perseguido como *monarquista*, y aun se dirigió á su casa un tropel del populacho para saquearla. Cuando la fuga del rey, trasmitió á la asamblea su juramento de fidelidad y sostuvo, despues de la sesion, una lucha polémica contra Sieyes sobre el sistema municipal. Ultimamente el 10 de agosto 1792, fué asesinado como traidor y desertor del partido popular.

Otro conde de Clermont Tonnerre, que creemos fuese hermano de este, sirvió en Lyon durante el sitio de 1793 y fue guillotinado cuando cayó la ciudad en poder de los republicanos, siendo de edad de 45 años.

PAGINA 158.

15 Los tres hermanos Lameth, llamados el uno Teodoro, el otro Carlos y el otro Alejandro fueron educados á costa de la reina María Antoneta, por consideracion á su respetable madre que era hermana del mariscal de Broglie. Por tanto parecian mas particularmente destinados á defender la monarquia; pero no fué así por desgracia, como lo verémos en esta nota, en que por no multiplicar las llamadas, comprenderémos la biografía de todos tres.

Teodoro fue destinado á América durante la guerra de la independencia de los Estados Unidos, de donde volvió de teniente coronel y poco despues le dieron el regimiento del Real estrangero con una pension. Su amistad con Lafayette y con Biron le hizo apasionarse de la causa de la revolucion, y á fuer de patriota obtuvo en 1790 la presidencia del departamento del Jurá y luego la diputacion á los estados generales. A los principios figuró en ellos como uno de los miembros mas activos; pero habiéndose alistado entre los fuldenses ó moderados, no tardó en perder toda su popularidad. Quedan de él algunos informes sobre la organizacion de la artillería y de las tropas de marina, como tambien un discurso contra Chabot, á quien acusaba de haber provocado á la desobediencia de los generales en la denuncia que hizo de la comision austríaca. Vivió en la obscuridad durante las convulsiones revolucionarias y no volvió á oirse hablar de él hasta el 17 de diciembre 1797 en una denuncia que hicieron de él los patriotas del Jurá, en que le pintaban como á gefe de una nueva Vendée, que decian haber organizado en aquel departamento.

Carlos Lameth despnes de haber servido como el anterior en América, donde dió pruebas de valor, fué tambien nombrado teniente coronel y despues coronel de coraceros. La reina le protegia mas particularmente que á sus hermanos y le proporcionó que se casase con la hija

de un comerciante rico de Bayona llamado Mr. Picot. Mas luego que le nombraron diputado á los estados generales, se declaró uno de los enemigos mas ardientes de la corte, sin dejar por eso de ser un muy zeloso moderado. Si como tenia deseos vivísimos de lucir hubiera tenido el talento necesario para ello, no hay duda en que habria producido grande efecto en la asamblea; pero quiso su desgracia que siempre que desplegaba los labios era para excitar la risa general. Mas lo que acabó de ridiculizarle del todo fue una espedicion nocturna que hizo, como miembro de la comision de vigilancia, al convento de las *Anunciadas*, con el objeto de prender allí á Mr. de Barentin, cuya espedicion dió motivo al gracioso poema de la *conquista de las Anunciadas* por el marques de Bonnay. En setiembre de 1789 se opuso á que se le concediese al rey el *veto* y combatió el proyecto de que para ser elegido diputado se necesitase la prueba de que pagaba una cierta suma de contribuciones, porque, decia él, que esto era *consagrar la aristocracia de las riquezas*. En el mes de abril 1790 propuso que se le privase al rey del derecho de perdonar y se declaró contra la mocion que proponia la religion católica como religion del estado. Pero guardó un profundo silencio cuando se suscitó la discusion sobre el *libro encarnado*, donde constaban las sumas considerables que habia costado su educacion y la de sus hermanos. Entonces abochornado y confuso, hizo llevar al tesoro público el dinero que se habia empleado en su familia; pero se vengó proponiendo que el derecho de paz y guerra fuese una prerrogativa esclusiva de la nacion. No contento con eso, sostuvo contra Mirabeau que no debia tratarse á los individuos de la familia real sino como simples ciudadanos, esceptuando únicamente al rey y al delfin. Insistió terriblemente en que todos los eclesiásticos prestasen el juramento civil, so pena de privacion de sus beneficios, y finalmente no hubo cuestion alguna en que no se declarase enemigo acérrimo de los ministros y de todo el poder ejecutivo. Cuando se terminó la sesion pasó al ejér-

cito de Laffayette y despues de la jornada del 10 de agosto 1792 se huyó al Havre, donde le prendieron y despues le pusieron en libertad. Quiso presentarse en la barra de la convencion para prestar juramento á la libertad y á la igualdad; pero no se lo permitieron, visto lo cual se escondió y pudo escaparse á Basilea, donde se encontró con varios oficiales del ejército que le hicieron mil desprecios por su conocida ingratitud. El último año del siglo 18 volvió á Francia y el emperador le concedió el sueldo de general de division.

Alejandro Lameth, caballero de malta y gentilhombre del conde de Artois, estuvo tambien en América como sus hermanos, en clase de edecan del general Rochambeau y dió muestras de valor é inteligencia. A su vuelta fué igualmente nombrado teniente coronel del regimiento de la corona, porque los tales hermanitos no perdieron el tiempo desde muy temprano para disfrutar los favores de la corte y de la fortuna que entonces eran una misma cosa. Tambien fué diputado por la nobleza de Peronne y tambien se alistó en el partido de la revolucion con mas teson, aunque con menos apariencias que su hermano. Asi es inutil seguirle, como pudieramos, en todas sus votaciones, porque ya se supondrá que fueron siempre en apoyo de todo lo que entonces adulaba al pueblo, asi como antes habia adulado á la corte; porque téngase entendido que no hay partido en el mundo que no sea compuesto de cortesanos. La diferencia no está en mas sino en el nombre del ídolo ante quien se ha de quemar el incienso.

En 15 de octubre 1789 fué nombrado secretario, y se le vió perseguir acérrimamente á los parlamentos y pedir á la asamblea que los aniquilase, denunciando públicamente á los de Rohan y Burdeos. El fué quien hizo quitar las estatuas simbólicas de las naciones encadenadas á los pies de Luis XIV en la plaza de las Victorias. El 20 de noviembre siguiente alcanzó la presidencia, y en 1791 llegó á ser miembro del departamento de Paris. Gozaba en aquella época de un gran influjo entre los fuldenses

(feuillants) y hasta llegó á ejercer en aquel club una especie de despotismo, que obligó á muchos socios á pasarse á los jacobinos. Se habia unido muy estrechamente con el cortador Legendre y con otros demagogos subalternos; pero no tardó en conocer, como conocieron otros socios, que los tales demagogos sabian mas que ellos y estaban decididos á derribar con la fuerza una potencia que ellos habian debilitado con la perfidia. Entonces se le vió repentinamente cambiar de lenguage y hacer esfuerzos por combatir la anarquia; pero habia gastado todo su influjo en destruir y así no le quedaban medios para reparar. Sin embargo en el mes de abril 1791 se reunió con Barnave y Duport, y juntos ofrecieron sus servicios al rey quien los aceptó, y el primer efecto de esta negociacion fué decidirle á escribir la famosa carta de 23 de abril, en la cual declaraba á las potencias « que « estaba perfectamente libre y que adheria de buena fe « al sistema constitucional. » Con este motivo hizo Lameth que se le diesen pomposas gracias por la asamblea; pero fueron las últimas, porque la huida del rey el 20 de junio hizo mas violenta que nunca la escision entre los constitucionales y los jacobinos. El dia 25 de agosto pronunció un discurso muy acalorado contra los que promovian las insurrecciones, acusando á Robespierre y á los jacobinos de que ellos eran los autores de todos los desórdenes. Pero estos discursos tan nuevos en su boca no sirvieron mas que para disminuir su popularidad, que acabó de destruirse el 5 de setiembre por una salida improvisada que hizo contra los decretos concernientes á las colonias. Despues de la sesion fué al ejército de Lafayette á servir en clase de mariscal de campo, y trabajar en los planes de que ya dimos noticia en la nota sobre Lafayette, y que nunca quiso adoptar el rey.

El dia 15 de agosto 1792 fue acusado por la asamblea legislativa, igualmente que Barnave, á causa de algunas cartas suyas que se habian encontrado en el palacio de Tullerias y que probaban los consejos que habian dado á la corte. Inmediatamente salieron tres gendarmas na-

cionales para Mezieres, pero ya Lameth se habia escapado con Lafayette. (Véase la nota sobre este último.) Puesto en libertad en 1795, pasó á Inglaterra á principios de 96, pero el gobierno le dió órden de salir del reino y se retiró á Hamburgo. En 1797 pretendieron ambos ser borrados de la lista de los emigrados y volvieron á Francia en el mes de junio; pero la revolucion de 18 fructidor (4 de setiembre del mismo año) les obligó á volver á salir. Despues del 18 brumario (9 de noviembre 1799) volvieron á entrar de nuevo. En abril de 1802 fué nombrado Alejandro prefecto de los bajos Alpes, de donde pasó despues con el mismo empleo al Rhin, Mosela.

Otro hermano tuvieron que era el mayor de todos, llamado Agustin, de quien solo sabemos que fué elegido en setiembre de 1805 miembro del cuerpo legislativo por el departamento del Soma.

PAGINA 138.

14 Nos vemos precisados á decir de Mr. de Lafayette lo mismo que ya dijimos hablando de Mirabeau, á saber, que no es tiempo todavia de escribir su historia, ni mucho menos de fijar la opinion sobre el mérito ó demérito de sus acciones. Sin embargo, en este siglo en que todo se escribe por el solo prurito de escribir, se publicó en Paris el año 1831 una historia, ó digamos mas bien un panegírico del marques de Lafayette, tres años antes de su muerte y en el momento crítico en que su nombre habia pasado á ser por segunda vez una potencia. Estas llamadas historias no son mas que unos memoriales impresos en que se solicita la proteccion y benevolencia del héroe, ó una especulacion sórdida para engañar al público y tal vez desvanecer la cabeza mejor organizada. Contentémonos pues con referir los principales hechos de su vida, absteniéndonos de comentarios que deben reservarse á la posteridad.

Gilberto Moitié marques de Lafayette nació en Chava-

gnac el 1.° de setiembre 1757 y desde muy tierna edad perdió á todos sus parientes. Casóse á la edad de 16 años con la señorita de Noailles, hija del Duque de Ayen, cuya alianza hubiera podido facilitarle una brillante perspectiva en la corte de Luis XVI. Pero sus miras ó mas bien sus presentimientos le llamaban á ser uno de los principales actores de los dos grandes dramas que se preparaban en el mundo: la emancipacion de los Estados Unidos y la revolucion de Francia. Apenas estalló la insurreccion americana, cuando Lafayette se sintió conmovido en favor de tan noble causa, á lo que no dejó de contribuir en gran manera el conocimiento que hizo en Versalles con el sabio Francklin, que habia venido á buscar proteccion en favor de sus compatriotas. Mas como nunca se apresura nadie á socorrer á los débiles, y se acababan de recibir fatales noticias del estado á que se hallaban reducidos los insurgentes de resultas de haber sido batidos por un ejército ingles de 30,000 hombres, se les reusó toda especie de crédito, y los comisionados no pudieron siquiera armar un buque para conducir sus pliegos. Entonces fué cuando Lafayette, á pesar de las observaciones de los mismos comisionados que intentaban disuadirle, formó el proyecto de ir á servir con Washington. Sordo á todas las reflexiones y sin dejarse arredrar por los obstáculos que oponian el gobierno ingles y el frances, equipó á su costa una fragata y salió para Georges-Town, donde desembarcó en abril de 1777. Inmediatamente se presentó en Filadelfia, y pidió el favor de que le admitieran á servir como voluntario y sin sueldo. El congreso le concedió el grado de mayor general, con el cual se halló en la batalla de Brandywine el 11 de setiembre de aquel mismo año, en la que salió gravemente herido. Este fué, como dicen los franceses, *su bautismo de sangre*, pues era la primera vez que veia el fuego; pero aun sin que estuviese cicatrizada su herida, batió con un simple destacamento de milicianos un cuerpo de Ingleses y Hesseses, muy superior en número y en esperiencia. Esta accion le va-

lió que se le diesen las gracias en nombre del congreso y el mando de una divisiou. Algo mas tarde obtuvo el título de general en gefe, que no quiso aceptar sino con la condicion de servir siempre á las órdenes de Washington. Despues de haber defendido con un puñado de hombres una vasta comarca, logró Lafayette salvar á dos mil insurgentes que se hallaban envueltos por el ejército ingles: se distinguió mucho en la batalla de Monmouth ganada por los americanos el 27 de junio 1778, y marchó al instante con su division á cubrir la retirada de Sullipan, que se veia precisado á evacuar á Rhode-Island. La importancia de este servicio le valió nuevas gracias del congreso y una espada de honor, adornada con figuras alegóricas que le presentó Francklin en Paris, á donde habia vuelto en 1779 despues que el gobierno frances hubo reconocido la independencia de los americanos. No permaneció en su patria mas que el tiempo necesario para procurar socorros de hombres y dinero, dándose prisa á volverse á embarcar apenas los consiguió. Recibiéronle con entusiasmo en Boston, donde anunció la próxima llegada del general Rochambeau y echó á correr al ejército. El año de 1780 mandó la vanguardia del ejército de Washington, y tuvo la suerte de escaparse de la traicion del general Arnold. El año siguiente estuvo encargado de la defensa de Virginia con solos 5,000 hombres que la mayor parte del tiempo estaban sin vestuario, sin paga y casi sin víveres. Pero á pesar de todo se las tuvo firmes durante cinco meses contra todas las fuerzas de Cornuallis que era el terror de la América. Este general se habia vanagloriado de que *el niño*, así llamaban á Lafayette, *no se le escaparia*; pero no solo se desmintió esta prediccion, sino que muy pronto se vió él mismo bloqueado por mar y por tierra. Bien hubiera podido Lafayette atacar al enemigo, como se lo aconsejaba el almirante frances, conde de Grasse; pero no quiso aventurar un gran derramamiento de sangre, ni aun por una victoria cierta, y aguardó la llegada del ejército de Washington y de Rochambeau para dar

Biblioteca Universitaria - Oviedo

el ataque. Mostró en él, segun su costumbre, una rara intrepidez, apoderándose á la bayoneta de un reducto erizado de cañones, á donde fué el primero que subió. El resultado de esta victoria fué la capitulacion de Cornouallis. Entonces se volvió á Francia para acelerar el envió de nuevos socorros, y cuando ya iba á embarcarse en Cadiz en compañia del conde de Estaing, que llevaba 9 mil hombres, llegó la noticia de que se habia firmado la paz y suspendió su partida. Esta guerra de América habia adquirido mucha popularidad á Lafayette hasta en la misma corte, donde los paisanos de Washington y de Francklin se habian hecho de moda. Hasta la reina disimulaba poco su entusiasmo en favor del jóven guerrero, sin que haya podido saberse qué es lo que influyó en la tibieza que le mostró despues esta princesa, aun antes de que principiasen los primeros síntomas de la revolucion. Lo cierto es que Lafayette, enamorado de su amigo Washington y de su querida América, emprendió otro nuevo viage hacia el pais que habia contribuido á libertar. Fué recibido en él con transportes de reconocimiento, igualmente que su hijo, y ambos recibieron los derechos de ciudadanos por una especie de adopcion tan singular como honrosa, siendo su nombre solo un título de recomendacion.

Recibió tambien muchas pruebas de estimacion del anciano Federico II rey de Prusia, y del emperador de Alemania José II, aprobando hasta cierto punto sus principios políticos, pero no su entusiasmo por la nueva república. Es bien sabido el dicho de este último «que su papel era ser realista,» y lo mismo seguramente pensaba el otro á pesar de toda su filosofía. Verdad es que este monarca tenia, en medio de su despotismo, un deseo fijo del bien general y una voluntad de hierro para hacer justicia á todos, sin otorgar derechos á nadie. En una palabra tenia una idea cabal y razonada *del despotismo ilustrado*, único que conviene emplear cuando los pueblos se encuentran en ciertas y determinadas circunstancias, pues con él se adquieren mas verdades y

menos teorías que luego desenvuelve y aplica el tiempo. Pero á Lafayette no podia acomodarle semejante doctrina, porque estaba encalabrinado en los principios abstractos de la libertad, que tanta sangre han hecho correr en el mundo. Asi es que no soñaba mas que en la emancipacion de los negros, sin considerar los peligros que, tal vez, podian seguirse de una mudanza tan rápida en su condicion de esclavos á libres. Animado de igual simpatía por la causa de los pueblos, abrazó con trasportes la de los patriotas holandeses y hubiera querido ir á ayudarles con su espada, como habia hecho con los americanos. Pero con motivo de haber sido nombrado en 1787 miembro de la asamblea de los notables, hubo de suspender sus ímpetus, y los empleó con mas utilidad en pedir en ella la supresion de los mandatos de prision arbitrarios y de las prisiones de estado, obteniendo por de pronto una resolucion favorable al estado civil de los protestantes y siendo el primero que habló de la necesidad de consultar á la nacion. Admirado el conde de Artois de estas palabras le dijo « lo que Vm. pide en sustancia son los estados generales. » Algo mas que eso, le respondió el otro, porque lo que deseo es *una asamblea nacional.* No tardó en realizarse este deseo y apenas fué nombrado miembro de la constituyente, cuando propuso la primera declaracion de los derechos del hombre, que él miraba como el programa de la libertad universal. El fue quien presidia esta asamblea en los famosos dias del 13 y 14 de julio 1789 y quien nombrado el dia despues de la gran victoria del pueblo sobre la Bastilla comandante de la guardia nacional, hizo tantos servicios á la tranquilidad pública de Paris. Seria injusto reusar á Lafayette el estraordinario mérito que contrajo en aquellos dias porque no era tan facil como se piensa dirigir y contener á un pueblo donde fermentaban todas las pasiones y en que estaba amenazando una fiera tempestad.

Las imprudencias de la corte y el funesto convite de los guardias de corps, ocasionaron las jornadas del 5 y 6 de octubre, en las cuales la guardia nacional, prece-

dida de un tropel de mugeres insurreccionadas y conducidas por el famoso Maillard, arrastraron á Lafayette hasta Versalles. Mucho tiempo se estuvo resistiendo; pero al fin tuvo la debilidad de ceder, dando el malísimo ejemplo de un gefe militar que se deja dar la ley por sus propios soldados. Era tanto mas reprensible esta conducta, cuanto mas se esforzaba á disculparse de ella durante el camino, con los dos comisarios del ayuntamiento que iban acompañándole. Luego que se presentó con ellos delante del rey, sus primeras palabras fueron: « Se- « ñor, yo no sé como me atrevo á presentar delante de « V. M. » « Qué quieres, le respondió Luis XVI, ya sé « que has hecho lo que has podido »....

Tranquilizado con estas dulces palabras que aliviaban algun tanto los remordimientos de su conciencia, cobró algun ánimo y le dijo al rey sonriéndose. « Señor, he « hecho prestar á la guarnicion de Paris el juramento de « ser fiel á la nacion, á la ley y al rey: V. M. puede es- « tar tranquilo porque será respetado. » Así lo creeria él sin duda; pero con todo eso solicitó, sin poderlo obtener, la guardia de todo el palacio y de todos los puestos necesarios para responder de la seguridad de la familia real. Arengó á las tropas en la plaza de armas, hablándolas en nombre de la patria y del rey, y todas mostraron las mejores disposiciones, particularmente las guardias nacionales de Versalles y de Paris: de modo que tanto él como Lally Tolendal que estaba presente, adquirieron la conviccion de que no ocurriria ninguna novedad. Quiso ir á dar cuenta al rey de todas las disposiciones que habia tomado; pero le dijeron que estaba recogido despues de una jornada tan tumultuosa, y entonces rendido él mismo de cansancio, se retiró tambien á dormir. Mucho se ha murmuardo de este sueño y muy severos han sido los cargos que le han hecho sus contemporaneos y que tal vez le hará la historia; pero son tambien muchas las escusas que merece un hombre que llevaba ya tres dias de continua agitacion. No nos toca á nosotros juzgarle, ni tenemos todos los datos necesarios para califi-

car su conducta en aquella terrible noche; pero por lo mismo que son de tanta gravedad las acusaciones, y supondrian un grado de perversidad incompatible con los antecedentes y el carácter de Lafayette, nuestro deber, como críticos, es inclinarnos al lado de su inocencia, que es hacia donde nos lleva nuestra conviccion. Por otra parte, no sabemos por qué haya de recaer toda la odiosidad contra Lafayette, cuando se sabe que el hermano del mismo rey, toda la familia real, los ministros, los generales, los mas celosos sirvientes de la real cámara, el conde de Estaing, que era comandante de la guardia nacional y de la guarnicion de Versalles, el duque de Guise, que era oficial superior de los guardias de corps y por tanto tenia obligacion especial de velar en la seguridad del monarca: todos estaban, no dormidos, sino acostados en sus camas, y el último en Trianon, que está á bastante distancia.

Mas al fin supongamos que en aquella noche no hiciese Lafayette todo lo que rigurosamente pudiera esperarse de él ¿habrá quien dude de que en la mañana siguiente se condujo de un modo sublime? Evidentemente el rey, toda su familia y sobre todo los guardias le debieron la vida. Ni aun la reina misma, que cierto no estaba dispuesta á su favor, ha negado jamas este inmortal servicio; y la princesa Isabel le dió un abrazo en público como á su libertador.

Durante la travesia desde Versalles á Paris, hizo tambien todos los esfuerzos imaginables para que el rey no oyese ni viese los ultrages que le dirigian á cada momento: ultrages que, sea dicho de paso, atribuia la corte y aun el mismo Lafayette á los manejos é intrigas del duque de Orleans. Tan persuadido estaba de ello, que no tuvo reparo en encargarse de insinuarle que pasase á Inglaterra, bajo pretesto de una mision, que no era mas que un lazo de la corte. Mas el duque hubiera podido imponer silencio á Lafayette diciéndole: « ¿Cómo, gene-« ral, Vm. se ha dejado violentar por sus propias tropas « contra lo que era de su obligacion, y sin permiso de la

« ley y sin las órdenes de sus gefes ha escedido los limi-
« tes de su mando, ha marchado Vm, al frente de la in-
« surreccion armada: ha puesto Vm. al rey en el mayor
« peligro: le ha traido por fuerza á Paris: aun ahora mis-
« mo, cualquiera que sea el pretesto ó el nombre que
« Vm. dé al papel que está haciendo, nadie duda de que
« le tiene preso en su propio palacio, y se viene Vm.
« con insinuaciones? Cuando Vm. haya respondido á es-
« tos cargos, yo tambien responderé á mis acusadores y
« aun á Vm. mismo que parece participar de sus odiosas
« sospechas. »

La verdad es que el duque no habia tenido parte en las jornadas del 5 y 6 de octubre, y que Lafayette, por mas que hubiese sido condenado á muerte por un consejo de guerra, si hubiera sido vencido, no era mas que un hombre débil que habia cedido á una prueba mas fuerte que su carácter; y que en el fondo era un súbdito fiel que habria dado la vida por su rey, como lo demostró el dia seis. En aquella época, como en otras muchas, Lafayette tenia empeño en conservar á todo precio á Luis XVI y á su esposa, haciendo como que ignoraba sus planes contra la libertad, tanto mas, cuanto se creia seguro de poder evitarlos y desvanecerlos. Esto mismo fué causa de que sospechasen de él los amigos fogosos de la revolucion: de modo que mientras la corte ansiaba por que llegara el momento de vengarse de él, los patriotas le miraban ya como traidor á su patria. ¡Cuantos de estos fenómenos estamos viendo todos los dias en los paises insurreccionados! Pluguiese á Dios que los españoles aprendiesen con este egemplo á no juzgar con la severidad que acostumbran á los que, no por desaprobar sus quiméricos y prematuros planes de movimiento perpetuo, dejan de desear las reformas radicales que exigen el siglo y el interes bien entendido de la España!

En medio de todo y á pesar del murmullo de las pasiones, no dejaban de agradecérsele los servicios que hacia al órden público al frente de su guardia nacional, que le miraba con una ciega confianza. Pero es poco me-

nos que evidente para nosotros, por los diferentes datos que hemos reunido de su conducta en aquel tiempo, que estaba convencido su ánimo del mayor peligro que ofrecian á la causa pública los revolucionarios que los conspiradores realistas, y así se inclinaba insensiblemente á un sistema de reaccion que algunas veces excitaba justos motivos de descontento. Sin embargo, el dia 14 de julio 1790 obtuvo uno de aquellos triunfos debidos á sus felices inspiraciones, cual fué el de solicitar de la asamblea constituyente un decreto para que ninguna persona, fuese de la clase que fuese, pudiera obtener el mando de la guardia nacional mas que en un solo departamento, y eso en el instante crítico en que su posicion y la fuerza misma de las cosas le llamaban al mando general de todas las guardias del reino. La única idea que dominaba entonces en él era la de restablecer el órden y crear un gobierno, dándole mayor fuerza y accion que la que antes tenia. Es de advertir que Mirabeau, *vendido ó pagado* por la corte, coincidia entonces en la misma idea que Lafayette que no se habia vendido á nadie, y sucedió lo que muy frecuentemente sucede en las revoluciones, á saber, que hombres que se aborrecen mutuamente, como les sucedia á estos dos, trabajan de consuno para obtener el mismo fin. El mismo Mirabeau con todo su talento no era capaz de resolver el problema de la union de la dinastia con los derechos del pueblo, y el restablecimiento de la autoridad real con la existencia de la libertad. Murió aquel tribuno, y Lafayette continuó trabajando por resolverle, pero se dejó sorprender por la escapada de Varennes. Imposible nos parece aun hoy mismo cómo pudo resistir al huracan que se sublevó contra él en el club de los jacobinos, donde Danton le acusó de una manera tan enérgica; pero si tuvo la fortuna de salir de aquel peligro, fué á costa de verse precisado á traer preso á su rey por medio de la Francia que estaba en armas, y es seguro que si Luis XVI hubiese recuperado su autoridad, no hubiera habido castigo suficiente á espiar este segundo ultrage.

Desde entonces el cautiverio del rey fué mas riguroso que nunca hasta que prestó juramento á la constitucion, y desde entonces tambien llegó á su colmo la enemistad del partido realista contra Lafayette. Mas no por eso se disminuia la desconfianza de los patriotas, quienes miraban como una locura ó tal vez una traicion, la idea de entregar el depósito de esta misma constitucion en manos de un príncipe que habia protestado contra ella y que queria evidentemente destruirla. ¡Que de murmullos y gritos suscitó entre los jacobinos el decreto de la asamblea constituyente en que se declaraba la inviolabilidad del rey, y por consiguiente se prohibia toda investigacion judicial sobre su fuga á Varennes! De aquí nació la proposicion de ir á firmar en el Campo de Marte sobre el altar de la patria, una peticion dirigida á que suspendiese la asamblea toda resolucion sobre la suerte del rey hasta que se consultase el voto de los departamentos.

El domingo 17 de julio hubo una reunion considerable en el campo de Marte, y por una de aquellas fatalidades inseparables de los movimientos tumultuosos del pueblo, dos hombres que se habian escondido debajo del altar de la patria por solo satisfacer una indecente curiosidad, fueron ahorcados. Con la noticia de este doble asesinato, envió el ayuntamiento unos comisionados para restablecer el órden, acompañados de una fuerte escolta mandada por Lafayette, quien en efecto disipó el tumulto. Pero un voluntario le apuntó casi á quema ropa y fué la fortuna que no salió el tiro, con lo que se libró de una muerte casi segura. Arrestaron al agresor, pero el general lo perdonó y mandó que le pusiesen en libertad, con lo cual creyó que ya estaba restablecido el órden y se salió del campo de Marte. Mas apenas se habia alejado algun trecho, cuando la multitud volvió á su empeño de la peticion, y es inutil que repitamos las consecuencias de aquel suceso por ser demasiado sabidas. Lafayette se vió acometido á pedradas igualmente que su tropa, y se vió precisado á proclamar la ley marcial y disparar contra el populacho. ¡Terrible conflicto para un hom-

bre que habia declarado en la tribuna *que la insurreccion era el mas sagrado de los derechos y la obligacion mas indispensable cuando el gobierno violaba los del pueblo!* Mucho debió sufrir su corazon al ver el contraste entre el entusiasmo con que habia sido saludado por mas de 500 mil hombres el dia de la federacion, y la escena que le ocasionaba ahora las maldiciones del pueblo. ¡Qué desengaño para los que se fian de la popularidad! Desde aquel funesto dia principiaron los piques entre el pueblo y la guardia nacional, á quien llamaban por apodo *la guardia pretoriana*, y no tardó en conocer Lafayette que no podia permanecer mandándola por mas tiempo. Asi, inmediatamente que el rey aceptó la constitucion, renunció la comandancia y se retiró á su pais.

No gozó largo tiempo de su reposo, porque habiendo los emigrados hecho una punta por la frontera, lo cual anunciaba la proximidad de tropas estrangeras, le dieron un mando superior y los rechazó en diferentes puntos. Durante aquel tiempo se preparaba en Paris otra insurreccion que no podia tardar mucho en estallar, nacida de las desconfianzas contra la corte; mas Lafayette la tenia mucho mayor de los girondinos y jacobinos á quienes atribuia todos los males de la Francia. Asi se esplicaba en una célebre carta escrita por él con fecha de 16 de junio desde su cuartel general de Maubeuge á la asamblea nacional, en cuya carta no solo habia prevencion sino hasta una especie de delirio contra los patriotas, hablando como pudiera haberlo hecho un general austriaco de aquella época. Fué tanto mayor la sorpresa que causó esta carta, asi en la asamblea como en Paris, cuanto acababa de suceder el movimiento del 20 de junio, en que el pueblo invadió el palacio del rey y fué dueño de su persona durante muchas horas. Luego que Lafayette supo lo que habia pasado, quiso tentar su último esfuerzo en favor de Luis XVI y de la constitucion, presentándose el dia 28 en la barra de la asamblea legislativa, á pedir el castigo de las violencias cometidas el dia 20 en las Tullerias, la supresion de las sociedades

populares y las medidas necesarias para asegurar la inviolabilidad del rey y la constitucion. Pero no se hizo el menor caso de su peticion, ni obtuvo mayor efecto su afan por captarse de nuevo el amor de la guardia nacional y hacerla que cerrase ella misma el club de los jacobinos, con lo cual no le quedó la menor duda de que habia pasado su época y asi se volvió á la frontera.

Este desaire de la suerte fué mirado como un triunfo por la corte, que nunca quiso aceptar sus servicios por mas sinceros que fuesen y por mas necesidad que de ellos tuviese. Tambien triunfaron los jacobinos, quemando aquella tarde misma en el palacio real una especie de pelele que representaba al héroe de la federacion. ¡ Pobre de él si hubiera permanecido en Paris! Pero es el caso que nada le desengañaba de su mania de salvar al rey á pesar suyo; para ello, contando con el anciano Luckner á quien habia logrado inspirar mucha confianza, pretendia que el rey le enviase á llamar con el mariscal como para presentarse en la federacion. Al dia siguiente de esta ceremonia debia S. M. salir de Paris bajo pretesto de ir á Compiegne y dar una prueba á la Europa de que estaba libre. En caso de que se opusiera alguna resistencia, Lafayette respondia de poner en salvo á la familia real con cincuenta caballos, y desde Compiegne irian escoltando al rey algunos escuadrones que estaban apostados para llevarle al ejército. Allí hubiera S. M. hecho patentes sus verdaderas intenciones, modificando la constitucion, estableciendo dos cámaras y dictando instituciones fuertes, pero todas monárquicas. En el caso de no salir bien este proyecto, Lafayette estaba resuelto á marchar sobre Paris.

No estaba el rey muy distante de aceptar este plan, porque conocia los obstáculos y los riesgos que le amenazaban; pero la reina no pudo resolverse jamas á confiarle sus personas y mucho menos la suerte de la monarquía. Fué tal vez una fatalidad, pero fatalidad invencible en vista de los sucesos posteriores. El mismo La-

fayette ofrecia tal vez mucho mas de lo que podia cumplir, y arrostraba un porvenir que no podia menos de serle funesto; porque ni la corte triunfante le hubiera podido perdonar sus antecedentes, ni mucho menos contentarse con una restauracion á medias, al paso que tampoco los patriotas hubieran dejado de tenerle por traidor, habiendo contribuido á poner á Luis XVI al frente de un ejército. Sus intenciones eran sin duda muy puras; pero su vista no alcanzaba á descubrir todo el desmoronamiento en que ya habia caido la corona, y sobre todo no cabia en su cabeza la posibilidad de un 10 de agosto.

Cuando llegó á su noticia este gran suceso estaba él en su campamento cerca de Sedan y contaba con su estado mayor, con el afecto de sus soldados y con el juramento de su obediencia. Contaba tambien reunir en defensa de la constitucion de 91 el voto de 75 departamentos, cuyos consejos generales habian adherido á su carta del 16 de junio en que pedia la supresion de los jacobinos, y fiado en estos datos, se atrevió á levantar la bandera contra la asamblea legislativa por medio de una proclama. Mandó arrestar á tres comisionados del cuerpo legislativo entre los cuales estaban Kersaint y el famoso Antonelle, antiguo corregidor de Arlés. En seguida no perdonó esfuerzo alguno para sublevar al ejército en favor de Luis XVI y de la asamblea misma, á quien pintaba como esclavizada por los jacobinos y por el corregidor Petion: dando en esto otro malísimo ejemplo de indisciplina, llamando á deliberar á la fuerza armada. Los soldados hicieron lo que siempre, que fué declarar su indignacion contra todo lo que estaba pasando y decir al general que estaban prontos á marchar á donde quisieran conducirlos para poner al rey en libertad. Pero otros nuevos comisionados que llegaron de la asamblea lograron dividirlos entre sí y los artilleros principiaron á manifestar disidencia, negando su adhesion á la protesta contra los decretos de la asamblea. No quedó la menor duda de estas malas disposiciones en una revista que pasó con el objeto de exigir el juramento individual de los

Biblioteca Universitaria - Oviedo

soldados de fidelidad á la nacion, á la ley y al rey. Por otra parte Dumouriez, á quien habia mandado arrestar en su campamento de Maulde, habia reusado prestar el juramento antiguo, y Dillon, que á los principios habia sido del partido de la resistencia, no había tardado en variar de parecer. Ademas de estas defecciones, el departamento del Aisne se habia opuesto formalmente y dado órden á todos los ciudadanos para arrestar al general en gefe del ejército del norte: todo lo cual, junto con el decreto de acusacion pronunciado contra él por la asamblea y el nombramiento de su enemigo Dumouriez para sucederle en el mando, le convenció de que no habia la menor esperanza de salir con su empeño.

Quien oyese los gritos é imprecaciones de los clubs de Paris contra Lafayette y sus cómplices, no dudará de la suerte que hubiera cabido al amigo de Washington si hubiese caido vivo en sus manos; pero mas dichoso que Bailly, uo espió eu un patíbulo la sangre derramada en el campo de Marte. Resolviose á huir de su campo en la noche del 19 al 20 de agosto, acompañado de Bureau de Pusy, de Latour-Maubourg y de Alejandro Lameth, habiendo tomado antes sus disposiciones para que el ejército no quedase espuesto á alguna sorpresa. Luego que llegó á Bouillon, despidió su escolta de 25 caballos, y procurando atravesar incógnito los puestos enemigos, tenia intencion de refugiarse en territorio de la república bávara. Poro fue arrestado en Rochefort por el teniente coronel conde de Haruoncourt, el cual dió inmediatamente parte al comandante de Namur. El 21 fueron trasladados los prisioneros á esta última ciudad, y allí fue donde Lafayette tuvo una entrevista con el archiduque Carlos, todavia novicio en la carrera de la gloria, pero que habia nacido con uua alma generosa. La conducta y lenguage de Lafayette y de sus amigos fué cual correspondia á su desgraciada situacion é impuso respeto á sus enemigos. Cónducidos á Nivelle, tuvieron los prisioneros que sufrir un largo interrogatorio, en presencia de un mayor austriaco, encargado de recibir y hacer-

se cargo de la caja del ejército que suponian haberse traido Lafayette. « Lo único que puedo comprender, respondió este último, de tan estraña comision, es « que en mi caso no habria dejado el Sr. duque de Sajo- « nia-Teschen de robar el tesoro del ejército. » Llevados á Luxemburgo estos cuatro individuos de la asamblea constituyente, permanecieron allí tres semanas, durante las cuales no dejaron los emigrados de hacer alguna tentativa para inmolar á su venganza al autor de la proclama de los derechos del hombre y del ciudadano. Desde allí los llevaron presos á Wesef, á Magdeburgo, á Reisse y últimamente á Olmoutz, que es donde les esperaba un horrible calabozo.

No queremos recordar los indignos tratamientos que les hizo sufrir, y particularmente al general, la policia austriaca: baste decir que se le privó hasta de la dulce compañia de sus tres amigos y de tener la menor correspondencia con Francia. El único momento de consuelo que tuvo en aquellos horribles años fué la llegada de su esposa á la prision en que yacia aquel mártir de la libertad. Esta Señora no dejó de mover todos los resortes que la sujeria su cariño y su virtud para obtener la libertad de su marido; mas todo fue en vano, asi como la intervencion de todos sus amigos y la del gobierno mismo de los Estados Unidos de América. Fué necesario para que la recobrase nada menos que las victorias de Italia y la voluntad de Bonaparte, á quien se lo recordó Regnaud de St. Jean d'Angeli para que la pusiese como una condicion particular é imperativa en las negociaciones que terminaron aquella guerra de prodigios. Libre ya de sus cadenas el prisionero de Olmutz, no quiso tomar parte alguna en la revolucion de 18 fructidor, por lo cual tuvo que quedarse en Hamburgo; pero se puso la escarapela tricolor, igualmente que sus amigos y no entró en Francia hasta la época del 18 de brumario. Por mas profunda que fuese su gratitud á Bonaparte, no quiso jamas mezclarse para nada en las cosas de su gobierno: reusó una plaza en el senado conservador y votó contra el con-

sulado vitalicio, accion bien estraña en un hombre que habia espuesto su vida y hasta su reputacion de amigo de la libertaad, por salvar el principio monárquico. Pero combatian entonces en su cerebro sus antiguas opiniones y sus propensiones republicanas. Consiguiente á una de estas doctrinas favoritas, le pidió un dia á Bonaparte que concediese la libertad de imprenta, y el cónsul le respondió « si yo concediese á Mr. de Lafayette lo que con « tantas instancias solicita, ni él ni yo estariamos aqui « dentro de tres meses » ¡Cuanta razon tenia aquel grande hombre y cuanto mejor conocia que Lafayette la naturaleza de las cosas y el corazon de los hombres! En aquella época hubiera sido imposible todo gobierno con veinte ó treinta diarios que le hubieran batido en brecha cada mañana, y el cándido Lafayette, á pesar de sus padecimientos de Olmutz, hubiera visto muy pronto abrirse su proceso político en el tribunal de la opinion pública, donde hubiera perdido su popularidad para siempre; *porque las revoluciones ofendidas no perdonan jamas.* Mas no por eso dejó de ser muy honroso el retiro en que vivió durante toda la época del imperio, prefiriendo la obscuridad á las mas brillantes ventajas que le ofreció el dominador de la Europa.

Por fin volvieron los Borbones en 1814 y Lafayette se presentó de nuevo en la escena política con aquella imperturbable serenidad y constancia de principios que habia adoptado desde jóven. Era esta tan conocida, que el Sr. conde de Artois, igualmente fiel á la contrarevolucion, solia decir: « no hay en toda Francia sino Lafayette « y yo, que no hayamos cambiado de principios. » Pero lo particular es que siempre se mostró menos hostil á Carlos X que era el rey de la emigracion, que á Luis XVIII, autor de la carta. La razon era por que en el primero de estos príncipes no veia Lafayette mas que un hombre de ideas estraviadas, pero de buena fe y sin ninguna malicia en el corazon, al paso que en el otro suponia todo el conocimiento y segunda intencion de sus acciones y conducta.

Volvió á presentarse en la escena durante los cien dias como representante en la cámara; y mal aconsejado por la rigidez de sus principios, contribuyó en gran manera á la caida final del Emperador que habia sido vencido en Waterloo. No alcanzaban sus luces á distinguir la época de 1815 en que era preciso ante todas cosas salvar el territorio francés de la de 1789, en que se trataba de conquistar la libertad. Pero no es esta la sola ocasion de su vida en que dió pruebas claras de que su cabeza no valia tanto como su corazon. Jamas Lafayette estuvo á la altura de la situacion en que le colocaron las circunstancias, y asi es que todas las grandes empresas abortaron en sus manos. Acaso y sin acaso no hubo en el mundo otro suceso mas importante ni que mas interesase á la Francia que la abdicacion de Napoleon, y por lo mismo este fué uno de los que con mas empeño contribuyó Lafayette á acelerar. Llegó á tal grado la ceguedad, sea de su amor propio, sea de la ignorancia en que estaba sobre la opinion que los demas tenian de él, que se hizo nombrar por uno de los comisionados que fueron á tratar con los estrangeros para la suspension de las hostilidades, siendo asi que no habia hombre menos á propósito para salir airoso en una mision semejante, que el que habia sido cómplice en la emancipacion de 25 millones de habitantes. Asi fué que no consiguió nada, y á su vuelta, que el enemigo difirió cuanto le fué posible, se encontró con la capitulacion de Paris y con la retirada del ejército sobre el Loira. No nos cansarémos de repetirlo: las ilusiones del amor propio, asi en materia de libertad como en todas, son uno de nuestros mas implacables enemigos, por que suelen hacernos mirar los vicios y las flaquezas como virtudes ó actos de valor. Si los llamados idólatras de los derechos del pueblo hubiesen derribado á Napoleon 15 dias antes de la batalla de Waterloo, hubieran tal vez hecho una heroicidad; pero derribarle inmediatamente despues de una batalla perdida no fué mas que una cobardía, acompañada de una indecencia. ¡Qué distinto papel hubiera hecho Lafayette en la

historia y en la opinion de sus conciudanos, si en lugar de ocuparse de la caida de Napoleon, se hubiera presentado á él y le dijera. « General, yo vengo á ponerme á « vuestras órdenes; vamos á echar á los enemigos que « rodean á Paris, y luego tratarémos juntos de los gran- « des intereses del pueblo y de la libertad? » Pero asi como decimos esto, tampoco debemos omitir en su elogio la noble respuesta que dió al embajador ingles cuando solicitaba que la persona del emperador fuese entregada á los aliados. « Me admiro, le replicó Lafayette, de que « para proponer semejante infamia os dirijais al prisione- « ro de Olmultz. »

Todos los demas pasos que dió, y conferencias que tuvo con otros diputados para impedir que sucediese lo que sucedió, fueron insignificantes, porque la gran falta estaba cometida. Despues que la familia de Borbon volvió por segunda vez á Paris, se retiró á su quinta de La Grange, donde vivió en la obscuridad hasta las elecciones de 1817 en que pudo el gobierno alejarle de la diputacion, mas en las de 1818 triunfó el veterano de la libertad de todos los obstáculos, y desde entonces estuvo siempre al frente de la oposicion. La pasion dominante de Lafayette fué sin duda alguna la popularidad, asi como sus principales virtudes fueron el desinteres y la serenidad en los peligros, á que vulgarmente se da el nombre de valor. Por eso no hubo para él un instante mas feliz en todo el discuro de su vida que su último viage á los Estados-Unidos, en que la poblacion casi entera salió á saludarle á su paso: mas no por eso mostró á su vuelta ni el menor orgullo ni la mas ligera alteracion en su método ordinario de vida. Era hombre que amaba el órden público y que se esponia con gusto por restablecerle; pero tampoco le disgustaban del todo los movimientos populares, porque se le figuraba que eran un signo infalible de que el pueblo conservaba su energía. En una palabra, no podia resolverse *á que el pueblo diese su dimision*.

Pasemos ya á su última época que fué la revolucion de

1830, sobre la cual, por ser demasiado reciente, nos limitarémos á decir que representó en ella uno de los mas importantes papeles, y que demostró ser el mismo compuesto de calidades y de defectos que habiamos visto en la de 1789. Como hombre privado, pocos pueden encontrarse mas dignos de aprecio que él, pues era suave en su trato, compasivo con los desgraciados, tierno y excesivamente confiado con sus amigos y excelente con su propia familia. Pero como hombre público, su conducta estuvo llena de contradicciones, y el principal recuerdo que quedará de las impresiones de su alma es que Lafayette fue durante toda su vida *la propaganda personificada*. Murió en Paris el 20 de mayo 1834.

PAGINA 141.

15 Apenas se sabria la existencia del Marques de Brezé sin la anecdota del juego de pelota, en que tan mal le despachó Mirabeau. Despues de aquel lance se retiró á sus posesiones y no se ha vuelto á oir hablar de él.

PAGINA 142.

16 Antonio Pedro José Maria Barnave, miembro de la asamblea constituyente, es uno de aquellos hombres animosos y elocuentes, que al mismo tiempo que se apasionan con esceso para poder moderar su propio partido, tienen demasiada virtud para seguirle hasta el cabo. Génios desgraciados que la posteridad compadece y admira, porque buscaron siempre el bien sin encontrarle, y porque si cometieron errores tambien los espiaron cruelmente. Nació Barnave en Grenoble en 1761 de una familia protestante. Su padre era un abogado rico y célebre, y su madre hija de un militar; pero tan instruida y virtuosa, que no descansaba un instante en proporcionar á sus dos hijos una educacion de las mas esmeradas. El mas jóven se dedicó á la carrera de las armas y murió á los 21 años, siendo oficial de ingenieros. El mayor,

que es de quien hablamos, abrazó el estudio de la jurisprudencia, no como quien aspira á las ordinarias luchas de la curia, sino como quien prevee que está destinado á brillar en mas nobles combates. Apenas de edad de 17 años tuvo un desafio por defender á su hermano, en el que recibió una herida que puso en gran peligro su vida. Mas al fin se recibió de abogado en el parlamento de Grenoble, y cierto no dió señales en sus primeros ejercicios de que seria lo que hemos visto despues. La primera produccion que dió á luz fue un escrito de circunstancias intitulado *el espíritu de los edictos*, bajo el cual solo se veia un elogio directo de la constitucion inglesa. Era tal su pasion por ella, que se estendia hasta todo lo que era ingles, aun en las cosas mas frívolas, de modo que nadie hubiera podido sospechar en semejante anglomano aquel hombre de estado tan profundo y aquel legislador popular que debia arrastrar á la Francia tan lejos de la monarquia constitucional. Por desgracia eran entonces tan poco conocidas en Francia estas teorias como lo son hoy en España, y sucedió lo que era inevitable que sucediese, á saber: que á una revolucion de libertad se siguió inmediatamente una revolucion de igualdad, y esta revolucion la hicieron la corte y los estados generales el dia que se concedió el doble voto al estado llano y las verificaciones de poderes en comun. Digase lo que se quiera, aquel dia resignaron sus funciones todas las antiguas instituciones de la monarquía, y los plebeyos subieron al imperio, pues que se puso en sus manos la suerte de la nobleza, del clero y de la corona.

Veinte y ocho años tenia Barnave cuando Grenoble le honró con la diputacion y le dió acceso á aquella tribuna que debia inmediatamente dominar al trono de los catorce siglos. Desde entonces pudo mirar y miró en efecto con ojos mas seguros que los de Mirabeau aquella magnífica carrera que se abria á los hombres deseosos del bien y capaces de comprenderle. Tenia sobre aquel otro tribuno la inmensa ventaja de la ciega confianza propia de la juventud, la de una conciencia pura, el hábito y

el amor del bien, la fé en la virtud de los hombres porque él era virtuoso, y por último la certeza de poder seguir su carrera sin remordimientos. Desde los primeros dias tomó Barnave por desgracia un rango eminente entre los hombres que estaban destinados á sentarse sobre las ruinas de la monarquía, siendo asi que su ánimo era solo reformarla y fortificarla, dándola por barrera y por baluarte el sistema representativo. Como Delfinés, como protestante y como abogado, pertenecia de derecho al partido de la revolucion, y como jóven no podia menos de dejarse arrastrar mas allá de la línea de sus deseos. Se distinguía Barnave por cierta fogosidad de carácter y de opiniones que parecian mas respetables por la gravedad precoz de sus modales y de su juicio, anomalía muy peligrosa en las revoluciones por cuanto promete á las facciones ser guiadas por la prudencia, mientras que en realidad no lo son sino por el entusiasmo, la ilusion, la tenacidad y la cólera. Aquel perpetuo contraste de la vivacidad de sus máximas con la calma de sus palabras le designó inmediatamente como uno de los corifeos de la asamblea: y la corte, contra cuyas resistencias empeñó todos sus principios, todas sus preocupaciones y todos sus resentimientos, no pudo menos de mirarle como uno de sus mas encarnizados enemigos. Mirabeau decia de él que era un arbolito destinado á ser algun dia el palo mayor de un navio. Asi hubiera sido probablemente si el árbol no hubiese jugado tan familiarmente con el rayo que le abrasó cuando empezaba á dar fruto. En la sesion del juego de pelota, que fue la toma de posesion del estado llano, no tuvo Mirabeau auxiliar mas decidido que Barnave, al paso que este creia de buena fe que caminaba hacia la monarquía constitucional, como lo creyeron por tanto tiempo los Mounier, los Lally-Tolendal, los Malouet, los Laffayette, los Bailly y otros muchos. Pero detras de estos estaban los *treinta* de la asamblea; y detras de esta asamblea misma estaba la hidra popular con su insurreccion armada. En los debates, que con tanta verdad refiere M. Thiers, suscitados de resultas de los

asesinatos de Foulon, de Berthier y de Delaunay, hubo quien dirigiéndose á la asamblea preguntase *¿es tan pura la sangre que ha corrido para que nos lastimemos tanto de ella?* Estas atroces palabras las pronunció un jóven, cuyas facciones eran nobles y distinguidas y cuyos ojos azules respiraban dulzura y generosidad, y este jóven era Barnave. Necesitamos para olvidar el eco horrible de semejantes palabras acordarnos de que toda su sangre corrió por el cadalso, pues sin ello la fatal espresion seria una mancha indeleble para su memoria en la posteridad. En vano propuso en la misma sesion que los asesinos fuesen entregados á la justicia, porque la malhadada palabra y los aplausos frenéticos que arrancó á las tribunas, destruia toda la fuerza de sus tardias reflexiones.

Inútil seria repetir lo que puede verse en el texto sobre sus opiniones estremadas en todas las cuestiones que se agitaron sobre los derechos del hombre, la espoliacion del clero, la rehabilitacion de los judios, protestantes etc. bastando decir, que cuando Mirabeau, satisfecho de ruinas, pensaba que era necesario detenerse, Barnave creia que no se habia hecho todavia lo bastante. Mientras aquel, parte por conviccion parte por tráfico, se detenia ya con la clase media victoriosa, este otro creia debilitarse haciendo alto. Temiendo los designios de la corte mas que la embriaguez popular, no creia adquirir fuerza sino en nuevos progresos del espíritu revolucionario representado en los clubs. Ultimamente el partido constitucional se dividia todos los dias, pues que de un lado se hallaban Mirabeau, Lafayette y Bailly, quienes por ambicion, por intriga, por probidad si se quiere, querian conservar lo poco que ya quedaba de la monarquia, mientras que del otro estaban Barnave, Duport, los Lameth y algunos otros hombres de valor y de talento que tenian una fe ciega en los derechos ilimitados de la revolucion y en su virtud. Unos y otros estaban ya muy lejos de los límites que hubieran debido prescribirles la justicia y la prudencia, si su vanidad les hubiera permitido escucharlas. Ambos partidos buscaban apoyo en las

pasiones esteriores oponiendo afiliaciones á afiliaciones; pero mientras que el club á cuya cabeza estaba Lafayette en 1789 principiaba á despopularizarse como su gefe, el de los jacobinos, fundado por Barnave y sus amigos bajo el nombre de *los amigos de la constitucion*, se aumentaba cada dia para sobreponerse muy pronto á sus fundadores. Mirabeau que tanto en sus doctrinas como en sus alianzas conservó siempre una grandiosa independencia, pertenecia igualmente á los dos clubs; pero solo en el de los jacobinos es donde se vieron aquellas célebres luchas entre él y Barnave. Este último solia encontrar mas apoyo en los aplausos, que es lo que le daba fuerza para combatir con aquel gigante, y aun en la asamblea misma reinaba igual division, ocupándose en las mismas disputas casi todo el año de 1790. La que mas palmotéo mereció á Barnave fue la famosa cuanto estravagante discusion del derecho de paz y guerra, que él se empeñó en atribuir esclusivamente al pueblo soberano, mientras que Mirabeau intentaba repartir este *indivisible* derecho entre el rey y la asamblea. Entonces fué cuando este, viendo llevar á su adversario en triunfo, dijo aquellas memorables palabras de que « *ya sabia muy bien la corta distancia que hay entre el capitolio y la roca tarpeya.* » Pero Barnave no se hallaba en estado de apreciar la profundidad de esta espresion, ni mucho menos la exactitud de la profecía. Lejos de eso, continuó atropellando las decisiones sobre cuantas propuestas destructoras se acumularon aquellos dias, y abusando hasta de la autoridad de presidente para defender la sociedad de los jacobinos que tan justos recelos inspiraba ya á los constitucionales. Mas no se contentó con defenderlos, sino que anatematizó al club monárquico tratando de facciosos á sus individuos. Hasta la insignificante fuga de las princesas, tias del rey, le suministró ocasion para lanzar sus ataques contra la familia real. Por tales medios ascendió el segundo orador de la tribuna revolucionaria á ser el primero en el favor popular y en el ódio de la corte. No dejaba de adquirirle nuevo brillo otra señalada ventaja que tenia sobre

Mirabeau, cual era la de batirse con sus adversarios en vez de pleitear contra ellos. Su desafio á la espada con el vizconde de Noailles, y á la pistola con Cazalés le dieron la fama de valiente, que siempre cautiva el respeto de los hombres y la admiracion de las mugeres: siendo de notar que desde aquel dia inspiró á sus dos nobles enemigos una amistad sólida y honrosa para todos tres. En el campo del honor se ven los hombres de cerca, y Barnave era del número de aquellos pocos que ganan en ser bien observados y reconocidos.

Murió Mirabeau el dia 2 de abril 1791, y con su muerte quedó vacante la única plaza capaz de tentar la ambicion de su competidor. Pero fuese que con ella habia desaparecido el estímulo de la rivalidad, ó que reflexionase sobre la situacion de la patría y sobre la suya propia, ó que considerase en fin los estraordinarios progresos que habia hecho la hidra popular, lo cierto es que desde entonces se mostró mas accesible á las instancias de Lafayette y se unió al partido constitucional. Apenas se habia contraido esta alianza, cuando se estiende la voz de que atemorizados con el volcan que estaba abierto bajo sus pies, el rey, la reina y toda su familia se habian escapado de su augusta prision de Tullerías. Inmediatamente Barnave calcula los peligros que corria la revolucion, y hace decretar en el acto que todas las autoridades civiles y militares presten juramento de obediencia á la asamblea nacional. La ausencia del monarca no dejaba vacío alguno en aquella constitucion en que no era mas que un vano fantasma, como en la de Cádiz: antes bien desaparecia de la máquina política una rueda perfectamente inútil. Triunfó el partido republicano con aquella demostracion, y el arresto de Varennes no hizo mas que sustituir á una corona inútil los embarazos y peligros de una corona prisionera y enemiga. Fué elegido Barnave con Petion y Latour Maubourg para ir á encargarse de los ilustres cautivos, y ya tenemos al jóven abogado de Grenoble sentado en el mismo coche que el rey, en presencia de la reina, del Delfin, de su hermana y de la princesa

Isabel que todos eran prisioneros suyos. Vióse en presencia de la virtud, de la belleza, de la gracia, de la inocencia y de todo cuanto habla al corazon de los hombres sensibles. Cual fué la especie de revolucion que hizo en el alma de Barnave la vista de la reina y de Madama Isabel, no es facil que nadie sino él mismo pueda revelarlo y el no lo reveló ciertamente. Se ha dicho, se ha supuesto, se ha querido hacer una especie de drama de las impresiones que recibió aquella alma alucinada pero virtuosa: mas nadie tiene derecho para atribuirla á otro principio que al imperio de las grandes desgracias en los corazones generosos. Mientras que el grosero Petion hace alarde de humillar á los augustos prisioneros, usurpando las funciones del verdugo, Barnave se inclina en su presencia, los rodea de miramientos respetuosos, y los sorprende con las palabras y modales del mas fino cortesano. Su alma noble se revela contra los ultrages y se enfurece contra la violencia que quiso hacerse á un sacerdote que se acercaba á la ventanilla del coche del rey. « Tigres, « les dice, ¿ habeis dejado ya de ser franceses, y os ha- « beis convertido en una nacion de asesinos ? » El pueblo se contiene á su vista y el sacerdote escapa con la vida. Fué necesario para contenerle, que la misma princesa Isabel le cogiese de los faldones de la casaca. Ya en presencia de aquellas sagradas víctimas *toda sangre le parece demasiado pura para ser abandonada á la multitud*; y ya en adelante no se abrirá su boca mas que para pronunciar palabras de justicia y de lenidad. Ahora si que su elocuencia será bella, grande persuasiva y poderosa.

Cuando la real comitiva llegó á Paris, Barnave dió cuenta de su mision á la asamblea en términos que se enternecieron muchos corazones. Justificó completamente á Lafayette en quien sus enemigos principiaban á sospechar un nuevo Cromwell, y le justificó con conviccion y con conocimiento de causa, porque habiendo suplicado á la reina que le permitiese hacerla una pregunta sobre las sospechas que corrian de que Lafayette hubiese teni-

do parte en la fuga, S. M. le respondió. « Oh no, al con-
« trario, cuado yo salia de Tuillerias con madama de Tour-
« zel, viendo pasar su coche, escoltado de sus guardias,
« me eché de pronto á reir, y habiéndome ella preguntado
« que de qué me reía la dije: me rio de la cara que pon-
« drá mañana Lafayette cuando sepa que estamos tan le-
« jos de aquí. Ya Vm. ve que á pesar de ser reina es una
« siempre muger por algun lado. » Con el objeto de salvar á los augustos cautivos hizo Barnave que se nombrase una comision, donde debia sepultarse aquella fatal proclama que el rey habia dejado escrita antes de marchar, y cuando se echó la especie de la deposicion, atacó como un rayo á la faccion republicana, logrando en medio de tanto peligro no solo salvar la corona, sino tambien la inviolavilidad del rey. Orgulloso de sí mismo y de la causa que defendia, solo responde á los murmullos del pueblo echando una mirada de desprecio sobre las tribunas. Nada le detiene ya ni le intimida desde que ha principiado á marchar por la senda de la razon. El 25 de julio combate contra el espíritu de denuncia, que empezaba á desorganizar y deshonrar el ejército: se opone al partido demagógico exígiendo las condiciones mas elevadas para ser eligible: emprende contra la tirania revolucionaria, oponiéndose á los inhumanos decretos contra los sacerdotes refractarios: y por último señala un límite al torrente de la revolucion. Pero la fatalidad lo habia dispuesto de otro modo.

Cuando se proclamó el pacto constitucional aceptado por el rey el 14 de setiembre 1791, toda la Francia y mas que todos Barnave, concibió esperanzas de que en lo sucesivo la monarquia seguiria unida con la revolucion. Pero precisamente en aquel momento cometió la asamblea legislativa una de las mayores faltas que se han cometido jamas y que no tiene otra disculpa que la inesperiencia. Los constituyentes se habian declarado ineligibles, entregando los negocios á una nueva tanda de hombres de menos luces y de mayores exigencias. Dominaba en la asamblea el partido republicano bajo el nombre

de Girondinos, ilustrados posteriormente por el valor con que supieron morir y considerados hoy como moderados por que querian la república sin el terror. Barnave intentó reconciliar sinceramente á la corte con los fuldenses *(feuillants)*, auxiliado con el crédito de los hermanos Lameth: mas no habia estado jamas en ella y fue necesario el viage de Varennes para adquirirle la benevolencia del rey y de María Antoneta. Sin embargo les habia cautivado de tal modo su noble conducta, que no solo fue admitido en los consejos íntimos de Tuillerias, sino que dice madama Campan que cuando entró la primera vez en aquel palacio, donde su voz habia ocasionado tantos sustos, estuvieron el rey y la reina una hora entera esperándole junto á la puerta de la cámara, que querian abrirle ellos mismos, porque, decia el rey, si le vieran venir aquí seria perdido este pobre muchacho. Su plan y el de sus amigos consistia en salvar al rey, separándole del partido de la emigracion para rodearle del partido constitucional, combatiendo con el auxilio de este á los estrangeros, y con el de los hombres de bien á los desórdenes y á la anarquia, ¡ Ilusion bellísima, pero mera ilusion despues que la corona se habia quedado sin bases y sin apoyo! En estas negociaciones se pasó el invierno de 1791 y el verano de 1792, habiendo llegado á tanto el ascendiente de Barnave, que la reina no escribia una palabra sin someterla antes á su parecer. Cuando los realistas llegaron á enterarse de lo que pasaba pusieron el grito en el cielo, por queveian á la revolucion consagrada por la misma corona, y hubieran preferido que se uniese á los jacobinos para que á fuerza de desórdenes se desengañara el pueblo de la necesidad de volver al antiguo órden de cosas. Lógica pérfida y estúpida que ha hecho perder ella sola mas ventajas al principio monárquico, que todos los sofismas de los escritores del siglo XVIII.

Entretanto las cosas habian llegado á términos, que era indispensable principiar la guerra, sin que la corte hubiese tomado aun ninguna resolucion decisiva. Barna-

ve veia con el mayor pesar que no prevalecian sus consejos y resolvió ausentarse en abril de 1792, mas antes quiso despedirse y hablar por última vez á la reina. « Se-
« ñora, la dijo, las desgracias de V. M. y las que recelo
« para la Francia me habian decidido á sacrificarme en
« su servicio; pero veo que mis consejos no correspon-
« den á las ideas de VV. MM. Pronostico muy mal del
« plan que se las hace seguir, y temo que en caso de ve-
« nir los socorros, lleguen demasiado tarde. Ninguna du-
« da me queda de que voy á pagar con la vida el interes
« que me inspiraron las desgracias de VV. MM., y pido
« en recompensa el honor de besar vuestra mano. » En efecto S. M. se la alargó, y al estampar en ella sus labios, la bañó con sus lágrimas á que correspondieron tambien las de la reina. Esta lúgubre despedida estinguió en él toda esperanza de salvar á los reyes y se retiró á su ciudad natal. Se ha dicho y escrito en diferentes biografias que el pueblo de Grenoble le habia elegido por corregidor en recompensa de sus servicios y que se habia casado con la hija de un consejero muy rico. Una y otra especie son falsas, ni la situacion del alma de Barnave estaba para pensar en semejantes alegrias: al contrario, decia muy á menudo en aquella época que el matrimonio no se habia hecho para él, sino que conocia que estaba destinado al verdugo. Efectivamente apenas hubo llegado al seno de sus conciudadanos cuando supo que la asamblea habia espedido el 15 de agosto un decreto de acusacion contra él y contra Alejandro Lameth. Cinco dias antes habia recibido la monarquia el golpe mortal, pasando los reyes desde el trono á un calabozo. Lafayette habia terminado su carrera huyendo: los fuldenses estaban vencidos y mudos, y por último el armario de hierro habia patentizado á los girondinos todos los secretos de la correspondencia de algunos corifeos de partido con la corte.

Arrestado Barnave en su casa de campo cerca de Grenoble el dia 19 de agosto, estuvo quince meses encerrado en diferentes prisiones: primero en el fuerte Barreaux, luego en San Marcelino, á donde le trasladaron

cuando se acercaba el ejército sardo y últimamente en Paris. En todo aquel tiempo se dedicó al estudio de la revolucion francesa haciendo apuntes sobre los principales sucesos y sus causas. Indiferente á su propio destino, parece que deseaba morir por no ser testigo de los horrores y desgracias públicas. Durante su larga prision le hicieron mil instancias para que siguiese el ejemplo de Lafayette, pero él no quiso consentir en ello, diciendo que si no hubiese tomado parte en los acontecimientos lo haria, pero que en su situacion lo miraba como una bajeza. Esta resolucion que no fué ignorada de la convencion, inspiró en ella un profundo interes, y tanto que Danton y otros varios príncipes de la demagogia le enviaron á decir por Teodoro Lameth que escribiese una carta pidiendo su libertad y que inmediatamente quedaria libre por la casi unanimidad de votos; pero no solo no quiso hacerlo sino que le contestó: «amigo mio, prefiero sufrir y morir. Pedirles justicia sería reconocer «que la han hecho en otras cosas y ellos han matado al «rey.» En efecto el mismo le habia contemplado desde la carcel marchando hacia el suplicio, y despues de él á tantos de los gefes mas ilustres de la revolucion, tantos oradores, generales, sabios y por último á los mismos girondinos, sacrificados por la montaña, entretanto que á esta misma la llegaba su turno. Finalmente llegó el dia en que la carreta homicida condujo tambien al cadahalso desde la consergeria á la augusta Maria Antoneta, y entonces parece que se acordaron los monstruos de que todavia existia Barnave. Enviaron órden de conducirlo á Paris, y en la travesia pudo decir el último á Dios á su madre y hermanas que salieron á verle en el camino de Dijon. Llegó á la capital en medio de las fiestas que se hacian al culto de la razon, y en el momento en que se estraian del panteon las cenizas de Mirabeau para colocar en su sitio las de Marat. El único de sus amigos de la asamblea constituyente que le fué á ver, Mr. Baillot, le encontró pálido y abatido, y habiéndole manifestado su estrañeza, le contestó Barnave «no crea Vm, que mi

« abatimiento nace del temor de la muerte que voy á su-
« frir, sino de que intentan quitarme hasta la gloria de
« sufrirla con firmeza. Sabed que me tienen muerto de
« hambre para debilitarme. » Asi era la verdad; pero fue-
ron tantas las diligencias que hizo Baillot, que los tira-
nos populares tuvieron que abandonar aquel infame ar-
tificio, y mandaron darle alimentos. No sabemos si este
rasgo de crueldad tendrá muchos ejemplos en la historia
de las tiranias; pero sí que es en todo digno de los llama-
dos representantes del pueblo frances de aquella época.

Desde la Abadia donde le habian encerrado al princi-
pio, le trasladaron á la consergeria, cuya cárcel estaba
ya consagrada por los últimos recuerdos de Maria Anto-
neta, y llevado pocos dias despues ante el tribunal re-
volucionario supo admirar á todos los concurrentes con
su elocuencia, su virtud y su valor aun en un sitio tan
fecundo en rasgos de firmeza de ánimo. Todo el mundo
guardaba el mas profundo silencio, y se creyó general-
mente que seria declarado inocente. Pero no, no mere-
cia esta injuria un hombre tal como Barnave en presen-
cia de semejantes jueces. Fué condenado y no pronun-
ció una palabra sino mirando á los jueces y al público
con aire de desprecio y de superioridad. Conducido al
cadalso en compañia del ex-ministro de la justicia Duport-
Dutertre, el 18 de noviembre 1793, lograron el rarísi-
mo triunfo de no ser insultados por la multitud. Subió
las gradas con paso firme, y dando una patada sobre la
tabla del suplicio esclamó. « Este es el premio que se me
« dá por todo lo que he hecho en favor de la libertad, »
y entregó su cabeza al verdugo.

Se engañaba ciertamente Barnave en creer que habia
hecho mucho por la libertad, mientras que sus esfuer-
zos solo habian sido dirigidos al triunfo de la revolucion,
que debia ahogar aquella ¡ Qué de errores y qué de vir-
tudes en una edad de 32 años; pero sobre todo qué de
esperanzas, de servicios y de gloria cortados por el hacha
impia de unos malvados á quienes todavia tributan ad-
miracion algunos malvados de este siglo!!!

PAGINA 144.

17 A. E. L. Leclerc de Juigné, arzobispo de Paris, habia nacido en aquella capital el 2 de noviembre 1728, y fué consagrado obispo de Chalons sur Marne en 26 de abril 1764. Sola su caridad notoria influyó en el nombramiento que hizo en él Luis XVI para la primera silla del reino, y en efecto en solo el invierno de 1788 á 99 repartió en limosnas sobre 400,000 francos á los pobres. Acusado por los revolucionarios de que era el gefe de la oposicion en la cámara del clero, se vió asaltado por el populacho de Versalles el 25 de junio 1789, y obligado á refugiarse en la iglesia de San Luis, donde prometió la reunion de que habla el texto. Desde entonces se condujo con la mayor moderacion y asintió á que se sacase de las iglesias toda la plata que no fuera indispensable para el culto. Al fin de aquel año se retiró á Savoya, y alli publicó una pastoral contra el juramento civil del clero. En 1792 se retiró á Alemania y vivió largo tiempo en las inmediaciones de Ausburgo, donde continuó haciendo mucho bien á los eclesiásticos emigrados ó deportados. Despues de la reaccion del 18 brumario se hicieron varias tentativas para reconciliarle con el gobierno consular, y aun se asegura que firmó su adhesion al concordato de 1802, pero reusó volver al ejercicio de sus funciones.

PAGINA 160.

18 V. F. duque de Broglie, mariscal de Francia, caballero de las órdenes, príncipe del sacro imperio romano etc. etc. mandó con mucho brillo los ejércitos durante la guerra de siete años, y todas las historias que hablan de ella le elogian uniformemente. Estaba mandando en la Lorena en 1789 cuando se le mandó venir á ponerse al frente del ejército que el rey pensaba reunir en las inmediaciones de Paris, para asegurar la tranquilidad durante los estados generales. El 14 de julio,

Biblioteca Universitaria - Oviedo

que fué cuando estalló la insurreccion, le dijo á Luis XVI que no podia contarse con las tropas y se marchó diciendo que preferia que le matasen al frente de un ejército, á esperar que viniesen á asesinarle á su casa. Sin embargo en las turbulencias que hicieron necesaria la disolucion de aquel cuerpo, fué nombrado ministro de la guerra; pero no conservó este empleo sino poquísimos dias y se retiró á Luxemburgo despues de correr muchos riesgos en Metz y en Verdun. En 1790 fué acusado y perseguido en el tribunal de la audiencia, como agente de la conspiracion de la corte contra la asamblea nacional, pero salió absuelto. El 5 de marzo 1791 se presentó su hijo Victor Broglie á la asamblea á justificar la conducta de su padre el dia 14 de julio, é hizo valer su resistencia á servir con los emigrados, con lo que obtuvo la gracia de que se le continuase en su grado de mariscal de Francia. Enterado de los pasos que estaba dando su hijo, le escribió desde Tréveris que los desaprobaba todos, manifestando en su carta un gran desprecio de la asamblea. Mandó el ejército de los príncipes, hermanos de Luis XVI, en 1792, y despues de la muerte de aquel rey fué miembro del consejo de regencia que formó el conde de Provenza (despues Luis XVIII.) En 1797 pasó al servicio de Rusia con el mismo grado que tenia en Francia, pero sin actividad de servicio, y en 1804 el gobierno consular le instó para que volviese á Francia, pero murió en Suecia poco tiempo despues de haber recibido esta invitacion.

PAGINA 160.

19 El baron de Besenval, teniente general de los reales ejércitos, gran Cruz de San Luis, é inspector general de los suizos, grisones etc. habia hecho grandes servicios al pueblo de Paris, facilitando el arribo de los víveres en 1789, y fué empleado en el ejército, que el rey habia mandado reunir en las inmediaciones. Escribió en efecto á Mr. de Launay gobernador de la Bastilla, ins-

tándole á que se defendiese y prometiéndole socorros, por lo cual perseguido por el pueblo, salió de Paris con pasaporte, pero fué arrestado en Villenaux. Necker se empeñó con el ayuntamiento para que se le pusiese en libertad, y aunque al principio no pudo conseguirlo, al fin fué comprendido en la amnistía; pero los distritos no quisieron conformarse con ella y le hicieron juzgar por la audiencia territorial, que le declaró inocente. Permaneció en la capital y murió en ella el dia de la Ascension 17 de junio 1794. Fué uno de los hombres mas afortunados asi en la guerra como en la corte, porque ni fué herido jamas á pesar de haberse portado con valor, ni perdió nunca el favor que habia disfrutado con los reyes. Era amable y decidor hasta en sus últimos momentos; pues murió cantando, rodeado de sus amigos. Dejó escritas unas memorias que luego vendió su hijo á un librero que las dió á luz en 1804. Son una especie de repertorio, en que se encuentran toda clase de anecdotas escandalosas y la mayor parte falsas. Si él hubiera vivido, es probable que no las habria publicado jamas.

PAGINA 165.

20 El conde de Crillon, diputado por la nobleza á los estados generales, abrazó desde los principios el partido popular y fue uno de los primeros de su clase que se reunieron con el estado llano. Hizo imprimir una obra de Dumouriez en favor del voto por cabezas, y él fué quien le presentó al club de los jacobínos. Mas en medio de estos antecedentes, no queria que la asamblea usurpase los derechos de la corona, como lo indica el texto. Habló frecuentemente sobre la organizacion judicial y administrativa, y se opuso en 1791 á que se admitiesen en el ejército regimientos estrangeros. Solicitó los honores del Pantheon para el jóven Desilles que habia sido asesinado en Nancy, y tambien que se enviasen fuerzas y comisionados á Aviñon para sostener los derechos de la Santa Silla. En abril de 1792 le acusaron de que

mantenia correspondencia con los emigrados cuando estaba sirviendo en el ejército de Lukner, y asi tomó la determinacion de pasar á España, de donde no volvió á Paris hasta que cesaron los alborotos revolucionarios.

PAGINA 164.

21 Armando Marc, conde de Montmorin, ministro de estado, fué miembro de la asamblea de los notables en 1787, y tambien desempeñaba el mismo destino á la apertura de los estados generales dos años despues. Participó de la suerte de Necker, hasta en la circunstancia de que revolucionarios y realistas hayan todos hablado mal de él. En abril de 1790 presentó varias observaciones sobre el *libro encarnado* y sobre los cálculos que le acompañaban: mas esto no impidió que le acusasen repetidas veces, ni el que él respondiese con mas ó menos vigor segun el influjo de que gozaban sus acusadores en la opinion pública. En 1791 circuló á todos los ministros cerca de las potencias estrangeras una carta, en que aseguraba á todos los soberanos que el rey gozaba de su plena libertad y que adheria sinceramente á la constitucion. Con todo eso, á principios de junio fué borrado de la lista de los jacobinos y acusado y citado á la barra por haber firmado el pasaporte con que Luis XVI huyó á Varennes; pero él se disculpó con decir que el tal pasaporte habia sido sacado con nombre supuesto. Cuando llegaron las respuestas de las cortes estrangeras á la citada carta, dió cuenta de ellas á la asamblea, y en verdad que este es uno de los documentos mas curiosos para la historia, porque pinta el aspecto bajo el cual cada soberano miraba entonces la revolucion francesa. Habló entonces al cuerpo legislativo con mucha dignidad y en seguida hizo su dimision. Despues de su retiro continuó al lado del monarca, formando con Bertrard de Moleville, Malouet y algunos otros una especie de consejo privado, donde se discutian diferentes proyectos dirigidos á consolidar la monarquía. Esta conducta le atrajo el ódio de los jaco-

binos que no tardaron en acusarle como á sus compañeros de que eran miembros de la *camarilla austriaca*. Mostró mucha firmeza en esta ocasion y persiguió ante los tribunales al diarista Carra, que era quien habia estendido aquella voz; pero ¿qué podia él hacer contra tan poderosos enemigos? Inmediatamente despues de la jornada del 10 de agosto 1792, se escondió en casa de una lavandera del arrabal de San Antonio, donde fué descubierto, arrestado y conducido á la barra de la asamblea y sufrió un interrogatorio, á que contestó con mucha presencia de ánimo. Luego le condujeron á la prision de la Abadia donde pereció de los primeros entre las víctimas del 2 de setiembre. Sus asesinos no contentos con acribillarle á golpes, tuvieron la barbárie de empalarle vivo y le llevaron asi en triunfo á las puertas de la asamblea. Los emigrados han hablado mal de él porque no tuvo la bajeza de imitarlos, como si no se necesitara mas valor para *quedarse* á defender al rey, que para *irse* huyendo de los revolucionarios.

PAGINA 164.

22 El conde de la Lucerne era ministro de marina en los primeros alborotos de la revolucion, y aunque salió y volvió á ser llamado al mismo tiempo que Necker, no por eso dejó de ser perseguido por la asamblea nacional. Goui d'Arci, entre otros, le persiguió con el mayor encarnizamiento, hasta que al fin en 1790, habiendo declarado aquel cuerpo que el ministro habia perdido la confianza de la nacion, hizo su renuncia, por mas que Luis XVI le aseguraba de palabra y por escrito, que le tenia en la mayor estimacion.

PAGINA 164.

23 El conde de Puysegur era teniente general de los reales ejércitos, gran cruz de la órden de S. Luis y ministro de la guerra, cuando el rey disolvió este minis-

terio en 1789. Mas no se crea que por haber participado de la popularidad que su compañero Necker disfrutaba por entonces en la asamblea, fuesen unas mismas sus opiniones, sino que al contrario era uno de los hombres menos á propósito para tiempos de turbulencias. Amaba mucho á Luis XVI y aun se puso á la cabeza de una compañía de aquellos nobles que el dia 10 de agosto se reunieron en Tullerias para defender la persona del rey, y no abandonó la Francia hasta despues de la muerte de aquel príncipe.

PAGINA 164.

24 F. E. Guignard, conde de Saint Priest, era lo que nosotros llamamos mayordomo mayor, que en Francia tiene el rango de ministro, y antes habia sido embajador en Constantinopla. El partido revolucionario creyó en algun tiempo poder contar con él, participando de la popularidad de Necker. Pero esta muestra de estimacion no disminuyó en nada su amor á Luis XVI, ni le impidió ser denunciado por Mirabeau el dia 10 de octubre, por haber dicho el dia 5 á las mugeres sublevadas que pedian pan en Versalles « de sobra lo teniais cuando mandaba el rey solo, ídselo ahora á pedir á vuestros 1200 « soberanos. » Aquel mismo dia escribió á la asamblea disculpándose; pero Mirabeau dijo el dia 12 que insistiria en la acusacion, cosa que no cumplió.

Lo que verdaderamente le originó el odio de la asamblea fueron los avisos que dió al presidente de las maniobras de los parroquianos del palacio real; y así la comision de vigilancia quiso implicarle en la causa de Bonac-Lavandin y aun llegó á denunciarle como reo de alta traicion. Por lo que fastidiado con estos continuos enredos, ofreció su dimision el dia 25 de diciembre 1790: poco tiempo despues salió de Francia y fué uno de los cuatro ministros que el pretendiente (Luis XVIII) eligió en Verona en 1795, acompañándole despues á Blankemburgo y á Mittau donde hizo renuncia de su destino en agosto 1800.

Su pobre muger madama de Agier Desbrosses, natural de Limoges, vino á pagar todas sus culpas, pues fué condenada á muerte el 13 de julio 1794 por aquel mismo *tribunal de vigilancia, por haber tenido correspondencia* con su marido emigrado.

PAGINA 164.

25 Luis Antonio Letonnelier, baron de Breteuil, caballero de Malta y del Espíritu Santo, mariscal de campo de los reales ejércitos, fué empleado durante mas de 30 años en la carrera diplomática, ya como ministro plenipotenciario cerca del Elector de Colonia, ya con el mismo carácter en la corte de Rusia. Despues fue succesivamente nombrado embajador en Suecia, en Holanda, en Nápoles, en Viena y últimamente en el congreso de Teschon. Ya desde su embajada de Viena mostró su celo en favor de la reina María Antoneta, y luego cuando fué ministro secretario de estado, dió pruebas de la mayor adhesion á la monarquía. Asi es que desde 1789 ya fué mirado como uno de los mayores enemigos de la revolucion, cosa que no dejó de admirar á los que sabian que él habia hecho soltar de la Bastilla á muchísimos que habian encerrado en ella sus predecesores. Sin embargo despues de la toma de aquel castillo por el pueblo, hubiera tenido la misma suerte que Foulon y Berthier, si no hubiese escapado á uña de caballo. Los agentes de la revolucion le seguian tan de cerca, que en Beauvais estuvo en pocos minutos el que no le agarrasen. En 1790 le encargó Luis XVI varias negociaciones secretas cerca de las principales potencias del norte, y habiéndosele retirado luego sus poderes, se le acusó de haber continuado obrando en nombre del príncipe, cuyas intenciones habian variado por la constitucion. La convencion nacional lanzó contra él un decreto de acusacion; pero él se guardó bien de volver á Francia hasta 1802 en que lo hizo con consentimiento del gobierno.

PAGINA 164.

26 El duque de la Vauguyon era embajador de Francia en Madrid cuando principió la revolucion, y aunque desde el mes de julio 1789 quiso retirarse á Inglaterra con su hijo el príncipe de Carencey, le arrestaron en el Havre y entregada su causa al poder ejecutivo, este le mandó volver á Madrid en calidad de ministro plenipotenciario. Mas como no era de los aficionados al partido popular, se le remplazó en abril de 1790 por Mr. Bourgoing, y fijó su residencia en Madrid, desde donde publicó su justificacion. Acusábanle principalmente de haber procurado persuadir á la España la guerra contra la Francia. Mas adelante fué uno de los cuatro ministros de Luis XVIII en Verona y exonerado poco despues. Pasa por ser autor de un plan de contrarevolucion por medios lentos y suaves que luego se hubo de adoptar en 1797, porque decia él y decia muy bien que los medios militares y sobre todo los de guerra civil hacian odiosa la soberania. En consecuencia de este sistema, se autorizó á los realistas para que solicitasen empleos públicos que no habian querido admitir hasta entonces.

PAGINA 164.

27 El septuagenario Foulon fue una de las primeras víctimas de la revolucion. Habia sido intendente del ejército frances durante la guerra de 1756, donde adquirió la reputacion de ser hombre muy duro en las requisiciones; pero gozaba del concepto de inteligente en el ramo de hacienda y se trató muchas veces de darle este ministerio. Pero habiendo respondido siempre que no lo aceptaria sino con condicion de hacer bancarrota al dia siguiente, no se atrevieron á nombrarle. Los capitalistas que le temian por causa de estos mismos principios, decian mil pestes de él y le pintaban como un hombre feroz é intratable, atribuyéndole los dichos mas

odiosos contra la revolucíon. Cuando el rey pensó en hacer venir tropas al rededor de Paris, fué unos cuantos dias ministro de hacienda, pero habiéndose vuelto á llamar á Necker y dispersadas las tropas, trató de hacerse el muerto para substraerse á la rabia de sus enemigos. Mas estos no tardaron en descubrirle en Viry, que era una casa de campo de M. de Sartines, donde se habia refugiado. Unos cuantos miserables sedientos de sangre y pagados por los capitalistas que no obtuvieron por premio de sus crímenes y de las sumas que habian prodigado á la revolucion, sino la miseria, amotinaron el pueblo contra él. Entregado al populacho de Paris, que acababa de asesinar á su yerno M. Berthier, resolvió su suplicio, á pesar de las persuasiones de M. de Bailly y de las súplicas de Lafayette. En él apuraron los tormentos mas refinados: le colgaron tres veces y dos de ellas se rompió la cuerda, concluyendo por fin con cortarle la cabeza que ensartaron en una pica, metiéndole un puñado de heno en la boca. El infeliz mostró la mayor calma hasta sus últimos momentos.

PAGINA 164.

28 L. J. Damecourt nació en Paris y fué primer oficial de la secretaria de ayuntamiento y despues cuartel maestre del ejército de Condé. Volvió á Francia en tiempo del directorio; pero habiéndole arrestado y puesto en la prision de la Force, iba á ser entregado á una comision militar cuando pudo escaparse en trage de muger, y pasó á pais estrangero.

PAGINA 164.

29 B. Camilo Desmoulins nació en Guise, villa de la Picardia, el año 1762, siendo su padre teniente geneaal del bailiage de aquel pueblo. El cabildo de Leon le concediö una beca en el colegio de Luis el Grande de Paris, donde se crió con Robespierre y otros muchos

jóvenes que figuraron despues en la revolucion, tenia una presencia poco aventajada, el color negruzco y un modo de mirar muy torvo. La primera vez que se presentó en la curia fué para defender un pleito contra su padre, á quien queria hacer que le pagase una pension mayor de la que podia, y nunca le perdonó haberle dicho un dia que pararia en un cadalso. A los principios de la revolucion se estrechó mucho con su antiguo amigo Robespierre y ambos iban á visitar de noche al duque de Orleans, por lo que se creyó generalmente que era un agente suyo. Lo cierto es que eligió de preferencia el palacio real para teatro de su apostolado civico, donde se le veia continuamente rodeado de una multitud de oradores que prepararon con él la toma de la Bastilla. El testo de esta historia refiere las escenas que precedieron á este gran suceso; pero despues de él adoptó Camilo el título de *procurador general de la lanterne*, cuya denominacion recordaba las atroces ejecuciones populares que se siguieron á aquella jornada. Tambien publicó por aquel mismo tiempo *las revoluciones de Francia y del Bravante* en forma de diario, donde se propagaban los mas crudos principios del jacobinismo. Por eso le defendieron estos con tanto calor cuando en 1799 fué denunciado por la asamblea constituyente. Fué uno de los fundadores del club de los franciscanos (cordeliers) donde hizo conocimiento y trabó amistad estrecha con Danton. Es inútil decir que no hubo escena turbulenta ó atroz en que no se viese á Camilo figurar entre los principales instigadores; pero sus funciones, digámoslo así legales, no principiaron hasta inmediatamente despues del motin del 10 de agosto 1792 en que fué nombrado secretario del ministro de la justicia Danton. Juntos concertaron y organizaron el degüello de los presos de Paris en los primeros dias del mes inmediato de setiembre, sobre lo cual refiere Prudhome en su historia de los crímenes una conversacion que tuvo el 2 de aquel mes con Danton y Desmoulins, diciendo este último: «supongo que no se confundirá á los inocentes con los

« culpados y que se entregará á las secciones todos los « que fueren reclamados por ellas. » El dia 4 de setiembre le oyó tambien decir al mismo : « todo ha pasado con « el mayor órden , y aun el pueblo ha puesto en libertad « un gran número de aristocratas. » Estas frases y la frialdad con que fueron pronunciadas no dejan duda de la parte que tuvo en aquellas crueles matanzas.

En el mismo mes fué nombrado diputado de Paris á la convencion nacional, donde principió por denigrar la memoria de Mirabeau , á quien pintaba como vendido á la corte. Pero en cambio defendió al duque de Orleans , á quien una parte de los diputados queria condenar á destierro. Por supuesto que votó la muerte de Luis XVI , y como de resultas de ella creciese la guerra civil en el Vendée , dijo en la sesion del 8 de mayo : « no nos canse- « mos, hay dos especies de hombres en la sociedad , los « que tienen casaca y los *sansculotes* : lo que conviene es « apoderarse de los bolsillos de los unos y dar armas á los « otros : este es el único medio de salvar la república. » Aunque estaba muy unido con los de la montaña , habia sabido reservarse una especie de independencia , de que dió una prueba notoria publicando la defensa del general Dillon. Sin embargo fué lo suficiente para que perdiera una parte de su popularidad , aunque lo que realmente causó su pérdida fué su amistad con Danton. Robespierre caminaba á pasos largos hacia la tirania por medio de las comisiones de gobierno, á las cuales hacia oposicion Danton con el auxilio de los gefes de los franciscanos. Para mas desacreditarlos hizo que Camilo los atacase en su diario del *viejo franciscano* , en que se declaró contra el *terror* y hasta se le escapó la palabra *clemencia*, que fué lo mismo que pronunciar la sentencia de su muerte. Mas antes de llegar á este estremo empezó Robespierre y la faccion de Hebert por denunciar sus artículos á la sociedad de los jacobinos y aun á la de los mismos franciscanos para quitarle todo influjo patriótico. En vano alegaba él que antes de publicarlos se los habia sometido á Robespierre , pues este , con su acostumbrada hipocresía

dijo que el medio de cortar la disputa era conservar al autor como socio y quemar sus escritos. *Quemar no es responder*, replicó Camilo, con lo cual se rompió toda esperanza de reconciliacion entre Danton y Robespierre. Contribuyó tambien mucho Saint Just, de quien se habia burlado Camilo, diciendo en su diario que llevaba la cabeza *tiesa como un biril*, y Saint Just le respondió que ó habia de poder poco ó él le haria *llevar la suya de otra manera*. ¡Asi jugaban estos bárbaros con la sangre de los hombres y con la de sus propios amigos!

En la noche del 31 de mayo 1794 fué arrestado Camilo con los que se llamaban sus cómplices, y luego que se vió encerrado, se entregaba unas veces á la rabia de la desesperacion y otras al mas triste y sombrio silencio, siendo sus lecturas favoritas *las noches de Young*, las obras de Hervey etc. Al dia siguiente, habiéndole preguntado el tribunal qué edad tenia, respondió: *la misma que el sansculotte Jesucristo. El 4 le llamaron otra vez para juzgarle* y aunque se defendió con bastante calma, perdió enteramente la paciencia cuando le mandaron retirarse para que deliberaran los jueces, y prorrumpió en vituperios y maldiciones contra ellos. Fué necesario emplear la fuerza para volverle á la prision, donde estuvo esperando con la mayor agitacion el resultado de su juicio, que fué la condenacion á muerte, *por haber injuriado al sistema revolucionario y querido restablecer la monarquia.* El dia 5 le condujeron no sin trabajo al suplicio, porque hizo los mayores esfuerzos para no subir á la carreta, de suerte que llevaba la camisa hecha girones y los hombros desnudos. « Eh aqui, esclamó entonces al ver el « cadalso, la recompensa que estaba reservada al apóstol « de la libertad: los monstruos que me asesinan no me « sobrevivirán por largo tiempo. »

Su esposa á quien adoraba solicitó morir con él, pero Robespierre no quiso concedérselo hasta diez dias despues en que la envió al suplicio. Mostró durante el proceso una calma admirable y murió con mucha mas serenidad que su marido, haciendo á sus jueces la misma

prediccion que él. « Vosotros esperimentareis, les dijo, «todos los tormentos del remordimiento que produce el « crimen, hasta que una muerte infame os arranque la « existencia. » Era hija natural del abate Terray y su matrimonio le valió á Camilo seis mil francos de renta, habiendo sido sus testigos Robespierre y Saint Just.

PAGINA 164.

30 Carlos de Lorena, príncipe de Lambesc, caballerizo mayor de Francia y coronel propietario del regimiento Real Aleman, fué empleado en julio de 1789 en la reunion de tropas que la corte mandaba venir á las inmediaciones de Paris. Se dirigió á los campos eliseos y luego al jardin de Tuillerías con su regimiento y disipó á la multitud que se habia reunido alli; pero no habiendo sido apoyado por otras tropas, tuvo que retirarse cuando se acercaron las guardias francesas que se habian unido á los sublevados. Al instante la comision de vigilancia le denunció como á uno de los agentes de la conspiracion real, y le acusó de que habia matado á un viejo y herido á un jóven: todo lo cual se demostró luego en el tribunal de la audiencia ser absolutamente falso. Retirose á Alemania donde le siguió su regimiento á principios de 1792 y sirvió en el ejército de los principes en Champagne: despues entró al servicio del emperador en 1793. En aquella misma época le nombraron general mayor, y en 1796 teniente Feld mariscal. Hizo constantemente la guerra en el ejército austriaco contra la república y todas las campañas del Rhim hasta principios de este siglo.

PAGINA 167.

31 Fleselles, consejero de estado y prevoste de Paris, pertenecia á una familia de togados, y cuando era relator del consejo de estado tuvo alguna parte en los alborotos de Bretaña, donde siguió el partido del duque de Aiguillon contra Chalotais. Enviado luego de Intendente á Lyon,

se hizo querer mucho por su dulzura, probidad y amenidad de trato. Mientras fué prevoste ya puede verse en el texto cual fué su conducta. Amenazado en la casa de la ciudad, quiso retirarse á la suya para justificarse; pero le tiraron un pistoletazo y habiendo caido en tierra le atravesaron á puñaladas, le cortaron la cabeza y la pasearon por las calles con la de Delauney.

PAGINA 169.

52 M. L. E. Moreau-St. Mery era abogado del parlamento de Paris cuando recibió los poderes de la Martinica para diputado á la asamblea nacional. Antes de entrar en ella habia desempeñado con mucha autoridad la plaza de presidente del ayuntamiento y de la comision permanente en la toma de la Bastilla. El fué quien viendo muy apurados á los electores sobre á quien nombrarian comandante general, les mostró el busto de Lafayette y decidió su nombramiento. El 14 de octubre presentó un informe contra el baron de Besenval, á quien habia mandado prender (Véase su artículo) en el mes de julio, y el fué tambien quien arengó al rey cuando le trageron de Versalles el dia 7 de octubre. Luego que fué miembro de la asamblea se mostró mas moderado que lo habia sido anteriormente, y hasta se opuso muchas veces á las medidas violentas que proponian los grandes regeneradores, como por egemplo la emancipacion de las Colonias. Estas opiniones le valieron, como era de esperar, el disfavor del lado izquierdo y los silvidos de las tribunas, al mismo tiempo que le estaban ahorcando en estatua en Sto. Domingo, por partidario de los negros. Durante la asamblea legislativa fué miembro del tribunal de justicia y destituido el 10 de agosto 1792. Despues del 18 brumario fué nombrado por los cónsules consejero de estado y encargado de la administracion de los estados de Parma, Plasencia, Guastala etc. que gobernó hasta 1806 en cuya época se le destituyó por motivos que se ignoran.

Moreau St. Mery ha traducido varios viages y publicado las leyes y constituciones de las colonias francesas de América y la descripcion topográfica de la parte española de Sto. Domingo que se imprimió en 1796.

PAGINA 170.

33 Francisco Enrique, conde de Virieu, coronel del regimiento del Limosino y diputado de la nobleza del Delfinado á los estados generales, permaneció fiel á su mandato que prescribia el voto por individuos á todos los diputados de aquella provincia, y se reunió al estado llano con la minoría de su clase. Unas veces se inclinaba al partido revolucionario y otras al realista, concluyendo por ser despreciado de ambos. Cuando en la noche del 4 de agosto se entabló la discusion sobre la renuncia de todo privilegio, llamó la atencion diciendo que él tambien *queria presentar un gorrioncito en el altar de la patria*, y asi propuso la destruccion de los palomares. El 7 de diciembre 1789 pronunció un discurso en favor de las dos cámaras y del *veto* absoluto en el rey. El 27 de abril del año siguiente fué nombrado presidente y prestó el juramento cívico, pero al otro dia hizo su dimision. Fué uno de los que firmaron las protestas del 12 y 15 de setiembre 1791, despues de lo cual, hallándose en Lyon cuando se sublevaron los habitantes contra la convencion, tomó las armas con ellos, pero fué arrestado despues del sitio y condenado á muerte.

PAGINA 172.

34 Y. R. Gui Lechapelier, no Chapelier como dice el texto, nació en Rennes en 1754, é hizo sus estudios en aquella ciudad con mucho aprovechamiento, hasta recibirse de abogado, con fama de buen orador. Desde que principiaron los primeros altercados en 1787 y 88, tomó parte en los que se verificaron en Rennes, y fué nombrado por sus compañeros para llevar la palabra en

el parlamento, cuando este se resistia á dar cumplimiento á los decretos é innovaciones de Mr. de Brienne. Pero en 1789 adoptó una conducta opuesta, declarándose contra el parlamento, en premio de lo cual fué nombrado por su clase miembro de la asamblea nacional, donde se distinguió entre los enemigos de la magistratura, de la nobleza y de la prerrogativa real. Fuera de sus muchas luces, tenia gracia en el decir, y pasó constantemente por uno de los mejores oradores de la asamblea constituyente. Al dia siguiente de la toma de la Bastilla fué nombrado miembro de la comision de constitucion, y él fué uno de los que mas influyeron en la creacion del tribunal de vigilancia. No falta quien le acuse de haber sido uno de los que sugirieron la atroz idea de incendíar las quintas de la Bretaña, tanto que Mirabeau le dijo un dia en plena asamblea « si mi casa se quema á « Vm. le haré responsable. » El hizo redactar el 28 de febrero 1791 el famoso decreto contra los emigrados, por el cual se declaraba que todos los que no hubiesen vuelto á Francia en el tiempo prefijado por la ley, fuesen privados de los derechos de ciudadanos, declarados rebeldes y traidores etc. Algun tiempo despues se pasó al partido moderado ó de los Fuldenses, con lo que los jacobinos le tomaron entre ojos y le señalaron como cómplice de los Lameth, Barnave etc. que pretendian volverle al rey una parte de su autoridad. Entonces, esto es en 1792, se retiró á Inglaterra; pero habiendo la asamblea legistativa amenazado con la confiscacion de sus bienes á los ausentes, se volvió á Paris, donde no tardó en ser arrestado. Conducido ante el tribunal revolucionario el 22 de abril 1794, fué condenado á muerte como antiguo conspirador en favor de la corona. La crónica de aquel tiempo le hizo pasar por pretendiente á la mano de la princesa Isabel, hermana de Luis XVI.

PAGINA 172.

35 Bergasse, abogado en Lyon, era ya bastante co-

nocido antes de la revolucion por un célebre pleito que sostuvo contra Beaumarchais y en favor de Kormann. En 1789 fue nombrado diputado del estado llano á los estados generales y en la sesion del 15 de julio habló en favor de la reunion de los tres órdenes, haciéndose notar en la asamblea por su talento y moderacion. Como no queria pertenecer á ningun partido se sentaba en el centro de la sala, evitando mezclarse ni con el lado derecho ni con el izquierdo, aunque parecía inclinarse mas al primero. Salió de la asamblea en el mes de octubre y para motivar su salida escribió en el mes de febrero siguiente que no queria someterse á una constitucion que todavía no estaba hecha. Tambien escribió despues contra los *asignados* y en agosto 1791 dió á luz sus *reflexiones sobre la constitucion presentada por la comision*: obra muy á propósito para hacer grande impresion entre los descontentos. Es admirable como habiendo venido Bergasse á la legislatura con una reputacion ya hecha, correspondiese tan poco á la alta idea que se tenia de él, é hiciese un papel tan poco importante. Verdad es que esto le sirvió de mucho cuando llegaron los furores revolucionarios, porque aunque fue denunciado en 1793 por su protesta contra los asignados y encarcelado en Tarbes y conducido á la consergeria de Paris, donde tenia preparada una magnífica defensa, se dió tiempo á que ocurriese la jornada del 9 termidor (27 de julio 1794) y pudo salvarse del cadalso de que no le hubiera libertado toda su elocuencia. Despues vivió retirado escribiendo una obra sobre la moral religiosa de que han hablado mucho los diarios.

PAGINA 172.

36 Gabriela Yolanda Martina de Polastron, duquesa de Polignac aya de los infantes de Francia, era una señora en quien se reunian la belleza, las gracias, la espresion en la fisonomia, el talento y la instruccion. Habiendo adquirido la amistad de la reina Maria Antoneta, supo aprovecharse de ella para colmar de mercedes la

familia de su marido, y por consecuencia no tardó en ser el blanco de los tiros de la envidia y de la calumnia. Hoy se sabe ya de un modo indudable que madama de Polignac tenia poquísima ambicion, y probablemente no hubiera hecho uso de su crédito, sín las importunaciones de su cuñada Diana de Polignac, que era una muger insaciable de intrigas y de grandezas. La otra por el contrario tenia un juicio muy sano y dió en muchas ocasiones escelentes consejos á la reina. Perseguida por el odio ciego del pueblo á principios de la revolucion, atravesó el reino rodeada de los mayores peligros y pasó á Viena con su marido, quien desde entonces fué el agente de los principes hermanos de Luis XVI cerca de aquella corte y luego de la de Rusia. Alli murió ella á fines de 1793, de edad de 44 años, llorada de todos cuantos la habian conocido. Cuando Maria Antoneta estaba con ella solia decir « ahora no soy la reina sino que soy yo misma. » En efecto se cree que la noticia del desastrado fin de esta princesa aceleró el término de los dias de su vida. Su marido pasó luego á Inglaterra y desde alli á Ukrania, donde habitaba una hacienda que le habia regalado Catalina II.

PAGINA 174.

37 Francisco Carlos de Virot de Sombreuil, mariscal de campo y gobernador de los inválidos, tenia 74 años cuando el pueblo de Paris asaltó su cuartel en busca de armas y de piezas de artillería para tomar la Bastilla. Hizo todo lo que pudo en su edad y situacion por imponer respeto al pueblo; pero todo fué inutil, y no solo se allanó el cuartel, sino que todavía sirvió este lance de pretesto para que al respetable anciano le encerrasen en la abadía despues del 10 de agosto 1792, donde hubiera sido infaliblemente asesinado en las matanzas de setiembre sin el tierno arrojo de su hija, la cual se precipitó en medio de los asesinos, cogió á su padre en brazos, con las lágrimas en los ojos y los cabellos sueltos, pidió al pueblo

el perdon de su padre y le obtuvo. Pero lo que pudo enternecer á un pueblo enfurecido, no bastó para ablandar á sus tiranos, sino que Mr. de Sombreuil fué llevado al tribunal revolucionario y condenado á muerte el 17 de junio 1794, como conspirador y cómplice en el asesinato de Collot d' Herbois. Fué conducido al cadahalso con una camisa encarnada. Habia nacido en Insisheim en la Alsacia.

PAGINA 176.

38 B. R. Delauney, *no Delaunay, como dice el texto; su verdadero apellido era Jourdan*, y *luego tomó el* título de marques, aunque era hijo de un alguacil de Saint Sauveurle-Vicomte. La viuda é hijos de este desgraciado fueron puestos en libertad pocos dias antes de las matanzas que se hicieron en las cárceles de Paris los primeros dias de setiembre 1792 por intercesion del duque de Orleans, que es quien les salvó la vida.

PAGINA 177.

39 Elie no era un simple guardia, sino porta-estandarte del regimiento infanteria de la reina. Los realistas han dicho de él que no era muy dificil que entrase en una plaza sin defensa; pero á lo menos no podrán negarle que se condujo con heróica humanidad. Luego con el tiempo llegó á ser general de division y estuvo empleado en la frontera de las Ardenas, donde sufrió un fuerte reves delante de la plaza de Filipe-ville. En 1797 fue algun tiempo comandante de Lyon y poco despues se retiró.

PAGINA 177.

40 El guardia Hullin de quien habla el texto, es el general de brigada de este nombre que de resultas de su valor y humanidad en este dia fué nombrado el 4 de octubre siguiente comandante en gefe de la guardia nacional que fué á Versalles á traer al rey á Paris. Tambien

se distinguió mucho el célebre dia 10 de agosto 1792. Luego le prendieron en tiempo del terror y no salió de la cárcel hasta la reaccion del 9 termidor. Despues tomó servicio é hizo las campañas de Italia con Bonaparte en calidad de ayudante general. El año 1800 estuvo empleado en el ejército de reserva que pasó á Italia atravesando el monte de San Bernardo, y tuvo algun tiempo el mando de Milan. Poco despues fué elevado al grado de general de division y nombrado comandante de la guardia consular. El 22 floreal 1804 presidió la comision militar que condenó á muerte en Vincennes al Duque de Enghien. Posteriormente mandó en Viena y fué gobernador de Paris.

PAGINA 182.

41 Jacobo, duque de Aumont, reusó en efecto el mando en gefe de la guardia nacional, y en consecuencia se eligió al marques de la Selle y despues á Lafayette. Pero no por eso dejó de mandar la vanguardia del ejército parisiense que, bajo la direccion de este último, fué á buscar al rey á Versalles. En 1791 fué á servir en calidad de mariscal de campo en la 11.ª division que se formó de los departamentos de la Gironda, las Landas y los bajos pirineos. Tambien mandó el batallon nacional de la guardia del rey en la época del 20 de junio 1791, y queriendo el pueblo hacerle responsable de la fuga del monarca, le condujo arrestado á la casa de la ciudad, despues de haberle maltratado mucho; pero por medio de su amigo d'Aiguillon pudo hacer pasar una carta á la asamblea, que contenia su juramento á la constitucion y su pleito homenage á la asamblea, con lo que le pusieron en libertad. En el mes de julio siguiente pasó á Lille con el título de teniente general. Despues volvió á Paris donde murió en 1799.

CAPITULO III.

Ocupaciones de la municipalidad de Paris.— Nombramiento de Lafayette para comandante de la guardia nacional.— Su carácter.— Papel que desempeñó en la revolucion.— Asesinato de Foulon y de Berthier.— Vuelve Necker.— Situacion y division de los partidos y de sus gefes.— Mirabeau, su carácter, sus proyectos y su genio.— Bandidos.— Alborotos en las provincias.— Noche del 4 de agosto.— Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilegios. — Declaracion de los derechos del hombre.— Discusion sobre la constitucion y sobre el *veto*.— Agitaciones en Paris.— Reuniones tumultuosas en el palacio real.

Mientras tanto, todo era agitacion en el seno de la capital, donde acababa de establecerse una nueva autoridad, y el mismo movimiento que habia puesto en accion á los electores animaba á todas las clases para hacer otro tanto. El ayuntamiento no habia hecho mas que imitar á la asamblea, los distritos al ayuntamiento y todas las corporaciones á los distritos. A pesar de las órde-

nes repetidas de la municipalidad se reunian los sastres, los zapateros, los panaderos, los sirvientes etc. en el Louvre, en la plaza de Luis XV, en los campos Eliseos, y deliberaban en forma. En medio de estos movimientos contrarios la municipalidad rezelosa de los distritos é inquieta por lo que pasaba en el palacio real, se hallaba rodeada de obstáculos y apenas podia dar abasto á las atenciones de su inmensa administracion. En ella sola residia la autoridad civil, judicial y militar. Allí se habia establecido tambien el cuartel general de la milicia urbana, y en los primeros momentos los tribunales ordinarios, dudando de cuales eran sus atribuciones,la remitian los acusados. Tambien reunia el poder legislativo, pues que tenia el encargo de dictar su propia constitucion. Para este efecto, habia pedido Bailly á cada distrito dos comisarios, á quienes bajo el nombre de representantes de la municipalidad, se encargó el reglamento de la tal constitucion. Para atender á tantos negocios, los electores se habian dividido en comisiones; la primera se intitulaba comision de indagaciones y era la que cuidaba de la policía; la segunda, llamada de subsistencias, se ocupaba en las provisiones que era la tarea mas difícil y peligrosa de todas, en términos que tuvo Bailly que ocuparse dia y noche de este asunto. Era necesario hacer continuamente compras de

trigo y mandarlo moler y llevarlo á Paris, atravesando un pais hambriento. Se necesitaban numerosas partidas de tropa para escoltar la marcha de los convois é impedir que el pueblo los saquease en el camino y hasta en los mercados.

A pesar de las pérdidas que hacia el estado en la venta del trigo para que los panaderos pudiesen bajar el precio del pan, la multitud no quedaba satisfecha; siempre pedia mayor rebaja y esto mismo contribuia á aumentar la escasez de Paris, por el aliciente que ofrecia á los aldeanos de comprarlo allí mas barato. En la ciudad todos procuraban surtirse abundantemente, temiendo no poderlo hacer el dia siguiente, y lo que iba acumulándose en manos de los unos, faltaba para los otros.

Lo único que facilita las operaciones del comercio y la justa distribucion de los géneros es la confianza; asi como cuando esta falta cesa la actividad comercial, y nunca llegan los objetos á tiempo para cubrir las necesidades, estas se irritan á su vez, aumentan la confusion en proporcion de la escasez é impiden la buena distribucion de lo poco que queda. Era pues la mas penosa de todas las tareas suministrar subsistencias á Paris. Tanto Bailly como los miembros de la comision vivian en una continua inquietud, pues apenas bastaba el trabajo de veinte y cuatro horas para

las necesidades diarias, y era forzoso volver á empezar el dia siguiente en medio de las mismas zozobras.

No eran menores los apuros de Lafayette como comandante de la milicia urbana *, á la cual incorporó las guardias francesas y un cierto número de suizos y de soldados que desertaban de sus regimientos, con la esperanza de mayor paga, y esto lo hacian con autorizacion del mismo rey. Formaron estas tropas reunidas las compañias llamadas del centro, adoptando la milicia el nombre de guardia nacional, uniformándose y añadiendo á los dos colores encarnado y azul de la escarapela parisiense el color blanco, que era el color del rey. Esta fué la famosa *cucarda* tricolor, cuyo destino predijo Lafayette cuando anunció que *daria la vuelta al mundo.*

Durante dos años consecutivos se esforzó aquel general, al frente de aquellas tropas, por mantener la tranquilidad pública y hacer ejecutar las leyes decretadas diariamente por la asamblea. Habiendo nacido Lafayette de una antigua familia y conservádose puro en medio de la corrupcion de los grandes, dotado de un ánimo recto y amante de la verdadera gloria, habia mirado con des-

* Habia sido nombrado para este destino el 15 de julio en la casa de la ciudad.

den las frivolidades de la corte y de la disciplina pedantesca de nuestros ejércitos. No hallando en su propio pais ninguna ocasion de ejercitar sus nobles sentimientos, intentó la empresa mas generosa del siglo, y partió para la América, á pesar de las noticias que acababan de llegar de su sumision. Combatió al lado de Washington y aseguró la libertad del nuevo mundo con la alianza de la Francia. Volvió con una reputacion europea y la corte le recibió con estraordinario aprecio, al paso que él afectaba presentarse entre los cortesanos tan sencillo y tan libre como si fuese un americano. Cuando la filosofía, que solo habia sido para los nobles ociosos un mero pasatiempo, exigió verdaderos sacrificios, Lafayette fué casi el único que persistió en sus opiniones. El solicitó la reunion de los estados generales, contribuyó poderosamente á la de los estamentos y fué nombrado en recompensa comandante general de la guardia nacional. No tenia Lafayette ni las pasiones ni el vigor que tan frecuentemente hacen que se abuse del poder, sino que era mucho mas propio por la igualdad de su carácter, por su despejo natural y *sobre todo por el mas puro desinteres para desempeñar* el cargo que le asignaban las circunscias, y era el de hacer ejecutar las leyes.

Adorado de sus tropas sin haberlas conducido jamas á la victoria, y siempre tan moderado como

fértil en recursos en medio de los furores de la multitud, mantenia el órden con incansable vigilancia. Los partidos que siempre le habian hallado incorruptible, murmuraban de su poco talento ya que no podian calumniar su carácter. Sin embargo, no se equivocaban sus juicios acerca de los sucesos ni de los hombres, ni daba tampoco mas valor que el que se merecian á la corte y á los gefes de partido, sino que se contentaba con protegerlos aun á costa de esponer su propia vida, pero sin concederles por eso su estimacion. En una palabra, luchaba muchas veces sin esperanza contra las facciones; pero con la constancia de un hombre que jamas debe abandonar la causa pública por mas que pierda toda esperanza de salvarla.

A pesar de toda su vigilancia no siempre logró Lafayette contener el furor popular. Por activa que sea la fuerza pública, no es posible que acuda á todas partes contra un pueblo enteramente sublevado y que en cada hombre cree ver un enemigo. Corrian á cada instante y se acreditaban las voces mas ridículas. Decian algunos que habian sido envenenados los soldados de las guardias francesas, otros que se habian averiado á propósito las harinas ó que se impedia su llegada, y los que con mas empeño estaban trabajando para traerlas á la capital, tenian precision de comparecer ante un pueblo ciego que los llenaba de improperios, ó les

aplaudia segun las inspiraciones del momento. Sin embargo es positivo que el furor del pueblo, que generalmente ni sabe elegir ni buscar con mucha constancia sus víctimas, parecia muchas veces dirigido, ya por malvados que segun se ha dicho estaban pagados para agravar los desórdenes ensangrentándolos, ó ya solamente por hombres dominados por un ódio irreconciliable. Es evidente que Foulon y Berthier [1] fueron perseguidos y arrestados lejos de Paris con muy segunda intencion. Nada hubo casual ni espontáneo con respecto á estos dos infelices, sino el furor de la multitud que los degolló. Era Foulon un antiguo intendente, hombre duro y codicioso que habia cometido exacciones horribles y habia sido uno de los ministros designados para suceder á Necker y á sus cólegas. Fué arrestado en Viry no obstante el cuidado que habia tenido de hacerse pasar por muerto. Se le condujo á Paris precedido de la fama de haber dicho que se debia mantener al pueblo con paja y le pusieron un collar de hortigas, un manojo de cardos en la mano y un costal de paja por detras. En este estado llegó á la casa de la ciudad. En el mismo instante estaban arrestando en Compiegne á Berthier de Sauvigny, su yerno, en virtud de órdenes supuestas de la municipalidad de Paris, quien luego que lo supo, escribió para que le pusiesen en libertad; pero no tuvo

efecto. Fué conducido á Paris en el momento mismo en que estaba Foulon en la casa de la ciudad, espuesto al furor del populacho que queria despedazarlo; pero habiendo logrado Lafayette calmarle algun tanto, consintió en que Foulon fuese juzgado, con tal que se espidiese inmediatamente la sentencia para disfrutar sin demora el placer de la ejecucion. Habian sido elegidos como jueces algunos electores, pero bajo varios pretestos se habian escusado á tan terrible oficio. En su lugar se designó por fin á Bailly y á Lafayette, que se veian reducidos al duro extremo de contemporizar con el furor popular ó de sacrificar una victima. Sin embargo, no desesperaba todavia Lafayette de sacar algun partido á fuerza de firmeza y de astucia, dirigiendo la palabra al pueblo y calmando la irritacion de la multitud; pero el desdichado Foulon que estada sentado en una silla á su lado tuvo la imprudencia de aplaudir á sus últimas palabras, y esto bastó para que uno de los testigos digese, ¿veis como están de acuerdo? Al oir esta voz se conmueve la turba y se precipita sobre Foulon. Hizo Lafayette esfuerzos increibles para salvarle de manos de los asesinos, pero le volvieron á arrancar de las suyas y colgaron al infeliz anciano de un farol. Le cortaron la cabeza y la pasearon por las calles de Paris clavada en una lanza. En aquel momento llegaba Berthier en un cabriolé,

custodiado por guardias y perseguido por un gentio inmenso. Pusiéronle ante sus ojos una cabeza ensangrentada sin que pudiese sospechar que era la de su suegro, y le llevaron á la casa de la ciudad, donde pronunció algunas palabras que no desmentian su valor ni disimulaban su indignacion; pero cogido de nuevo por la multitud, de quien habia logrado desprenderse por un momento, se apoderó de una arma, con la que se defendió con furor, mas pronto sucumbió como habia sucumbido el desgraciado Foulon, ambos el 22 de julio. Estos asesinatos fueron dirigidos por los enemigos particulares de Foulon, ó por los enemigos públicos y tal vez por unos y por otros, porque no se puede negar que aunque hubiese estallado espontáneamente el furor del pueblo á su aspecto, lo que es la accion de prenderles habia sido combinada. Horrorizado Lafayette de tal espectáculo, quiso hacer renuncia de su destino; pero Bailly y los miembros del ayuntamiento asustados de semejante proyecto, se opusieron con el mayor empeño, y quedó convenido en que la haria, para dar una muestra de su descontento, pero que se dejaria vencer por las instancias que infaliblemente se le harian. En efecto, le rodearon el pueblo y la milicia, ofreciéndole obedecer estrictamente sus órdenes, y con esta condicion volvió á tomar el mando y tuvo desde entonces la sa-

tisfaccion de apaciguar muchas conmociones, gracias á su energia y á la confianza de su tropa.

Entre tanto habia recibido Necker en Basilea las órdenes del rey y las instancias de la asamblea para que volviese, y es lo particular que hallándose fugitiva en aquellas inmediaciones la familia Polignac á quien habia dejado triunfante en Versalles, esta fué quien le enteró de las desgracias del trono y del nuevo favor que le aguardaba. Se puso en camino inmediatamente y atravesó la Francia, conducido en triunfo por el pueblo, á quien segun su costumbre recomendó la paz y el buen órden. El rey le recibió un poco cortado; pero la asamblea por el contrario le hizo una acogida muy lisonjera, y resolvió irse á Paris, donde se le preparaba un dia de triunfo. Tenia Necker el proyecto de solicitar de los electores el indulto y libertad para el baron de Besenval, aunque era enemigo suyo. En vano Bailly, no menos opuesto que él á las medidas de rigor, pero mas justo apreciador de las circunstancias, le hizo presente el peligro de semejante proyecto, observando que por mas que se lograse aquella gracia en un momento de entusiasmo, seria revocada el dia siguiente como ilegal, porque no está en las facultades de un cuerpo administrativo sentenciar ni indultar. No obstante eso se obstinó Necker en querer hacer prueba de su influjo en la capital, y se

presentó en el ayuntamiento el dia 30 de julio. Logró mucho mas de lo que esperaba, y al oir los aplausos de la multitud pudo considerarse en situacion de aspirar á todo. Conmovido y con los ojos bañados de lágrimas, pidió una amnistia general que le fué otorgada por aclamacion, mostrándose igualmente celosas las dos juntas de electores y de representantes de la municipalidad, decretando la primera la amnistia general, al paso que la segunda mandaba poner en libertad á Besenval. Retiróse Necker enagenado de gozo, tomando por suyos los aplausos que solo se daban á su desgracia. Pero no estaba léjos el dia en que se disipasen las ilusiones, y ya le preparaba Mirabeau un desengaño cruel. Tanto en la asamblea como en los distritos se levantó un grito general contra la sensibilidad del ministro, que aunque podia disimularse, no por eso, decian, dejaba de ser inoportuna. Pasa por averiguado que el distrito del oratorio, que fué el primero que reclamó, estaba escitado por Mirabeau; pero todos estuvieron unánimes en que no tenia un cuerpo administrativo facultades para condenar ó absolver, y asi fué revocada la providencia ilegal del ayuntamiento y continuó Besenval arrestado; que es precisamente lo que habia previsto el prudente Bailly, á quien no habia querido escuchar Necker.

En aquella época principiaban á designarse los

partidos con mayor exactitud, y conocieron aunque tarde los parlamentos, la nobleza, el clero y la corte que necesitaban obrar de acuerdo y reunir sus intereses, pues que se veian igualmente amenazados. Ya no estaban en esta última el conde de Artois ni la familia Polignac, echándose de ver en la aristocrácia consternada un abatimiento que se acercaba á la desesperacion. No habiendo logrado impedir lo que ella llamaba una calamidad, deseaba ahora que el pueblo se escediese lo mas posible para volver al bien por el esceso mismo del mal. Suelen adoptar los partidos este sistema iracundo y pérfido, cuando sus pérdidas son tales que prefieren renunciar á lo poco que les queda, movidos de la esperanza de recobrarlo todo. Entró pues desde luego la aristocracia en aquel pesimismo político, y muchas veces se la vió votar con los diputados mas violentos del partido popular.

Con las circunstancias aparecen los hombres eminentes, y de los mismos peligros de la nobleza nació un defensor de ella. El jóven diputado Cazales, capitan de dragones de la reina, encontró en sí mismo una fuerza de ánimo y una facilidad de espresion inesperadas. Sencillo y natural en su lenguage, decia con concision y propiedad todo lo que convenia decir, y es lástima que se emplease un entendimiento tan despejado en defender una causa

que no habia encontrado razon alguna que esponer en su favor hasta que fué perseguida. Tenia el clero por defensor particular al abate Maury, que era un sofista esperimentado y sabia manejar los chistes con oportunidad y con gracia. Era sobre todo imperturbable y sabia resistir con energía á los gritos, y con audácia á las demostraciones.[2] Tales eran los recursos y disposiciones de la aristocracia.

En cuanto al ministerio, caminaba sin union y sin plan. Odiado de la corte que le toleraba á mas no poder, solo Necker tenia, no dirémos un sistema, pero á lo menos un deseo, pues siempre habia preferido la constitucion inglesa, como la mejor sin duda que pudiera adoptarse para servir de transaccion entre el pueblo, la aristocrácia y el trono; pero se habia ya hecho imposible aquella constitucion, propuesta por el obispo de Langres antes del establecimiento de una asamblea única, y la habian reusado los dos primeros estamentos. No queria la alta nobleza que hubiese dos cámaras, porque esto hubiera equivalido á una transaccion; tampoco adoptaba este sistema la nobleza secundaria, porque en él no hubiera podido hacer parte de la cámara alta, y se oponia en fin el partido popular, porque resentido todavia del poder aristocrático, no le queria dejar ningun influjo. Solo algunos diputados, ya por espíritu de

moderacion ó por que les fuese peculiar aquella idea, deseaban las instituciones inglesas y formaban todo el partido del ministerio; partido débil, porque no contraponia mas que miras conciliadoras ó pasiones irritadas, ademas de que no oponia á sus adversarios mas que puros raciocinios sin ningun medio de accion. Empezaba el partido popular á dividirse porque empezaba á vencer. Aprobaban Lally-Tolendal, Mounier, Malouet [3] y los demas partidarios de Necker todo cuanto se habia hecho hasta entónces, porque asi habian logrado que el gobierno adoptase sus ideas, reducidas, como hemos dicho, al establecimiento de la constitucion inglesa. Pero creian que era ya lo bastante, y una vez reconciliados con el poder, querian detener el movimiento.

El partido popular, al contrario, no queria pararse todavia y se agitaba con la mayor vehemencia en el club Breton *, cuyos individuos, aunque movidos por la mayor parte de una conviccion sincera, principiaban ya á manifestarse entre ellos algunas pretensiones personales, y el patriotismo iba cediendo al interes individual. Existia un triunvirato interesante por la juventud de sus individuos, cuyo influjo crecia en proporcion de

* Este club se formó en los primeros dias de junio, y fué llamado despues *sociedad de los amigos de la constitucion.*

su actividad y talento. Le formaban Barnave, que era un abogado jóven de Grenoble dotado de un entendimiento despejado, á que reunia en el mas alto grado la gracia de la espresion oratoria, y los dos hermanos Lameth. Hacia tambien parte de su asociacion Duport, que era un jóven consejero del parlamento, á quien ya hemos visto figurar anteriormente. Se decia entonces que Duport era el que pensaba lo que se debia hacer, Barnave quien lo decia y que los Lameths lo egecutaban. Lo que puede asegurarse únicamente es, que estos tres diputados eran amigos entre sí, sin ser todavía enemigos pronunciados de nadie.

Siempre era Mirabeau el mas audaz de los gefes populares y el que se anticipaba á todos y abria las deliberaciones mas osadas. Las absurdas instituciones de la antigua monarquía habian indignado á muchos hombres de ánimo recto y de corazon sincero, y por lo mismo no era posible que dejaran de encontrarse algunas almas ardientes y apasionadas, en quienes hubiesen hecho una impresion mas profunda. De esta clase era el alma de Mirabeau, que teniendo que luchar desde sus primeros años contra toda clase de despotismos, el paternal, el del gobierno y el de los tribunales, empleó toda su juventud en combatir contra ellos y odiarlos. Habia nacido de una familia noble de la Provenza y no tardó en hacerse repara-

ble, tanto por el desórden de su conducta como por sus querellas y su elocuencia arrebatada. Todo lo habia aprendido en sus viages á fuerza de observaciones y de una inmensa, lectura y de todo se acordaba.

Naturalmente exagerado, ponderador y casi sofista, cuando no le animaba la pasion, parecia otro hombre cuando esta llegaba á dominarle: inflamaban su ánimo con increible rapidez la tribuna y la presencia de sus adversarios. Al empezar se notaba cierta confusion en sus ideas, tenia la voz balbuciente y estaba como trémulo; pero bien pronto se iluminaba su espíritu, y entonces hacia en un momento el trabajo de muchos años. En la tribuna misma creaba las ideas y encontraba siempre el modo mas feliz de espresarlas. Si se le impugnaba de nuevo, volvia con mejores y mas claras razones, presentando la verdad con imágenes elocuentes ó terribles. En las circunstancias difíciles, en los momentos en que los ánimos se hallaban cansados de una larga discusion ó intimidados por algun peligro, prorrumpia en alguna esclamacion ó decia una palabra decisiva, y entonces parecia su semblante tremebundo, así por su fealdad como por el ingenio que brillaba en él. De este modo dominaba é instruia á la asamblea, obligándola á que dictase leyes ó tomase resoluciones magnánimas.

Convencido, no sin orgullo, de sus eminentes cualidades, y haciendo alarde de sus vicios; altanero ó flexible segun las ocasiones, seducia á algunos con sus alhagos, intimidaba á los otros con sus sarcasmos y los llevaba á todos en pos de sí por el mágico poder de persuasion que poseia. Entre toda clase de gentes tenia partidarios; en el pueblo, en la asamblea, en la misma corte, y ninguno en fin se resistia á su influjo cuando él se empeñaba deveras.

Tratando familiarmente con los hombres y siendo justo con ellos, cuando habia motivos para serlo, aplaudia el talento naciente de Barnave aunque no le gustaban sus amigos. Apreciaba la inteligencia profunda de Sieyes y alhagaba su índole selvática; miraba con recelo á Lafayette, cuya pureza de vida le imponia respeto; detestaba en Necker aquel rigorismo estremado, aquella inteligencia orgullosa y la pretension de dirigir una revolucion que él miraba como propiedad suya. Gustaba poco del duque de Orleans y de su ambicion indecisa y, como verémos luego, jamas fueron comunes los intereses de uno y otro. Aislado en sus propias ideas, atacaba al despotismo, que habia jurado destruir; mas sin embargo, al paso que condenaba las vanidades de la monarquia, le acomodaba todavia menos el ostracismo de las repúblicas; pero no contemplándose toda-

via bastante vengado de los grandes y del poder, continuaba en su obra de destruccion. Por otra parte acosado de la necesidad y descontento con lo presente, se anticipaba hacia un porvenir desconocido, dando motivos para que se pudiese sospechar todo, asi de su habilidad como de su ambicion, de sus vicios, del mal estado de su fortuna y sobre todo del cinismo de sus discursos.

Tales eran en Francia los diferentes matices de los partidos cuando estallaron entre los diputados populares las primeras discusiones con ocasion de los escesos de la multitud, que Mounier y Lally-Tolendal hubieran deseado se desaprobasen por medio de una solemne proclama. Por el pronto no se conformó la asamblea, conociendo la inutilidad de este medio y la necesidad de no indisponer á la multitud que la habia sostenido hasta entonces; pero cediendo despues á las instancias de algunos de sus miembros, consintió en que se redactase una proclama que fué enteramente inútil, como se habia previsto, pues que no se sosiega á un pueblo sublevado con meras palabras.

Era universal la agitacion, cuando de repente se esparció una voz que aterrorizaba, diciendo que se acercaban aquellos bandidos que se habian visto aparecer en todos los motines, y cuya imagen habia quedado impresa en los ánimos. La corte y el partido popular se echaban recíproca-

mente en cara los escesos de aquellos malvados, cuando de repente empiezan á cruzarse correos por todas partes, atravesando la Francia, y anunciando la llegada de los foragidos que cortaban las mieses antes que estuviesen maduras. El levantamiento fué general, y en pocos dias la Francia entera se halló con las armas en la mano aguardando á los perversos que nunca llegaban. Esta estratagema que por de pronto habia generalizado la revolucion del 14 de julio provocando el armamento de la nacion, se atribuyó entonces á todos los partidos; pero particularmente se imputó despues al popular, que es quien cogió el fruto del resultado.

Es de admirar que los dos partidos hayan querido descargar uno sobre otro la responsabilidad de una astucia mas ingeniosa que culpable, conviniendo generalmente en achacársela á Mirabeau, á quien hubiera lisongeado pasar por autor de ella por mas que lo haya desmentido despues. No dejaba de ser conforme con el carácter y espíritu de Sieyes, y por tanto han creido algunos que se la habia sugerido al duque de Orleans. Otros la atribuyeron á la corte, fundados en que sin anuencia del gobierno no hubieran podido circular tantos correos, y que como la corte no habia considerado jamas la revolucion como general, sino como un mero motin de los parisienses, habia

Oviedo Bibliotecaria Universitaria

querido armar las provincias para oponerlas á la capital. Sea lo que fuere, lo cierto es que la nacion fué quien se aprovechó de aquel medio que la puso sobre las armas y en disposicion de velar por su propia seguridad y la de sus derechos. Como el pueblo de las ciudades habia sacudido sus trabas, tambien queria el pueblo de los campos hacer otro tanto, y asi reusaba el pago de los derechos feudales, perseguia á los señores que le habian oprimido, incendiaba sus palacios, quemaba los títulos de propiedad, y se entregaba en algunas comarcas á la venganza mas atroz. Un accidente lamentable habia contribuido particularmente á escitar aquella efervescencia universal. Daba un Mr. de Mesmé, señor de Quincey, una fiesta en los jardines de su casa de campo, donde se habia reunido todo el pueblo de la campiña entregándose á la alegría, cuando habiéndose incendiado de repente un barril de pólvora, produjo una esplosion sangrienta. Este accidente que luego se supo haber sido efecto de una imprudencia y no de traicion, fué mirado como un atentado de Mr. de Mesmé. Al instante corrió la voz y provocó en todas partes la crueldad de aquellos paisanos, bastante agriados ya por la miseria y los largos padecimientos.

Vinieron todos los ministros juntos á la asamblea, y presentaron el cuadro lamentable del estado de la Francia solicitando medios para resta-

blecer el órden. Ya desde el 14 de julio se habian empezado á manifestar desastres y desórdenes de toda clase, y habiendo principiado el mes de agosto era indispensable restablecer la autoridad del gobierno y de las leyes. Mas para intentarlo con buen éxito, era preciso empezar la regeneracion del estado por la reforma de las instituciones que mas molestaban al pueblo y le disponian á la sublevacion. Sometida una parte de la nacion á la otra, soportaba un sin fin de cargas llamadas feudales, entre las que las denominadas útiles, obligaban á los paisanos á pagar censos muy ruinosos, y las que se llamaban puramente honoríficas, les sugetaban á ciertas súmisiones y servicios humillantes. Estos eran todavia restos de la barbarie feudal, cuya abolicion era urgente y la reclamaba la humanidad; mas como estos privilegios eran mirados como una propiedad y calificados de tal por el rey en su declaracion de 23 de junio, no hubieran podido abolirse por una mera discusion, sino que era preciso hacerlo por un movimiento espontáneo y como si digéramos de inspiracion, á fin de escitar á los poseedores á que renunciasen por sí mismos. Estaba entonces la asamblea discutiendo la famosa declaracion de los derechos del hombre, habiéndose agitado antes la cuestion de si debia hacerse semejante declaracion, y se decidió el 4 de agosto por la mañana que no solo se hiciese, sino

que se insertase al frente de la constitucion. En la noche del mismo dia dió la comision su informe sobre los alborotos y sobre los medios de poner un término á ellos. Suben entonces á la tribuna el vizconde de Noailles [4] y el duque de Aiguillon, [5] ambos miembros de la nobleza, y representan que no basta emplear la fuerza para apaciguar al pueblo, sino que es preciso destruir la causa de sus males, con lo cual cesaria inmediatamente la agitacion producida por ellos. Esplicándose por fin con mas claridad, propusieron la abolicion de todos los derechos onerosos, que bajo el título de derechos feudales agoviaban á la gente del campo. Dicho esto, se presentó en la tribuna M. Lequen de Kerengal [6], propietario de Bretaña, vestido de labrador, é hizo un cuadro espantoso del régimen feudal. De repente, escitados los unos por la generosidad, otros por el orgullo, ostentan todos un desinteres espontáneo y corren á la tribuna para abdicar sus privilegios. Dado el primer ejemplo por la nobleza, fué seguido inmediatamente por el clero no menos celoso que ella. Se enagena por decirlo asi, la asamblea, y dejando á un lado una discusion que ciertamente no era necesaria para demostrar la justicia de semejantes sacrificios, todos los órdenes, todas las clases, todos los poseedores de cualesquiera prerrogativas, se esmeran en hacer sus

respectivas renuncias. Despues de los diputados de los primeros órdenes, vino tambien el estado llano á hacer igualmente sus ofertas. Ya que no podian sacrificar privilegios personales, ofrecen los de las provincias y ciudades, quedando de este modo establecida en todo el territorio la igualdad de derechos entre sus individuos. Algunos renunciaron á sus pensiones, y no teniendo otra cosa que dar un miembro del parlamento, ofreció su adhesion á la causa pública. Estaba obstruida la mesa con el número de diputados que venian á entregar la nota de sus renuncias, contentándose todos por el momento con especificar la clase de sacrificios que hacian, y dejando para el dia siguiente la redaccion de los artículos. Era general el entusiasmo; pero en medio de él, no era dificil de ver que algunos privilegiados poco sinceros querian llevar las cosas á lo peor, y en efecto, habia que temer mucho del efecto de la noche y del extraordinario impulso que se habia dado; cuando conociendo el peligro Lally Tolendal, pasó una esquelita al presidente en que le decia que siendo muy temible el entusiasmo de la asamblea, levantase la sesion. En el mismo instante se acerca á él un diputado, y apretándole la mano con emocion, le dice: «aseguradnos de la sancion real y quedamos amigos.» Viendo entonces Lally Tolendal la necesidad de hermanar al rey con

la revolucion, propuso proclamarle *restaurador de la revolucion francesa,* cuya proposicion se acogió con entusiasmo. Se decretó un *Te Deum* y se separó por fin la asamblea á las doce de la noche.

Se habian decretado en aquella memorable noche:

La abolicion de la calidad de siervo;

La facultad de rescatar los derechos de señorio;

La abolicion de las jurisdiciones, conocidas con este nombre;

La supresion del derecho esclusivo de caza, de palomares, de conejeras etc.

La facultad de rescatar el diezmo;

La igualdad de impuestos;

La opcion de todos los ciudadanos á toda clase de empleos, asi civiles como militares;

La abolicion de la venalidad de oficios;

La destruccion de todos los privilegios de ciudad y de provincia;

La abolicion de los gremios;

Y la supresion de pensiones obtenidas sin justo título.

Todas estas resoluciones habian sido tomadas bajo una forma general; pero quedaba que redactarlas en forma de decretos, y entonces fué cuando, pasado ya el primer movimiento de generosidad, y habiendo meditado cada cual segun sus inclinaciones, querian unos ampliar las concesiones y

otros restringirlas. Se acaloró la discusion y, con una resistencia tardia y mal entendida, se disipó todo el agradecimiento. Convenian todos en la abolicion de los derechos feudales; pero era preciso distinguir, entre estos derechos, los que debian quedar enteramente abolidos ó los que debian ser rescatados. Cuando en tiempos antiguos los conquistadores, que son el primer origen de la nobleza, invadieron el territorio, impusieron servicios á las personas y tributos á las tierras. Habian ocupado una parte de estas últimas restituyéndolas sucesivamente á los labradores mediante ciertas enfiteusis.

Constituida únicamente la propiedad por una larga posesion seguida de trasmisiones númerosas, todas las cargas impuestas á las personas y á las tierras habian adquirido aquel carácter. Se veia pues reducida la asamblea constituyente á combatir la propiedad misma, y en tal situacion tenia que juzgarla, no como mas ó menos bien adquirida, sino como mas ó menos gravosa á la sociedad. Suprimió los servicios personales, y como muchos de ellos habian sido permutados por censos, fue preciso suprimir estos últimos. Entre los tributos impuestos á las tierras, suprimió los que eran evidentemente un resto de servidumbre, como el derecho impuesto sobre las trasmisiones de dominio, y declaró redimibles todas las

enfiteusis que representaban el precio por el cual habia cedido antiguamente la nobleza una parte del territorio á los labradores. Es pues muy injusto acusar á la asamblea constituyente de que habia violado las propiedades, supuesto que todo se habia convertido en propiedad, y es de estrañar que habiéndolas violado la nobleza durante tanto tiempo, ya exigiendo tributos y ya no pagando impuestos, se mostrase de repente tan severa sobre los principios, cuando se trataba de sus prerrogativas. Tambien se quiso dar el nombre de propiedades á las jurisdicciones de señorio porque se trasmitian por herencia desde tiempo inmemorial; pero no se dejó seducir la asamblea con semejante denominacion y las suprimió, bien que tolerando subsistiesen interinamente hasta que se hubiese provisto á su reemplazo.

Tambien fue objeto de disputas acaloradas el derecho esclusivo de caza. A pesar de la vana objeccion de que pronto estaria armada toda la poblacion, si se concedia á todo el mundo el derecho de caza, se resolvió que cada uno le tuviese en la estension de sus heredades. Se prohibieron tambien los palomares privilegiados, decidiendo la asamblea que todos pudieran tenerlos, con tal que durante la época de la recoleccion de las mieses pudiesen matarse las palomas, como cualquiera otra clase de caza, si se las veia en territorio

ageno. Se suprimieron todos los cotos reales, llamados capitanias, pero se añadió que se proveeria á la diversion personal del rey por medios compatibles con la libertad y la propiedad.

Hubo un artículo que escitó mas que ningun otro debates violentísimos, por la relacion que tenia con cuestiones mas importantes de que no era mas que el preludio, y por los intereses que atacaba; este artículo era el de los diezmos. En la noche del 14 de agosto, habia declarado la asamblea que los diezmos eran redimibles, mas al redactar los decretos quiso suprimirlos sin facultad de redencion, aunque con la condicion de que proveeria el estado á la subsistencia del clero. El abate Sieyes, á quien se vió con admiracion entre los defensores del diezmo por lo mismo que no se le podia mirar como parte desinteresada, confesó en efecto, que el estado redimia verdaderamente el diezmo; pero que hacia un robo á la masa de la nacion, haciéndola soportar una deuda que debia pesar únicamente sobre los propietarios de tierras. Acompañó á esta objecion, presentada con demasiada acritud, aquella frase tan amarga y tan repetida despues, «quereis ser libres y no sabeis ser justos.» Por mas que se figurase Sieyes que no tenia réplica su objecion, la respuesta era muy facil. El culto es una deuda universal de todos los ciudadanos, pero ¿deben soportarla los propieta-

rios de tierras ó la universalidad de los contribuyentes? Al estado toca juzgarlo, y ciertamente no roba á nadie cuando reparte el impuesto del modo que le parece mas conveniente. La contribucion del diezmo destruia la agricultura, porque agobiaba á los pequeños propietarios, y por tanto tenia el estado la obligacion de variarla; lo cual probó Mirabeau del modo mas evidente. Bien sospechaba el clero que el salario que se le señalase no seria mas que el necesario para vivir, y así para defender el diezmo se empeñó en probar que le pertenecia por concesiones inmemoriales, valiéndose del eterno argumento de la posesion antigua llamada prescripcion, por el cual no hay tirania que no pueda legitimarse. * Se le contestó que el diezmo no

* Con permiso de M. Thiers esta reflexion nos parece inexacta y de ningun modo concluyente. Por mas que sea absolutamente cierto que todas las tiranias se legitimen por la prescripcion, no por eso se sigue que este título no deba ser respetado á falta de otros, pues que por él se terminan contiendas que de otro modo serian eternas. La dificultad está en saber si hay casos en que la utilidad general exige, como en el presente, que se la sacrifiquen los derechos bien ó mal adquiridos de ciertas personas ó clases. Nosotros creemos que sí, y que el bien de la Francia, asi como el de España, exigia la abolicion de los diezmos, con tal que en ambos paises se cuidase de subvenir á los gastos del culto y manutencion de sus ministros. Por lo que hace á España, debe añadirse otra consideracion no menos importante, y es que se tenga

era mas que un usufructo intrasmisible, y no tenia los caracteres principales de la propiedad; que era evidentemente un impuesto establecido en su favor, impuesto que el estado se encargaba de reemplazar por otro. No podia el orgullo del clero soportar la idea de recibir un salario y se quejó amargamente de ello; pero Mirabeau que tenia gracia particular para lanzar indirectas y sarcasmos, contestó á los interruptores que no conocia sino tres medios de existir en la sociedad: ladron, mendigo, ó asalariado. Conoció el clero que le convenia abandonar lo que no podia ya defender, y así los curas párrocos en particular, conociendo que podian sacar mejor partido del espíritu de justicia que reinaba en la asamblea, y que se trataba únicamente de atacar la opulencia de los prelados, fueron los primeros á desistirse. Decretóse pues la abolicion íntegra de los diezmos, bajo la condicion de que se cargaria el estado con los gastos del culto y que mientras tanto continuaria la percepcion del diezmo. A la verdad esta

cuenta con el inmenso *déficit* que resultaria en las rentas del estado el dia que se suprimiesen bruscamente los diezmos, sin tener con que suplir las tres cuartas partes de su importe, que cobra el estado por diferentes concesiones de los papas y que equivalen á muchos millones de reales. Hecho esto y subsanado por medio de otra contribucion, no hay cosa mas justa ni mas necesaria que la supresion de los diezmos. *(N. del T.)*

última cláusula, consentida por respeto al clero, quedó inutilizada, porque el pueblo no quiso seguir pagándole, como no lo queria tampoco antes que saliese el decreto; del mismo modo que cuando la asamblea suprimió el régimen feudal estaba ya destruido de hecho.

El 13 de agosto fueron presentados todos los artículos al monarca, quien admitió el titulo de restaurador de la libertad francesa y asistió al *Te Deum*, teniendo á su derecha al presidente y detras á todos los diputados.

Así quedó consumada la mas importante reforma de la revolucion, en la cual habia mostrado la asamblea tanto vigor como prudencia; mas por desgracia jamas sabe un pueblo tornar con moderacion al ejercicio de sus derechos. Se cometian en toda la estension del reino los mayores atentados, continuaban los incendios de los palacios ó quintas de los señores y se inundaban los campos de cazadores que se daban prisa á ejercer derechos tan nuevamente adquiridos; se esparcieron por los campos, reservados hace poco para sus opresores, y cometieron increibles devastaciones. No hay usurpacion que tarde ó temprano se quede sin castigo, y deberia el que usurpa tener presente esta verdad á lo menos para sus hijos, que casi siempre pagan las culpas de sus padres. Se multiplicaron las desgracias, y desde el 7 de agosto ha-

bian vuelto á presentarse los ministros á la asamblea para leer un informe sobre el estado del reino. Habia denunciado el guarda-sellos los desórdenes escandalosos que se cometian por todas partes, y Necker patentizó el estado lamentable de la hacienda pública. Oyó la asamblea este doble mensage con tristeza pero sin desaliento. Espidió el dia 10 un decreto concerniente á la tranquilidad pública, en que encargaba á las municipalidades que mantuviesen el órden y disipasen todas las reuniones sediciosas. Se les mandaba poner á la disposicion de los tribunales á los meros perturbadores y prender á los que inquietaban las poblaciones, alegaban órdenes supuestas ó escitaban á cometer violencias. Se les prescribia tambien enviar las sumarias á la asamblea nacional para poder averiguar la causa de las turbulencias. Se ponian á la disposicion de la municipalidad las milicias nacionales y las tropas de linea que debian prestar el juramento de fidelidad á la nacion, al rey y á la ley, etc. Esta fórmula se llamó despues el juramento cívico.

El informe de Necker sobre la hacienda pública fue en estremo alarmante. La reunion de la asamblea nacional habia tenido por principal motivo la necesidad de un subsidio, y apenas reunida esta, habia entrado en lucha con el poder, ocupándose únicamente en adquirir garan-

tias antes de asegurar las rentas del estado. Cargaba únicamente sobre Necker todo el cuidado de la hacienda, y mientras que Bailly, teniendo que atender á las subsistencias de la capital, padecia angustias crueles, atormentado Necker por necesidades menos urgentes aunque mucho mas estensas, absorto en cálculos penosos y rodeado de atenciones incesantes, se esforzaba en remediar las miserias públicas, y como no pensaba mas que en cuestiones de hacienda, no llegaba á comprender que la asamblea emplease únicamente el tiempo en discutir cuestiones políticas. Preocupados Necker y la asamblea de su objeto particular, desatendian todos los demas: pero con todo, si podian justificarse las inquietudes de Necker con la escasez actual, tambien merecia disculpa la confianza de la asamblea con la importancia misma de sus proyectos. Abrazando en la imaginacion no solo á la Francia actual, sino á la venidera, no podia creer la asamblea que por hallarse apurado momentaneamente este fértil reino, habia de perpetuarse en él la indigencia.

Cuando Necker entró en el ministerio en el mes de agosto 1788 halló solamente 400,000 francos en la tesoreria, y no hizo poco en salir, á fuerza de trabajo, de lo mas urgente; pero despues habian crecido las necesidades y disminuido los recursos en razon de las circunstancias, habiendo

sido preciso comprar trigos, volverlos á vender á menos precio, repartir considerables limosnas, y emprender trabajos públicos, para proporcionar salario á los jornaleros. Este último gasto habia ascendido hasta 12,000 francos diarios. Al paso que se habian aumentado los gastos habian bajado los ingresos, con la reduccion en el precio de la sal, el atraso en el cobro de contribuciones, y muchas veces con la absoluta resistencia á pagarlas; con el contrabando á mano armada, con la destruccion de los portazgos, en donde habian llegado los escesos hasta romper los libros de cuenta y matar á los empleados, y últimamente con haberse reducido á la nulidad una porcion de rentas públicas. En consecuencia solicitó Necker la autorizacion para un empréstito de 30 millones de francos, y fue tan viva la primera impresion, que se quiso votar por aclamacion; pero se calmó pronto aquel primer movimiento manifestándose cierta repugnancia á los empréstitos, en razon de que los poderes de los diputados prohibian consentir los impuestos antes de que se concluyese la constitucion; como si ya no hubiesen escedido los tales poderes, para otras muchas cosas. Hasta se hizo el cálculo de las cantidades percibidas desde el año anterior, como si el ministro hubiese inspirado desconfianza. Sin embargo la necesidad de proveer á las urgencias del estado decidió la

adopcion del empréstito; pero se varió el plan del ministro reduciendo los intereses á cuatro y medio por ciento, con la falsa esperanza de un patriotismo, que existia en la nacion, pero que no podia hallarse entre los prestamistas de profesion, únicos que suelen emprender esta clase de especulaciones.

Esta primera falta fué una de las que acostumbran cometer las asambleas, cuando á las ideas inmediatas del ministro que ejecuta, sustituyen las generales de 1200 cabezas que no hacen mas que discutir. Fue fácil observar tambien que empezaba ya el espíritu de la nacion á no conformarse con la timidez del ministro.

Despues de haber atendido al indispensable cuidado de la tranquilidad pública y de la hacienda, se ocupó la asamblea en la declaracion de derechos, cuya primera idea habia dado Lafayette, el cual la habia tomado de los Americanos. Esta discusion, interrumpida por la revolucion de 14 de julio, renovada en 1.º de agosto, interrumpida de nuevo por la abolicion del régimen feudal, volvió á abrirse y quedó definitivamente resuelta en 12 de agosto. Tenia aquella idea algo de magestuoso, que es lo que sedujo á la asamblea, porque se hallaban dispuestos los ánimos á todo cuanto tenia aire de grandiosidad; esta disposicion es la que produjo la buena fe, el valor, las buenas

y las malas resoluciones que se adoptaron en lo sucesivo; aprobóse pues esta idea y quisieron ponerla en egecucion inmediatamente. Si solo se hubiese tratado de sentar algunos de los principios particularmente desconocidos por la autoridad, cuyo yugo acababa de sacudirse, como la votacion de los impuestos, la libertad religiosa, la libertad de imprenta, ó la responsabilidad ministerial, no hubiera habido cosa mas fácil, pues que ya se habia hecho así anteriormente en América y en Inglaterra, y la Francia hubiera podido espresar con algunas máximas claras y positivas los mismos principios que queria imponerla su gobierno. Pe*ro rompiendo la Francia con todo lo pasado y* queriendo volver al estado de la naturaleza, debió aspirar á dar una declaracion completa de todos los derechos del hombre y del ciudadano. Se habló al principio de la necesidad y del peligro de semejante declaracion, discutiéndose mucho y muy inútilmente sobre este punto, pues ni uno ni otra existian en hacer una declaracion compuesta de fórmulas de que el pueblo no entendia una palabra, y que únicamente podian tener algun valor para cierto número de inteligencias filosóficas, que no suelen tomar mucha parte en las sediciones populares. Se decidió por fin que se haria y serviria de encabezamiento al acta constitucional. Pero era menester redactarla y aqui

entraba la dificultad. ¿Que es derecho? — Lo que se debe á los hombres. Por supuesto se les debe todo el bien que se les puede hacer, por consiguiente toda medida sabia de un gobierno viene á ser un derecho. Asi es que todos los proyectos propuestos encerraban en sí la definicion de la ley, el modo con que debe hacerse, el principio de la soberania etc. A esto se objetaba que nada de eso eran derechos sino máximas generales que convenia espresar. Perdiendo la paciencia Mirabeau, se levantó y les dijo: « déjense ustedes de la pala«bra derechos y digan únicamente que en el in«teres de todos se ha declarado tal y tal cosa.....»

Sin embargo se prefirió el título mas imponente de *declaracion de derechos*, bajo el cual se confundieron maximas, principios y definiciones. De todo ello se formó la célebre declaracion que está al principio de la constitucion de 1791. Al cabo, el único perjuicio que resultó fué perder unas cuantas sesiones en discutir una vulgaridad filosófica. ¿Pero quién puede echar en cara á nadie el que se preocupe de lo que desea, ni quién tiene derecho para menospreciar los inevitables errores de los primeros ensayos.?

Ya era tiempo de empezar por fin los trabajos de la constitucion. Era general el cansancio que causaban los preliminares, y se ajitaban ya las cuestiones fundamentales fuera de la asamblea

Se ofrecia naturalmente como modelo para muchos la constitucion inglesa, por haber sido una transaccion ocurrida en Inglaterra despues de discusiones semejantes entre el rey, la aristocracia y el pueblo. Consistia esencialmente aquella constitucion en el establecimiento de dos cámaras y en la sancion real. Suelen los hombres en su primer ímpetu atenerse á las ideas mas sencillas, y les parecia ser la única forma de gobierno tener un pueblo que declara su voluntad y un rey que la ejecuta. Les pareció un absurdo conceder á la aristocracia una parte igual á la de la nacion por medio de una cámara alta, y conferir al rey el derecho de anular la voluntad nacional por medio de la sancion. *La nacion manda y el rey ejecuta* eran los únicos elementos de gobierno que admitian aquellos señores, y el caso es que creian de buena fé mantener la monarquia, porque conservaban un rey como ejecutor de las voluntades nacionales. La monarquía verdadera, tal como existe aun en los mismos estados tenidos por libres, es la autoridad de un hombre solo, á la que pone ciertos límites el concurso nacional. La voluntad del príncipe lo hace casi todo en realidad y queda reducida la de la nacion á impedir el mal, sea en la discusion de las contribuciones, ó bien por una tercera parte de concurso en la formacion de la ley. Pero, cuando puede la nacion mandar todo

lo que quiere sin que pueda el rey oponer su *veto*, entonces no es mas que un mero magistrado, y el gobierno una verdadera república con un solo cónsul en lugar de muchos. El gobierno de Polonia, por mas que tuviese un rey á su frente, jamas fué llamado monarquia sino república; tambien habia un rey en Lacedemónia.

Exije pues la monarquía bien entendida grandes concesiones por parte de la razon, pero raras veces estan los hombres dispuestos á hacerlas, despues de una larga nulidad y en los primeros momentos de su entusiasmo. Asi es que la república estaba en todas las cabezas sin que se la nombrase, y los mas eran republicanos sin sospechar que lo eran. Tampoco fueron claras y netas las esplicaciones dadas en la discusion, durante la cual, apesar del ingenio y saber que adornaban á la mayoria de la asamblea, la cuestion fué mal tratada y peor entendida. No supieron los partidarios de la constitucion inglesa, Necker, Mounier, y Lally ver en qué debia consistir la monarquía, y aunque lo hubieran visto, no se habrian atrevido á decir redondamente á la asamblea que la voluntad nacional no habia de ser omnipotente, y que su accion habia de consistir mas bien en impedir que en obrar. Sostuvieron con empeño que era preciso que pudiese el rey contener las usurpaciones de una asamblea; que para ejecutar la

ley bien y de buen grado era necesario que hubiese tenido parte en su formacion y por fin que debian existir relaciones entre el poder ejecutivo y el legislativo. Malas eran estas razones ó cuando menos débiles, porque en efecto era ridículo que despues de haber reconocido la soberania nacional se le quisiese oponer la voluntad única del rey.*

Con mas acierto defendian la necesidad de las dos cámaras, porque en efecto, aunque sea en una república, hay altas clases que deben oponerse al movimiento demasiado rápido de las clases que se elevan, y defender las instituciones antiguas contra las nuevas. Pero mas obstáculos encontraba todavia la institucion de una cámara alta aunque fuese mas indispensable tal vez que la prerogativa real, supuesto que no hay ejemplar de república sin un senado. Provenia esta resistencia de que habia mas irritacion contra la aristocracia que contra el poder real; la cámara alta era imposible entonces porque nadie la queria. Se oponia la nobleza de segundo órden porque no podia entrar en ella; los privilegiados acérrimos, porque deseaban que las cosas llegasen á empeorarse lo mas posible, y el partido popular porque no queria dejar á la aristocracia un puesto desde donde pudiese dominar la voluntad nacional. Mounier, Lally y

* Véase la nota 5 al fin del tomo.

Necker, eran casi los únicos que deseaban aquella cámara, porque aun el mismo Sieyes, obcecado por los errores de un espíritu esclusivo, no queria ni dos cámaras ni sancion real, sino que concebia una sociedad enteramente compacta en sus ideas, siendo el oficio de las masas, sin distincion de clases, *querer*; y el del rey, en calidad de magistrado único, *ejecutar*. Asi es que hablaba de buena fe, cuando decia que la monarquia ó la república eran una misma cosa, pues que no veia mas que una diferencia en el número de los magistrados encargados de la ejecucion. El carácter particular de las ideas de Sieyes era el enlace de unas con otras, es decir la consecuencia rigorosa de sus propios principios. Se entendia con sigo mismo, pero no con la naturaleza de las cosas ni con los cerebros diferentes del suyo. Los subyugaba por el imperio de sus máximas absolutas, pero raras veces lograba persuadirlos; por consiguiente no pudiendo ni reducir sus sistemas, ni hacerlos adoptar íntegramente, acababa pronto por ponerse de mal humor. Mirabeau, que ciertamente tenia un talento claro, vivo y perspicaz, no por eso estaba mas adelantado en la ciencia política que la misma asamblea, y asi repelia las dos cámaras, no por convencimiento, sino porque conocia su imposibilidad actual y ademas por ódio á la aristocracia; defendia la sanccion real por una inclina-

cion monárquica, y se habia comprometido á defenderla desde la apertura de los estados generales, diciendo que sin la sancion real, primero querria vivir en Constantinopla que en Paris. No podian Barnave, Duport y Lameth querer una misma cosa que Mirabeau, y asi no admitian ni la cámara alta ni la sancion real; pero menos obstinados que Sieyes, consentian en modificar su opinion concediendo al rey y á la cámara alta un mero *veto suspensivo*, es decir, el poder de oponerse temporalmente á la voluntad nacional declarada en la cámara baja.

Se abrieron las primeras discusiones en 28 y 29 de agosto, y quiso el partido de Barnave transigir con Mounier, cuya obstinacion le hacia mirar como á gefe del partido de la constitucion inglesa. Se procuró ganar al mas inflexible de todos y en este concepto se dirigieron á él. Hubo conferencias, pero cuando se vió que era imposible hacerle mudar una opinion que habia llegado á ser como una costumbre de sus ideas, consintieron en admitir aquellas formas inglesas que tanto le prendaron; pero con condicion de que, supuesto que habia de oponerse á la cámara popular una cámara alta unida con el rey, no se les concediese sino un *veto* suspensivo, y que ademas no pudiese el rey disolver la asamblea. Contestó Mounier, como hombre convencido, diciendo que la verdad no

era suya, y que no le era lícito sacrificar una parte de ella para salvar la otra. Asi perdió las dos instituciones por no quererlas modificar, y si fuera cierto como no lo es, que por la supresion de la cámara alta la constitucion de 91 arruinó el trono, tendria Mounier que lamentarse mucho de su conducta en aquella circunstancia. No era hombre apasionado sino obstinado, tan absoluto en su sistema como Sieyes en el suyo, y preferia perderlo todo, antes que ceder alguna parte. Lo cierto es que se rompieron las negociaciones y que todos quedaron de mal humor. Habian amenazado desde Paris á Mounier con la opinion pública, y si se le ha de creer á él mismo, no faltó quien fuese de intento á la capital para influir en su perjuicio.* Estas cuestiones tenian al público tan dividido como á los representantes, y sin entender una palabra de ellas, se acaloraba en su discusion. Se habian resumido todas en la corta y espresiva palabra de *veto*, la cual admitida ó reusada significaba que se queria ó no la tirania. El pueblo, sin comprender si quiera la palabra, miraba el veto como una contribucion que era preciso abolir ó como un enemigo á quien se debia ahorcar de un farol.**

* Véase la nota 6 al fin del tomo.

** Hablando del veto dos habitantes del campo «¿Sabes lo que es el *veto*? dijo el uno — No. — Y bien, supon que tienes

En el palacio real mas que en ninguna otra parte reinaba la mayor fermentacion, pues allí se reunian hombres acalorados que no pudiendo soportar ni siquiera las formas adoptadas en los distritos, se subian en una silla, tomaban la palabra sin pedirla, y eran ó silvados ó llevados en triunfo por un pueblo inmenso que se apresuraba á ejecutar lo que habian propuesto. En este recinto se distinguia Camilo Desmoulins ya citado en esta historia, por su energia, por la originalidad y el cinismo de sus ideas y que sin ser naturalmente cruel aconsejaba crueldades. Allí tambien brillaba Saint-Hurugue [7], antiguo marques que habia estado mucho tiempo preso en la Bastilla por disensiones domésticas, y estaba irritado contra la autoridad hasta salir fuera de sí. Allí se oia repetir todos los dias y por todos, que era preciso ir á Versalles para pedir cuenta al rey y á la asamblea de su lentitud en hacer el bien del pueblo.

A duras penas podia Lafayette contenerlos con patrullas continuas. Se tachaba ya de aristocrática á la guardia nacional « no habia patrullas « en el Cerámico, esclamaba Desmoulins; y ya « habia resonado el nombre de Cromwel á los oi- « dos de Lafayette. » Un dia que fue el domingo

un plato de sopas, y te dice el rey, derrámale, le has de derramar sin remedio. »

13 de agosto, se hizo en el palacio real una mocion en que al mismo tiempo que acusaban á Mounier, representaban á Mirabeau como rodeado de peligros y concluia con la proposicion de ir á Versalles para velar sobre la seguridad de este ultimo. Sin embargo, Mirabeau defendia la sancion, pero sin abandonar su papel de tribuno popular que logró conservar á los ojos de la multitud. Saint Hurugue se dirigió al camino de Versalles seguido de un tropel de exaltados, cuyo proyecto, segun decian, era pedir á la asamblea que desechase á los representantes infieles para nombrar á otros y suplicar al rey y al Delfin que viniesen á Paris á ponerse en seguridad en medio del pueblo. Acudió inmediatamente Lafayette á detenerlos y les obligó á volver atras.

Al dia siguiente lunes 31 volvieron á reunirse y dirigieron una representacion á la municipalidad, pidiendo la convocacion de los distritos, para desaprobar el *veto* y los diputados que le sostenian, revocar los poderes de estos y nombrar otros en su lugar. Dos veces lo repelió la municipalidad con la mayor firmeza.

Mientras tanto reinaba la mayor agitacion en la asamblea: los principales diputados habian recibido cartas llenas de amenazas é improperios, viniendo en una de ellas la firma de Saint-Hurugue. El lunes 31 al abrirse la sesion, denunció

Lally una diputacion que acababa de recibir del palacio real, en que se le incitaba á separarse de los malos ciudadanos que defendian el *veto*. añadiendo que un ejército de 20,000 hombres estaba pronto á marchar. Leyó tambien Mounier cartas que habia recibido por su lado, y propuso perseguir á los autores secretos de aquellas maquinaciones, incitando á la asamblea á que ofreciese un premio de 500,000 francos á cualquiera que los denunciase. La lucha fué tumultuosa, sosteniendo Duport que no era digno de la asamblea ocuparse de semejantes pormenores. Leyó igualmente Mirabeau cartas que le habian dirigido y en que los enemigos de la causa popular no le trataban mejor que á Mounier. Pasó la asamblea á la órden del dia y Saint-Hurugue fué arrestado por órden de la municipalidad, por haber firmado una de las cartas denunciadas.

Estábanse discutiendo á un tiempo, las tres cuestiones de la permanencia de la asamblea, de las dos cámaras y la del *veto*. Por lo que hace á la permanencia se votó casi unánimemente, porque demasiado se habia padecido con la larga interrupcion de las asambleas nacionales para no establecerlas ahora permanentes. Se pasó en seguida á la gran cuestion de la unidad del cuerpo legislativo. Llenaba las tribunas un público numeroso y alborotado; y se iban retirando muchos di-

putados. El presidente, que á la sazon era el obispo de Langres, procuró en vano detenerlos, porque salian en mayor número del que era menester. Por todas partes se pedia á gritos la votacion, y se reusó la palabra á Lally que queria hablar todavia sobre la cuestion, murmurándose del presidente porque le habia permitido subir á la tribuna. Un diputado se acaloró tanto, que llegó á preguntar al presidente si no estaba todavia cansado de fastidiar á la asamblea. Estas palabras ofendieron al presidente, que dejó la silla y quedó suspendida la sesion.

El dia siguiente 10 de setiembre se leyó una representacion de la ciudad de Rennes que declaraba el *veto* inadmisible y traidores á la patria á los que le votasen. Se irritaron mucho de ello Mounier y su partido y propusieron que se reconviniese á la municipalidad. Pero contestó Mirabeau que no tocaba á la asamblea dar lecciones á los municipales, y que era preciso pasar á la órden del dia. Se puso en fin á votacion la cuestion de las dos cámaras y fué decretada la unidad de la asamblea en medio de los mayores aplausos, por 499 votos contra 89; hubo 122 votos perdidos por efecto del miedo que se habia inspirado á muchos diputados.

Llegó por fin la cuestion del *veto* sobre la cual se habia encontrado por fin un término medio que era el del *veto* suspensivo, por el cual no se dete-

nia el efecto de la ley sino temporalmente, durante una ó varias legislaturas. Este se consideraba como una apelacion al pueblo, supuesto que apelando el rey á nuevas asambleas y cediendo en caso que persistiesen, parecia realmente apelar á la autoridad nacional. Se opusieron Mounier y los suyos, y con razon, segun el sistema de la monarquía inglesa en que consulta el rey á la representacion nacional sin obedecer jamas; pero no la tenian en la situacion en que se habian colocado, ni bastaba decir que su intencion no era otra que la de impedir una resolucion precipitada. Mas es el caso que el *veto* suspensivo producia el mismo efecto que el absoluto, porque si persistia la asamblea, la voluntad nacional quedaba patente, y si se admitia el principio de su soberania, entonces era dificil resistirla de un modo indefinido.

Conoció en efecto el ministerio que el *veto* suspensivo produciria materialmente el mismo resultado que el absoluto, y Necker aconsejó al rey que se diese el mérito de que hacia un sacrificio voluntario, dirigiendo á la asamblea una memoria en que pidiese solamente el *veto* suspensivo. Corrió esta voz, y de ante mano se supo el fin y el espíritu del mensaje que se presentó el 11 de setiembre, siendo ya sabido de todos su contenido. Parecia regular que defendiendo Mou-

nier los intereses del trono no hubiese debido tener otras miras que el mismo trono; pero nunca tardan los partidos en ser dominados por otros intereses distintos de aquellos á quienes sirven; asi fué que Mounier desechó la comunicacion diciendo: que aunque renunciase el rey una prerrogativa útil para la nacion, se le debia conservar en utilidad del público y contra su propio dictámen. De esta suerte se trocaron los papeles, sosteniendo los adversarios del rey la intervencion real; pero tambien fueron inútiles sus esfuerzos porque el voto de la minoria fué desechado con aspereza. Volvieron á dar esplicaciones sobre la palabra *sancion,* suscitándose la cuestion de saber si seria necesaria para la constitucion. Despues de haberse especificado que el poder constituyente era superior á los poderes constituidos, quedó establecido que no debia tener lugar la sancion real, sino sobre los actos legislativos; pero de ninguna manera sobre los actos constitutivos, y que para estos últimos bastaria la promulgacion. 673, se declararon á favor del *veto* suspensivo, y 325 por el absoluto; asi quedaron resueltos los artículos fundamentales de la nueva constitucion. Dieron inmediatamente su dimision de miembros de la comision de constitucion, Mounier y Tally Tolendal.

Se habian espedido hasta entonces un gran nú-

mero de decretos, sin que ninguno hubiese sido presentado á la aprobacion real, y por tanto se resolvió que se presentasen los artículos del 4 de agosto. Consistía la cuestion en saber si se pediria la sancion ó solo la promulgacion, considerándolos como legislativos ó como constitutivos. Maury y el mismo Lally Tolendal cometieron el desacierto de sostener que eran legislativos, y de requerir la sancion *como si hubiesen contado con algun obstáculo* de parte del poder real. Sostuvo Mirabeau con su acostumbrado discernimiento quepor el mero hecho de suprimir el régimen feudal, algunos de estos decretos eran eminentemente constitutivos, y que los otros eran una pura munificencia de la nobleza y del clero, los cuales, no querian sin duda que pudiese el rey revocar sus liberalidades. Añadia Chapelier, que no debia siquiera suponerse necesario el consentimienro del rey, supuesto que los habia aprobado ya con aceptar el título de restaurador de la libertad francesa, y con su asistencia al *Te Deum*. En consecuencia se suplicó únicamente al rey que promulgase los decretos *

De improviso propuso un diputado que se proclamase la sucesion hereditaria de la corona y la inviolabilidad de la persona del rey. Estos dos artículos fueron votados unánimamente y por acla-

* Se le presentaron los artículos el 20 de setiembre.

macion, porque la asamblea queria con toda sinceridad un rey, como primer magistrado hereditario. Fué propuesta tambien la inviolabilidad del heredero presuntivo; pero habiendo reparado el duque de Mortemart [8] que algunas veces los hijos habian intentado quitar la corona á sus padres, y que por este motivo era preciso conservar los medios de castigarlos, fue desechada la mocion. Apropósito del artículo sobre la sucesion de varon en varon y de rama en rama, propuso el diputado Arnoult [9] que se confirmasen las renuncias hechas por la rama Española en el tratado de Utrécht. Pero se opinó que no habia lugar á deliberar por no enagenarse un aliado fiel. Mirabeau sostuvo la misma opinion y la asamblea pasó á la órden del dia. Pero de repente el mismo Mirabeau, para hacer sin duda una esperiencia que ha sido mal interpretada, volvió á suscitar la cuestiou que él mismo habia contribuido á cerrar.

En caso de estinguirse la rama reinante, se hallaba la casa de Orleans en concurrencia con la de España. Habia notado Mirabeau un gran empeño en que se decretara la órden del dia, y aunque sus relaciones con el duque de Orleans no pasaban de un trato familiar, como el que tenia con todo el mundo, queria sin embargo conocer el estado de los partidos y saber quienes eran los amigos ó los enemigos del duque. Estaba pen-

diente la cuestion de la regencia y se decia que en el caso de menor edad del rey, no podian sus tios ser tutores de su sobrino por lo mismo que eran herederos suyos, y por consiguiente poco interesados en su conservacion. Por otra parte la regencia pertenecia de derecho al pariente mas inmediato, y estos eran la reina y el duque de Orleans, ó la familia de España; y en esta alternativa dijo. «El conocimiento que tengo de la geografia «de la cámara, y el lado de donde han salido los «gritos *á la orden del dia*, me prueban que no se «trata nada menos aqui que de imponernos una «dominacion estrangera, y que la propuesta de no «deliberar, aunque parezca española, es mas bien «austriaca; propongo pues, que no pueda encar«garse de la regencia sino un hombre nacido en «Francia.» Al oir estas palabras hubo una gritería universal y volvió á emprenderse la discusion con una violencia estraordinaria, pidiendo nuevamente los oponentes la órden del dia. En vano se cansó Mirabeau en repetir que el motivo no podia ser otro que someter la Francia á una dominacion estrangera, porque no se dignaron contestarle, como que en efecto preferian cualquier estrangero al duque de Orleans. En fin despues de una discusion que duró dos dias, se volvió á declarar que no habia lugar á la deliberacion. Pero habia logrado Mirabeau lo que queria, que era conocer la division

Biblioteca Universitaria - Oviedo

y la fuerza de los partidos. Despues de semejante ensayo no podian menos de acusarle ni de pasar por agente del partido de Orleans.*

Agitada todavia con esta discusion, recibió la asamblea la respuesta del rey á los articulos de 4 de agosto. Luis XVI aprobaba su espíritu, dando á algunos su adesion condicional, con la esperanza de que serian modificados en la ejecucion; reproducia sobre los mas las objecciones hechas en la discusion y desatendidas por la asamblea. Subió otra vez á la tribuna Mirabeau, y dijo: «No he-«mos examinado la superioridad del poder cons-«tituyente sobre el poder ejecutivo, sino que en «cierto modo hemos echado un velo sobre estas «cuestiones (en efecto la asamblea habia esplica-«do en su favor el modo con que debian ser en-«tendidas, sin decretar nada sobre este punto). «Pero si se intenta poner en duda nuestro poder «constituyente, se nos pondrá en precision de de-«clararle. Obrese francamente y sin mala fé, su-«puesto que todos convenimos en las dificultades «de la ejecucion, pero tampoco la exigimos. Es «verdad que reclamamos la abolicion de los ofi-«cios, pero indicando para en adelante su reem-«bolso con la correspondiente hipoteca. Tambien «es verdad que caracterizamos de destructor de

* Véase la nota 7 al fin del tomo.

« la agricultura el impuesto con que hoy se man-
« tiene el clero, pero en tanto que se reemplaza
« con otro, mandamos que se sigan percibiendo
« los diezmos; suprimimos las jurisdicciones de se-
« ñorio, pero dejándolas existir hasta que se esta-
« blezcan otros tribunales. Hacemos lo mismo con
« los demas artículos, en los cuales solo se contie-
« nen principios que es preciso convertir en irre-
« vocables por medio de la promulgacion. Por otra
« parte, aun cuando fuesen falsos estos principios,
« ya andan en boca de todo el mundo, y es impo-
« sible revocarlos. Repitamos con ingenuidad al
« rey lo que decia un loco á Felipe II, príncipe
« tan absoluto como sabemos: ¿Qué harias tú si to-
« do el mundo digese que si, cuando tu dices
« que no? »

La asamblea mandó de nuevo á su presidente ir á pedir la promulgacion al rey, el cual la otorgó. La asamblea por su parte al deliberar sobre la duracion del *veto* suspensivo, lo estendió á dos legislaturas, pero hizo muy mal en dar á entender que esta concesion era en cierto modo una recompensa concedida á Luis XVI por lo que el mismo cedia de su opinion.

Mientras que en medio de los obstáculos suscitados, tanto por la mala voluntad de los privilegiados como por los arrebatos populares, caminaba la asamblea al fin que se habia propuesto,

«para meditarle, no debe la asamblea car-
«gar con la responsabilidad del evento con su
«aprobacion ó desaprobacion de los medios
«propuestos.» En vista de estas razones aconsejó votarle inmediatamente y de confianza. Seducida la asamblea, adhirió á la propuesta de Mirabeau, á quien mandó retirarse para redactar el decreto. Entre tanto iba calmándose el entusiasmo, pretendiendo los enemigos del ministro que existian recursos que no habia sabido buscar. Sus amigos por el contrario atacaron á Mirabeau, quejándose de que habia querido agoviarle bajo la responsabilidad de los sucesos que podian ocurrir. Volvió Mirabeau y leyó su decreto, y habiéndole oido Mr. de Virieu le dijo: «eso es hacer añicos el plan del «ministro!» Mirabeau, que jamas sabia retroceder sin contestar, confesó francamente cuales habian sido sus miras. Convino en que se adivinaba su pensamiento cuando se decia que queria hacer pesar sobre Mr. Necker toda la responsabilidad de los acontecimientos, añadiendo que no tenia el honor de ser amigo suyo; pero aunque lo fuese del modo mas tierno, era ciudadano antes que todo, y no titubearia en comprometerle primero que á la asamblea; que no creia que el reino peligrase aun cuando Mr. Necker se hubiese equivocado, y que por lo contrario se comprometeria el bien público, si la asamblea llegaba á perder su

crédito por falta de tino en una operacion decisiva. Propuso en seguida una proclama para escitar el patriotismo nacional, y apoyar el proyecto del ministro.

Se aplaudieron sus palabras, pero continuó la discusion haciéndose mil propuestas, y pasándose el tiempo en vanas sutilezas; cansado de tantas contradicciones, y convencido de la urgencia de los recursos, subió á la tribuna Mirabeau por la última vez y fijando de nuevo la cuestion con admirable claridad, demostró la imposibilidad de sustraerse á la necesidad del momento. Inflamándose entonces su genio, pintó los horrores de la bancarrota presantándolos como un impuesto desastroso, que en vez de pesar ligeramente sobre todos, recaia únicamente sobre unos pocos á quienes aniquilaba: la presentó como una sima abierta en que se precipitaban víctimas vivas y que no se vuelve á cerrar ni aun despues de haberlas devorado, porque no dejan de subsistir las deudas por solo haberse negado á pagarlas. Aterrorizando por fin á la asamblea « un dia de « estos, dijo á propósito de una mocion ridícula, « en el palacio real se han oido estas palabras: Te« neis á Catilina á las puertas de Roma y os entre« teneis en deliberar! Seguramente ni habia Cati« lina, ni habia peligro, ni habia Roma; pero ahi « está la horrenda bancarrota amenazando de-

« voraros á vosotros, á vuestro honor, á vuestros « caudales, y pasais el tiempo deliberando! * »

Al oir estas palabras se levantan los diputados dando gritos de entusiasmo, y aunque quiso contestar un diputado, tuvo que retirarse inmóvil y asombrado del efecto que habian producido. Entonces declaró la asamblea que oido el informe de la comision, votaba de confianza el plan del ministro de hacienda. Tuvo Mirabeau la satisfaccion del triunfo de la elocuencia, pero solo podia conseguirle el que tuviese igualmente su razon y sus pasiones.

* Sesion de 22 y 24 de setiembre.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO TERCERO.

PAGINA 216.

1 Berthier, intendente de Paris, consejero de estado etc. fué sacrificado por el populacho de la manera que refiere el testo. Pero se omite una circunstancia bien horrible que pinta la ferocidad de que estaban poseidos algunos de los que servian de instrumento á la revolucion, y fué que uno de los monstruos que le acometieron metió la mano en sus entrañas, le arrancó el corazon todavia palpitante, le clavó en una pica y le llevó á presentarle á la comision de subsistencias. Dejó aquel desgraciado una viuda y ocho hijos.

PAGINA 267.

2 Juan Siffrein Maury, diputado á los estados generales, cardenal presbitero, con el titulo de la Santísima Trinidad en el monte Pincio, arzobispo de Nicea, obispo de Montefiascone y Corneto, arzobispo administrador de Paris, miembro de la legion de honor, de la academia francesa y de la de los Arcades, gran cruz de la órden de la Reunion etc. nació en Valreas, diocesis de Aviñon el 16 de junio 1746. Su padre era un pobre zapatero, que deseando á su hijo una suerte mas próspera que la suya, le puso á estudiar en un colegio, donde no tardó en dar pruebas de mucha aplicacion y talento. Terminados sus estudios profanos, pasó al seminario de S. Carlos, y despues al de la Santa Guardia. Apenas habia cumplido 20 años, cuando vino á Paris en calidad de profesor particular, pero en el coche de camino don-

de venia trabó amistad con dos jóvenes tan pobres como él, aunque ricos de esperanzas, que iban á la capital á buscar fortuna : el uno era médico y el otro abogado. El primero era nada menos que Portal y el segundo Treilhard.

Desde el año 1776 ya publicó Maury el *elogio fúnebre del Delfin y el de Estanislao*. Un año despues concurrió al premio del *elogio de Carlos V y de las ventajas de la paz*, que eran los dos asuntos propuestos por la academia. Estos ensayos le decidieron á dedicarse á la elocuencia del púlpito, proponiéndose seguir las huellas de Bossuet y de Massillon, para lo cual se preparó componiendo el *ensayo sobre la elocuencia del pùlpito*, que es en nuestro concepto la mejor de sus obras. En los años siguientes publicó el *elogio de Fenelon* y los *panegíricos de S. Luis y de S. Agustin* que le dieron una grande y bien merecida reputacion. Hiciéronle predicador del rey, y se condujo de tal modo que sin desagradar á este, no pudieron tampoco los filósofos de la enciclopedia, que tan en moda estaban entonces, descargar sobre él el peso del ridículo. Esta conducta le valió una abadía y una plaza en la academia. En 1785 pronunció aquel admirable discurso intitulado *panegírico de S. Vicente de Paul*, despues del cual solicitó del rey que mandase elevar en su propio palacio una estatua al salvador de los niños espósitos, en cuyo pedestal habian de gravarse estas pocas palabras : *un buen rey á un buen ciudadano*.

Pero ya se acercaba la tormenta, y Maury no se detuvo á aguardarla sino que la salió al encuentro, mezclándose por ambicion en las primeras luchas de la corte con los parlamentos. Estas disputas en que solo se trataba de quien habia de usurpar mayor autoridad, dieron ocasion al pueblo para sublevarse. Nombrado diputado por el clero en su calidad de prior de Lions, no tardó en ponerse á la cabeza de su órden. « Acabo de alquilar, le « dijo á Bailly, una habitacion en Versalles, y V. tendrá « siempre un cubierto puesto á mi mesa : nos reunirémos « para hacer el bien. » Mas estas bellas ilusiones empeza-

ron á disiparse con la toma de la Bastilla que es cuando conoció los peligros que amenazaban al estado, y para substraerse á ellos determinó huir, pero le detuvieron en Perona. Vuelto á la asamblea, continuó en ella hasta el 30 de setiembre 1791 en que se disolvió la constituyente. Hasta la huida de Luis XVI puede decirse que estuvo siempre en la brecha combatiendo todas las medidas revólucionarias, especialmente la de la espoliacion del clero, en que por desgracia era persona interesada, y en la de la emision del papel moneda. « Aquí teneis, « decia frotando entre sus manos algunos billetes de Law, « esos desastrosos papeles, cubiertos con la sangre y « las lágrimas del pueblo, y que debieran colgarse como « unos fanales para señalar los escollos contra los cuales « va á estrellarse la nave del estado. » Pero estas esclamaciones, de cuya certeza estaba convencida la asamblea, debieron ceder á la imperiosa ley de la necesidad. Vencido en esta cuestion, como en todas las luchas que suscitaba contra el partido democrático, volvia sin embargo á presentarse Maury con la misma serenidad y paciencia que el dia anterior. En vano le insultaban diariamente los periódicos revolucionarios y los ultrages de la multitud: en vano llegaron á golpearle mas de una vez, y en vano tambien corrió peligro de perecer trágicamente por que á todo respondia con alguna gracia ó con una salida ingeniosa. Es bien sabida la agudeza con que replicó á los que le amenazaban de colgarle de un farol. « Y bien « les dijo, suponiendo que me colgais ¿ vereis mas claro « por eso? » Otro dia una vieja desdentada le perseguia por el palacio real diciendo, ahi va el abate Maury, el abate Maury que va á decir misa. Entonces volviéndose á ella y sacando un par de pistolas que llevaba en el bolsillo, la respondió: « Sí, tienes razon y aquí están las « vinageras. »

Al fin despues de haber sido mas útil á su gloria que á la causa que defendia, abandonó la Francia para recorrer el Piamonte, los Paises Bajos y las orillas del Rhin, recibiendo en todas partes muestras de aprecio y admi-

Biblioteca Universitaria - Oviedo

racion. Deseaba mucho ver á Roma, y como ya habia adquirido allí cierta celebridad á causa del empeño con que se opuso á la reunion del condado de Aviñon á la Francia, se dirigió á la capital del mundo cristiano. El papa Pio VI le consagró arzobispo de Nicéa el 1.° de marzo 1792, y le envió en calidad de nuncio á la dieta de Francfort, reunida por Francisco II: mas no gozó en ella de ningun influjo, á causa de su lenguage, que era muy poco cristiano y de sus maneras triviales. Mas esto no impidió que el papa le crease en 1794 cardenal y obispo de Montefiascone y Corneto. Este rico obispado y su bellísima situacion, hizo por algun tiempo las delicias de Maury; pero la revolucion francesa, que ya le habia privado de su priorato de Lyon, vino tambien á echarle de su palacio episcopal. Le fué preciso retirarse á Toscana y desde allí á Venecia disfrazado de carretero. Luego se fué á San Petersburgo y despues volvió á Italia para el cónclave de 1799. Luis XVIII, que estaba entonces refugiado en Mittau, le nombró su embajador cerca del Valticano, y si los soberanos que estaban en el ejercicio de su poder necesitan pensar muy despacio en la clase de sujetos que envian de embajadores, mucha mayor circunspeccion necesitan aquellos que andan errantes y desgraciados. Así fué que el hermano de Luis XVI no tardó en tener que arrepentirse de haberse fiado del abate Maury. Al principio es verdad que combatió vivamente las usurpaciones de Bonaparte, pero poco despues inclinó la cerviz delante del nuevo ídolo que aparecia en el horizonte. El 22 de agosto 1804 escribió al emperador solicitando el honor de presentársele en Génova y el permiso de volver á entrar en Francia, como lo verificó en 1806. Declarado cardenal frances y nombrado capellan mayor de Gerónimo Bonaparte, á quien sin embargo no acompañó á Stutgard: despreciado de su antiguo partido y poco estimado de todos, no pudo recuperar jamas ni consideracion ni influjo. Buonaparte se divertia algunas veces recordándole su antigua pasion por la familia de Enrique IV y Maury le respondió: en otro tiempo confieso que tuve fé en los

« Borbones: V. M. me ha quitado la esperanza, dejadme « á lo menos, Señor, la caridad. » Vuelto á admitir en la academia, pronunció un discurso tan largo y tan recargado de elogios al nuevo César, que fastidió á todos; pero tal vez no dejó de contribuir á que se le nombrase administrador de la diócesis de Paris el 14 de octubre 1810. Cuanto mas ascendia Maury en autoridad, tanto mas perdia en la opinion, porque era incapaz de guardar el menor decoro ni la menor reserva en sus debilidades. Cuando ocurrieron las nuevas discordias entre el soberano pontífice y Napoleon, le mandó el papa que renunciase la administracion del arzobispado, pero no hizo caso alguno de este precepto. En 1814 apenas cayó Bonaparte, cuando el cabildo de Paris echó al cardenal de su silla, y la familia de los Borbones no quiso perdonarle su antigua traicion. Entonces creyó encontrar un asilo en Roma; pero allí le pusieron en una carcel, donde estuvo seis meses. Despues de esta prision y otros seis meses de ejercicios, á que se le condenó en los Lazarinos, habiendo renunciado á su obispado de Montefiascone, obtuvo su perdon de la misericordia del Papa, y murió dos años despues de una afeccion escorbútica en la noche del 10 al 11 de mayo 1817.

PAGINA 268.

3 Malouet, intendente de marina en Tolon y diputado por el estado llano á los estados generales, fué durante la sesion partidario de la monarquía, pero sin tomar parte en las intrigas ni en las facciones. Tenia la voz muy débil y el pecho delicado, por lo cual no producia grande efecto cuando subia á la tribuna, si bien contribuyó mucho á las primeras resoluciones de los de su clase. Uno de los proyectos á que se opuso mucho fué al del armamento de los guardias nacionales y á las excesivas facultades con que se revistió á los ayuntamientos. Igualmente manifestó su repugnancia á la importuna declaracion de los derechos del hombre, diciendo con mucha razon que

lo que importaba era tranquilizar los ánimos en vez de aflojar los vínculos de la sociedad con definiciones metafísicas. Ya se deja presumir que un hombre de tales principios no podria menos de hacerse temible y odioso á los jacobinos y exagerados, y que al fin de cuentas él debia morir ó emigrar. Prefirió esto último é hizo muy bien como lo hicieron tambien otros muchos, por mas que, despues de pasado el peligro, hayan criticado tantos escritores esta forzosa resolucion de tantos hombres de mérito y de principios algo mas liberales que sus perseguidores. Como si no hubiese habido demasiadas víctimas, para que suspiremos todavía por los que lograron sustraerse con la fuga á la hidropesia del cadalso. Malouet se fué á Inglaterra y cuando supo el atentado que iba á cometerse de juzgar al rey, escribió al consejo ejecutivo ofreciéndose á venir á defender oficiosamente á Luis XVI, pero no se lo permitieron. Volvió á Francia despues del 18 brumario, y aunque por de pronto se le arrestó de órden del ministro de policía, no tardó el gobierno en mandarle poner en libertad y enviarle de comisario general de marina á Amberes. Es autor de varias obras, entre las cuales citarémos una *Memoria sobre la esclavitud de los negros en* 1785. *Cartas á sus comitentes en* 1789. *Defensa de Luis XVI en* 1792. Exámen de la siguiente cuestion ¿ *Cuál será para las colonias de América el resultado de la revolucion francesa, de la guerra consiguiente á ella y de la paz que ha de terminarla ? en* 1796. ¿Tambien existe una coleccion de sus opiniones en 5 tomos en 4.°, y otra coleccion de memorias sobre la administracion de las colonias, cuya direccion desempeñó en tiempo de Luis XVI.

PAGINA 276.

4 Luis, vizconde de Noailles, coronel de cazadores de Alsacia y diputado por la nobleza de Nemours á los estados generales, fué uno de los que con mas calor y actividad abrazaron los principios de la revolucion, y el primero que en la noche del 4 de agosto 1789 provocó

la renuncia de todos los privilegios y la abolicion de los derechos feudales. El 5 de junio 1790 propuso en el club de los jacobinos la prohibicion de usar de ninguna tela estrangera para vestirse y así se acordó. Se batió á la pistola con Barnave, pero despues de haber aguantado el fuego de este, disparó él la suya al aire y los testigos les reconciliaron. Presentó á la asamblea diferentes informes sobre la organizacion del ejército y de la gendarmeria nacional, proponiendo entre otras medidas útiles, la perjudicialísima de estimular á los soldados á que concurriesen á los *clubs*, como medio, segun él decia, de que tomasen gusto á la constitucion. En una palabra, participó como jóven de todas las ilusiones de aquel tiempo y de aquellas estraordinarias circunstancias, pero al fin conoció los escesos á que conducen cuando pasan los límites de la razon y de la prudencia, y llegó á convencerse de que nadie juega impunemente con el reposo de los pueblos. Huyó de Francia durante el terrorismo, pero luego volvió y tomó servicio en el ejército, habiendo pasado á América en calidad de general de brigada, y fué muerto el año 1805 en un combate naval contra los ingleses al tiempo de la evacuacion de la isla de Santo Domingo en su travesia para Cuba. Su muger fué condenada á muerte en 1794 por el tribunal revolucionario, como cómplice de una conspiracion que se fingió ó se descubrió en la prision de Luxemburgo donde estaba presa: tenia entonces 34 años.

PAGINA 277.

5 Armando Vignerot Duplesis-Richelieu, duque de Aiguillon, par de Francia, era coronel del regimiento de caballeria el Real de Polonia, y comandante de los caballos ligeros de la guardia real. En 1789 fué diputado por la nobleza de Agen á los estados generales y uno de los mas adictos á los principios de la revolucion. Los realistas esparcieron la voz de que él habia sido uno de los que disfrazados con trage de muger escitaban á los desórdenes

en la noche del 5 al 6 de octubre; pero no se pudo probar nada en la causa que se siguió sobre esto en la audiencia, si bien muchos testigos lo aseguraron de oidas. Sus trabajos en la asamblea se redugeron á estar en las comisiones de verificacion de poderes y en la de liquidacion del déficit, que segun el informe que él presentó ascendia á 30 millones y 800 mil libras. Tuvo grande empeño en que los empleos no se habian de proveer por el rey sino por el cuerpo legislativo, y en que tambien se reservase este el derecho de paz y guerra. Igualmente propuso el dia 13 de agosto 1791 que se prohibiese para siempre que los reyes ni los herederos presuntivos de la corona pudiesen mandar los ejercitos. En 1792 reemplazo al general Custines en el mando del ejército que ocupaba las gargantas de Porentrui, donde permaneció hasta despues del 10 de agosto. Entonces habiéndosele escapado en una carta que escribia á Barnave la espresion de que la asamblea era *usurpadora*, bastó para que saliese un decreto de acusacion contra él, cuyos efectos supo evitar huyendo nada menos que á Inglaterra. No dejó de llamar la atencion, que un hombre que tanto se habia distinguido por sus opiniones contra el rey y contra toda su familia, se esplicase en aquellos términos contra la corporacion que le apeó del trono. Pero se dijo para esplicar esta contradiccion, que el motivo de su conducta habia sido cierto resentimiento que tuvo con la reina, y que deseando hacerse lugar en el partido democrático no pudo lograrlo por falta de talento. Lo cierto es que cuando llegó la época de la revision de la constitucion, se volvieron del lado de la corte muchos individuos de la nobleza que la habian abandonado, y que á d'Aguillon no le valieron para con el pueblo sus opiniones precedentes. Durante todo lo demas de la revolucion desapareció de la escena política y murió en Hamburgo el 4 de mayo 1800, en el momento en que acababan de borrarle de la lista de los emigrados y se disponia para volver á Francia.

PAGINA 276.

6 Leguen de Kerengal era un fabricante de lienzos y propietario en Laudivisiau, diputado por el senescalato de Lesneven á los estados generales.

PAGINA 297.

7 El marques de Saint Hurugue era un caballero de Borgoña, que desde muy jóven malgastó su herencia, y por un lance de honor le pusieron preso en el castillo de Dijon, de órden del tribunal de mariscales de Francia. Apenas salió de la prision contrajo matrimonio con una muger pública, á la cual dió tan mal trato que se vió en la necesidad de solicitar un mandamiento de prision para su marido, y consiguió que le encerraran en Vincennes y despues en Charenton. Vuelto á poner en libertad en 1777 se fué á Inglaterra, de donde no volvió hasta que principiaron los primeros síntomas de la revolucion, con el intento bien decidido de saciar lo que él llamaba sus venganzas. Sus cualidades físicas y morales no podian menos de agradar á los corifeos de los alborotos, porque tenia todas las trazas de un mozo de cordel y una voz estentórea que dominaba en los grupos. Despues de la aventura que refiere el texto, solicitó y obtuvo la comision de ir á quemar las casas ricas del distrito de Macon, en lo que empleó todo el mes de setiembre 1789, volviéndose á Paris para no faltar á las terribles escenas del 5 y 6 de octubre. Entre la canalla era conocido con el apodo de *el padre Adan*, y llegó á adquirir gran fama en el arte de colgar de los faroles de las calles á los infelices que incurrian en su ódio. Asi continuó los años siguientes, capitaneando todos los tumultos y enborrachándose en todas las tabernas. Pero donde lo lució mas particularmente fué en el palacio real el 1.° de mayo 1791, cuando quemaron un monigote de pasta que representaba al papa, y luego el 20 de junio 1792 cuando él y Santerre al

frente del populacho, desfilaron delante de la asamblea y penetraron en Tuillerías para insultar al rey y á la reina. Y finalmente solo puede decirse de él que no hubo género de crueldad y de ignominia en que no se distinguiese durante la fatal época del terror, predicando por todas partes la muerte y el incendio, como señales evidentes de patriotismo. Sin embargo, este miserable vivia todavía hace poco, pasando una vejez tan triste como infame habia sido su juventud.

PAGINA 304.

8 El duque de Mortemar, par de Francia y diputado por la nobleza de Sens á los estados generales, tomó raras veces la palabra mientras que ellos duraron. Luego emigró á Inglaterra y levantó un regimiento al sueldo de aquella nacion, que luego se reunió al del duque de Castries y vino á hacer la guerra en Portugal.

PAGINA 304.

9 Arnoult era un abogado de Dijon que no se hizo notar en la asamblea sino por haber sido el primero que propuso la supresion de los diezmos y la exclusion de la familia real de España á la sucesion del trono de Francia. Hay de él algunos informes sobre la exportacion de granos, sobre la pesca y sobre los dominios de la corona, y es autor de una coleccion de decretos de la asamblea constituyente.

PAGINA 308.

10 El marques de Gouy d'Arcy, teniente coronel de caballeria al servicio de Francia y diputado por Sto. Domingo á los estados generales, abrazó el partido de la revolucion, y como tal disculpó los excesos cometidos por el pueblo el dia de la toma de la Bastilla. Mas no por eso se crea que él fuese sanguinario, antes bien pasó por de-

masiado débil cuando fué á restablecer el órden en Noyon. El fué quien propuso la necesidad de que se interceptasen y abriesen las cartas en tiempo de revolucion y dió mucha prisa para que se formase una comision espresa para ello. Varias veces presentó proyectos de hacienda y empréstitos forzosos, pero nunca tuvo el influjo necesario para hacerlos adoptar. Al fin de la legislatura le hicieron mariscal de campo; pero habiendo continuado y aun estrechado sus relaciones con el duque de Orleans, tuvo el mismo fin que todos los demas gefes de aquella faccion, habiendo sido condenado á muerte por el tribunal revolucionario el 23 de julio 1794, por complicidad en una conspiracion descubierta en la prision de los carmelitas, donde se hallaba desde el mes de abril anterior. Tenia entonces 41 años y aunque habia nacido en Paris estaba domiciliado en Arcy.

CAPITULO IV.

Intrigas de la Corte. — Banquete de los guardias de corps y de los oficiales del regimiento de Flandes en Versalles. — Dias 4, 5 y 6 de octubre, escenas tumultuosas y sangrientas, ataque del palacio de Versalles por la multitud. — Viene el rey á fijarse en Paris. — Estado de los partidos. — Sale de Francia el duque de Orleans. — Negociaciones de Mirabeau con la corte. — Traslacion de la asamblea á Paris. — Ley sobre los bienes del clero. — Juramento cívico. — Tratado entre Mirabeau y la corte. — Bouillé. — Proceso de Favrás. — Planes contrarevolucionarios. — Clubs de los jacobinos y de los fuldenses.

Al paso que la asamblea continuaba batiendo el edificio por todas sus partes se preparaban grandes acontecimientos. Con la reunion de estamentos, habia recobrado la nacion la omnipotencia constituyente y legislativa, y á consecuencia del suceso de 14 de julio se habia puesto en armas para sostener á sus representantes quedando el rey y la aristocracia aislados y desarmados, sin

mas garantia que la propia conviccion de sus derechos en presencia de una nacion pronta á intentar y ejecutarlo todo. Sin embargo, la corte retirada en una pequeña ciudad, poblada únicamente de criados suyos, se hallaba, en cierto modo, fuera del influjo popular y podia tal vez intentar un golpe de mano contra la asamblea. Era natural que Paris, situado á corta distancia de Versalles, siendo capital del reino y estando poblada de una inmensa multitud, desease tener al rey en su seno, para sustraerle á todo influjo aristocrático y recobrar las ventajas que proporciona á una ciudad la presencia de la corte y del gobierno. De suerte que despues de haber, por decirlo asi, aniquilado la autoridad del rey, solo restaba asegurarse de su persona, lo cual era una consecuencia del curso que habian tomado las cosas, y asi no se oia otro grito por todas partes que el de *el rey á Paris*! ya no pensaba la aristocracia en defenderse contra nuevas pérdidas, porque demasiado poco valia lo que la quedaba para ocuparse en conservarlo, y no estaba menos impaciente que el partido popular por una mudanza violenta. Infalibles son las revoluciones, cuando se reunen dos partidos para provocarlas: ambos contribuyen al estallido, pero solo el mas fuerte se aprovecha del resultado. Al paso que los patriotas deseaban conducir el rey á Paris, medi-

taba la corte llevarle á Metz, que era una plaza fuerte de primer órden, desde donde podria mandar cuanto quisiese, ó por mejor decir cuanto se hubiese querido en su nombre. Formaban abiertamente los cortesanos planes y proyectos, procuraban reclutar gente, y entregándose á vanas esperanzas se denunciaban á si mismos con sus imprudentes amenazas. Mandaba la guardia nacional de Versalles el general Destaing [1], que tanta celebridad habia adquirido recientemente al frente de nuestras escuadras. Procuraba ser igualmente fiel á la nacion y á la corte, papel muy difícil que casi siempre se interpreta mal y que solo pueden desempeñar con honor los hombres que están dotados de un carácter firme. Supo todas las intrigas de los cortesanos en que figuraban los mas altos personages y se le habian dado las pruebas mas auténticas de ello, lo cual le decidió á escribir á la reina una carta muy célebre en que la manifestaba con respetuosa firmeza la poca utilidad y mucho peligro de semejantes tramas. No la ocultó nada y nombró á todos los personages; pero la carta quedó sin efecto. * Una vez que habia dado la mano á semejantes empresas, no debia la reina estrañar que se le hiciesen representaciones.

Se notó en Versalles en aquella misma época,

* Vease la nota 8 al fin del tomo.

la llegada de un gran número de hombres á quienes nadie habia visto nunca, algunos con uniformes desconocidos. Se mandó permanecer allí á la compañía de guardias de corps, cuyo servicio se habia concluido, y fueron llamados algunos dragones y cazadores del regimiento de los tres obispados. Al mismo tiempo los guardias franceses que habian abandonado el servicio del rey, irritados de que se hubiese confiado á otros, quisieron ir á Versalles para volverlo á tomar. Indudablemente no tenian la menor razon de quejarse, supuesto que habian abandonado ellos mismos aquel servicio, pero se cree que obraban por instigacion agena. Tambien se aseguraba en aquel tiempo que la corte habia intentado por este medio asustar al rey y lograr su consentimiento para el viage de Metz. Hay un hecho que no deja de probar este intento, pues que desde los motines del palacio real habia Lafayette colocado un puesto militar en Sévres para defender el paso de Paris á Versalles, pero tuvo que retirarle á peticion de los diputados de la derecha. Logró Lafayette detener á los guardias franceses y hacerles renunciar á su proyecto, y escribió confidencialmente al ministro Saint-Priest para avisarle de lo que habia pasado y disipar enteramente sus temores. Abusando Saint-Priest de la carta, se la enseñó á Destaing, quien se la comunicó á los oficiales de la guardia

nacional de Versalles y á la municipalidad, para instruirlos de los peligros que habian amenazado á la ciudad y de los que podian amenazarle todavia. Se proyectó llamar al regimiento de Flandes y aunque se opusieron muchos batallones de la guardia de Versalles, la municipalidad pidió y obtuvo que fuese llamado dicho regimiento. No era gran cosa la fuerza de un solo regimiento contra la asamblea, pero bastaba para llevarse al rey y proteger su evasion. Comunicó Destaing á la asamblea nacional las medidas que se habian tomado, y obtuvo su aprobacion. Llegó el regimiento, y aunque con poco aparato militar, su llegada no dejó de escitar murmullos. Se apoderaron de los oficiales los guardias de corps y los cortesanos colmándolos de caricias, y como antes del 14 de julio, hubo demostraciones de coalizacion y concierto que hicieron concebir grandes esperanzas.

Esta misma confianza de la corte aumentaba los recelos de Paris, y no tardó en irritarse el pueblo al saber las fiestas y regocijos de Versalles, mientras que de todo se carecia en Paris. El 2 de octubre se propusieron los guardias de corps convidar á un banquete á los oficiales de la guarnicion, eligiendo al efecto el salon del teatro, cuyos palcos se llenaron de espectadores de la corte. Entre los convidados figuraban los oficiales de la guardia

nacional, y reinó durante la comida mucha alegría que no tardó en pasar á exaltacion con el mucho vino que se bebió. Antes de concluirse el banquete fueron introducidos los soldados de los regimientos, y los convidados con la espada en la mano brindaron á la salud de la familia real, reusando ó cuando menos omitiendo brindar á la de la nacion; los clarines dieron el toque de carga, á cuyo sonido trepando los concurrentes por los palcos, se pusieron á cantar la cancion tan conocida *O Richard! ó mon Roi l'univers t'abandonne!* O Ricardo, rei mio el mundo te abandona: jurando morir por el rey, como si se encontrára en el mayor peligro. En fin el delirio escedió todos los límites de la decencia, se distribuyeron escarapelas blancas ó negras, pero de un solo color. Los jóvenes de ambos seyos parecian animarse con recuerdos caballerescos, se dice tambien que en aquel momento fué hollada y pisoteada la escarapela nacional. Esto último se ha negado despues, pero todo es creible y aun puede hasta cierto punto escusarse con el esceso del vino. Por otra parte, ¿á qué venian esas reuniones que no suelen producir mas que demostraciones falsas y solo sirven para escitar irritaciones positivas y terribles?

En aquel momento fueron á buscar á la reina que consintió en presentarse á la comida, igualmente que el rey que acababa de llegar de la ca-

za. Todo el mundo se echó á sus pies y cuando se retiraron, les fueron acompañando en triunfo hasta su aposento. Grato es sin duda, á quien se cree despojado y amenazado, encontrar algunos amigos, pero suele ser tambien muy fatal equivocarse acerca de sus propios derechos y sobre su propia fuerza. Cundió muy pronto la noticia de aquella fiesta, y sin duda la imaginacion popular añadia en las relaciones que oia su propia exageracion á la que habia producido la comida. Las promesas hechas al rey fueron consideradas como amenazas á la nacion, y mirada como insulto á la miseria pública la prodigalidad de aquella funcion. El resultado fué que los gritos, *vamos á Versalles* volvieron á empezar con nueva violencia. Asi iban amontonándose las pequeñas causas, para aumentar el efecto de las generales. Algunos jóvenes que tuvieron la imprudencia de presentarse con escarapelas negras fueron perseguidos; á uno de ellos le arrastró el pueblo, y se vió obligada la municipalidad á prohibir las escarapelas de un solo color.

El dia siguiente de la funesta comida pasó otra escena semejante en un almuerzo que dieron los guardias de corps en el salon del picadero. Hubo nueva presentacion á la reina, que dijo: haber quedado muy satisfecha de la fiesta del jueves. La escuchaban con gusto, porque como era menos re-

servada que el rey, se esperaba saber por ella cuales eran los sentimientos de la corte, y asi sus palabras pasaban de boca en boca. Crecia la agitacion y podian pronosticarse los mas siniestros acontecimientos, pues el pueblo tenia tantas ganas de un alboroto como la misma corte. Aquel, por apoderarse del rey, y esta para que el susto le obligase á refugiarse á Metz. No le disgustaba tampoco al duque de Orleans que esperaba lograr la regencia del reino, si el rey se alejaba. Hasta se llegó á decir que las esperanzas del príncipe iban nada menos que á apoderarse de la corona, lo cual no es muy creible atendida su pusilanimidad para tan grande ambicion. Las ventajas que podia prometerse de aquella nueva insurreccion son las que le han hecho acusar de haber tenido parte en ella, pero no hay una palabra de cierto. El no pudó ciertamente dar el impulso, porque este nacia de la misma fuerza de las cosas, y lo mas que pudo hacer fué contribuir á él, y aun tampoco puede admitirse esta suposicion, porque ni la escrupulosa sumaria que se instaló sobre ello, ni el tiempo que todo lo descubre han dejado ningun rastro de que hubiese un plan concertado. Es indudable que en aquella circunstancia, como durante toda la revolucion, el duque de Orleans no hizo mas que seguir el movimiento popular, esparciendo tal vez algun dinero, dando

lugar á hablillas y teniendo solamente algunas esperanzas vagas. Conmovido el pueblo por las discusiones sobre el veto, irritado con las escarapelas negras, incomodado por las patrullas continuas y exasperado sobre todo por el hambre, estaba dispuesto á sublevarse. Nada perdonaban Bailly y Necker para que abundasen las subsistencias; pero sea por la dificultad de los trasportes ó bien por los saqueos que se hacian en los caminos, y mas aun por la imposibilidad de suplir al movimiento espontaneo del comercio que habia cesado del todo, faltaban las harinas. El 4 de octubre fué mayor que nunca la agitacion, porque se hablaba de la salida del rey para Metz, y de la necesidad de irle á buscar á Versalles; se miraba con recelo á las escarapelas negras y por todas partes se clamaba por pan. Se logró contener al pueblo con fuertes y numerosas patrullas, y se pasó la noche con bastante tranquilidad. Al dia siguiente 5 volvieron á reunirse los grupos desde por la mañana, las mugeres cercaron las tiendas de los panaderos y, como faltaba el pan, corrieron á la casa de la ciudad para quejarse á los municipales que todavia no se habian reunido. Encontraron únicamente un batallon de la guardia nacional formado en la plaza, algunos hombres se incorporaron con aquellas mugeres, pero los echaron diciendo que los hombres no sabian hacer nada y

en seguida se precipitaron sobre el batallon, al cual hicieron retroceder á pedradas. En este momento, habiendo logrado derribar una puerta, fué invadida la casa de la ciudad, en que entraron de tropel con las mugeres muchos pillos armados de lanzas y quisieron incendiarla. Se logró alejarlos de allí; pero se apoderaron de la puerta que conducia á la campana gorda, y tocaron á rebato á cuyo toque los arrabales se pusieron en movimiento. Un ciudadano llamado Maillard [2] de los que mas se habian distinguido en la toma de la Bastilla, acudió al oficial que mandaba el batallon de la guardia nacional para buscar un medio de libertar la casa de la ciudad de aquellas mugeres furiosas. No se atrevió el oficial á aprobar el medio propuesto que era reunirlas bajo pretesto de ir á Versalles, pero con la intencion de no conducirlas allí. Con todo eso se decidió Maillard y cogiendo un tambor, todas se fueron tras de él. Iban armadas con palos de escobas, fusiles y nabajas. A la cabeza de aquel ejército tan particular, siguió Maillard por el muelle abajo, atravesó el Louvre, y se vió á pesar suyo en la precision de dirigir aquellas mugeres por las Tullerias hasta que llegó á los campos eliseos; allí logró desarmarlas, persuadiéndolas que era mejor presentarse á la asamblea como suplicantes y no como furias armadas; consintieron en ello y se vió

obligado á conducirlas á Versalles, no siendo ya posible distraerlas de aquel intento que ya entonces era general. Se veian hordas enteras de mugeres arrastrando cañones, otras cercando á la guardia nacional, la cual tambien cercaba á su gefe, y todos se dirigian hacia Versalles, único objeto del deseo universal.

Durante este tiempo la corte se mantenia tranquila, pero no así la asamblea que recibia tumultuosamente un mensage del rey, á cuya aceptacion habia presentado los artículos constitucionales y la declaracion de derechos que aguardaba pura y sencilla con promesa de promulgarla. Por la segunda vez, el rey sin esplicarse mas de lo preciso, dirigia algunas observaciones á la asamblea, diciendo que daba su adhesion á los artículos constitucionales, aunque sin aprobarlos. Daba por buenas muchas de las máximas que se asentaban en la declaracion de derechos, pero que necesitaban esplicaciones, y por último decia que no podia hacerse juicio del conjunto sino cuando estuviese concluida la constitucion. Podia sin duda sostenerse esta opinion que era la de muchos publicistas, pero ¿convenia ó no espresarla en aquel momento? Apenas se acababa de leer aquella contestacion, cuando se oyeron quejas por todas partes, sosteniendo Ropespierre [3] que no tenia el rey derecho de criticar á la asamblea, y añadiendo Duport

que semejante contestacion necesitaba la firma de un ministro responsable. Aprovechó Petion aquella ocasion para recordar el banquete de los guardias de corps, denunciando de paso las imprecaciones proferidas contra la asamblea. Habló Gregoire de la escasez de víveres y preguntó con qué objeto se habia dirigido una carta á un molinero, ofreciéndole 200 francos semanales si se abstenia de moler. Esta carta no probaba nada, pues que podian haberla escrito todos los partidos y sin embargo escitó un gran tumulto.

Mr. de Mompey [4] pidió que se obligase á Petion á firmar su denuncia, entonces Mirabeau, á pesar de haber desaprobado en la misma tribuna á Petion [5] y á Gregoire, se presentó para contestar á Mr. de Mompey y dijo: « yo he sido el primero á « desaprobar estas denuncias impolíticas, pero su- « puesto que se insiste en ellas, yo mismo voy á « denunciar y firmaré despues que se haya decla- « rado que el rey solo es inviolable en Francia. » Al oir estas terribles palabras todos callaron y siguió la discusion sobre la contestacion del rey. Acababan de dar las once de la mañana cuando llegó la noticia de los movimientos de Paris. Se acercó Mirabeau al presidente Mounier, quien elegido recientemente á pesar de los clamores del palacio real y á quien amenazaba una caida gloriosa, se preparaba á desplegar en aquel triste

dia el mayor valor y firmeza. Se acercó pues Mirabeau, y le dijo: «Estamos amenazados por Paris, aparentad una indisposicion repentina; id «luego á palacio y aconsejad al rey que acepte «pura y sencillamente. A lo que contestó Mounier, «Si Paris está en marcha tanto mejor; que nos «maten á todos sin esceptuar uno, el estado ganará mucho en ello.» Bonito es el chiste, replicó Mirabeau, y volvió á sentarse. Continuó la discusion hasta las tres, y se decidió que fuera el presidente á pedir al rey la aceptacion pura y sencilla. En el momento en que iba á salir Mounier para palacio, se anunció una diputacion que se componia de Maillard y de las mugeres que le habian seguido. Pidió Maillard la entrada y la palabra, y concedido uno y otro se le introdujo seguido de las mugeres que inundaron el salon. Allí hizo relacion de lo que habia pasado, atribuyendo los desórdenes á la falta de pan y á la desesperacion del pueblo; habló de la carta dirigida al molinero y dijo que habia sabido por una persona á quien habia encontrado en el camino, que un cura párroco estaba encargado de denunciarlo. Este cura era Gregoire, quien, como acaba de verse, era el que habia hecho la denuncia. Se oyó entonces una voz que señaló al arzobispo de Paris Juigné como autor de la carta, pero fué repelida con la mayor indignacion la calumnia dirigida

contra aquel virtuoso prelado. Se impuso silencio á Maillard y á su diputacion, diciéndoles: que se habian tomado medidas para abastecer á Paris; que el rey no se habia olvidado de nada y que se le iba á suplicar que tomase otras mas eficaces, por lo que lo mejor era retirarse, en la inteligencia de que los alborotos no harian cesar la escasez.

En seguida salió Mounier para ir á palacio, pero se vió cercado por las mugeres que querian acompañarle y, á pesar de su resistencia, tuvo que admitir á seis de ellas, atravesando por las hordas armadas de lanzas, hachas y palos ferrados que acababan de llegar de Paris. Estaba lloviendo entonces si Dios tenia qué, cuando un destacamento de guardias de corps vino á escape sobre la turba que rodeaba al presidente y la dispersó, pero volvieron luego las mugeres á rodear á Mounier, quien llegó al palacio donde estaban formados en órden de batalla el regimiento de Flandes, los dragones, los suizos y la milicia nacional de Versalles. En lugar de seis mugeres tuvo que presentar doce al rey, quien las recibió con tanta benignidad, lamentándose de sus miserias en términos que quedaron conmovidas. Una de ellas que era jóven y hermosa, se quedó parada mirando al rey y apenas pudo pronunciar la palabra *pan*; enternecido el rey la abrazó y se retiraron las mugeres sin saber qué

decir al verse tan benignamente acogidas. Encuentran á las puertas de palacio á sus compañeras que no quieren dar crédito á su relacion, diciendo que se habian dejado seducir é intentan hacerlas pedazos, acuden para libertarlas los guardias de corps, mandados por el conde de Guiche, y en el momento se oyen por diversos lados varios tiros que mataron á dos guardias é hirieron algunas mugeres. A corta distancia de aquel punto un hombre del pueblo que estaba á la cabeza de varias mugeres, penetra por entre las filas de los batallones y llega hasta las rejas de palacio. Le persigue Mr. de Savonnieres [6], pero se le dispara un tiro que le rompe un brazo. Estas escaramuzas produgeron la mayor irritacion en uno y otro partido. Avisado el rey del peligro que le amenazaba, mandó retirar los guardias de corps á su cuartel prohibiéndoles hacer fuego, pero mientras se retiraban hubo algunos tiros entre ellos y la guardia nacional de Versalles, sin que se haya podido averiguar cuales fueron los primeros que empezaron á disparar.

En medio de tal desórden estaba el rey en el consejo y Mounier, aguardando con impaciencia su respuesta, daba incesantemente aviso de que sus funciones le llamaban á la asamblea; que con la noticia de la sancion se calmarian todos los ánimos y que iba á retirarse si no se le contestaba.

porque no queria ausentarse por mas tiempo. Tratábase en el consejo de si saldria ó no el rey de Versalles. Duró la sesion desde las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche, y se asegura que declaró el rey que no queria dejar el puesto vacante para el duque de Orleans. Se quiso hacer salir á la reina con sus hijos, pero la turba detuvo los coches al momento que los atisvó, y por otra parte, la reina estaba firmemente resuelta á no separarse de su esposo. En fin, á eso de las 10 de la noche, recibió Mounier la aceptacion pura y sencilla y se volvió á la asamblea. Se habian retirado ya los diputados y estaba el salon ocupado por las mugeres. Les anunció la aceptacion del rey que celebraron mucho, preguntándose si se mejoraria su suerte y sobre todo si tendrian pan. Les contestó Mounier lo mejor que pudo, y mandó repartirles cuanto pan fué posible hallar. En aquella noche en que tan dificil es discernir á quien se deben atribuir las mayores faltas, no se puede justificar á la municipalidad del descuido de no haber proveido á las necesidades de aquella turba hambrienta, lanzada fuera de Paris por falta de pan y que no habia podido encontrarlo en el camino. En aquel momento se anunció la llegada de Lafayette, que habia luchado durante ocho horas contra la milicia nacional de Paris para impedir el viaje de Versalles. Uno de los granaderos enca-

rándose con él, le dijo: «general, V. no nos en-
«gaña, pero le están engañando; en vez de volver
«nuestras armas contra las mugeres, vamos á
«Versalles á buscar al rey y asegurarnos de sus
«disposiciones colocándole en medio de nosotros.»
Resistia Lafayette á las instancias de su ejército y
de la multitud, pero como no tenia sobre sus sol-
dados aquel ascendiente que dá la victoria, sino el
de la opinion, en abandonándole esta ya no le
era dable contenerlos; sin embargo, lo logró
hasta la noche, pero su voz no se estendia sino á
corta distancia, lo cual no bastaba para calmar
el furor popular. Mas de una vez habia corrido
peligro de la vida y no obstante resistia conocien-
do que pues la insurreccion, aumentada á cada
instante con nuevos tropeles, se dirigia á Versa-
lles, su obligacion era seguirla y observarla has-
ta allí. Ademas de eso la municipalidad le dió ór-
den para ello y obedeció. En el camino hizo parar
su ejército y le tomó juramento de fidelidad al
rey. Llegó hacia la media noche, avisando inme-
diatamente á Mounier de que el ejército habia
prometido cumplir con sus deberes y que nada se
haria en contra de la ley. Fué inmediatamente á
palacio, donde se presentó con el mayor respeto
y pesar, dando parte al rey de las precauciones
tomadas y asegurándole de su adesion y la del
ejército. S. M. pareció tranquilizarse y se retiró á

descansar. Se habia reusado á Lafayette la guardia de palacio confiándole solamente los puestos esteriores, quedando ocupados los demas por el regimiento de Flandes, cuya lealtad era dudosa, por los suizos y por los guardias de corps. Estos, á quienes se habia mandado retirarse desde el principio, habian sido llamados de nuevo, pero no habiendo podido reunirse, se hallaban en corto número. En medio de la confusion que reinaba, se habia descuidado la defensa de algunos puntos accesibles, habiendo quedado abierta una reja; mandó Lafayette ocupar los puestos esteriores que le habian sido confiados, de los que ninguno fué forzado ni atacado siquiera. A pesar del tumulto, seguia la asamblea en su sesion discutiendo sobre las leyes penales en la mas imponente actitud. De tiempo en tiempo interrumpió el pueblo la discusion pidiendo pan, hasta que, cansado Mirabeau esclamó con voz fuerte, « que nadie tenia « derecho de imponer leyes á la asamblea y que se « mandaria evacuar las tribunas. » El puehlo prorumpió en aplausos al oir estas palabras, pero con todo ya no convenia á la asamblea resistir mas. Habiendo Lafayette avisado á Mounier que todo le parecia que estaba sosegado y que podia despedir á los diputados, se separó la asamblea á cosa de las dos de la noche, emplazándose para el dia siguiente 6 á las 8 de la mañana. Se habia

esparcido el pueblo por la ciudad y parecia muy sosegado, asi como debia estarlo Lafayette por la adesion del ejército que en efecto no se desmintió. Habia procurado fortificar el cuartel de los guardias de corps, y establecido numerosas patrullas estando todavia en pie á las 5 de la mañana. Mas creyendo entonces que todo estaba apaciguado, tomó una limonada y se echó sobre una cama para descansar de la fatiga que duraba ya mas de 24 horas.*

En aquel instante empezaba el pueblo á despertar y recorria ya los alrededores del palacio: travóse una disputa con un guardia de corps que disparó un tiro desde la ventana. Acuden al instante los pillos y pasando por la reja que habia quedado abierta, suben por una escalera que encuentran desocupada, hasta que por fin los detienen dos guardias de corps que se defendieron heróicamente, cediendo el terreno palmo á palmo y retirándose de puerta en puerta. Uno de estos generosos defensores que se llamaba Mismandre, soltó el grito de « Salvad á la reina! » y tan fuerte fué la voz que la reina despavorida huyó al cuarto del rey. Mientras que iba huyendo se precipitan los infames hasta su mismo lecho que estaba vacio, é intentan penetrar mas adentro; pero

* Véase la nota 9 al fin del tomo.

fueron felizmente detenidos por una gran porcion de guardias de corps que se atrincheraron en aquel punto. Entre tanto los guardias franceses situados cerca de palacio y que obedecian á Lafayette, sienten el tumulto, corren y dispersan á los foragidos. Se presentan á la puerta de tras de la cual estaban atrincherados los guardias de corps, diciéndoles á gritos: « Abrid, no se han olvidado « los guardias franceses de que en Fontenoy sal- « vásteis á su regimiento. » Abrióse la puerta y se echaron en brazos unos de otros.

Reinaba por fuera el mayor tumulto y Lafayette, que á penas habia descansado algunos minutos, sin haber dormido nada, oyó el ruido, monta en el primer caballo que encuentra, y precipitándose en medio de la turba halló á varios guardias de corps que iban á ser degollados. Mientras que los liberta de las manos de aquellos facciosos, mandó á sus tropas que corriesen á palacio, y quedó casi solo en medio de la multitud. Uno de ellos le apunta con un fusil, pero Lafayette sin alterarse manda al pueblo que le lleven á su presencia. Obedécenle al momento, y apoderándose del reo, le estrellan los sesos contra las piedras á la vista misma del general. En seguida y despues de haber salvado á los guardias de corps, Lafayette corre con ellos á palacio donde encuentra á sus granaderos que habian llegado ya. Todos le rodean y le

prometen morir por el rey. En este instante los guardias de corps libertados de la muerte gritaban *viva Lafayette!* La corte entera salvada por él y por su tropa, confesaba que le debia la vida. Universales eran las manifestaciones de gratitud y una de las tias del rey, madama Adelaida, le abre los brazos diciéndole. « General, usted nos ha salvado « la vida. «

En aquel momento el pueblo pedia á gritos que Luis XVI viniese á Paris. Se reunió el consejo, á que no quiso asistir Lafayette á pesar de que se le convidaba con instancia, por no coartar la libertad de votos. Quedó decidido por fin que se conformaria la corte con los deseos del pueblo, y para que se esparciese mas pronto esta noticia se puso en esquelitas que fueron tiradas por la ventana. Entonces se presentó Luis XVI al balcon en compañia del general y fué acogido con vivas estrepitosos, pero no asi la reina, contra quien se levantaron gritos amenazadores. Se dirige á ella Lafayette y la dice: ¿qué es lo que piensa hacer V. M.? « Acompañar al rey » contestó la reina con valor; pues en ese caso sígame V. M., replicó el general, y la conduce aturdida al balcon. Se oian amenazas proferidas por hombres del pueblo y podia temerse un golpe funesto, las palabras no podian oirse desde abajo, y era preciso hacer algo que llamase la atencion. Inclinándose enton-

ces y cogiéndo la mano de la reina, el general la besó respetuosamente, y al ver esto aquel pueblo de franceses, se enagena y confirma la reconciliacion con los gritos de *viva la Reina, viva Lafayette.* Pero quedaba todavia que hacer la paz con los guardias de corps, « ¿No hareis nada en favor de « mis guardias? » dijo el rey á Lafayette. Este coge inmediatamente á uno de ellos, le conduce al balcon, y le dá un abrazo ciñéndole con su propia faja, vuelve á aplaudir el pueblo, ratificando aquella nueva reconciliacion con nuevos aplausos.

Habia pensado la asamblea que no la permitia su dignidad trasladarse cerca del monarca, por mas que este se lo hubiese pedido, y se habia contentado con enviarle una diputacion de 36 individuos; pero luego que supo que el rey iba á Paris, decretó que era inseparable de su persona y nombró cien diputados para acompañarle. Apenas recibió el rey el decreto, se puso en marcha. Ya habian salido de Versalles las hordas mas numerosas, siguiéndolas por órden de Lafayette un destacamento del ejército para impedir que volviesen atras, y habia mandado que se desarmase á los bandidos que llevaban clavadas en sus lanzas las cabezas de dos guardias de corps. Se les arrancó aquel horrendo trofeo, y no es cierto que haya precedido al coche del rey.

Volvió por fin Luis XVI en medio de un con-

curso considerable y fué recibido en la casa de la ciudad por Bailly, «vuelvo con confianza, dijo el «rey, en medio de mi pueblo de Paris» y como al repetir Bailly estas palabras á los que no podian oirlas, se habia olvidado de la voz *confianza*, «añadid con confianza,» le dijo la reina, — Mas felices sois, replicó Bailly que si yo mismo la hubiera pronunciado.

Entró la real familia en el palacio de Tullerias que no habia sido habitado despues de un siglo, ni se habia tenido tiempo para hacer los preparativos necesarios. Se encargó la guardia de él á las milicias de Paris, de suerte que tuvo tambien Lafayette que responder á la nacion de la real persona que se disputaban todos los partidos. Querian los nobles conducir al monarca á una plaza fuerte para mandar despóticamente en su nombre, y el partido popular, que todavia no pensaba en pasarse sin rey, queria conservarle para completar la constitucion y quitar un gefe á la guerra civil; asi es que la malevolencia de los privilegiados llamaba á Lafayette el carcelero, aunque ciertamente su vigilancia no probaba otra cosa sino el deseo sincero de la conservacion de un rey.

Desde entonces se designó la marcha de los partidos de un modo menos dudoso, pues separada de Luis XVI y no pudiendo ejecutar á su lado ninguna empresa, la aristocracia se esparció

por las provincias y hasta por paises estrangeros. Entonces fué cuando empezaron á multiplicarse las emigraciones. Con el conde de Artois que habia hallado asilo cerca de su suegro, huyeron á Turin un sin número de nobles. Alli toda su política se redujo á escitar los departamentos del medio dia y suponer que el rey no era libre. La reina que á mas de ser austriaca, era enemiga de la nueva corte formada en Turin, tornó sus esperanzas hacia el Austria.

En medio de aquellas intrigas el rey lo sabia todo y no impedia nada, aguardando su salvacion por cualquiera parte que le viniese. De cuando en cuando consentia en hacer las declaraciones exigidas por la asamblea, y si se puede decir que no era verdaderamente libre, tambien se debe añadir que lo mismo le hubiera sucedido en Turin ó en Coblentz y le sucedia en tiempo de Maurepas, porque el destino de los débiles en todos tiempos y en todas partes es vivir en la dependencia. Triunfaba por fin el partido popular, pero se hallaba dividido entre el duque de Orleans, Lafayette, Mirabeau, Barnave y los hermanos Lameth. La voz pública señalaba al duque de Orleans y á Mirabeau como autores de la última insurreccion. Testigos no indignos de confianza, certificaban haber visto al duque y á Mirabeau sobre el lamentable campo de batalla del

6 de octubre; pero fueron desmentidos despues estos hechos, aunque en el momento pasaban por inconcusos. Decian los calumniadores que los conjurados habian querido obligar al rey á huir, y algunos mas atrevidos añadian que el proyecto llegaba hasta matarle. Decian que el duque de Orleans habia querido hacerse proclamar teniente general del reino y ministro á Mirabeau, y como ninguno de aquellos supuestos proyectos habia surtido efecto, habiéndolos desbaratado Lafayette con sola su presencia, pasaba este por un verdadero salvador del rey y por vencedor del duque de Orleans y de Mirabeau. La corte que todavia no habia tenido tiempo para ser ingrata, confesaba que debia su salvacion á Lafayette, cuyo poder en aquel momento parecia inmenso y ofuscaba ya á los patriotas exaltados que le comparaban á Cromwell en sus murmuraciones. Mirabeau que no tenia nada que ver con el duque de Orleans, como se verá luego, tenia celos de Lafayette y le llamaba Cromwell Grandisson * No dejaba de promover la aristocracia aquellas desconfianzas añadiendo á ellas sus propias calumnias; pero Lafayette estaba decidido, á pesar de

* Alude el ilustre orador á una novela del autor ingles Richardson, cuyo héroe llamado Grandisson es un hombre dotado de mil perfecciones, pero de una ingenuidad que raya en simpleza. (*N. del T.*)

todos estos obstáculos, á defender al rey y á la constitucion. Con este fin resolvió primero alejar al duque de Orleans, cuya presencia daba lugar á muchas habladurias y podia proporcionar, sino los medios, cuando menos el pretesto de nuevas turbulencias. Tuvo una entrevista con el príncipe, á quien intimidó con su firmeza y le obligó á dejar el campo. Fingió el rey con su debilidad acostumbrada, aunque estaba en el secreto, que no podia impedir aquella medida, y cuando escribió al duque de Orleans, le dijo que era preciso que él ó Mr. de Lafayette se retirasen; que en el estado en que se hallaban las opiniones, no podia haber duda en la eleccion, y que por consiguiente le daba una comision para Inglaterra. Se ha sabido despues que para libertarse de la ambicion del duque de Orleans Mr. de Montmorin, ministro de negocios estrangeros, habia querido enviarle á los Paises Bajos, que se hallaban insurrecionados á la sazon contra el Austria, y que le habia hecho esperar el título de duque de Brabante. * Se irritaron mucho los amigos del duque luego que supieron aquel rasgo de su debilidad. Mas ambiciosos que él mismo, no querian que cediese, sino que se acercaron á Mirabeau instándole á que denunciase en la tribuna las violencias de Lafayette con-

* Veánse las memorias de Dumouriez.

tra el príncipe. Mirabeau que ya tenia celos del general, como hemos dicho antes, hizo saber al duque y á Lafayette que iba á denunciarlos en la tribuna si se verificaba el viage de Inglaterra. Titubeó el duque de Orleans, pero una nueva intimacion de Lafayette le decidió, y recibiendo Mirabeau en la asamblea misma una esquela que le anunçiaba la partida del príncipe, esclamó con ceño: « *No merece este hombre el interes que se toman por él.* * Este dicho, con algunos otros igualmente inconsiderados, le han hecho pasar muchas veces por uno de los agentes del duque de Orleans, sin embargo de que jamas lo fué: su falta de recursos y tambien de reflexion en sus palabras, su familiaridad con el duque de Orleans que en efecto era igual á la que tenia con todo el mundo, la opinion que manifestó cuando se discutió la cuestion de sucesion á la corona y los derechos de la rama española, y últimamente su oposicion á la salida del duque, bastaban para escitar sospechas; pero no por eso es menos cierto que Mirabeau no pertenecia á ningun partido. Su fin único era destruir la aristocrácia y el poder arbitrario.

No debian ignorar los autores de aquellas suposiciones que Mirabeau estaba entonces reducido á pedir prestadas las mas mínimas cantidades, lo

* Vease la nota 10 al fin del tomo.

que no hubiera necesitado si hubiese sido agente de un príncipe, cuyas riquezas eran inmensas y de quien se decia que se dejaba arruinar por sus partidarios. Presentia ya Mirabeau la disolucion próxima del estado, y en una conversacion que tuvo con un amigo íntimo suyo y que duró una noche entera en el parque de Versalles, adoptó decididamente un plan enteramente nuevo, y considerando su propia gloria, la salvacion del estado, y en fin sus propios intereses (pues era muy capaz Mirabeau de abrigar todas estas pasiones juntas), se prometió á sí mismo mantenerse firme é impertérrito entre los desorganizadores y el trono, y consolidar la monarquia proporcionándose en ella una buena colocacion. Verdad es que la corte habia procurado ganarle; pero se habian dado los pasos con poca destreza y sin la delicadeza necesaria con un hombre, que ademas de ser bastante orgulloso, queria conservar su popularidad á falta de la estimacion que no habia conseguido todavía. Quiso Malouet, que era amigo de Necker y bastante intimado con Mirabeau, ponerlos en relacion uno con otro, y aunque varias veces se habia negado Mirabeau * persuadido de que no podria es-

* MM. Malouet y Bertrand de Malleville han escrito lo contrario pero el hecho que anunciamos está certificado por testigos muy fidedignos.

tar de acuerdo con aquel ministro, sin embargo consintió en ello. Le introdujo en efecto Malouet; pero el resultado de la conversacion no fue otro que el de corroborarse mas y mas la incompatibilidad de los dos caracteres, bien que segun digeron todos los que estuvieron presentes á ella, Mirabeau desplegó toda la superioridad que tenia sobre el otro, asi en su instruccion privada como en la tribuna. Corrió la voz de que habia querido hacerse comprar, y que no habiéndole Necker insinuado una palabra sobre el asunto, habia dicho al salir, *el ministro se acordará de mi.* Asi fué como interpretaron los partidos aquella entrevista, pero es falsa la interpretacion. Lo único que propuso Malouet á Mirabeau fué que se entendiese con el ministro, pues se sabia muy bien que este quedaba satisfecho con solo la libertad de hacerlo. Por otra parte estaba entablada en aquel mismo tiempo una negociacion directa con la corte, en donde habia hecho las primeras insinuaciones un príncipe estrangero que tenia relaciones con todos los partidos. Hizo observar un amigo que servia de interlocutor, que jamas sacrificaria Mirabeau ninguno de sus principios; pero que si se queria no salir de los límties de la constitucion se hallaria en él un firmísimo apoyo, y que en cuanto á las condiciones las dictaria su situacion: que en el interes mismo de los que querian valerse de él conve-

Biblioteca Universitaria Oviedo

nia que esta situacion fuese decorosa é independiente, en una palabra que era preciso pagar sus deudas; finalmente que se le debia interesar en el nuevo órden social, y sin conferirle actualmente el ministerio, hacérselo esperar para en adelante.*

No se terminaron del todo las negociaciones hasta dos ó tres meses despues, es decir, á principios de 1790. Poco instruidos de estos pormenores y engañados con la perseverancia de Mirabeau en combatir al poder, fijan los historiadores para mucho mas tarde la conclusion de aquel tratado, que como hemos dicho lo fué á principios de 1790: ya lo dirémos en su lugar.

No podian Barnave y los hermanos Lameth competir con Mirabeau, sino á fuerza de mayor puritanismo patriótico. Luego que tuvieron noticia de las negociaciones que se entablaron, acreditaron la voz, que ya principiaba á esparcirse, de que se le iba á conferir el ministerio, procurando de este modo imposibilitarle de aceptarlo, y no tardó en presentárseles la ocasion de poner estorbos á su rival. No tenian los ministros derecho para hablar en la asamblea; pero no queria Mirabeau en caso de llegar al ministerio perder semejante facultad, pues en ella consistia todo su influjo, y ademas deseaba verse frente á frente con Necker en la tri-

* Véase la nota 11 al fin del tomo.

buna para anonadarle. En consecuencia propuso que se diese voz consultativa á los ministros. Alarmado el partido popular con aquella propuesta, se opuso sin ningun motivo plausible y solo por la consideracion vulgar de las seducciones ministeriales. No eran fundados en verdad aquellos temores, porque no son las tribunas legislativas ni tampoco las comunicaciones públicas con las cámaras, los medios mas fáciles de corrupcion para los ministros. Fué desechada la proposicion de Mirabeau y llevando todavía mas allá el rigorismo, propuso Lanjuinais [7] que se prohibiese á los diputados actuales admitir el ministerio. Violentísima fué la discusion, porque aunque se sabia muy bien el motivo de tales proposiciones, nadie queria descubrirlo, pero Mirabeau que no sabia disimular nada, esclamó diciendo que no habia razon para que por un solo hombre se tomase una medida funesta al estado; añadió que adheria al decreto con la condicion de que quedase prohibido ser ministro no á todos los diputados actuales, sino únicamente á Mr. de Mirabeau, diputado por el partido de Aix. Mas á pesar de su franqueza, ó mas bien audacia, quedó aprobado el decreto por unanimidad.

Estos hechos esplican las divisiones que se suscitaron entre los emigrados, la reina, el rey y los corifeos populares, que eran Lafayette, Mirabeau,

Barnave y Lameth. Ya no era posible que ocurriesen en mucho tiempo acontecimientos tan decisivos como los del 14 de julio, ó 5 de octubre, pues era necesario para eso que se suscitaran nuevos motivos de irritacion así en la corte como en el pueblo, que provocasen un rompimiento estrepitoso.

La asamblea se habia trasladado á Paris *, despues de haber recibido de los municipales las mayores seguridades de tranquilidad y la promesa de una entera libertad en las votaciones. Indignados de los sucesos de los dias 5 y 6 de octubre, Mounier y Lally Tolendal habian hecho dimision de su plaza de diputados, diciendo: que no querian ser ni espectadores ni cómplices de los crímenes de los facciosos. Sin embargo debieron arrepentirse de aquella desercion de la causa pública, sobre todo cuando vieron á Maury y á Cazales que tambien se habian separado de la asamblea, volver luego á ella para sostener con valor y á todo trance la causa que habian abrazado. Quiso Mounier reunir los estados provinciales del delfinado á donde se habia retirado, pero bastó un decreto de la asamblea para que se disolviesen sin resistencia; de suerte que ya habian perdido

* Celebró su primera sesion en el palacio del arzobispo el 19 de octubre.

todo su crédito á los ojos del pueblo aquel mismo Mounier y aquel mismo Lally que habian sido sus héroes en la época de la reunion de los estamentos y la del juramento del juego de pelota. Los primeros que tuvieron que ceder al poder popular fueron los parlamentos, despues les sucedió lo mismo á Mounier, Lally y Necker, y á otros infinitos les iba á suceder lo propio.

Con motivo de la escasez, que era la causa algo exagerada aunque verdadera de las agitaciones, se cometió un nuevo crímen que fué el siguiente. Un panadero llamado François fué degollado el 20 de octubre por algunos foragidos, á quienes logró prender Lafayette, entregando los asesinos al tribunal del Chatelet, que ejercia una jurisdiccion extraordinaria sobre todos los delitos relativos á la revolucion, y ante el cual se seguia la causa de Besenval y de todos los acusados de haber tomado parte en la conspiracion aristocrática descubierta el 14 de julio. Procedia el tribunal conforme á las nuevas formas de procedimientos, y entretanto que se establecia el jurado, que no lo estaba todavia, habia decretado la asamblea la publicidad de los procesos, la defensa contradictoria y todas las medidas preservadoras de la inocencia.

Fueron sentenciados los asesinos de François y se restableció la tranquilidad. Con motivo de este atentado propusieron Lafayette y Bailly la ley

marcial, que fué impugnada enérgicamente por Robespierre, quien desde luego se mostraba acérrimo partidario del pueblo y de los pobres; mas sin embargo pasó la ley por mayoría de votos el 21 de octubre, en virtud de la cual respondian las municipalidades de la tranquilidad pública, y en caso de turbulencias podian exigir el auxilio de las tropas ó de las milicias, pudiendo despues de tres intimaciones emplear la fuerza contra las reuniones sediciosas. Fueron establecidas en la municipalidad de Paris y en la asamblea nacional comisiones llamadas de pesquisas, con el encargo de vigilar sobre los numerosos enemigos, cuyas intrigas se cruzaban en todos sentidos, y en verdad que no estaban de sobra todos estos medios para desconcertar los proyectos de tantos adversarios conjurados contra la nueva revolucion.

Entretanto seguian con actividad los trabajos constitucionales. Quedaba abolida la feudalidad; pero habia que tomar la última medida para destruir las grandes corporaciones que habian sido unos verdaderos enemigos constituidos dentro del estado contra el estado mismo. Poseia el clero propiedades inmensas que habia recibido de los príncipes á título de donaciones feudales, ó de los fieles á título de legados. Aunque las propiedades de los individuos debiesen ser respetadas por ser el fruto y el fin de sus trabajos, no sucedia lo mis-

mo con las que se habian concedido á varias corporaciones para un objeto determinado, cual era el servicio de la religion, ó cuando menos con este pretesto; y siendo la religion un servicio público, tenia la ley facultades para arreglar de un modo diferente los medios de cumplirle. En esta discusion desplegó el abate Maury su imperturbable locuacidad, alarmando á los propietarios, amenazándolos de que iban á ser despojados de sus bienes, y pretendiendo que se sacrificaban las provincias á los agiotistas de la capital. El sofisma de que se valió merece ser referido por su singularidad; decia él: «se dispone de los bienes del «clero para pagar la deuda; los acreedores de esta «deuda son los grandes capitalistas de Paris; «los bienes que se les sacrifican, se hallan en las «provincias.» De donde concluia el intrépido argumentador que se inmolaba la provincia á la capital, cuando al contrario ganaban las provincias, con una nueva division de aquel, las inmensas posesiones reservadas hasta entonces para el lujo de algunos eclesiásticos ociosos. Inútiles fueron los esfuerzos del abate Maury. El obispo de Autun, autor de la propuesta*, y el diputado Thouret [8] destru-

* Este obispo de Autun no es otro que el célebre Talleirand, de quien darémos algunos detalles en mas oportuno lugar, aunque el autor dice y dirá todo lo necesario para dar á conocer el personage político. *(N. del T.)*

yeron aquellos vanos sofismas. Iba á votarse la declaracion de que los bienes del clero pertenecian al estado; pero insistian todavía los oponentes sobre la cuestion de propiedad, y se les contestaba que aunque fuese propietario el clero, era lícito usar de sus bienes, supuesto que se habia hecho asi varias veces en casos urgentes, lo cual no negaban aquellos, y aprovechándose Mirabeau de su confesion propuso, variar la palabra *pertenecen* y sustituirla esta otra; *están á disposicion del estado*, con lo que se cerró la discusion por una gran mayoría (ley de 2 de noviembre). Asi abatió la asamblea el terrible poder del clero, el lujo de los magnates de aquella corporacion, y se proporcionó los inmensos recursos que hicieron subsistir la revolucion por tanto tiempo. No por eso se miró con ligereza la subsistencia de los curas párrocos, pues se decretó que su renta no podria bajar de 1200 francos, señalándoles ademas una casa de habitacion con su huerta. Declaró ademas que no reconocerian en adelante como obligatorios los votos religiosos y dejó en libertad á todos los enclaustrados, sin prohibirles por eso que continuáran observando la vida monástica los que quisiesen. Como quedaban suprimidos sus bienes, les señalaron pensiones, y cuando el jansenista Camús [9], queriendo retroceder á la simplicidad evangélica, propuso reducir todas las pensiones á una suma

muy baja, la asamblea, siguiendo el parecer de Mirabeau, las redujo proporcionalmente á su valor actual, segun el antiguo estado de los pensionistas. No se podia tener mayor miramiento á los usos y costumbres, que es en lo que verdaderamente consiste el respeto á la propiedad. Asi es que cuando reclamaron sus bienes los protestantes espatriados en virtud de la revocacion del edicto de Nantes, solo les devolvió la asamblea los que no habian sido vendidos.

Prudente y llena de consideracion con respecto á las personas, no tenia el mismo miramiento con las cosas ni se paraba en barras cuando se trataba de las materias constitucionales. Se habian fijado ya la prerrogativas de los grandes poderes del estado, y se trataba de la division del territorio del reino que siempre lo habia estado por provincias, sucesivamente incorporadas á la antigua Francia y que diferian entre si por sus leyes, privilegios y costumbres, lo cual formaba el conjunto mas heterogéneo. Concebió Sieyes la idea de confundirlas en una nueva division que borrase las demarcaciones antiguas y diese á todas las partes del reino unas mismas leyes y un mismo espíritu; lo cual se consiguió con la division por departamentos, estos en distritos y los distritos en municipalidades, introduciendo el principio de la representacion en todas esas categorias. Fueron

confiadas á un consejo deliberativo y á otro ejecutivo la administracion departamental, la del distrito y la de las municipalidades. Estas autoridades dependian unas de otras y tenian en la estension del territorio las mismas atribuciones. El departamento repartia los impuestos entre los distritos, estos entre las municipalidades y estas entre los individuos.

Declaró en seguida la asamblea que la cualidad de ciudadano consistia en el goce de los derechos políticos, exigiendo para ello la edad de 25 años y una contribucion de un marco de plata en dinero. * Se consideraba como ciudadano activo á todo individuo que reunia aquellas condiciones, y como ciudadano pasivo al que carecia de ellas.

Fueron tachadas de ridiculas estas denominaciones, sin embargo que eran bastante sencillas, siguiendo la costumbre de valerse de los nombres para despreciar las cosas, pero no dejaban de ser muy apropiadas y de espresar bien su objeto. El ciudadano activo concurria á las elecciones para la formacion de las administraciones y de la asamblea, habiendo dos grados de eleccion para los diputados.

Ninguna condicion se exigia al electo, pues que,

* El marco de plata corresponde á ocho onzas ó sean 40 francos.

como ya se habia dicho en la asamblea, la existencia en la sociedad califica al elector, pero el electo no necesita mas que la confianza de sus electores.

Aunque interrumpidos por mil discusiones de circunstancias, iban sin embargo adelantando los trabajos con grande ardor, apesar de que los entorpecia el lado derecho por su obstinacion, siempre que se le proporcionaba la ocasion de disputar la mas mínima parte de influjo á la nacion. Los diputados populares al contrario, aunque divididos en varios partidos, se confundian ó separaban sin reñir, siguiendo cada uno su opinion personal, siendo fácil de ver que en ellos la conviccion dominaba sobre todas las alianzas. Se les vió á Thouret, á Mirabeau, á Duport, á Sieyes, á Camin y á Chapellier reunirse ó separarse succesivamente, segun su opinion particular, en cada una de las discusiones. En cuanto á los individuos de la nobleza y del clero, solo figuraban en las disputas de partido, como por ejemplo para apoyar á los parlamentos cuando deliberaban contra la asamblea, ó á los diputados ó escritores que la vituperaban. Sostenian á los comandantes militares contra el pueblo, y á los traficantes en esclavos contra los negros. Opinaban contra la admision de los judios y de los protestantes al goce de los derechos comunes, y en fin cuando se levantó Génova, contra la Francia, á causa de la

emancipacion de la Córcega y de la reunion de esta isla al reino, tomaron partido en favor de Génova contra la Francia. En una palabra, desentendiéndose con indiferencia de todas las discusiones útiles, distraidos ó hablando entre sí, no tomaban parte en las votaciones sino cuando se trataba de poner restricciones á la libertad ó á algunos derechos.*

Como ya hemos dicho antes no era posible armar una gran conspiracion al lado del rey, supuesto que habia huido la aristocracia y se hallaba rodeada la corte por la asamblea, el pueblo y la milicia nacional. Podian únicamente los descontentos intentar movimientos parciales, fomentando las malas disposiciones de los oficiales adictos al antiguo órden de cosas, al paso que los soldados se inclinaban naturalmente al nuevo que les ofrecia toda clase de ventajas. Hubo quimeras violentas entre el ejército y el populacho; muchas veces los soldados entregaron sus gefes á la multitud que los arrastraba por las calles, mas con todo hubo ocasiones en que desaparecia felizmente la desconfianza recíproca y se restablecia el órden, sobre todo cuando sabian las autoridades de los pueblos conducirse con un poco de maña y no

* Sobre la manera de conducirse los diputados de la derecha, véase un estracto de las Memorias de Ferrieres, nota 12 al fin del tomo.

reusaban el juramento de fidelidad á la nueva constitucion. Inundó el clero de protestas á toda la Bretaña contra la enagenacion de sus bienes, procurando igualmente escitar un resto de fanatismo religioso en las provincias donde reinaba todavia la antigua supersticion. Los parlamentos se prestaron tambien á estas maniobras, haciendo el último ensayo de su autoridad. Habia la asamblea prorrogado sus vacaciones porque proponiéndose disolverlos, no queria tener que discutir con ellos, mas entretanto administraban la justicia las cámaras de vacaciones *, que en Ruhan, Nantes y Rennes tomaron resoluciones en que deploraban la ruina de la antigua monarquia, la violacion de sus leyes, y sin nombrar á la asamblea la designaban claramente como origen de todos los males. Fueron llamadas á la barra de la asamblea y reprendidas, pero con moderacion. La de Rennes como mas culpable, fué declarada incapaz de desempeñar sus funciones, como tambien la de Metz, por haber insinuado que el rey no estaba libre. A esto se reducia, como ya hemos dicho, la política de los descontentos. No pudiendo valerse del rey procuraban representarle como

* En Francia durante las vacaciones de los tribunales superiores, queda siempre una sala que se llama *cámara de vacaciones* para que no sufra retardo el despacho de los negocios. (*N. del T.*)

sumergido en un estado de opresion, y querian anular con este motivo todas las leyes á que daba su consentimiento á lo menos en apariencia. El mismo Luis XVI parecia complacerse en aquella política, pues no habia querido llamar á sus guardias de corps reformados en los dias 5 y 6 de octubre, y permitia que le guardase la milicia nacional en medio de la cual sabia que no corria peligro. Su plan era aparentar que vivia en un estado de cautiverio; pero la municipalidad de Paris desbarató aquella pequeña intriga suplicándole que volviese á llamar á sus guardias, á lo que se negó bajo pretestos vanos y por intermedio de la reina. *

Empezaba el año 1790 con una agitacion que reinaba por todas partes y que hacia contraste con la tranquilidad que habia habido en los tres últimos meses del año anterior. Suele el reposo suceder á las grandes agitaciones en medio de pequeñas crisis que preceden á las grandes y se echaba la culpa de aquellas turbulencias al clero, á la nobleza, á la corte y á la misma Inglaterra que tuvo que justificarse de ello por boca de su embajador. Hasta las mismas compañias asalariadas de la guardia nacional tomaron parte en la inquietud general, y algunos de sus soldados reunidos en los campos Eliseos pidieron un aumento de paga.

* Véase la nota 13 al fin del tomo.

Pero acudió Lafayette, que siempre se hallaba en todas partes, los dispersó, los castigó y restableció el órden en su tropa esencialmente fiel, á pesar de aquellas ligeras interrupciones de disciplina.

Se hablaba particularmente de una conspiracion contra la asamblea y la municipalidad, cuyo supuesto corifeo era el marques de Favrás [10], á quien se prendió con mucho estrépito y se le entregó á la audiencia territorial. Al instante corrió la voz de que se habia intentado asesinar á Bailly y á Lafayette; que se habian reunido en Versalles hasta en número de 1200 hombres de caballería para llevarse al rey; que un ejército compuesto de suizos y piamonteses estaba pronto á recibirle y marchar despues sobre Paris. Se añadia que Favrás era el agente secreto de personages muy elevados, recayendo las sospechas sobre el hermano mayor del rey. En efecto Favrás habia servido en su guardia y negociado un empréstito por su cuenta. Atemorizado el príncipe por la agitacion de los ánimos, se presentó en la casa de la ciudad protestando contra semejantes insinuaciones, esplicó sus relaciones con Favrás, hizo recuerdo de sus propias simpatías populares, manifestadas en la asamblea de los notables y pidió que se le juzgase, no por hablillas vulgares, sino conforme á su patriotismo notorio y nunca desmentido. * Fué escu-

* Véase la nota 14 al fin del tomo.

chado con aplausos universales y cuando se retiró le fué acompañando la multitud hasta su palacio.

Se siguió la causa de Favrás, quien en el discurso de sus largos viages por toda Europa se habia casado con una princesa estrangera y se afanaba en inventar proyectos para restablecer su fortuna. Parece que en las jornadas de 14 de julio, en las de 5 y 6 de octubre y en los primeros meses de 1790 habia formado varios planes, entre los que le acusaban los testigos particularmente del último que consistia en facilitar la salida del rey, asesinando antes á Bailly y á la Fayette. Pero ninguna prueba se presentaba de que se hubiesen reunido 1200 caballos, ni que se hubiesen puesto en movimiento el ejército suizo y piamontes. Fatales eran las circunstancias para Favrás, porque acababa la audiencia de poner en libertad á Besenval y á otros complicados en la conspiracion de 14 de julio, lo cual habia causado mucho descontento en la opinion. Sin embargo Lafayette tranquilizó á los jueces exortándoles á que hicieran justicia recta, prometiéndoles que se ejecutaria su sentencia, fuese la que fuese.

Con estas causas volvieron á renacer las sospechas contra la corte, á quien se tachaba de incorregible pues que se atrevia todavía á conspirar en la misma capital, y asi aconsejaron al rey que diese un paso solemne para satisfacer la opinion pública.

El 4 de febrero 1790 quedó admirada la asamblea al ver que se hacian algunos preparativos en el salon de sesiones. Se habian cubierto las gradas de la mesa con un tapiz bordado de flores de lis: se habian bajado los asientos de los secretarios; el presidente estaba en pie al lado de su asiento ordinario, cuando de repente gritaron los porteros «El rey» y Luis XVI entró inmediatamente. A su vista se levantó la asamblea y le recibió con vivos aplausos. Ocupan las tribunas un sin número de espectadores presurosos que invaden todos los sitios del salon, aguardando con la mayor impaciencia las palabras reales. Luis XVI habló en pie á la asamblea que estaba sentada, principió recordando los alborotos que se habian manifestado en varios puntos de Francia, y los esfuerzos que él habia hecho para calmarlos y asegurar las subsistencias del pueblo. Recapituló los trabajos de los representantes, declarando que él habia intentado las mismas reformas con el establecimiento de las asambleas provinciales, y últimamente probó que él mismo habia manifestado antes los deseos que acababan de realizarse; añadiendo que le parecia oportuno unirse mas estrechamente á los representantes de la nacion, en el momento en que se le presentaron los decretos destinados á dar al reino, una completa y nueva organizacion. Dijo que facilitaria con todo su poder el buen

éxito de tan vasta empresa y que todo proyecto contrario seria culpable á sus ojos y perseguido por todos los medios.

Al oir estas palabras todos los concurrentes prorrumpieron en nuevos aplausos. Prosiguió el rey recordando sus propios sacrificios, escitando á cuantos habian sufrido perjuicios á que imitasen su propia resignacion, aceptando como indemnizacion de sus pérdidas los bienes que la nueva constitucion prometia á la Francia. Pero cuando despues de haber ofrecido defender la constitucion, añadió que haria todavia mas, y que de acuerdo con la reina preparaba de ante mano el espíritu y el corazon de su hijo al nuevo órden de cosas y le acostumbraria á cifrar su felicidad en la de los franceses, resonaron por todas partes aclamaciones de amor. Todos estienden los brazos hacia el monarca buscando con ojos ansiosos á la madre y al hijo, y todos solicitan verlos con un entusiasmo universal. Concluyó por fin el rey su discurso recomendando la concordia y la paz á aquel *buen pueblo de quien basta que se le asegure que es querido, para consolarle de todas sus penas.** Al oir estas últimas espresiones, todos los asistentes prorrumpieron en testimonios de agradecimiento. Contestó brevemente el presidente, espresando el de-

* Véase la nota 15 al fin del tomo.

sórden de los sentimientos que reinaban en todos los corazones. Salió el rey acompañado hasta las Tuillerías por la multitud, y en seguida decretó la asamblea que se diesen las gracias al rey y á la reina. Se presentó entonces una nueva idea y fue que supuesto que Luis XVI acababa de comprometerse á mantener la constitucion, parecia regular que los diputados hiciesen otro tanto. En consecuencia se propuso el juramento cívico y cada diputado juró, *ser fiel á la nacion, á la ley y al rey, y mantener con todo su poder la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por el rey.* Piden los suplentes y los diputados del comercio que se les admita á prestar el mismo juramento: les imitan las tribunas públicas y reservadas y por todas partes no se oyen mas que estas palabras: *lo juro.*

La misma ceremonia se repitió en la casa de la ciudad, y de ayuntamiento en ayuntamiento se hizo lo mismo en toda la Francia. Se mandaron celebrar regocijos públicos y pareció general y sincera la efusion de todos los corazones. Convenia sin duda adoptar una nueva conducta y no inutilizar aquella reconciliacion, como lo habian sido todas las anteriores: pero aquella misma noche, mientras que Paris resplandecia con las iluminaciones que celebraban tan felíz acontecimiento, la corte volvia ya á las andadas y los diputados populares pudieron advertir que se les re-

cibia en palacio de un modo diferente que á los diputados nobles. En vano Lafayette, cuyos consejos llenos de juicio y sensatez eran enteramente desoidos, repitió á los cortesanos que ya no podia el rey titubear, sino estrecharse sinceramente con el partido popular y esforzarse en ganar su confianza: que para ello no bastaba proclamar sus intenciones en la asamblea, sino que debian patentizarse hasta sus menores acciones: que debia mostrarse ofendido de la menor palabra equívoca que se proferiese en su presencia, y rechazar la mas ligera duda que se manifestase acerca de su verdadera voluntad; que no debia manifestar ni embarazo ni descontento ni tampoco dejar ninguna esperanza secreta á los aristócratas, y por último que debian los ministros mantenerse unidos, sin permitirse ninguna rivalidad con la asamblea, ni obligarla á recurrir á cada instante á la opinion pública. En vano repetia Lafayette estos prudentes consejos con instancias respetuosas. El rey recibía sus cartas que le parecian escritas por un hombre de bien, pero la reina las apartaba de sí con disgusto, y hasta los respetos del general la irritaban. Con mucho mas agrado recibia á Mirabeau, que era mas influyente, pero ciertamente menos irreprensible que Lafayette.

Continuaban las comunicaciones de la corte con Mirabeau que tambien entretenia relaciones

con el hermano mayor del rey, cuyas opiniones le hacian mas accesible al partido popular, y le repetia continuamente lo mismo que no cesaba de decir á la reina y á Mr. de Montmorin, á saber, que el único modo de salvarse la monarquía era la libertad. Convino por fin Mirabeau con la corte por medio de una tercera persona, y sentó sus principios en una especie de profesion de fé, de cuyos límites prometió no apartarse, asi como sostener á la corte, mientras que esta permaneciese dentro de la misma línea. Se le señalaba en recompensa un sueldo de bastante consideracion; sin duda que la recta moral no aprueba semejantes tratos, ni permite que se cumplan las obligaciones sino por el deber de cumplirlas; ¿Pero se dirá por eso, que se vendió Mirabeau? Un hombre débil se hubiera vendido sin duda, sacrificando sus principios, pero el omnipotente Mirabeau, lejos de sacrificar los suyos, los hacia admitir por la autoridad y recibia en cambio ciertos auxilios, sin los cuales no podia pasarse en razon de sus grandes necesidades y de sus pasiones desordenadas. * Al reves de los que venden á

* Con permiso de Mr. Thiers, nosotros creemos que no solo la severa moral, mas la simple decencia en un hombre bien nacido debieran haber dictado á Mirabeau sentimientos mas delicados. Fuera de esto, jamas pueden servir de discul-

precio muy subido conocimientos ordinarios y conciencias acomodaticias, Mirabeau, impertérrito en sus principios, combatia alternativamente contra su partido y contra la corte con la misma independencia que si no debiese al primero su popularidad y á la segunda sus medios de existencia. Fue tal su conducta, que no pudiendo los historiadores creer que fuese aliado de la corte á quien atacaba, dicen que su convenio no se verificó hasta el año 1791, siendo asi que lo fué desde los primeros meses de 1790. Mirabeau visitó á la reina y la agradó mucho el talento y la gracia con que se esplicó, asi como él tuvo motivos para quedar satisfecho de la amabilidad con que le recibió aquella princesa. Aquel hombre estraordinario era tan sensible á los placeres de la vanidad como á todos los de las demas pasiones. Era preciso servirse de él con toda su fuerza y y con todas sus debilidades, y emplear uno y otro en beneficio de la causa comun. Ademas de Lafayette y Mirabeau contaba tambien la corte con Bouillé [11] á quien ya es tiempo que demos á conocer.

Dotado de valor, probidad y talento tenia Boui-

pa para admitir un cohecho tan caracterizado como el que se refiere, las necesidades creadas por los vicios; sobre todo en un hombre de tantos recursos intelectuales como el personage de quien se trata. (*N. del T.*)

llé todas las tendencias aristocráticas, aunque con mucho menos obcecacion y mayor destreza en los negocios. Retirado á Metz donde mandaba una vasta estension de fronteras y una gran parte del ejército, procuraba mantener la desconfianza entre sus tropas y las guardias nacionales con el fin de conservar aquellas adictas á la corte. Puesto allí por decirlo asi, en espectativa inspiraba recelos al partido popular y parecia ser el campeon de la monarquia, asi como Lafayette lo era de la constitucion. Mas sin embargo, le desagradaba la aristocracia; y la debilidad del rey le quitaba el gusto para continuar en el servicio militar, que hubiera abandonado á no mediar las vivas instancias de Luis XVI para que permaneciese en él. Era Bouillé un hombre de honor, y ya que habia prestado juramento, no pensó mas que en servir al rey y á la constitucion. Hubiera debido la corte reunir á Lafayette con Mirabeau y Bouillé, y con ellos hubiera podido mantener su crédito en las guardias nacionales, en la asamblea y en el ejército que eran las tres potencias del dia. Verdad es que habia algunos motivos de divergencia entre ellos, porque Lafayette con muy buena voluntad estaba dispuesto á unirse con todos los que querian servir al rey y á la constitucion. Pero Mirabeau tenia celos de la autoridad de Lafayette, ofuscándole su celebrada pureza que le parecia

ser una tácita acusacion contra sus costumbres. Odiaba Bouillé en Lafayette aquella conviccion tan exaltada y tal vez miraba en él un enemigo irrepensible; por eso preferia á Mirabeau, á quien creia mas manejable y menos decidido en su fé política. Hubiera debido la corte unir á estos tres hombres, procurando desvanecer los motivos particulares que los tenian separados, pero no habia mas vínculo de union entre ellos que la monarquia libre, y era preciso resignarse francamente y poner todos los medios necesarios para establecerla. Mas, lejos de eso, la corte caminaba con tal inconsecuencia que sin repeler á Lafayette, le trataba con frialdad; pagaba á Mirabeau que de cuando en cuando la daba una sobarbada; atizaba el mal humor de Bouillé contra la revolucion, cifraba todas sus esperanzas en el Austria y dejaba obrar á los emigrados de Turin. Asi es como procede siempre la debilidad, teniendo mas empeño en alimentarse de esperanzas que en asegurar el éxito, y con semejante conducta no hace mas que precipitar su pérdida, inspirando sospechas que suelen irritar á los partidos, tanto como la misma realidad, porque mas vale combatirlos que amenazarlos.

En vano Lafayette, que queria suplir las faltas de la corte, escribia á su pariente Bouillé, instándole á que se uniese con él para servir juntos

al trono, pero por los únicos medios posibles que eran los de la franqueza y la libertad. Mal inspirado por la corte, Bouillé contestaba con frialdad y de un modo evasivo, en términos que sin emprender nada contra la constitucion, se mantenia en una actitud imponente, por el secreto que guardaba sobre sus intenciones y por la fuerza de su ejército.

Quedó por consiguiente vana é inútil aquella reconciliacion del 14 de febrero que hubiera podido producir tantos resultados. Se acabó el proceso de Favrás y fuese por temor ó por conviccion, le sentenciaron á la horca los jueces del *chatelet*. Manifestó Favrás en sus últimos momentos una firmeza digna mas bien de un mártir que de un intrigante. Protestó de su inocencia y pidió que se le permitiese hacer una declaracion antes de morir. Se habia erigido el cadalso en la plaza de *Grève* y llevaron á Favrás á la casa de la ciudad donde permaneció hasta la noche. Ansiaba el pueblo por ver ahorcar á un marques, y aguardaba con impaciencia aquel ejemplar de igualdad hasta en los suplicios. Declaró Favrás que habia tenido relaciones con un grande del estado, que le habia encargado disponer los ánimos á favor del rey, y como eran necesarios algunos gastos, habia recibido de aquel señor la cantidad de 100 luises de oro, asegurando que este era su único delito; pero no

nombró á nadie. Sin embargo no dejó de preguntar si podria salvar la vida descubriendo los nombres. Pero no habiéndole satisfecho la respuesta que se le dió. « En tal caso, dijo: moriré con mi «secreto » y marchó al suplicio con la mayor constancia. Como era ya de noche se habian puesto faroles en la plaza y hasta en la horca misma. El pueblo satisfecho de ver reinar la igualdad en el mismo cadalso, manifestó una viva alegría, profiriendo chistes atroces y remedando de varias maneras el suplicio del infeliz. Fué entregado á su familia el cuerpo de Favrás, y los nuevos acontecimientos hicieron olvidar su muerte, tanto á los que le habian sacrificado como á los que se habian valido de él.

Lleno de desesperacion, el clero continuaba escitando pequeñas agitaciones por todas partes, y contaba mucho la nobleza con el influjo de aquel cuerpo sobre el pueblo. Mientras que se habia limitado la asamblea á declarar por un decreto que los bienes eclesiásticos estaban á la disposicion de la nacion, esperó aquel que no le ejecutaria, y con el fin de imposibilitarlo, propronia mil medios de acudir á las urgencias del erario. Propuso el abate Maury un impuesto sobre el lujo, á lo que le contestó el abate de Salsade, proponiendo á su vez que ninqun eclesiástico pudiese tener mas de tres mil francos de renta, con lo cual no

volvió á desplegar sus labios el opulento abate. En otra circunstancia en que se discutia sobre la deuda del estado, habia aconsejado Cazales que se examinase, no la legitimidad de los títulos de cada crédito, sino el crédito mismo, su origen y procedencia, lo cual equivalia á renovar la bancarrota por el medio tan odioso como usado de las *cámaras ardientes.* * Naturalmente enemigo de los acreedores del estado á quienes se creia sacrificado, sostuvo el clero la proposicion, á pesar del rigorismo de sus principios respecto á la propiedad. Se exasperó violentamente Maury, faltando al respeto debido á la asamblea, y echando en cara á una porcion de sus individuos, que no tenian sino *el valor de la vergüenza.* Dióse por ofendida la asamblea, y quiso escluirle de su seno; pero Mirabeau que podia considerarse como personalmente atacado, representó á sus cólegas que cada diputado pertenecia á sus comitentes y que no tenia derecho la asamblea para escluir á ninguno. Era muy propia esta moderacion de la verdadera superioridad y asi produjo un buen efecto, quedando mas castigado Maury con aquella censura que no con la esclusion. De nada valieron al clero

* Llamábase asi un tribunal especial para juzgar á los concusionarios, á los reos de estado, á los hereges, á los envenenadores etc. *(N. del T.)*

todos los medios que inventó para poner en su propio lugar á los acreedores del estado, y la asamblea decretó la enagenacion de 400 millones de francos de bienes eclesiásticos y del estado. Perdiendo entonces toda esperanza, el clero dió en esparcir escritos por el pueblo é hizo correr la voz de que el proyecto de los revolucionarios era destruir la religion católica, contando con que en las provincias del medio dia producirian mucho efecto estas voces para lograr sus designios. Ya hemos visto anteriormente que se habian dirigido los primeros emigrados hácia Turin, desde donde entretenian sus principales relaciones con la Provenza y el Languedoc. Aquel Calonne tan célebre en la asamblea de los notables, era ministro de la corte fugitiva que constaba de dos partidos. La alta nobleza queria conservar su imperio, y temia la intervencion de la nobleza de provincia y del estado llano. Por este motivo queria únicamente valerse de los estrangeros para restablecer el trono, y por otra parte le parecia ridículo valerse de la religion, como proponian los emisarios de las provincias, acordándose sin duda de que habia estado celebrando durante un siglo los chistes de Voltaire. El otro partido que se componia de la nobleza de segundo órden y de individuos del estado llano espatriados, queria combatir la pasion de la libertad con otra mas fuerte que es la del fanatismo, y

vencer con sus propias fuerzas sin entregarse á los estrangeros. Alegaban los primeros el peligro de las venganzas personales en las guerras civiles para escusar la intervencion estrangera; confesaban los segundos que no se podia evitar que se vertiese sangre en las guerras civiles, pero que, apesar de eso, jamas debia mancharse la resistencia con una traicion. Estos últimos mas animosos y patriotas pero tambien mas feroces, no podian tener crédito en una corte donde reinaba Calonne. Sin embargo, como se necesitaba de todos, continuaron las comunicaciones entre Turin y las provincias del medio dia, habiéndose resuelto atacar á la revolucion con la guerra estrangera y con la civil á un mismo tiempo, á cuyo fin se procuró despertar el antiguo fanatismo de aquel pais. * No perdonó el clero medio alguno para asegurar el éxito de aquel plan. Sabido es que en aquellas provincias los protestantes escitaban la envidia de los católicos, y el clero que sabia aquellas disposiciones se aprovechó de ellas, sobre todo en la solemnidad de la pascua. En Montpellier, Nimes y Montauban, se emplearon todos los medios imaginables para volver á encender el antiguo fanatismo.

Habiéndose quejado Carlos Lameth en la tribuna de que se habia abusado del tiempo pascual

* Véase la nota 16 al fin del tomo.

para seducir al pueblo y escitarle contra las nuevas leyes, se irritó el clero, y quiso salirse de la asamblea, siendo el primero á hacer esta amenaza el obispo de Clermot, de modo que ya se pusieron en pie un gran número de eclesiasticos; pero se llamó al orden á Carlos Lameth y se apaciguó el tumulto. Entretanto se iba ejecutando la enajenacion de los bienes del clero, apesar de la irritacion de este, que no perdia ocasion de manifestar sus resentimientos.

El diputado D. Gerle [12] que era un cartujo de buena fé en sus sentimientos patrioticos y religiosos, pidió un dia la palabra y propuso declarar á la religion católica, la única religion del estado. Se levantaron inmediatamente muchos diputados disponiéndose á votar por aclamacion, diciendo que esta era la ocasion en que la asamblea podia justificarse de la acusacion que se le hacia de querer atacar la religion católica. Sin embargo ¿que significaba semejante proposicion? ó tenia por objeto este decreto dar á la religion católica un privilegio que ninguna debe tener, ó bien significaba un hecho que no necesitaba declararse, y era que la mayoria francesa era católica. No podia pues acogerse semejante proposicion y asi fue que apesar de los esfuerzos de la nobleza y del clero, se dejó la discusion para el dia siguiente. Acudió una turba inmensa y habiendo te-

nido aviso Lafayette de que los malévolos se disponian á escitar turbulencias, reforzó la guardia. Abrese la discusion y un eclesiástico amenazó á la asamblea con su maldicion; Maury prorrumpió en sus acostumbrados gritos, á los que contestó Menou [13] con mucha calma, desaciendo todos sus argumentos y probando que era injusto acusar á la asamblea de que intentaba destruir la religion católica, en el instante mismo en que iba á clasificar los gastos de su culto entre las cargas públicas. Convencido D. Gerle retiró su mocion, escusándose de haber escitado tan gran tumulto. Presentó Mr. de Larrochefoucault una redaccion nueva en lugar de la de Menou, cuando de improviso se levantó un diputado del lado derecho quejándose de que no habia libertad, y preguntando á Lafayette porqué habia duplicado la guardia. No era en verdad sospechoso el motivo, supuesto que no podian existir temores en el lado izquierdo, ni eran sus amígos aquellos á quienes procuraba proteger este último. Con esta interpelacion se aumenta el tumulto aunque sin deternerse la discusion, y en medio de los debates se citó á Luis XIV. «No es«traño, esclamó entonces Mirabeau, que se re«cuerde el reinado en que se renovó el edicto «de Nantes pero advertid que desde esta tri«buna en que estoy hablando, veo la ventana fa«tal, desde donde un rey, asesino de sus súbdi-

« tos, mezclando los intereses de la tierra con los « de la religion, dió la señal de la catástrofe de « San Bartholomé. » Un apóstrofe tan terrible no puso fin á la discusion sino que se prolongó todavia, y fué adoptada por fin la proposicion del duque de Larrochefoucauld, por la cual declaraba la asamblea que sus sentimientos eran bien conocidos; pero que respetando la libertad de las conciencias, ni podia ni debia deliberar sobre la proposicion que se le habia sometido.

Apenas habian pasado algunos dias cuando se empleó otro medio para amenazar á la asamblea y disolverla. Estaba concluida la nueva organizacion del reino, y como se iba á convocar al pueblo para elegir sus magistrados, tuvieron algunos descontentos la ocurrencia de hacer nombrar al mismo tiempo nuevos diputados en remplazo de los que componian la asamblea actual. Se habia propuesto ya, discutido y rechazado este mismo medio, que volvió á proponerse en abril de 1790. Los poderes de algunos diputados no eran mas que por un año y en efecto iba á cumplirse, habiendo principiado en mayo de 1789. Aunque se hubiesen anulado los poderes generales, y aunque se hubiese comprometido la asamblea á no separarse antes de concluir la constitucion, aquellos hombres á quienes importaba muy poco un decreto, ni un juramento mas ó menos, cuando se tra-

taba de conseguir su objeto, propusieron la eleccion de otros diputados, á quienes se debia ceder el puesto. Encargado Maury de sostener la discusion desempeñó su papel con su acostumbrada osadia, pero con alguna mas destreza de la que solia mostrar en otras discusiones. No titubeó en apelar á la soberania del pueblo, diciendo que no se debia por mas tiempo sustituirse á la nacion, prolongando unos poderes que eran temporales. Preguntó qué títulos habia para revestirse de las atribuciones soberanas y sostuvo que era quimérica la distincion entre el poder legislativo y el constituyente; que no podia existir una convencion soberana, sino en ausencia de todo gobierno, y que si se debe considerar á la asamblea como una convencion, no le quedaba otra cosa por hacer, sino deponer al rey y declarar el trono vacante. Fueron interrumpidas estas últimas palabras por un grito general de indignacion y entonces se levantó Mirabeau con dignidad, y dijo: « Se pregunta desde cuando los diputados del « pueblo han venido á ser una convencion nacio- « nal, y yo contesto que desde el dia en que ha- « llando rodeada de soldados la entrada de su pa- « lacio fueron á reunirse en el primer lugar don- « de pudieron para jurar perecer antes que ven- « der y abandonar los derechos de la nacion. « Nuestros poderes, cualesquiera que fuesen en-

« tonces, mudaron de naturaleza en aquel mismo « dia. Sean los que fuesen los que hemos ejercido, « nuestros esfuerzos y nuestros trabajos los han « legitimado y han sido santificados por la adesion « de toda la nacion. Todos os acordais de las pala- « bras de aquel gran hombre de la antiguedad, « el cual desentendiéndose de las formas legales « para salvar la patria é intimado por un tri- « buno faccioso para que declarase si habia ob- » servado las leyes, contestó, juro que he sal- « vado á la patria. Señores, esclamó entonces Mi- « rabeau, dirigiendose á los diputados del es- « tado llano, juro que habeis salvado la Fran- cia. »

Refiere Ferrieres que al oir aquel magnífico juramento, la asamblea entera arrebatada por una inspiracion repentina cerró la discusion, decretando que las reuniones electorales no se ocuparan de las elecciones de nuevos diputados.

De esta manera quedó inutilizado aquel nuevo artificio y pudo la asamblea continuar sus trabajos; pero tambien continuaban las turbulencias en toda la Francia. El comandante Devoisins [14] fue asesinado por el pueblo é invadidos por la guardia nacional los fuertes de Marsella. Hubo movimientos en sentido contrario en Nimes y Montauban. Los emisarios de Turin habian escitado á los

católicos, circulando peticiones en que se anunciaba el peligro de la monarquia y se solicitaba que la religion católica fuese declarada religion del estado. En vano se contestó con un manifiesto del rey á que no faltaron réplicas, y por último vinieron á las manos los protestantes con los católicos; y estos últimos que aguardaban socorros de Turin, que no les llegaron aun que se les habian ofrecido, fueron enfin rechazados. Se habian puesto en movimiento varias guardias nacionales, para auxiliar á los patriotas contra los rebeldes. Asi se trabó la lucha y el vizconde de Mirabeau [15], adversario declarado de su ilustre hermano, anunciando él mismo la guerra civil desde lo alto de la tribuna, pareció en sus movimientos, gestos y palabras, que la lanzaba tambien contra la asamblea.

De suerte que al paso que la parte mas moderada de los diputados procuraba templar el ardor revolucionario, una oposicion indiscreta escitaba una fiebre que hubiera podido calmarse con solo el reposo, y daba pretestos á mayores violencias por parte de los oradores populares. Esto mismo autorizaba en cierto modo las exageraciones de los *clubs*. El de los jacobinos, que tenia por orijen el club Breton, establecido primero en Versalles y despues en Paris, sobresalia entre todos los demas por el número, el talento y las violen-

cias de sus individuos. * Sus sesiones eran tan concurridas como las de la misma asamblea, porque solia anticiparse á todas las cuestiones que esta debia discutir y formulaba las decisiones, lo cual era ya una provocacion para los mismos legisladores. Allí se reunian los principales diputados populares y alli tambien encontraban los mas obstinados fuerzas y estímulos para insistir en sus pretensiones. Para combatir aquel terrible influjo se habia concertado Lafayette con Bailly y con los hombres mas ilustrados, quienes formaron otro club llamado de 89 y mas tarde de los fuldenses. * Pero era harto impotente aquel medio, no pudiendo una reunion de 100 hombres moderados é instruidos llamar la concurrencia de la turba como lo hacia el club de los jacobinos, donde fermentaba toda la vehemencia de los partidos populares. El único remedio hubiera sido cerrar todos los clubs, pero no tenia la corte bastante franqueza é inspiraba demasiada desconfianza para que el partido popular pensase en emplear semejante recurso. Dominaban los Lameths el club de los jacobinos y asistia igualmente Mirabeau al uno y al otro, siendo

* Este club llamado *de los amigos de la constitucion* se trasladó á Paris en octubre 1789, y fué conocido desde entonces bajo el nombre de *club de jacobinos* por que se reunia en un salon del convento de jacobinos, calle de San Honorato.

* Se abrió el 12 de Mayo.

evidente para todos que su verdadero puesto era el de mediar entre todos los partidos. No tardó en presentarse una ocasion en que su actitud se puso mas en claro y en que ganó á favor de la monarquia una memorable ventaja como verémos mas adelante.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO CUARTO.

PAGINA 327.

1 El conde de Estaing, caballero de las órdenes, almirante y teniente general de los reales ejércitos era natural de Ravel en la Aubernia. Descendia de una familia muy antigua de aquella provincia, y por haber uno de sus antepasados salvado la vida al rey Felipe Augusto en la batalla de Bouvines, se les habia concedido el derecho de llevar en su librea las armas de la Francia. El conde actual habia principiado su carrera en la India bajo las órdenes de Lally-Tolendal, y allí fué hecho prisionero por los ingleses que le dieron libertad, bajo palabra de honor de no servir hasta que llegase el turno de su cange; pero habiendo tenido la imprudencia de volver á servir antes de este término, le cogieron otra vez y le encerraron en un calabozo de Porsmouth. Este proceder, que nada tenia de injusto, le excitó una implacable cólera contra los ingleses, de quienes procuró vengarse en la guerra de América, donde estuvo empleado como vícealmirante. Era hombre muy inmoral, pero tenia el valor propio de un soldado, aunque no el talento necesario para un general. Verdad es que adquirió una cierta reputacion en el combate naval y toma de la isla de la Granada, pero reputacion que fue muy contestada por los oficiales generales de marina que no le querian bien. Durante su diputacion á la asamblea de los notables, fue poco reconocido á los favores de la corte y se echó en brazos de la revolucion, por lo que obtuvo el mando de la guardia nacional de Versalles en 1789. Se habia hecho patriota por cálculo, pero sin dejar de ser cortesano por

costumbre y por ambicion. La carta de que habla Mr. Thiers fué escrita el 14 de setiembre, y temiéndose ya el 18 que los guardias franceses no hiciesen alguna irrupcion en Versalles, obtuvo de la comision militar municipal que viniera el regimiento de Flandes; pero el dia 5 de octubre no se presentó siquiera al frente de su guardia nacional, ni hizo el menor esfuerzo para impedir los desórdenes ni la traslacion del rey á Paris. Desde entonces quedó reducido á una vergonzosa nulidad, tanto por sí como por su empleo. En 1791 luego que supo que el rey estaba preso, se apresuró á escribir á la asamblea una carta llena de protestas de celo y obediencia. En el proceso de la reina dijo que no sabia nada contra aquella señora, añadiendo *pero que él personalmente tenia muchos motivos de queja*, mientras que la debia todos sus ascensos. Un hombre de semejante conducta hace que uno se alegre de la suerte que le cupo y fue la de casi todos los de su calaña, porque le condenó á muerte el tribunal revolucionario en 1794 y murió de edad de 65 años.

PAGINA 334.

2 Sebastian Estanislao Maillard era portero de la audiencia territorial de Paris llamada el *chatelet*, y debia ser el mas jóven de todos porque no tenia mas que 26 años cuando ya figuró en la revolucion. Era uno de los voluntarios de la Bastilla y se encontraba en el ayuntamiento cuando se agolparon en él una multitud de mugeres el dia 5 de octubre 1789. «A las 7 de la mañana, dice «él mismo en su declaracion, habia ido yo á llevar al «ayuntamiento una reclamacion de los voluntarios; pero «no estaba reunido el consejo y me encontré con una «infinidad de mugeres que intentaban derribar las puer«tas. Acababa de estallar en aquel momento otra insur«reccion en el barrio de S. Antonio, y me mandó Mr. «Gouvion que fuese á tomar del depósito 300 cartuchos «para el cuerpo de voluntarios. Marché inmediatamente «y á mi vuelta no encontré mas que al ayudante general

« de la milicía cívica, porque las mugeres se habian intro-
« ducido en las salas del ayuntamiento y otras andaban
« desparramadas en grupos por la plazuela de Gréve.
« Todo estaba en el mas espantoso desórden y en vano
« procuré disuadirlas de ir á Versalles á presentarse en
« la asamblea nacional; pero viendo que todo era inútil,
« tomé el partido para hacerlas evacuar las casas consis-
« toriales de coger un tambor, tocar la generala, y poner-
« me á su cabeza hasta salir de las barreras. » Por este estilo va refiriendo todas las circunstancias del viage y permanencia de las mugeres en Versalles, asi como de su vuelta á Paris, de suerte que sus delaraciones como testigo en la famosa causa que se instauró con este motivo, ocuparon muchas audiencias y están insertas literalmente en la coleccion publicada por Baudoin, impresor de la asamblea nacional. Este documento es sin duda el mas completo relato de las jornadas 5 y 6 de octubre, asi en Paris como en Versalles. Maillard llegó con la primera columna y se presentó en la barra de la asamblea con una diputacion de 15 mugeres á cuyo frente estaba la famosa Varennes, portera de la casa de Aligre en la calle de Saint Honoré. El fué quien arengó á la asamblea en nombre de todas, pidiendo á gritos *pan y libertad*. Pero al instante que se espidieron algunos decretos para el mejor surtido de Paris, Maillard se volvió á la capital y por consiguiente no pudo tomar parte alguna en los sucesos de la noche del 5 al 6.

No dirémos lo mismo en los tremebundos acontecimientos del 2 de setiembre 1792 que pueden leerse en el testo. Vivia Maillard en el dicho barrio de S. Antonio, donde egercia un grande influjo, y cuando la comision de vigilancia del ayuntamiento, á propuesta de Manuel, estableció una especie de tribunal para juzgar á los presos, expidió el siguiente decreto: « En nombre del pue-
« blo os exortamos, camaradas, á que juzgueis á todos
« los presos de la Abadia sin distincion, exceptuando al
« abate Lenfant, á quien pondreis en lugar seguro.—Fir-
« mado Paris y Sergent, administradores del ayuntamien-

« to el 2 de setiembre. » Inmediatamente que se supo este decreto se formó una comision popular que hacia las veces de jurado y Maillard fué elegido para presidente. El 17 de diciembre 1793 le arrestaron juntamente con Vincent y Ronsin, pero tuvo la fortuna de salir libre, mientras que los otros dos fueron guillotinados. Se asegura que despues fue agente de la comision de seguridad general.

PAGINA 335.

3 Aunque parece inútil cuanto se diga acerca de Robespierre, porque su nombre solo equivale á toda una descripcion, sin embargo no podemos menos de dar algunas noticias de la vida de este tirano.

Maximiliano Isidro Robespierre nació en Arras en 1759. Su padre, que era un abogado del tribunal superior de Artois, de resultas de haberse arruinado por sus disipaciones, salió de Francia mucho tiempo antes de la revoluciou y abrió una escuela de frances en Colonia, Luego pasó á Inglaterra, despues á Alemania y no se volvió á saber mas de él. Su madre Maria Josefa Carreau era hija de un fabricante de cerveza de Arras y murió muy jóven, dejando á su hijo mayor de edad de 9 años y á otro hermanito suyo que tuvo la misma suerte que él. Costeó su primera educacion el Sr. obispo de Arras, aquel mismo Mr. de Conzié que luego dió tantas pruebas de lo mucho que detestaba los principios de la revolucion, y no perdonó diligencia hasta conseguirle una beca gratuita en el colegio de Luis el Grande. Dícese que desde su mas tierna edad era sombrío y mal inclinado aunque muy tímido, cuyo carácter sabia disimular delante de sus maestros que lo atribuian á pasion por el estudio. Corria con darle las asistencias en nombre del obispo de Arras un canónigo de Paris llamado Mr. Aimé, á cuya mesa comia frecuentemente, y á quien el persiguió luego con una especie de encarnizamiento. No dejó de contribuir mucho al desarrollo de su aficion al republicanismo, el entusiasmo de uno de sus catredáticos por todos los héroes

de Roma, en términos que llamaba á su discípulo *el romano*, y no cesaba de aplaudirle por su independencia y amor á la igualdad. Error muy comun y muy sustancial en el método de enseñanza seguido en Francia, en España y en otras monarquias mas ó menos templadas, en las cuales los primeros libros que se ponen en manos de la juventud son los elogios y excelencias del gobierno republicano, de la libertad del pueblo y de su constante accion en los negocios públicos, y luego se les castiga por la menor muestra que dan de haber aprendido lo que se les mandó estudiar. De todas maneras lo cierto es que Robespierre era mucho mas aplicado que sus compañeros y mucho mas de lo que se acostumbra á su edad, en términos de llegar á concebirse de él esperanzas que, cierto, estuvieron muy léjos de realizarse. El año 1775 cuando Luis XVI hizo su entrada pública en Paris, fue elegido por sus compañeros y condiscípulos para ir á presentarle en su nombre el homenage de su reconocimiento. Luego que se recibió de abogado en el consejo de Artois, compuso unos memoriales contra los magistrados de Saint Omér, contra los de Arras y contra los estados de su provincia, y aunque era poco estimado de los de su cuerpo á causa de su humor irritable, no dejó de obtener una plaza en la academia de Arras. Desde las primeras turbulencias de 1788 ya empezó á fermentar su cabeza, y no hubo juntita ni conciliábulo revolucionario en que él no estuviese de los primeros, hasta que el estado llano de Artois le nombró por uno de sus diputados á los estados generales. En los principios de aquella asamblea no tuvo el menor influjo, y durante aquella primera legislatura fue mirado como un hombre melancólico, capaz de todo pero falto de medios. Sin embargo, á pesar de que por su elocuencia no podia rivalizar con los oradores que entonces brillaban en la tribuna, no dejó de ir adquiriendo algun influjo con el populacho, y Necker mismo le estuvo adulando en la sesion del 20 de junio. Durante algun tiempo hizo la corte á Mirabeau que le despreciaba altamente, y de tal manera le acom-

pañaba y seguia por las calles y plazas públicas que dieron en llamarle *el mono de Mirabeau*. No porque gustase en manera alguna de aquel hombre célebre, sino porque le miraba como al ídolo del pueblo, y asi procuró irse separando de él apenas notó los primeros síntomas de que se despopularizaba. La primera vez que llamó la atencion de la asamblea fué el 20 de julio 1789 en que se opuso al proyecto de la ley marcial, procurando legitimar desde entonces el derecho de insurreccion. El 24 de agosto en un discurso contra el despotismo y la tiranía, propuso la libertad de imprenta como única garantía de la pública libertad. El dia 28 del mismo mes, cuando la asamblea declaró *la Francia monárquica*, anduvo haciendo escaramuzas al rededor de la idea de república sin atreverse á pronunciar esta palabra, pero la asamblea que adivinó sus intenciones, le impuso silencio. En los dias 4 y 5 de setiembre de aquel año, denunció al segundo comandante de la guardia nacional Lasalle, y se esplicó con mucha virulencia contra el rey y sus ministros por ciertas reflexiones que se habia permitido hacer sobre los decretos presentados á su sancion. No consta que tuviese parte alguna en los alborotos del 5 y 6 de octubre, contentándose con arengar á las mugeres que acompañaban á Maillard á la asamblea. Desde entonces ya no perdió ocasion de declararse protector de todas las ideas desorganizadoras, por ejemplo la máxima de que « un hom-« bre que no tenga un solo maravedí de propiedad, tiene « el mismo derecho para ser elector y elegible que los « propietarios. » En seguida emprendió contra los estados de Cambresis, contra Mr. Alberto de Rioms, contra el parlamento de Rennes, y sobre todo contra el derecho de paz y guerra que se queria conferir al rey, diciendo que este no era mas que « una especie de mancebo (com-« mis) subdelegado para ejecutar las órdenes de la nacion. » De este modo iba adquiriendo grande influjo en los clubs, al paso que le despreciaban en el seno de la asamblea.

Seria demasiado molesto seguirle en todas sus vota-

ciones, tanto mas cuanto no se vió jamas en él una serie de ideas consecuentes la una á la otra, sino que por el contrario se notaba cierto desórden y contradiccion, bien fuese natural ó afectada. ¿Quien diria, por ejemplo, que Robespierre fué el que con mas empeño solicitó que se aumentara la asignacion de los eclesiásticos ancianos en proporcion de sus necesidades? ¿Que él fué quien reclamó la necesidad de modificar la legislacion en materia criminal, y por último que el 30 de mayo se pronunciase abiertamente contra la pena de muerte? Aquel mismo que pocos meses despues habia de derramar á torrentes la sangre de sus conciudadanos, se empeñó en demostrar que semejante pena no habia podido ser inventada sino por tiranos. Pero toda esta moderacion de aquellos dias se convirtió al siguiente en un desusado furor, al oir la lectura que hizo uno de los secretarios de una carta del abate Raynal en que censuraba la mayor parte de los trabajos de la asamblea. Oh entonces ya no encontró Robespierre pena ni ignominia bastante para cubrir con ellas al anciano apóstol de la libertad! Por que ha de tenerse entendido que no ha existido jamas en el mundo príncipe tan fatuo ni tirano tan orgulloso, como esos demagogos y esas corporaciones que se dicen ser enemigas de toda tirania y de todo privilegio. Dudar de la sabiduria de un consejo, de una asamblea, de unas córtes, ó de una cámara de diputados es el mayor delito á que puede llegar la perversidad humana en el concepto del mas modesto de sus individuos.

Pero en medio de todas sus arrogancias de corporacion era Robespierre sumamente tímido de su persona, pues que habiéndose suscitado de resultas del viage de Varennes la cuestion de la inviolabilidad del monarca, á que él se habia opuesto inútilmente el dia 14 de julio, solicitó en la misma sesion que «á lo menos no se provocase la «desgracia de las personas que habian opinado por la «negativa.» Al dia siguiente al salir de los jacobinos le dijo al pueblo que le rodeaba «amigos mios, todo está «perdido, el rey queda á salvo.» Espresion que indica

Biblioteca Universitaria Oviedo

ba bien sus proyectos y sus temores. Sin embargo el dia 16 en lugar de irse á la asamblea se fué á los jacobinos, en el momento en que habian salido de allí casi todos los diputados y principió una arenga en que no solo denunciaba á sus cólegas, sino afirmó que habian querido asesinarle. Apoyado por Marat y Danton logró exaltar de tal suerte la imaginacion de los oyentes, que al siguiente dia 17 se reunieron de nuevo en el campo de Marte y levantaron un altar con esta inscripcion « *Al que ha merecido bien de la patria* y debajo el nombre de Robespierre. Mas él no se atrevió á concurrir á esta especie de apotheósis y Lafayette disipó el tumulto al frente de la fuerza armada. Lo restante de aquella legistatura lo empleó Robespierre en declamar constantemente contra el rey y contra la constitucion que le conservaba ciertos derechos de que el habia querido despojarle. Sus compañeros no se tomaban la pena de contradecirle, contentándose con votar en contra y tenerle por un exagerado; pero el pueblo de las tribunas le escuchada como á un oráculo, y el dia que se cerró la asamblea vino á su encuentro al salir de la sala, le puso una corona de encina en la cabeza, le colocó en una carroza, desenganchó los caballos y le llevó hasta su casa gritando, « he « aqui el amigo del pueblo, el gran defensor de la liber- « tad. » Tambien Petion tuvo parte en este triunfo, lo cual no impidió que pocos dias despues le acusase de que afectaba tener religion, á lo cual le contestó el otro: « tu sabes muy bien todo lo que yo hago ¿qué te impor- « ta saber como pienso? »

Habiendo solicitado una licencia temporal, dió una vuelta por su pueblo y fué recibido en él con extraordinario entusiasmo por todos los que eran del partido popular, y habiéndole salido al encuentro, le presentaron coronas civicas y por la noche se iluminó la ciudad. Solo los que pasaban por enemigos de la constitucion reusaron asistir á la fiesta, lo cual sirvió luego de pretesto para perseguirles. Habia sido nombrado en junio 1791 fiscal del tribunal criminal de Paris, y como ya se habian

concluido sus funciones legislativas, prestó juramento ante el ayuntamiento en 15 de febrero 1792, pero renunció esta plaza en el mes próximo de abril para dedicarse enteramente á la direccion del club de los jacobinos. No dejó de ocasionarle algun disfavor esta renuncia, pero sin embargo, el fué quien recibió á Dumouriez en el club, y quien abrazándole le dijo: « Si Dumouriez con« tinua como ha principiado, encontrará un hermano en « cada uno de nosotros, pero tengo por muy dificil ha« llar en un ministro un buen ciudadano. » Dumouriez no le contestó sino arrojándose en sus brazos y recibió de sus manos el gorro colorado.

En toda aquella época se le vió acudir muy á menudo á la barra de la asamblea legislativa para felicitarla ó intimidarla en nombre de su partido; pero como era naturalmente tímido ó hipócrita, no hizo mas que un papel secundario en las terribles jornadas del 20 de junio y 10 de agosto 1792, si bien de resultas de esta última fué nombrado miembro de la municipalidad que reinó desde entonces en la capital. Fué luego presidente del tribunal encargado de juzgar á las víctimas de aquel dia, y últimamante miembro del consejo de justicia que trabajaba con el ministro Danton. Sin embargo renunció la presidencia del tribunal especial de 10 de agosto, por que segun el mismo aseguró, habia denunciado mucho tiempo antes y acusado tambien á los compradores que este tribunal estaba encargado de juzgar. El dia 12 de agosto solicitó de los jacobinos que se juzgase á Custine y se le condenase á muerte dentro de las 24 horas.

En cuanto á las matanzas de setiembre, parece que se contentó, como tenia de costumbre, con recoger el fruto de ellas sin tomar personalmente parte. Ayudó sordamente á llenar bien las cárceles, á exasperar al pueblo y luego le dejó obrar bajo la direccion de Danton y de otros. Habia ya mucho tiempo que estaba ligado con Marat y con Danton, aprovechándose de la fogosidad del primero, cuya rivalidad no le inspiraba recelos, y sirviéndose del carácter y maneras revolucionarias del se-

gundo mientras que tuvo otros enemigos que combatir. Con semejantes auxiliares llegó á ejercer un grande influjo en los jacobinos y por medio de ellos en toda la capital, que á su vez influia en la asamblea y en las provincias. Pero este mismo poder le atrajo por de pronto muchos enemigos, los cuales, cuando fué nombrado diputado á la convencion, le denunciaron en la 5.ª sesion que se verificó el 25 de setiembre de que aspiraba á la dictadura. Entonces subió friamente á la tribuna, y despues de una larga relacion de todos sus servicios desde 1789, se defendió acusando á sus denunciadores que eran los girondinos, y la asamblea pasó á la órden del dia. Volvieron estos á la carga el 29 de octubre por boca de Roland, de Rebecqui, y sobre todo de Louvet, que pronunció contra él un discurso muy elocuente, á que madama Roland dió el título de *La Robespierrada*. Procuró justificarse, ayudado de su hermano y de Danton, los cuales fueron escuchados con poco favor; pero el 5 de noviembre fué el dia de su completo triunfo. Toda la sesion la empleó en rechazar la denuncia de Louvet y obtuvo una señalada victoria contra los girondinos, yendo en seguida á celebrarla en la sociedad de los jacobinos, donde Merlin de Thionville le dijo cara á cara *que era una águila y que Barbaroux era un reptil*: en el mismo tono le felicitaron Manuel y Collot.

Desde aquel momento no cesó de apresurar la muerte de Luis XVI con un encarnizamiento y constancia sin igual. El 30 de noviembre propuso que « se abriese sin « dilacion el juicio contra el último tirano de la Francia, « y se le aplicase la pena debida á sus atentados. » El 2 de diciembre sostuvo en un largo discurso « que no se tra- « taba de juzgar á Luis, sino de ejercer un acto de pro- « videncia nacional, declarando á este príncipe traidor á la « nacion francesa y á la humanidad, condenándole á dar « un gran ejemplo al mundo en el sitio mismo en que los « mártires de la libertad habian perecido el dia 10 de « agosto. » Tambien propuso que se entregase á los tribunales las personas de la reina y madama Isabel, con-

servando encerrado en el *Temple* al Delfin hasta la paz. El 3 de diciembre se le reusó la palabra sobre el mismo asunto; pero el dia 4 la tomó á pesar de todos los que se opusieron y propuso *que se condenase inmediatamente á muerte á Luis en virtud de una insurreccion*. Ultimamente hasta el dia del suplicio de este príncipe no cesó de subir á la tribuna para pronunciar, segun la espresion de uno de sus cólegas, *vociferaciones de canibales y arremetidas atroces*. Inútil es decir que el dia de la sentencia votó por la muerte.

El 27 de marzo 1793 persiguió de nuevo los restos de la familia de Borbon, y confundiendo su causa con la de los girondinos, contra quienes estaba en lucha hacia mucho tiempo, pidió el 10 de abril que la reina, el duque de Orleans, Sillery, Vergniaud, Guadet, Gensonne y Brissot fuesen remitidos ante el tribunal revolucionario. En medio de este combate, que estuvo varias veces para serle funesto, continuó gozando de un poder absoluto en la capital, proponiendo de tiempo en tiempo decrétos mas propios de un faccioso que de un hombre de estado; pero al fin las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio, que fueron obra de los dantonistas, le hicieron dueño de la convencion y fundaron aquel imperio tiránico que no tuvo mas término que el de su vida. Los enemigos mas peligrosos que tenia entre los girondinos fueron puestos fuera de la ley y los demas arrestados, en términos que todo se humilló en su presencia y en la del gobierno republicano, que se confió á una comision llamada de salud pública de que él era el director, y á doce comisiones que suplian por otros tantos ministerios. La multitud de denuncias y suplicios que caracterizaron aquella época de terror, convirtieron á Paris y aun á toda la Francia en una especie de silencioso desierto, de suerte que nadie se atrevia á hablar con nadie sin temor de encontrarse con su delator. Desde entonces ocupado Robespierre en las comisiones con sus cómplices, se presentaba pocas veces en la convencion, y esas solo para recibir aplausos. La esposa y hermana de Luis XVI perecieron en el cadalso

y todos los departamentos sirvieron de teatro sangriento de las venganzas suyas ó de sus procónsules. Pero sin embargo no todos los que parecian sus amigos y eran cómplices suyos pudieron conformarse largo tiempo en obedecer á un hombre, que no tenia otro talento que el de aprovecharse de sus sucesos y de sus faltas. La multitud de perfidias que habia ejercido con otros, les dieron á conocer que llegaria pronto el día en que invocando la justicia, la humanidad y la moderacion, sacrificaria tambien á los jacobinos, como habia sacrificado á sus antagonistas. La faccion de la municipalidad ó de los hebertistas, que habia contribuido mas que ninguna otra á desembarazarle de los girondinos, fué la primera á separararse de las comisiones y por consecuencia de Robespierre. Orgulloso con las victorias que habia hecho conseguir hasta entonces á la Montaña, creyó que podia reinar sola y dictar leyes á la convencion; pero la suerte ó la habilidad de Robespierre supo oponerla á un tiempo los jacobinos y franciscanos, cuyos esfuerzos reunidos acabaron con ella en marzo 1794. Mas poco despues de esta victoria le quedaba que vencer otro enemigo mas terrible que todos los anteriores. Aquel Danton, cuya energía le habia servido de apoyo en tantas y tantas ocasiones, y por cuyo influjo se habia desecho de las demas facciones, capitaneaba todavia la de los franciscanos (cordeliers) y no era posible que existiesen juntas estas dos potencias. Habia tenido gran cuidado Robespierre de colocar á todas sus criaturas en el gobierno, y de separar poco á poco á las que lo eran de su rival á fin de quitarle todos los medios de accion. Para despopularizarle mas le envió á que se enriqueciera en la Bélgica y no se pasó una semana sin hacerle acusar, prender y entregar al cadalso, con Desmoulins, Lacroix, Favre etc. despachando por el mismo en lo restante del mes de abril á todos los que quedaban del partido de los franciscanos y de la municipalidad, á quienes designaba con el apodo de *atheos*.

Se habia dignado en agosto 1793 presidir la convencion á quien él llamaba *su máquina de decretos*, pero

no se servia de ella sino de los jacobinos y de las comisiones para la ejecucian de sus proyectos. Desde entonces sus espresiones favoritas no eran otras que *es necesario*, *es preciso*, *yo lo mando*, y aun llegó el caso de mandar echar de la sociedad á dos miembros de ella por haberse tomado la libertad de oponerse á su dictámen. Lo singular es que en medio de tantos horrores y de tan insoportable tirania, hubo momentos en que la Francia entera aplaudió sinceramente las crueldades de Robespierre contra las demas facciones, esperando ser menos desgraciada bajo el despotismo de una sola. Hasta los realistas le perdonaron en cierto modo la sangre que habia derramado de los suyos, en cambio de haber hecho sufrir la misma suerte á los principales revolucionarios.

En mayo de 1794 fue cuando hizo anunciar por su secretario Barrére el nuevo plan de religion que habia meditado y que le atrajo en efecto algunas simpatias; pero que debió servir de prueba aun á los menos reflexivos, de que el tirano se creia seguro del gobierno, supuesto que pensaba en reedificar, ya que hasta entonces solo habia pensado en destruir. Muy de sospechar es que Robespierre hubiera conservado el mando por largo tiempo en medio de su tirania, si contento con haber abatido las primeras cabezas de la convencion, hubiese á lo menos tranquilizado las de los miembros que aun quedaban y que ciertamente no debian inspirarle recelos. Pero tímido, cobarde y desconfiado, creyó que necesitaba para asegurarse buscar un apoyo en el partido moderado, sacrificando á esta opinion los principales agentes del gobierno revolucionario. Con este objeto anunció que estaba dispuesto á castigar los excesos y dilapidaciones de muchos de sus cólegas que habian ejercido mandos ó desempeñado misiones, y la vista del peligro les dió á estos el valor necesario para substraerse á sus furores. El dia 10 de junio Ruamps y sobre todo Bourdon de l'Oisa se atrevieron á manifestar alguna desconfianza de la comision de salud pública, lo cual ocasionó el 11 una discusion acalorada en la cual habló Robespierre con mu-

cho despotismo, apoyándole Barrére y Billaud Varennes (que un mes despues debian ser sus acusadores), los cuales impusieron silencio á Tallien que habia tomado la defensa de Bourdon. Todos estos conocieron que estaban perdidos sin remedio, y asi redoblaron sus esfuerzos é intrigas para derribar á Robespierre. No lo ignoraba este último ni hubiera sucumbido á ellas, si olvidando el sistema de rigor que tambien le habia probado hasta entonces y sordo á los consejos de St. Just que tanto se le recomendaba, no hubiese contemporizado con sus enemigos, que fue lo que le perdió. Despues de haber pasado muchos dias en el retiro, ocupándose en proyectar mientras que hubiera debido estar en accion, volvió á presentarse el 26 de julio en la convencion y subió á la tribuna para ponderar su virtud. Procuró ganarse el partido del centro haciendo alarde de que siempre le habia defendido, y declamó contra varios miembros de las comisiones que se iban separando de él. Mas tambien entonces se atrevió Bourdon á tomar la palabra contra él, proponiendo que antes de imprimirse el discurso de Robespierre, pasase á las comisiones para que le examinaran, porque podia muy bien haber en él algunos errores. Al oir esta palabra de *errores* en un discurso de Robespierre, empezaron á cobrar ánimo muchos diputados que antes la hubieran mirado como una blasfemia. Vadier, Cambon, Billaud, Panris, Bentabolle, Charlier, Amar, Thuriot y Breard, todos tomaron la palabra sucesivamente contra el déspota, aunque sin atreverse á esplicarse muy claro por el espanto que todavia inspiraba. Solo Barrére que aun estaba indeciso, pronunció algunas frases insignificantes que no podian comprometerle con ninguno de los partidos. Sin embargo Robespierre conoció el peligro que le amenazaba y al ver que varios miembros del gobierno se separaban de él, reunió á sus amigos íntimos en aquella noche, y aunque St. Just le instaba para que no perdiese un momento sin atacarlos, él lo difirió por 24 horas y este retardo ocasionó su muerte. Al dia siguiente quiso St. Just ha-

blar en la convencion, pero los gritos le impidieron ser escuchado: Tallien principió de nuevo el combate y Billaud de Varennes acabó de romper el velo llamando tirano á Robespierre. Este quiso subir á la tribuna, pero fueron tantos los gritos de *muera*, que tuvo que bajarse al instante. En medio de aquella súbita tormenta no dejó de mostrar mayor ánimo del que era de esperar de él, pues no cesó de amenazar á la convencion en general y á Tallien en particular, hasta que al fin puesto á votos el decreto de su arresto, fue aprobado por la mayoria, no solo contra él sino tambien contra su hermano, contra St. Just, Couthon y Lebas. Entonces volviéndose Robespierre hacia los vencedores les dijo « los bergantes triunfan; » pero por la noche fué atacada la comision de seguridad general y Robespierre y sus cómplices fueron conducidos desde el Luxemburgo á la casa de la ciudad, donde el comandante de la guardia nacional Henriot, el corregidor Fleuriot y el procurador síndico Payan con algunos de sus amigos, juraron defenderlos y se declararon en insurreccion contra la convencion. Tuvo entonces Robespierre la esperanza de salvarse, y asi escribió, juntamente con St. Just, un billete á Couthon diciéndole que dentro de dos horas iba á marchar contra la convencion, y que hallándose proscriptos todos los patriotas, se habia sublevado el pueblo y era indispensable que viniese al ayuntamiento donde le esperaban. Mas entretanto que ellos perdian el tiempo en discurrir, los parisienses estaban acechando hacia qué lado propendia la victoria y cuales serian sus nuevos señores para reunirse inmediatamente á ellos. La convencion tomó la delantera, declarando á Robespierre y sus partidarios fuera de la ley y nombrando á Barras y á otros once comisionados para dirigir la fuerza armada. Entonces aquella porcion de tropas que se habia unido á Henriot le abondonó, y á las 3 de la mañana el ayuntamiento, Robespierre y todos sus amigos estaban en poder de la convencion. Los detalles de su muerte pueden verse en el texto.

PAGINA 336.

4 El marques de Monspei , teniente de guardias de corps y diputado de la nobleza de Beaujolois á los estados generales, se empeñó en defender á sus compañeros de los excesos del banquete de que les acusaban. Pero habiendo prometido Mirabeau suministrar todas las pruebas con tal que antes se declarase la inviolabilidad del rey , no tuvo que replicar y retiró la mocion. Cuando se concluyó la legislatura, emigró de Francia y mandó en 1795 un regimiento de caballería noble en el ejército de Condé.

PAGINA 336.

5 Petion ó Pethion de Villaneuve, corregidor de Paris, nació en Chartres el año de 1753, siendo hijo de un procurador de aquella ciudad y se recibió de abogado en 1778. Cuando le nombraron diputado del estado llano á los estados generales, era un personage tan obscuro como la mayor parte de los hombres perversos que de los cuatro estremos de la Francia vinieron á caer sobre Paris y adquirieron una tan funesta celebridad. La naturaleza no le habia destinado á otra cosa que á vegetar toda su vida en una curia de provincia , por que no tenia ninguna calidad para brillar en un teatro como el de la capital. Asi fué que á los principios no hizo mas que un papel muy secundario y muy proporcionado á su talento. Quieren algunos decir que era buen mozo; pero si por tal se entiende el tener unas facciones regulares pero inanimadas , una fisonomia fria y sin espresion, y unos ojos tan inmóviles como si fueran de cristal , entonces no se puede negar que era un tipo de belleza En cuanto á sus talentos oratorios solo puede decirse que era empalagosisimo , pedante y tan vacio de ideas, que en cuanto subia á la tribuna , bastaba para que todos echaran á correr de la sala. Viendo pues que no le llamaba Dios

para orador, vió si podia á lo menos llamar la atencion como faccioso y asi se dió prisa en afiliarse en el club breton que acababa de instalarse. Allí no dejó de hacerse lugar con los que ya soñaban en formar una república, de modo que no se habian pasado seis meses de la apertura de los estados generales, sin que ya le hubiesen bautizado con el nombre de *el virtuoso*. Para justificar este título no perdia Petion ocasion alguna sin declamar contra la corte, contra el clero, y contra la nobleza, que era el medio seguro de adquirir prosélitos, que en Paris como en todas partes miran con envidia á todas las superioridades sociales. El fué quien en 1790 solicitó una ley contra los sospechosos, y quien en la misma sesion se opuso á que Luis XVI continuara intitulándose *rey por la gracia de Dios*. Como Mirabeau no podia menos de hacerle sombra, desde los principios se declaró su antagonista y su perpetuo denunciador; pero la reina sobre todo era el objeto de su mayor aversion, llegando hasta á designarla en la noche del 5 de octubre al puñal de los asesinos. Conforme la asamblea iba adelantando en la carrera de las revoluciones, iba Petion aumentando en influjo, á punto de que cuando llegó la época del viage de Varennes le eligió la asamblea por uno de los tres comisionados que debian traer á Paris al desgraciado monarca. Su conducta en aquel viage fué tan dura y tan grosera, que no dejó duda alguna de que aquella alma era incapaz de ningun sentimiento de humanidad. En prueba de ello baste decir que en el coche del rey venian ocho personas, contando los tres comisarios, y por consiguiente el Delfin tenia que venir ya sobre las rodillas del uno ya sobre las del otro. Una vez que estaba sentado sobre las de Petion, empezó el niño á hacer algunos movimientos propios de su tierna edad, y Petion echándole en los muslos de su madre dijo: « qué muchacho tan inquieto y tan mal criado! » Despues de tales muestras de urbanidad republicana, nadie estrañará que en la sesion del 13 de julio solicitase Petion que se le formase causa al rey; pero habién-

dose reusado á pesar de los esfuerzos de Gregoire, de Robespierre, de Vadier y de otros tres, imaginó la famosa peticion del campo de Marte en que tanto trabajó su camarada y paisano Brissot.

Concluida la tan larga como funesta legislatura de la constituyente, tuvo Petion el honor de ser llevado en triunfo por el populacho en compañia de Robespierre, y habiendo sido nombrado el 17 de noviembre corregidor de Paris, fué aquella noche misma á dar las gracias á los Jacobinos. El dia 1.° de año reusó ir á cumplimentar á la reina, segun la costumbre inmemorial, diciendo que la ciudad de Paris no la debia nada á aquella muger, y que si insistian en ello se negaria á presidir la diputacion. Luego se le vió organizar, de concierto con Collot D'Herbois el apotheosis de los soldados del castillo viejo, que se habian amotinado contra sus oficiales y saqueado la caja del regimiento. Tambien fué uno de los principales promovedores y director único de la asonada del 20 de junio, concertada antes en Auteuil en casa de Cabanis, entre él, Danton, St. Hurugue, Dujourny, Condorcet y el amo de la casa. Los detalles de este dia pueden verse en el texto, aunque hay muchísimos omitidos por el historiador. Tres horas despues de este atentado se subió Petion sobre una silla, y dirigiéndose al pueblo le dijo: « Acabas de mostrarte « digno de ti mismo y has sabido conservar toda tu dig- « nidad en medio de las mayores inquietudes. Ningun « exceso ha manchado tus sublimes movimientos: ahora « debes esperar, y cree que tu voz habrá sido por fin oi- « da. Pueblo, se acerca la noche y debes retirarte. » La multitud se retiró en efecto, y Petion se fué á dar cuenta á la asamblea diciendo: « que una multitud de ciudada- « nos se habian dirigido á la habitacion del rey lo cual « habia ocasionado algunas inquietudes, pero que él no « habia tenido ninguna, porque sabia muy bien de tres « años á esta parte cuan respetada era su persona y que « los magistrados del pueblo velaban para que se le tuvie- « se el respeto que le era debido. » Entonces tuvo Valazé

la poca vergüenza de proponer que se hiciese mencion honrosa del zelo y conducta de Petion, pero se opuso Becquey y se pasó á la órden del dia.

El dia 6 de julio de aquel mismo año salió un decreto del departamento de Paris, en que se suspendia á Petion de sus funciones de corregidor, cuyo decreto fué confirmado por el rey el dia 12, pero la asamblea le anuló el 13. Entonces quedó Petion de verdadero rey de Paris y publicó una especie de manifiesto intitulado *reglas de mi conducta para con el pueblo*, en el cual se les dice claramente á los agitadores que cualesquiera crimenes que cometiesen, no se les considerará sino como *alucinados*, y que en todo caso cuenten con su apoyo. Esta promesa no cayó, como suele decirse, en saco roto, porque desde aquel dia apenas se pasaba uno sin que hubiese algun aristócrata arrastrado por las calles de Paris. Cuando llegaron á la capital aquellas hordas de pillos del mediodia tan horriblemente conocidos despues bajo el nombre de *Marselleses*, el primer homenage de respeto que prestaron fué al virtuoso Petion, quien les recibió en el ayuntamiento y despues de arengarlos les envió á que se acuartelasen en el convento de S. Francisco, donde les esperaban Danton, Camilo Desmoulins, Favre, D'Eglantine y el poeta nacional Chenier, quienes les festejaron, les aplaudieron y les comunicaron las últimas instrucciones. Al acercarse la fiesta del aniversario de la federacion, toda aquella gentualla gritaba por las calles *Petion ò la muerte*, poniéndose esta divisa en los sombreros y obligando á todos los transeuntes á que hiciesen lo mismo. Desdichado del que hubiese opuesto la menor resistencia! Ellos mismos decian que habian sido llamados para matar al rey. Aquel dia vino Petion en triunfo al Campo de Marte, donde ya habia llegado el rey por detras de la escuela militar, y no puede negarse que estuvo su vida en sus manos. Poco tiempo despues hizo armar de picas á la lia del pueblo y le mandó incorporar en las filas de la guardia nacional. El dia 8 de agosto 1792 vino á solicitar á la barra la deposicion del monar-

ca, en nombre de las 48 secciones de Paris. El 9 por la noche se presentó á la asamblea, diciendo que á media noche se ha de tocar á rebato y que él carecia de medios para detener la insurreccion. A las once se fué al cuarto del rey y estuvo encerrado con él hasta media noche, despues de asegurarle que todo estaba apaciguado, pero á pocos minutos empezaron á sonar las campanas por todos lados. Sabido es lo que pasó el dia 10 de agosto y tambien lo de los primeros dias de setiembre, cuyas matanzas fueron anunciadas por él á la asamblea el 31 de agosto. Terminemos cuanto antes podamos la historia de este monstruo.

Nombrado diputado de la convencion por el departamento del Eura y Loira, fue reelegido corregidor de Paris el 18 de octubre, pero lo reusó temiéndose la llegada de los Prusianos, cosa que entonces se tuvo por muy probable. Cuando llegó el caso de la sentencia contra Luis XVI, votó Petion la muerte pero con apelacion al pueblo: flaqueza que no le perdonaron sus cómplices, y que les mereció el título de defeccion. Entonces se vió precisado á echarse en brazos de los girondinos y de hacer causa comun con ellos y esperimentar la misma suerte. Habiéndose huido al departamento de la Gironda con Grangeneuve, Cussy, Biroteau, Guadet y Buzot fueron declarados todos ellos fuera de la ley á propuesta de Robespierre. Los cuatro primeros fueron guillotinados en Burdeos por órden de Tallien, y los otros dos habiéndose ocultado sin saberse donde, se encontraron sus cadáveres comidos de lobos en un campo cerca de S. Emilion: suerte digna de tales malvados.

PAGINA 339.

6 El marques de Savonieres era un antigno teniente coronel de dragones y teniente de guardias de corps de Francia, que se hallaba de servicio aquel dia, y le rompieron un brazo de un tiro que disparó un soldado de la

guardia nacional de Versalles. Prohibió á los suyos que contestasen y murió de resultas de la herida.

PAGINA 355.

7 J. D. Lanjuinais, abogado y profesor de derecho canónico en Rennes, fué nombrado diputado del estado llano á los estados generales y uno de los fundadores del club breton, que luego pasó á ser la sociedad famosa de los jacobinos. Desde el 27 de junio 1789 se declaró contra la fórmula usada por el rey de *ordeno y es mi voluntad* en todos los decretos y declaraciones que emanaban de su dignidad. Pero al mismo tiempo sostuvo con mucho calor en la sesion del 10 de agosto del mismo año, que los diezmos eran de derecho divino y que lo mas que podia hacerse era rescatarlos. Mas no por eso dejó de ser uno de los mas ardientes promotores de todas las reformas y aun de todas las estravagancias de aquel tiempo. Una de ellas fué la de solicitar los derechos de ciudadano activo para los negros y gente de color: otra la de estrañar que, por que se hubiesen abolido los títulos, se permitiese á los príncipes de la familia real usar los suyos, y sobre todo que se tolerase el escándalo de que el rey y el delfin usasen de la gran banda del Espíritu Santo. Cuando se concluyó la legislatura fué nombrado miembro del tribunal supremo de justicia, y poco despues diputado á la convencion por el departamento de Ille y Vilaine. Mas ya parece que se habian templado mucho sus opiniones, pues que le vimos combatir con mucho vigor las máximas y conducta de los terroristas, á punto de proponer una ley contra los provocadores al asesinato. Así fué que inmediatamente le acusó Tallien de que era fuldensista (feuillantiste) y los periódicos jacobinos le pusieron como un trapo por haber propuesto que una guardia departamental asegurase la independencia de la convencion. El 5 de noviembre 1792 se unió con Louoet y con Barbaroux los cuales habian denunciado los primeros á Robespierre, y por consecuencia incurrió en el ódio de

aquel tirano que ya empezaba á tener mucho influjo. El 13 de diciembre habló en favor de Luis XVI y propuso que se le dejasen todos los medios de defensa como á los demas acusados. Al dia siguiente apoyó la mocion hecha por Buzot, relativa á que se obligase á la familia de Orleans á salir de Francia 24 horas despues del juicio del rey, añadiendo que *habia ya tres años que abrigaba esta mocion en su pecho*. El 19 volvió de nuevo á la carga contra el duque de Orleans, á pesar de los murmullos de las tribunas y de los epigramas que le dirigian Billaud, Tallien y compañia. El 26 de diciembre tuvo la noble osadia de vituperar el acta de acusacion contra el monarca, y sin querer bajar de la tribuna á pesar de los gritos, desenvolvió la atrocidad de un proceso en que los mas declarados enemigos de Luis XVI iban á servir de testigos, de acusadores, de jurados y de jueces: en que le achacaban sin pudor los crímenes que habian cometido ellos mismos, y singularmente la sangre derramada el dia 10 de agosto en el ataque de Tullerias. En fin llegó á dar el título de conspiradores á sus propios cólegas si no revocaban el acta de acusacion. En la votacion nominal del 15 de enero 1793 dijo que Luis XVI era culpable, pero que no consentia en reconocerse por juez suyo, y al dia siguiente votó por la reclusion y el destierro despues de la paz, protestando en todo caso contra la idea de que se diese fuerza de ley al resultado del proceso, cualquiera que fuese, á no ser que se reunieran las dos terceras partes de votos. Esta proposicion, combatida por Garrau Coulon, fué desechada. El 8 de febrero apoyó con mucho calor el decreto que mandaba perseguir en justicia á los autores de las matanzas de setiembre, que los jacobinos tenian grande empeño en revocar. A principios de marzo se opuso tambien á la creacion de un tribunal revolucionario, proponiendo que á lo menos sus atribuciones no se estendiesen mas que al casco de Paris. El 30 del mismo mes denunció á Chabot, como uno de los gefes de la conspiracion que estaba urdida contra una porcion de diputados, y el 2 de junio desplegó toda

su energia, en medio de los gritos é injurias de Drouet y otros energúmenos que luchaban por arrancarle de la tribuna. Habiendo entonces Barrere propuesto que se suspendiesen á sí mismos de sus funciones todos los diputados que habian llegado á hacerse sospechosos por su propia seguridad, dijo Lanjuinais: «Creo haber mos-«trado hasta este dia alguna energia y valor, y asi no «espereis de mí ni renuncia ni suspension. Sabed que una «víctima á quien se conduce al altar no es insultada por «el mismo sacerdote que la sacrifica. Se habla del sacri-«ficio de mis poderes y este no es mas que un abuso de «palabras, porque los sacrificios deben ser libres y vo-«sotros no lo sois.» Habiéndole arrestado en su casa al fin de aquella misma sesion, logró evadirse el dia 23 á pesar de la vigilancia de la gendarmeria y así evitó la muerte que sufrieron muchos de sus cólegas. La convencion le declaró fuera de la ley; pero habiéndose sustraido á todas las pesquisas, solicitó en noviembre 1794 ser reinstalado en el cuerpo legislativo, y aunque se le negó por entonces, le volvieron á llamar el 8 de marzo 1795.

Llegado el mes de junio le nombraron presidente de la asamblea y continuó dando muestras de mucho amor á la república y á la justicia. Habló muchas veces en favor de los sacerdotes deportados, de los parientes de los emigrados y de la libertad de cultos, sin dejar nunca de mostrarse enemigo de los jacobinos y seccionarios, aunque oponiéndose constantemente á que se tomase contra ellos ninguna rosolucion tiránica. Nombrado miembro del consejo de los ancianos, combatió con el mismo valor todas las leyes que se asemejaban al sistema revolucionario, singularmente las que excluian del cuerpo legislativo á los parientes de los emigrados y á los firmantes de algunas actas reputadas por *incívicas* etc. El 26 de octubre 1795 fue electo secretario de su consejo y salió de él en mayo 1797. Despues del 18 brumario fue nombrado miembro del cuerpo legislativo y últimamente senador, habiéndose distinguido siempre por su inflexibi-

lidad en defender los verdaderos principios de la moral y de la justicia.

PAGINA 359.

8 Jacobo Guillermo Thouret, abogado de Rechau y diputado del estado llano á los estados generales, nació en Pont l'Eveque en el mes de agosto 1746, hizo sus estudios en la universidad de Caen y fué el ornato de la curia de Rohan hasta 1787. Nombrado entonces procurador síndico en la asamblea provincial, fué tal el acierto con que escribió el informe sobre todas las operaciones de aquella junta, que adquirió la reputacion de ser un excelente publicista. Pero lo que realmente le valió su nombramiento á los estados generales fué un escrito que publicó en febrero 1789, intitulado: *Aviso de los honrados Normandos á sus hermanos, que lo son todos los buenos franceses.* La primera vez que habló en ellos fué acerca de la denominacion que habian de adoptar para lo sucesivo, y á pocas sesiones ya fué nombrado presidente; pero no faltando algunos miembros de la asamblea que murmuraban de esta eleccion, hizo su renuncia por el bien de la paz. Como individuo de la comision de constitucion, trabajó mucho en ella, sobre todo en la parte judicial y administrativa. Sus principios eran monárquicos, pero el miedo le hizo acercarse á los jacobinos, que como á tantos otros debian ocasionar su ruina. Desde entonces empezó á votar en favor de las cuestiones que en aquella época eran de moda, como la supresion de las órdenes religiosas, la no reeleccion de los miembros de la asamblea actual para la siguiente, la oposicion abierta contra las dos cámaras, y por último, cuando ocurrió la fuga de Luis XVI, la declaracion de traidores contra todos los que hubiesen cooperado á ella. Nombrado presidente del tribunal de casacion, vino al frente de su cuerpo á felicitar primero á la asamblea legislativa en agosto 1792, y despues á la convencion en 1793 por los bellos resultados de lo que se llamaba sus trabajos. Pero de nada le sirvieron estas adulaciones, porque tenia el

delito de haber sido uno de los corifeos del partido constitucional, y los terroristas no quisieron creer que hubiese cambiado de principios. Por tanto le condenó á muerte el tribunal revolucionario el dia 23 de abril 1794, como cómplice de una conspiracion descubierta en la prision del Luxemburgo donde estaba encerrado : murió á la edad de 38 años. En ella escribió un compendio de las revoluciones del antigno gobierno frances, ó mas bien el análisis de las obras de Dubos y de Mably sobre la historia de Francia.

PAGINA 360.

9 A. G. Camus, consegero electoral de Treveris y de la casa de Salm-Salm, de la academia de las inscripciones, diputado á los estados generales y á la convencion nacional etc. etc. era abogado del clero de Paris cuando principió la revolucion. Mas apenas sentado en la asamblea, todas sus votaciones fueron con el partido popular y en el sentido del juramento del juego de pelota. Se opuso constantemente á los empréstitos propuestos por Necker antes que el rey sancionase los artículos decretados de la constitucion y la declaracion de derechos del hombre, aunque en este último punto propuso que se hiciese tambien una lista de sus deberes, en lo cual no entró nunca la mayoria de la asamblea. También fue él quien propuso la supresion de todos los establecimientos de la órden de Malta, que se pagaban por el tesoro público, y en general de todas las pensiones inscritas en el libro encarnado, cuya lista mandó imprimir para excitar al odio contra las prodigalidades de la corte. Se declaró enemigo no solo de los ministros, mas tambien de todos los empleados superiores afectando una severidad de principios económicos, que llevada al exceso impide toda administracion. En consecuencia de estas ideas, se declaró tambien protector de todos los facciosos, de cualquier naturaleza que fuesen, con tal que obráran como enemigos de la corte, de la nobleza y del

clero. Por tanto solicitó y obtuvo recompensas nacionales en favor de los que se habian distinguido en Nancy, en Metz, en Pamiers y en la Bastilla. Cuando se escaparon las tias del rey, propuso que este fuese responsable de la conducta de su familia y que en todo caso se cercenasen las rentas de su real patrimonio. Pero aun fue mayor su exasperacion cuando se supo la fuga del mismo monarca, pues se empeñó en que habian de venir á la barra los ministros, el corregidor y el comandante de la guardia nacional, estrañando que este se presentase con uniforme en la asamblea. En el mes siguiente (3 de julio 1790) pidió la supresion de todas las órdenes militares y de todas las corporaciones que exigian distincion de nacimiento, esplicándose de un modo muy acre contra la nobleza y en particular contra los príncipes de la familia reinante.

Una conducta semejante no podia menos de valerle el honor de ser nombrado miembro de la convencion nacional, en donde desde el primer dia fué nombrado secretario y pidió un decreto de acusacion contra todos los ministros que hubiesen dilapidado las rentas del estado, y el secuestro de los bienes de todos los emigrados y de las casas religiosas. En diciembre de 1793 propuso que se declarase á Luis XVI culpable y enemigo de la nacion, con cuyo motivo le encargaron que pasase á Bélgica para verificar las quejas de Dumouriez contra el ministro de la guerra y los comisarios de la tesoreria. Desde allí envió por escrito su voto de muerte contra el rey, y á su vuelta le nombraron miembro de la comision de salud pública. En su calidad de tal fué enviado con Beurnonville al ejército de Dumouriez con facultades de suspender y arrestar á los generales, á quienes trató con notable aspereza; pero Dumouriez le previno entregándole á los austriacos, juntamente con sus cólegas. Allí estuvieron presos en Maestricht, Coblentz, Spielberg, Kanisgratz y ultimamente en Olmutz, donde fueron cangeados con la hija de Luis XVI. En 1795 fue miembro del consejo de los quinientos, despues presidente y al fin

ministro de policia, cuyo destino reusó admitir. Ya entonces con la edad y los desengaños habia corregido una parte de sus opiniones estremadas, declarándose enemigo de la libertad absoluta de imprenta y de las sociedades secretas, que es en lo que paran siempre los mas frenéticos defensores de la licencia popular, despues que han inundado de males á su patria. Cuando el directorio denunció la conspiracion de Drouet y Babeuf, fue Camus uno de los miembros encargados de examinar las piezas del proceso, y en su vista propuso el 10 de mayo 1796 la resolucion de que se echase de Paris á todos los ex-miembros de la convencion nacional que estaban sin empleo, á todos los militares y empleados destituídos y á todos los estrangeros, conminándolos con la deportacion si se les volvia á encontrar alli sin autorizacion. Ultimamente despues del 18 brumario cuando se abrieron los registros sobre la constitucion consular, fue uno de los pocos que firmaron por la negativa, lo cual no impidió que Bonaparte le confirmase en su empleo de archivista mayor del reino. Murió en Paris el 2 de noviembre 1804 de una aplopegia. Ha publicado diversas obras sobre materias eclsiásticas y diferentes memorias.

PAGINA 367.

10 Teodoro de Mary, marques de Favrás, era natural de Blois y habia servido en el cuerpo de mosqueteros desde 1755, pasando despues á los dragones de Belzunce y últimamente á la guardia de Suizos del hermano mayor del rey en clase de coronel. En 1786 se fué á Viena con el objeto de hacer legitimar á su muger que era hija única del príncipe de Anhalt-Schauenbourg, y en 1787 mandó una legion en Holanda cuando estalló la rebelion contra el Estathouder. Su condenacion á muerte, á pesar de lo que dice el texto, es uno de los hechos sobre cuya justicia hay los mayores motivos de dudar, y probabilísimamente fué una de las víctimas del alucinamiento popular y de la pusilanimidad de sus jueces. Su muger,

á quien habian puesto presa durante el proceso del marques, fué puesta en libertad, y el vizconde de Mirabeau confirió á su hijo un grado de oficialen su regimiento.

PAGINA 374.

11 El marques de Bouillé era natural de la Aubernia y pariente de Lafayette. Despues de haber servido en dragones le hicieron coronel del regimiento infanteria de Vexin. Luego que llegó á mariscal de campo le nombró el rey comandante de las islas de sotavento. En 1778 se apoderó de la Dominica, San Eustaquio y poco despues de San Cristobal de Nevis y del Monferrato. A su vuelta le hicieron teniente general y fué á mandar los tres obispados, donde sujetó á la guarnicion de Metz que se habia sublevado. Lo mismo hizo despues en 1790 con la de Nancy que habia hecho lo propio contra sus gefes. Elegido por el rey para facilitar su evasion de Paris en junio 1791, marchó al frente de un cuerpo de tropas para cubrir el paso de la familia real, pero esta empresa se malogró por avisos falsos ó por órdenes mal ejecutadas. No tuvo él mismo pocas dificultades para escapar de Francia, é inmediatamente que llegó á Luxemburgo escribió una carta muy intempestiva, llena de amenazas á la asamblea diciéndola: « que si se tocaba á un solo cabello de Luis « XVI marcharia sobre Paris y no dejaria en él piedra sobre piedra. » La asamblea decretó el 13 de julio que se le formase causa en contumacia. Desde Viena á donde se refugió primeramente, pasó á la corte de Suecia donde le emplearon y donde ofreció en nombre de la corte auxilios eficaces á los príncipes franceses. Supo ganar la estimacion particular de Gustavo III, y en la correspondencia que tuvo con este soberano sobre los sucesos de la revolucion francesa se encuentran datos muy preciosos. Despues de la muerte de aquel príncipe pasó á Inglaterra donde publicó sus escelentes memorias sobre la revolucion, tan frecuentemente citadas por Mr. Thiers. El estilo es sencillo y tiene todos los caracteres de la verdad. Murió en Londres en 1803.

PAGINA 382.

12 El padre Gerle, á quien, como á todos los monges, dan los franceses el título de Don, aplicado al apellido, era un religioso cartujo, que fué diputado suplente por el clero de Riom á los estados generales. Era este buen religioso una mezcla de filosofismo y de supersticion, porque al mismo tiempo que prestó el juramento cívico del juego de pelota y propuso que se permitiese salir de los conventos á todos los frailes que estuviesen fastidiados de clausura, aunque no fueran secnlarizados; estaba estrechamente ligado en amistad con la famosa profetisa Catalina Theos, que hizo un papel tan ridículo en tiempo del terror. No contento con esto, llegó su manía hasta querer ocupar seriamente á la asamblea de las predicciones de otra visionaria llamada Susana Labrouse, á quien encerraron despues en Roma. El dia 15 de junio 1794 le hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario por una soñada conspiracion de la tal Catalina Theos que pretendia ser madre de Dios; pero Gerle imploró la proteccion de Robespierre, á quien escribió muchas cartas esplicándole sus visiones, y por fin consiguió la libertad despues del 9 thermidor, y ha estado empleado algunos años en la secretaría del ministerio del interior.

PAGINA 383.

13 El baron de Menou fue uno de los diputados de la nobleza que pasaron mas pronto á reunirse con los del estado llano. En 1789 quiso justificar al duque de Orleans, de quien nadie queria tomar la defensa. En 1790 le nombraron miembro de la comision de pensiones, y se inclinó constantemente á los principios liberales. Concluida la sesion estuvo empleado en Paris como mariscal de campo y mandó las tropas reales el 10 de agosto 1792. En 1793 le emplearon contra el Vandée y llegaron á nombrarle general en gefe; pero habiéndole

batido Larochejacquelein le destituyó la convencion del mando y le citó á su barra, donde salió absuelto.

En 1795 defendió á la convencion contra los jacobinos y en recompensa se le regaló una armadura completa. Mas en cambio se puso de parte de las secciones en la segunda insurrecion del mes de octubre de aquel año, por lo cual tuvo que sufrir otro consejo de guerra que le volvió á absolver.

En 1798 le llevó Bonaparte á Egipto y allí se hizo mahometano bajo el nombre de Abdalla y se casó con una joven del pais bastante rica, hija del dueño de los baños de Alejandria. Despues que salió de allí Bonaparte y asesinaron á Kleber, tomó el mando del ejército frances y resistió los ataques de los ingleses, pero tuvo que ceder al número y capituló con ellos. Vino á Francia á justificarse delante del primer consul, que le recibió con dulzura y le nombró miembro del tribunal, y luego le dió el gobierno del Piamonte.

PAGINA 386.

14 El vizconde de Voisins, mariscal de campo y comandante de artilleria en Valence, tuvo la desgracia de desagradar á los jacobinos de aquella ciudad, que temian su carácter y sus principios, y asi desde el principio de la revoluclon trataron de levantarle mil calumnias, segun su costumbre. Bajo pretesto de que habia castigado injustamente á un artillero y que habia puesto la ciudadela en estado de defensa para tirar sobre la ciudad, armaron una asonada en el mes de mayo de 1790, y el ayuntamiento le pasó un recado para que fuese á la iglesia de S. Juan, donde estaba reunido el pueblo, para justificarse. Lo hizo asi en efecto; pero cuando se disponia á salir, se echaron sobre él aunque estaba escoltado por individuos del ayuntamiento, y le atravesaron á balazos y cuchilladas arrastrando luego su cadáver por las calles. Estas son generalmente las hazañas del pueblo soberano en revoluciou.

PAGINA 387.

15 Bonifacio Riquetti, vizconde de Mirabeau, nació en Biñon el 30 de noviembre 1754 y le nombraron diputado por la nobleza á los estados generales. Fue celoso partidario de la monarquía y de las ideas monárquicas y enteramente opuesto á las ideas de su hermano. Llamábanle *Mirabeau tonel* á causa de la gordura de su vientre y de sus muslos, pero era tan exagerado su realismo, que el dia en que Luis XVI prestó juramento á la constitucion, se salió de la sala é hizo pedazos su espada, diciendo, que pues el rey de Francia se empeñaba en no serlo, no necesitaba ya tener espada un noble para defenderle. Emigró, levantó una legion de realistas que se unió mas tarde con el ejército de Condé y murió á fines de 1792.

NOTAS

Y

PIEZAS JUSTIFICATIVAS

DEL TOMO PRIMERO.

NOTA 1, PAGINA 114.

Si algunos bajos detractores no se hubiesen empeñado en achicar mas de lo justo las escenas de la revolucion francesa, no citaria yo el siguiente pasage de las memorias de Ferrieres, y en particular el que voy á estractar para que se vea el efecto que produjeron aun en los menos plebeyos las solemnidades nacionales de aquella gran época.

« No puedo resistirme al gusto que tengo de referir aqui la impresion que hízo en mí esta augusta y tierna ceremonia, y asi voy á copiar la relacion que escribí entonces cuando casi la estaba presenciando. Aunque este trozo no es histórico, podrá tal vez escitar en los lectores un vivo interés.

« Vestida la nobleza de negro con chupas, mangas y cuello de tela de oro, cápa de seda, corbatin con encajes y sombrero de plumas á la moda de Enrique IV; el clero de sotana, manteo y bonete, los obispos con sus hábitos morados y roquete, y el estado llano vestido de negro, con capa de seda y corbata de batista. El rey se colocó en un estrado ricamente adornado, rodeado de su hermano mayor, del señor conde de Artois, príncipes, ministros y gefes de palacio que tenian asientos un poco inferiores; la reina estaba enfrente del rey, con su cuñada la condesa de Provenza, con la condesa de Artois, las princesas y demas de la corte,

magníficamente ataviadas y cubiertas de diamantes que formaban su corte. Las calles estaban colgadas de tapices propios de la corona, y los regimientos de guadias francesas y suizas formaban la carrera desde Santa María hasta San Luis, mientras que un gentío inmenso estaba viéndoles pasar con un silencio respetuoso; los balcones adornados de colgaduras, las ventanas llenas de gente y sobre todo de mugeres muy lindas, adornadas con suma elegancia: ¡que variedad de tocados, de plumas y de vestidos! ¡Qué amable ternura estaba pintada en todos los semblantes y brillaba en los ojos de todos! Palmoteo continuo y espresiones que denotaban el mayor interes, y que continuaban aun despues de habernos perdido de vista..... Todo ello formaba un cuadro hechizero, que en vano intentaria describir. Habia de trecho en trecho orquestas de música que llenaban el aire con sonidos melodiosos; marchas militares, ruido de tambores, sones de los clarines y la noble salmodia de los clérigos, todo ello contribuia sin discordancia ni confusion á solemnizar la procesion triunfante del Eterno.

« Al instante se apoderó de mí un éxtasis dulcísimo, y se me pasaron por la imaginacion pensamientos sublimes pero melancólicos. Pareciáme ver á mi patria apoyada en la religion y que me decia: he aqui el instante decisivo, que va á darme nueva vida ó anodadarme para siempre..... ¡Amor de la patria, tú eras quien hablabas á mi corazon! ¡Y qué, será posible que unos intrigantes, unos ambiciosos insensatos intenten por vias tortuosas desunir á mi patria; fundarán sus sistemas destructores en progresos insidiosos y te dirán: tu tienes dos intereses distintos, y toda tu gloria y poder tan envidiados de tus vecinos, se disiparán como el humo impelido por el viento del mediodia!..... No, yo juro en presencia tuya que primero se me ha de pegar la lengua al paladar, que olvidar tus grandezas y solemnidades. »

« ¡Qué brillo derramaba aquel aparato religioso sobre una pompa puramente humana! Sin tí, ó venerable religion, no hubiera sido otra cosa mas que una vana ostentacion del orgullo; pero tu purificas y santificas y engrandeces hasta la misma grandeza; hasta los reyes y poderosos del siglo prestan homenage y tributan respetos, simulados por lo menos, al Rey de los reyes..... Sí, á Dios solo pertenecen el honor, el imperio y la gloria..... Esas santas ceremonias, esos cánticos, esos sacerdotes revestidos con los ornatos del sacrificio, esos perfumes, ese dosel y ese sol resplande-

ciente de oro y pedrerias.... Me acordaba de aquellas palabras del profeta.... hijas de Jerusalen, vuestro rey se acerca, poned las túnicas nupciales y salid á recibirle. Mis ojos se arrasaban de lagrimas de gozo. Mi Dios, mi patria, y mis conciudadanos se habian identificado conmigo.....»

«Luego que llegaron à San Luis los tres órdenes del estado, tomaron asiento en taburetes que se habian colocado en la nave. El rey y la reina se pusieron debajo de un dosel de terciopelo morado sembrado de flores de lis de oro; y los príncipes, princesas, gefes y damas de palacio ocupaban el cerco destinado á sus majestades. Colocóse el Santisimo Sacramento en el altar al son de una música muy espresiva, que era el *Oh salutaris hostia*; cántico sencillo, pero tierno, melodioso y exento del bullicio instrumental que sofoca su espresion. Esta armonia compuesta de solas voces que se elevaban al cielo, me confirmó en la idea de que lo mas sencillo es siempre lo mas bello, lo mas grande y lo mas sublime.... ¡Que locos son los hombres en su vana sabiduria de tener por pueril el culto que se ofrece al eterno! ¡cómo es posible que miren con indiferencia esa cadena moral que une el hombre á su Dios y que parece que le mira y le toca! El discurso de Mr. de La Fare, obispo de Nancy, tuvo por testo, que la religion hace la fuerza de los imperios y la felicidad de los pueblos. Esta verdad de que no dudaba ningun sabio no era por cierto la cuestion mas importante que habia que tratar en aquella augusta asamblea, mucho mas cuando el sitio y las circunstancias abrian un campo mucho mas vasto; pero el obispo de Nancy no se atrevio á entrar en él.

«Al dia siguiente se reunieron los diputados en la sala que les estaba preparada, y la asamblea no fue menos magestuosa ni el espectáculo menos magnifico que la vispera.

(Memorias del marques de Ferrieres. Tomo 1.° página 18 y siguientes.)

NOTA 2 PAGINA 127.

Creo de mi obligacion referir aqui los motivos en que fundaba la asamblea de los comunes la determinacion que pensaba tomar. Como es de mucha importancia este primer acto que fue quien dió principio á la revolucion, es esencial justificar su necesidad, y creo que el mejor modo de hacerlo es

Universitaria - Valencia

copiar los considerandos que precedieron al acuerdo : uno y otros fueron redactados por el abate Sieyes.

« Deliberando la asamblea de los comunes acerca de las proposiciones de conciliacion que la han hecho los señores comisarios regios, no ha podido menos de tomar al mismo tiempo en consideracion el acuerdo que han tomado inmediamente los señores de la nobleza al hacerles igual propuesta. »

« Sé que estos ultimos, á pesar del asentimiento que anunciaron al principio, no tardaron en hacer una modificacion que casi le revoca enteramente, y que por tanto semejante acuerdo es una verdadera repulsa. «

« Por esta consideracion, y supuesto que los señores de la nobleza ni siquiera se han desistido de sus primeras deliberaciones, contrarias á todo proyecto de union, se hallan los diputados del comun en el caso de tener por inútil ocuparse mas de un medio que no puede llamarse conciliatorio, una vez que ha sido desechado por una de las partes que se van á conciliar. »

« Estando asi las cosas y viéndose los comunes en la misma situacion que al principio, cree la asamblea que ya no puede esperar mano sobre mano á las clases privilegiadas, sin hacerse culpable con la nacion que tiene sin duda derecho de exigir mejor empleo de su tiempo. »

« Cree que es un deber urgente de los representantes de la nacion, cualquiera que sea la clase de ciudadanos á que pertenezcan, constituirse inmediatamente en asamblea activa y desempeñar el objeto de su mision. »

« Encarga la asamblea á los señores comisarios que han seguido las diferentes conferencias llamadas conciliatorias, que escriban la relacion de los largos é inútiles esfuerzos de los diputados del estado llano para atraer á las clases privilegiadas hácia los verdaderos principios, y se encarga de esponer los motivos que la obligan à pasar del estado espectativo al activo, y por último determina, que asi la relacion como estos considerandos se impriman al frente de la presente deliberacion. »

« Pero supuesto que no es posible formarse en asamblea activa sin averiguar antes de todo quienes tienen derecho para componerla, es decir, quines tienen ó no la calidad necesaria para votar como representantes de la nacion, cree el estado llano que debe hacer la última tentativa con los señores del clero y nobleza, apesar de que estos han reusado hasta ahora darse á reconocer. »

« Mas como la asamblea tiene interés en hacer que conste la negativa de estas dos clases de diputados, en caso que persistan en no querer ser reconocidos como tales, mira como indispensable hacerles la última invitacion por medio de sus diputados que tienen encargo de leersela y de dejarles copia. »

« Señores, estamos encargados por los diputados de los comunes de Francia de preveniros que ya no pueden diferir por mas tiempo el cumplimiento de la obligacion impuesta á los representantes de la nacion. Ya es tiempo seguramente de que los que se anuncian con esta calidad se den á reconocer por medio de una verificacion comun de sus poderes, y que principien á ocuparse del interés nacional, que es el único, y no los particulares intereses, que presenta un objeto digno de nuestros comunes esfuerzos. En consecuencia y por la necesidad en que están los representantes de la nacion de ponerse en actividad, os suplican de nuevo, Señores, y tanto en particular como colectivamente os intiman por última vez que vengais á la sala de los estados para asistir, concurrir y someteros como ellos á la verificacion comun de los poderes. Igualmente estamos encargados de advertiros que dentro de una hora se leerá la lista generál de los distritos que están convocados, y que inmediatamente se procederá á la verificacion, y al que no comparezca se le dará por nulo. »

NOTA 3 PAGINA 152.

Yo no acostumbro á apoyar con citas ni con notas sino lo que puede ser puesto en duda, y una de las cuestiones mas importantes de la revolucion es la de saber si antes de ella teniamos ó no alguna constitucion, porque si careciamos de una ley fundamental, esto basta para justificar nuestro deseo de dárnosla. Me parece que en este punto no puede citarse autoridad alguna mas respetable ni menos sospechosa que la del señor Lally-Tolendal, y este escelente ciudadano pronunció el dia 15 de junio de 1789 en la cámara de la nobleza un discurso, cuya mayor parte vamos á copiar:

« Señores, se han estado echando en cara y hasta con cierta severidad á los miembros de esta asamblea ciertas dudas que manifestaron, aunque con pesadumbre y reserva, sobre lo que se llama nuestra constitucion; y aunque este objeto

no tuviese conexion muy directa con el que estamos tratando, permítaseme, supuesto que ha servido de pretesto para la acusacion, que lo sea tambien para la defensa, y asi voy á dirigir algunas palabras á los señores que han dado motivo á ella. »

« No existe ciertamente ley alguna por la cual se declare que los estados generales hacen parte integrante de la soberanía, como que siempre que habeis solicitado esta ley inmediatamente salia un decreto del consejo que os prohibia deliberar, ó bien una sentencia del parlamento anulaba vuestras deliberaciones. »

« Tampoco hay ley que fije la necesidad de la reunion periódica de los estados generales, porque apesar de haberla solicitado tantas veces, hace 175 años que no se habian reunido. »

« No teneis ley alguna que asegure vuestra libertad individual de los ataques del poder arbitrario, pues que vosotros la solicitais y sin embargo hemos visto que bajo el dominio de un rey cuya justicia y probidad conoce toda la Europa, han hecho sus ministros arrancar por fuerza á nuestros magistrados del santuario de las leyes por satélites armados. Bajo el reinado precedente todos los magistrados del reino fueron arrestados en el tribunal mismo ó en sus hogares, y dispersados por el destierro los unos á la cima de las montañas, los otros al fango de los pantanos, y todos á parages mas horribles que las mismas cárceles. Si retrocedemos algo mas, encontrareis una profusion de cien mil mandamientos de prision dictados por miserables disputas teológicas, y si nos alejamos mas, vereis tantas comisiones sanguinarias como arbitrarias prisiones, sin poder hallar otro descanso que en el reinado de Enrique el bueno. »

« No teneis ley que establezca la libertad de imprenta, porque por mas que la pidais vuestro pensamiento ha estado encadenado, ahogados vuestros deseos y oprimido el grito de vuestro corazon, ya por despotismo de los particulares, ya por el de las corporaciones que es mas terrible. »

« No teneis, ó por mejor decir, ya no teneis ley alguna que exija vuestro consentimiento para las contribuciones, porque aunque muy reclamada, habeis estado dos siglos cargados con tres ó cuatrocientos millones de impuestos sin haber consentido en ninguno. »

« No teneis ley que declare responsables á todos los ministros del poder ejecutivo, porque por mas que la busqueis,

no encontrareis que los autores de esas comisiones sanguinarias, los distributores de órdenes arbitrarias, los dilapidadores del tesoro público, los que violaron el santuario de la justicia, los que sorprendieron las virtudes de un rey, los que adularon las pasiones de otro, y los que han causado los desastres de la nacion, hayan dado cuenta alguna ni sufrido la menor pena. »

« Ultimamente no teneis ninguna ley general, positiva, escrita, un diploma nacional y real al mismo tiempo, una gran carta sobre que repose un órden fijo é invariable, en que cada cual sepa la porcion de libertad ó de propiedad que debe sacrificar para conservar las restantes, que asegure todos sus derechos y defina todos los poderes. Por el contrario, el régimen de vuestro gobierno ha variado en cada reinado y tal vez en cada ministerio, dependiendo siempre de la edad ó del carácter de un hombre. En las minoridades ó en reinados de príncipes débiles se ha visto la autoridad real, que tan necesaria es para la dicha y para la dignidad de la nacion, vilipendiada indecentemente, ó por los grandes que con una mano bamboneaban el trono y con otra oprimian al pueblo, ó por corporaciones que unas veces invadian temerariamente lo que otras habian defendido con valor. Bajo príncipes orgullosos á quienes se lisonjeaba, ó de los virtuosos á quienes se procuraba engañar, esa misma autoridad salia de todos los límites; sin que hayan estado mejor definidos ni mas demarcados los poderes secundarios ó como llaman intermedios. Unas veces sentaban como principio los parlamentos que no podian mezclarse en negocios de estado, otras sostenian que á ellos les tocaba tratarlos como representantes que eran de la nacion. Por un lado hemos visto proclamas que annnciaban la voluntad del rey, por otro acuerdos en que los dependientes del rey prohibian en su nombre que fuesen obedecidas sus reales órdenes. Tampoco los tribunales estaban mas acordes entre sí, supuesto que se disputan su orígen, sus funciones y se anatematizan mútuamente con sus sentencias. »

« Podria estenderme hasta el infinito en estos pormenores, pero me veo precisado á limitarme; y si todos estos hechos son constantes, si no teneis ninguna de las leyes que pedís sobre los puntos que llevo citados, y si en caso de tenerla (cuidado con lo que digo), si en caso de tenerla careceis de aquella que es necesaria para hacer que se ejecute, la que garantiza su cumplimiento, la que mantiene su estabilidad, decidme qué es lo que entendeis por la palabra constitucion,

ó convenid á lo ménos en que no es un gran delito dudar si la tenemos ó no. Continuamente se está diciendo que es menester reunirse á la constitucion; yo quisiera mucho mejor que echásemos abajo ese fantasma para sustituirle una realidad; y por lo que hace á esa espresion de *innovaciones* y ese apodo de *innovadores* con que no cesan de zaherirnos, convengamos en que las primeras innovaciones están en nuestras manos y los primeros innovadores son nuestros poderes; respetemos y bendigamos esa feliz innovacion que debe poner á todo el mundo en su lugar, restablecer nuestros derechos inviolables, hacer á todas las autoridades benéficas y á todos los súbditos felices. »

« Por esta constitucion, señores, es por la que yo clamo, y esa es el verdadero objeto de nuestros mandatos y debe ser el fin de nuestras tareas. Esa constitucion es la que repugna el mensaje que se nos está proponiendo, mensaje que comprometería al rey tanto como á la nacion; y mensage en fin que me parece tan peligroso, que no solo me opondré á él hasta el último momento, sino que si fuera posible que se adoptara, me veria en la dolorosa precision de protestar solemnemente contra él. »

NOTA 4 PAGINA 152.

Me parece conveniente copiar el resúmen de los poderes presentados por M. de Clermont Tonnerre á la asamblea nacional, porque puede servir de una especie de estadística del estado en que se hallaban las opiniones en Francia durante aquella época. Por mas que la de Paris tuviese no poco influjo en la redaccion de este resúmen, no por eso deja de ser cierto que se consultó mucho la de las provincias, y este es precisamente el punto de vista bajo que yo considero su importancia.

Informe de la comision de constitucion que contiene el resúmen de los poderes en lo relativo á este objeto, leido en la asamblea nacional por el Sr. conde de Clermont Tonnerre, en la sesion del 27 de julio 1789.

« Señores, habeis sido llamados á regenerar el imperio frances, para lo cual debeis contar con vuestra propia sabiduria y la de vuestros comitentes.

« Con este objeto nos ha parecido conveniente reunir y presentaros las luces que están esparcidas en la mayor parte de nuestras instrucciones, á las cuales se seguirá luego la idea particular de vuestra conviccion, y las que ha podido ó pueda recoger de los diferentes planes, memorias y observaciones que la han dirigido ó dirijan varios particulares y miembros de esta augusta asamblea.

« Vamos á daros cuenta de la primera parte de este trabajo, y se reduce, señores, á que nuestros comitentes estan todos de acuerdo sobre un punto, que es la regeneracion del estado. Pero hay unos que la esperan de la sola reforma de los abusos y del restablecimiento de una constitucion que existe hace catorce siglos, y que todavia les parece posible que pueda revivir, con tal que se reparen los ultrages que ha hecho en ella el tiempo y las inumerables insurrecciones del interes personal contra el del público.

« Otros hay que miran como tan viciado el régimen social existente, que piden una constitucion nueva, y para ello os autorizan con los poderes necesarios con tal, que mantengais gobierno y formas monárquicas, que estan en los corazones de todos los franceses y desean y os mandan conservar y respetar; pero en lo demas estais autorizados para fundar una constitucion que fije sobre principios seguros la distincion regular de todos los poderes y la prosperidad del imperio frances. Los que asi piensan acreditan, señores, que el primer capítulo de la constitucion contuviese la declarácion de los derechos del hombre, de aquellos derechos imprescriptibles, para cuyo mantenimiento se estableció la sociedad.

« Esta propuesta de la declaracion de derechos, por tanto tiempo desconocida, es, digámoslo asi, el único punto de divergencia que existe entre los poderes que reclaman una constitucion nueva y los que solo se contentan con el restablecimiento de la que miran como actual.

Asi unos como otros convienen uniformemente en los principios del gobierno monárquico, en la continuacion de su autoridad, en la organizacion del cuerpo legislativo, en la necesidad del consentimiento nacional para las contribuciones, en la organizacion de los cuerpos administrativos y en cuanto á los derechos de los ciudadanos.

« Vamos ahora á recorrer estos diferentes objetos y presentar á nuestra vista como decididos aquellos resultados que son uniformes, y como cuestionables, aquellos en que difieren ó se contradicen los mandatos que hemos estractado hasta ahora.

« 1.º Son universalmente reconocidos y consagrados en el mayor número de instrucciones sin que se pongan en duda en ninguna de ellas, los principios de gobierno monárquico, inviolabilidad de la persona del rey y sucesion á la corona de varon en varon.

« 2.º Igualmente es reconocido el rey como depositario del poder ejecutivo en toda su plenitud.

3.ª Se pide generalmente la responsabilidad de todos los agentes de la autoridad.

« 4.º Algunos mandatos reconocen en el rey el poder legislativo limitado por las leyes fundamentales y constitucionales del reino; otros son de dictámen que puede el rey, en el intérvalo de una asamblea de los estados generales á otra, dictar solo las leyes de policia y administracion, que tengan el carácter de provisionales, y para ellas solo se necesitará la toma de razon libre en los tribunales supremos; uno de los distritos exige que esta toma de razon no ha de verificarse sin el consentimiento de las dos terceras partes de las comisiones intermedias de las asambleas de distrito. El mayor número reconoce la necesidad de la sancion real para la promulgacion de las leyes.

« En cuanto al poder legislativo, la pluraridad de los mandatos reconoce que reside en la representacion nacional, bien que con la cláusula de la sancion real; y parece estar muy gravado en la memoria de nuestros comitentes aquella antigua máxima de las capitulares: *Lex fit consensu populi et const tutione regis.*

« Por lo que hace á la organizacion de la representacion nacional, las únicas cuestiones que teneis que resolver se refieren á la convocacion y duracion, modo de constituirse y órden en las deliberaciones de dicha representacion. »

« En cuanto á la convocacion de ella, declaran unos que los estados generales no pueden disolverse sino por si mismos; otros son de parecer que el rey es quien tiene derecho de convocarlos y disolverlos, aunque con la única condicion de convocar otros inmediatamente. »

« Sobre su duracion, proponen unos que sean periódicos los estados generales que dependan de la voluntad ó intereses de los depositarios de la autoridad; otros, aunque en menor número, piden que sean permanentes, de modo que la separacion de los miembros no lleve consigo la disolucion de los estados.

« De este sistema de periodicidad se ha originado otra cues-

tion: ¿habrá ó no una comision permaennte durante el intérvalo de las legislaturas? La mayor parte de nuestros comitentes mira como peligrosa la existencia de semejante comision.»

« Sobre su composicion están unos por la separacion de los tres órdenes del estado; pero supuesto que ya muchos señores representantes han recibido amplificaciones de sus poderes, no puede ofrecer grandes dificultades esta cuestion.«

« Algunos distritos proponen la reunion de los dos primeros órdenes en una misma cámara; otros que se suprima el del clero y se repartan sus individuos entre los otros dos; otros que sea doble la representacion de la nobleza de la del clero y que el número de ambas sea igual á la del estado llano»

« Uno de los distritos, al pedir la reunion de los dos primeros ordenes, ha propuesto el establecimiento de un tercero bajo el título de órden de las campiñas. Tambien hay quien exige que ningun individuo que ejerza cargo, empleo ó dignidad en la corte pueda ser miembro de los estados generales. Ultimamente, el mayor número desea la inviolabilidad de las personas de los diputados, sin que ninguno se oponga á ella. Acerca del modo de deliberar, está ya resuelta la cuestion de si ha de ser por individuos ó por clases; solo que algunos distritos quisieran que toda resolucion fuese tomada por las dos terceras partes de votos. »

« En lo que hay una verdadera uniformidad es en cuanto á la necesidad del consentimiento nacional para los impuestos, debiendo vosotros votar la duracion de ellos, con tal que no esceda del tiempo desde una reunion de los estados á otra; y esta clásnla imperativa les ha parecido á todos el mas seguro garante de la perpetuidad de vuestras asambleas nacionales. »

« Como un empréstito no es mas que un impuesto indirecto, les parece que debe sujetarse á los mismos principios. »

« Algunos distritos hacen una distincion entre impuestos temporales y los que no tienen por objeto la liquidacion de la deuda nacional, queriendo que estos últimos permanezcan hasta su total estincion. »

« En cuanto á los cuerpos administrativos ó estados provinciales todos convienen en que se establezcan, y la mayor parte confian su organizacion á vuestra sabiduria. »

« Ultimamente, toda la nacion francesa reclama los derechos de los ciudadanos, su libertad y su segura propiedad, queriendo que cada uno de sus miembros sea inviolable en sus propiedades particulares, asi como todos exijen la invio-

labilidad de la propiedad pública; la libertad individual en los términos que acaba de fijarla para siempre la voluntad nacional; pide la libertad de imprenta ó la libre comunicacion del pensamiento; manifiesta su indignacion contra los mandamientos arbitrarios de prision (*lettres de cachet*) que disponian caprichosamente de las personas, y contra la violacion del secreto del correo, que es una de las mas absurdas é infames invenciones del despotismo.»

«En medio de este concurso de reclamaciones hemos observado, señores, algunas modificaciones particulares relativas á esos mandamientos de prision y á la libertad de la imprenta, las cuales sabreis apreciar en vuestra sabiduría y tranquilizareis sin duda ese sentimiento del honor frances, que arrebatado por su horror á la ignominia, ha desconocido muchas veces la justicia, y que se apresurará á obedecer á la ley que se dicte contra los fuertes con la misma sumision que cuando solo se promulgaba para los débiles. Vosotros disipareis las inquietudes religiosas, reprimiendo los frecuentes ultrages que han sufrido bajo el régimen prohibitivo, y el clero se acordará de que la licencia fué por largo tiempo compañera de la esclavitud y reconocerá que el primero y mas natural efecto de la libertad es el restablecimiento del órden, de la decencia y del respeto á todos los objetos de la veneracion pública.»

«A esto se reduce, señores, el informe que vuestra comision ha creido deber daros de lo que dicen vuestros mandatos relativos á constitucion. En ellos encontrareis sin duda todas las piedras fundamentales del edificio que estais encargados de construir hasta su altura; pero tal vez echareis de menos aquel órden y conjunto de combinaciones políticas, sin las cuales siempre ofrecerá muchos defectos el régimen social. Allí estan indicados los poderes, pero no distinguidos con la necesaria exactitud; no está bien demarcada la organizacion de la representacion nacional; no se han asentado los principios de eligibilidad; pero vosotros suplireis estas faltas. La nacion desea ser libre, y á vosotros os encarga su emancipacion; el genio de la Francia ha precipitado, digámoslo asi, la marcha del espíritu público, acumulando para vosotros en pocas horas aquella esperiencia que á penas podria esperarse del trascurso de muchos siglos. Podeis, señores, dar una constitucion á la Francia; el rey y el pueblo os lo piden, y uno y otro lo merecen.»

Resultado de estracto de los poderes

PRINCIPIOS CONVENIDOS.

«Art. 1.º El gobierno frances es monárquico.
2. La persona del rey es inviolable y sagrada.
3. Su corona es hereditaria de varon en varon.
4. El rey es el depositario del poder ejecutivo.
5. Los agentes de la autoridad son responsables.
6. Se necesita la sancion real para la promulgacion de las leyes
7. La nacion hace la ley con la sancion real.
8. Se necesita el consentimiento nacional para los empréstitos y contribuciones.
9. No puede concederse impuesto alguno sino por el tiempo de una legislatura á otra.
10. La propiedad será sagrada.
11. La libertad individual será sagrada.»

Cuestiones en que no se pronunciaron uniformemente los poderes.

Art. 1.º ¿Ha de ser limitado el poder legislativo del rey por las leyes constitucionales?
2. ¿Puede el rey solo hacer leyes provisionales de policía y administracion en los intérvalos de las legislaturas?
3. ¿Estarán sujetas estas leyes á libre toma de razon de los tribunales supremos?
4. ¿No podrán disolverse los estados generales mas que por sí mismos?
5. ¿Puede el rey convocar, prorrogar y disolver los estados generales?
6. En caso de disolucion ¿no está obligado el rey á hacer nueva convocacion inmediatamente?
7. ¿Serán permanentes ó periódicos los estados generales?
8. Si son periódicos ¿habrá comision permanente!
9. ¿Se reunirán en una sola cámara los dos primeros órdenes?
10. ¿Se formarán las dos cámaras sin distincion de clases?
11. ¿Se repartirán los miembros del clero entre las otras dos clases?

12. La representacion del clero, nobleza y estado llano ¿estará en la proporcion de uno, dos y tres?

13. ¿Se establecerá otra tercera clase bajo la denominacion de órden de las campiñas?

14. Las personas que ocupan cargos, empleos ó dignidades de la corte ¿podrán ser diputados á los estados generales?

15. ¿Serán necesarias las dos terceras partes de votos para formar resolucion?

16. ¿Se continuarán cobrando los impuestos destinados á la liquidacion de la deuda nacional hasta su total estincion?

17. ¿Serán abolidas ó modificadas las órdenes arbitrarias de prision.

18. ¿Será indefinida ó modificada la libertad de imprenta?

NOTA 5 PAGINA 293.

Se hallará al principio del segundo tomo en que comienza la historia de la asamblea legislativa, un juicio que me parece justo, sobre los defectos de la constitucion de 91, y me limitaré en este lugar à decir una palabra sobre el proyecto de establecer en Francia en aquella época el gobierno ingles. Esta forma de gobierno es una transaccion entre los tres intereses que dividen los estados modernos, el poder real, la aristocracia y la democracia. No es posible semejante transaccion sino despues que se han agotado las fuerzas, es decir, despues del combate ó lo que es mas positivo despues de la revolucion. No se verificó en efecto en Inglaterra, sino despues de una larga lucha sostenida por la democracia y por la usurpacion. Querer transigir antes del combate es querer hacer la paz antes que haya habido guerra. Es una verdad triste pero inconcusa, que los hombres no transigen sino cuando se han agotado sus fuerzas. Por consiguiente no era posible establecer en Francia la constitucion inglesa sino despues de la revolucion. Bueno era sin duda predicarla, pero se tomaron mal las medidas, y aunque se hubiesen tomado con mas acierto, es regular que no se hubiera logrado el intento. Añadiré para que sea menor el sentimiento, que aun cuando se hubiese copiado en nuestro código la constitucion inglesa en toda su integridad, esta transaccion no hubiera calmado las

pasiones y los partidos se habrian enzarzado igualmente, dàndose la batalla no obstante aquel tratado preliminar. Vuelvo pues á repetir que era inevitable la guerra, es decir, la revolucion. No concede Dios la justicia á los hombres sino á costa de combates.

NOTA 6 PAGINA 296.

Estoy muy léjos de desaprobar la obstinacion del diputado Mounier, por que no hay cosa mas respetable que la conviccion, pero este es un hecho muy curioso de averiguar. Véase aquí un estracto de su *informe á sus comitentes*, en que dice:

«Muchos diputados se propusieron obtener de mí el sacrificio de la *sancion real*, ó por lo menos, ya que ellos cedian en algo de sus opiniones, me instaban á que yo les concediese en cambio alguna compensacion, y me llevaron á casa de un celoso partidario de la libertad, el cual deseaba una coalicion entre ellos y yo, á fin de que la libertad tuviese menos obstáculos, y que prometió estar presente á nuestras conferencias sin tomar parte en la decision. Acepté la propuesta con el objeto de ilustrarme ó de convencerlos, y en efecto se declamó fuertemente contra los soñados inconvenientes de que tuviese el rey el derec o ilimitado para impedir una nueva ley, y se me aseguró que en caso de reconocerse tal derecho por la asamblea, tendriamos una guerra civil. Estas conferencias se renovaron dos veces sin resultado alguno y se volvieron á verificar en casa de un americano, muy conocido por sus luces y por sus virtudes, que reunia la esperiencia á la teoría de las instituciones propias para mantener la libertad. Este aprobó decididamente mis principios, y luego que se desengañaron de que eran inútiles todos sus esfuerzos para separarme de mi opinion, concluyeron por declararme que no daban gran importancia á la cuestion, sin embargo de que pocos dias antes me la presentaban como una causa nada menos que de guerra civil; ofrecieron votar en favor de la sancion ilimitada y aun en el de dos cámaras, con tal que yo no apoyase en favor del rey el derecho de disolver la asamblea de representantes; que no habia yo de reclamar sino un *veto* suspensivo en la primera cámara, ni me opondria á que se hiciese una ley funda-

mental que estableciera *convenciones nacionales* en épocas fijas cuando las requiriese la asamblea de representantes, ó la de las provincias para retocar la constitucion y hacer en ella las alteraciones que se creyeren convenientes. Entendian por *convenciones nacionales* unas asambleas en que se refundiesen todos los derechos de la nacion; que reasumiesen todos los poderes, y que por consecuencia anonadasen con su presencia la autoridad del monarca y la legislatura ordinaria; que dispusiesen arbitrariamente de toda autoridad, echando abajo, si querian, la constitucion y restableciendo el despotismo ó la anarquía. Ultimamente pretendian en cierto modo dejar al arbitrio de una sola asamblea con el nombre de convencion nacional, la dictadura suprema, esponiendo el reino á un retorno periódico de facciones y de tumulto. »

« Yo no les oculté la sorpresa que me causaba ver que se tratase de comprometerme á disponer de los intereses del reino como si nosotros fuesemos dueños de ellos, y les manifesté que no dejando mas que el *veto* suspensivo á la primera cámara, si estaba compuesta de miembros eligibles, seria dificil poderla formar de personas dignas de la confianza pública, y entonces todos los ciudadanos preferirian ser nombrados representantes, y que siendo la cámara juez de los crímenes de estado, debia estar revestida de gran dignidad, y por consecuencia no debia su autoridad ser menor que la de la otra cámara. Ultimamente añadí que cuando yo tenia por verdadero un principio, estaba obligado á defenderle y no podia disponer de él, supuesto que la verdad pertenece á todos los ciudadanos. »

NOTA 7 PAGINA 306.

No son bien conocidas todavia las particularidades de la conducta de Mirabeau respecto á todos los partidos, pero lo serán muy pronto. He logrado de los mismos que tienen ánimo de publicarlas algunos informes positivos, y he tenido en mis manos varios documentos importantes y entre ellos un escrito en forma de profesion de fe donde constaba su tratado secreto con la corte. No me es permitido dar al público ninguno de estos documentos ni citar los nombres de sus de-

positarios, mas lo que puedo ciertamente afirmar es que á nadie le quedarà la menor duda luego que se publiquen. Lo que he podido decir con sinceridad es que Mirabeau no tuvo nunca parte en las conspiraciones secretas del duque de Orleans. Salió Mirabeau de la Provenza con un solo proyecto, que fué el de combatir al poder arbitrario que tanto le habia hecho sufrir y que su razon igualmente que sus principios le hacian mirar como detestable. Luego que llegó á Paris trató mucho con un banquero, muy conocido entonces, hombre de gran mérito en cuya casa se hablaba mucho de política, de hacienda y de economia pública; alli adquirió muchos conocimientos de estas materias y formó relaciones con los que componian la llamada *colonia ginebrina desterrada* que contaba entre sus individuos á Clarion, el que despues fué ministro de hacienda. Sin embargo no formó Mirabeau ninguna amistad intima, sino que tenia mucha familiaridad en sus modales, lo que provenia del propio conocimiento de sus fuerzas, que el no sabia ni queria disimular. Por un efecto de esta misma familiaridad se franqueaba con todos en términos de parecer amigo íntimo de todas las personas á quienes se acercaba; asi es que muchas veces pasó por tener relaciones de amistad y hasta por ser cómplice de ciertos hombres, cuyos intereses eran enteramente diversos de los suyos. He dicho y repito, que Mirabeau no era hombre de partido. La aristocracia no podia contar con él y el partido de Necker y de Mounier no acertaron á comprenderle. El único con quien pudo creersele unido fué con el Duque de Orleans, porque en efecto Mirabeau le trataba familiarmente, y por que suponiéndoles á ambos una gran ambicion, parecia natural que el uno como príncipe y el otro como tribuno hubiesen formado alianza. Otros motivos hacian verosímiles estas suposiciones, á saber, los apuros de Mirabeau y la inmensa fortuna del duque de Orleans, mas sin embargo Mirabeau continuó siendo pobre hasta que empezaron sus relaciones con la corte. Entonces se contentaba con observar á todos los partidos, procuraba hacerlos esplicarse y conoció demasiado su propia importancia para comprometerse á la ligera. Una sola vez tuvo un principio de relaciones con uno de los supuestos agentes del Duque de Orleans, que le convidó á comer y el aceptó el convite, mas por curiosidad que por ningun otro motivo. Pero antes de ir á la cita dió parte á su confidente íntimo, el cual se mostró muy satisfecho de aquella entrevista porque esperaba de ella grandes revelaciones.

Se verificó la comida y al momento vino Mirabeau á contar lo que habia pasado en ella, que se reducia á insinuaciones vagas sobre el duque de Orleans, sobre el aprecio que hacia de los talentos de Mirabeau y sobre la actitud que se le suponia para gobernar un estado. Fué pues del todo insignificante aquella entrevista, y lo mas que se podia inferir de ella es que habia disposiciones para hacerle ministro. Asi es que con su acostumbrada jocosidad dijo á su amigo «ya no me puede faltar un ministerio, supuesto que el duque de Orleans y el rey quieren igualmente nombrarme. «Pero todo esto no pasaba de chanza y el mismo Mirabeau jamas dió crédito á los proyectos del duque.

NOTA 8 PAGINA 327.

La carta del conde D'Estaing á la Reina es un monumento curioso que debe siempre consultarse cuando se hable de las jornadas de 5 y 6 de octubre. Este valiente marino tan leal como independiente (cualidades que parecen contradictorías pero que se hallan á menudo reunidas en los marinos) habia conservado la costumbre de no ocultar nada á sus príncipes á quienes amaba. No puede ofrecer duda su testimonio cuando está consignado en una carta confidencial en que espone á la reina las intrigas que ha descubierto y que le ha ninquietado mucho. Por ella se verá si en efecto la corte tenia proyectos en aquella época:

«Mi deber y fidelidad exigen que ponga álos pies de la Reina, la relacion de mi viage á Paris. Se me alaba de que duermo con tranquilidad la vispera de un asalto ó de una batalla naval, pero me atrevo á asegurar que tampoco me intimidan los negocios. Criado al lado del Delfin que me honraba con su estimacion, acostumbrado á decir la verdad en Versalles desde mi niñez, y siendo soldado y marino que conoce las leyes de la etiqueta no puedo me nos de respetarla, pero sin que ella influya para alterar mi franqueza y sinceridad.

«A pesar de eso tengo que confesar á V. M. que no he podido cerrar los ojos en toda la noche, por haber oido entre las gentes de alto copete y que se llaman del buen tono (y

qué sucederia, justos cielos! si el pueblo llegase á saberlo) que se andan recogiendo firmas del clero y de la nobleza. Aseguran algunos que es con anuencia del rey, otros creen que lo ignora. Se dice que hay un plan formado para que se retire el rey voluntariamente ó por fuerza hacia Metz por la Champagne ó por Verdun. Se habla de Mr. de Bouillé y uno de los que le nombraban es Mr. de Lafayette que me lo ha dicho al oido comiendo juntos en casa de Mr. Jauge. Me he estremecido de que lo oyese alguno de los criados y asi le dije que una sola palabra de su boca podria ser una señal de muerte. Pero Mr. de Lafayette que es tan frio como formal me contestó que en Metz como en otras partes los patriotas eran los mas fuertes y que mas valia que muriese uno solo para salvar á todos.»

« El baron de Breteuil que ya tarda demasiado en alejarse, es quien dirige el proyecto; se acopia dinero y se ofrece suministrar millon y medio mensual y desgraciadamente se cita al conde de Mercy como que obra de acuerdo. Tales son las voces que corren aunque todavia como en confianza y al oido; pero que si llegan á esparcirse por el pueblo sus efectos serán incalculables, y por de pronto los hombres de razon estáu llenos de susto por las consecuencias que puede producir la mera duda de que haya algo de cierto. He ido á ver al embajador de España en cuya casa, no debo disimularselo á V. M., se han aumentado mis temores. Mr. Fernan Nuñez ha hablado conmigo de esos falsos rumores y de lo espuesto que era suponer un plan imposible, que tendria por resultados la mas desastrosa y humillante guerra civil; que causaria la division ó la total pérdida de la monarquia entregada al furor interior y á la ambicion estrangera, y que acarrearia desgracias irreparables á las personas mas queridas de los franceses. Despues de haber hablado de la corte fugitiva perseguida y engañada por los que no han querído sostenerla cuando podian y que quieren ahora precipitarla con ellos..... Afligida con una bancarrota general indispensable entonces, por mas espantosa que..... yo no pude menos de interrumpirle diciendo que á lo menos no era de temer otro mal que el que puede producir una falsa noticia cuando llega á esparcirse, porque yo la creia sin fundamento ninguno. El señor embajador de España no hizo mas que bajar los ojos al oir esta última frase, y habiendo yo insistído me confesó por fin que una persona de alta consideracion y muy fidedigna le habia dicho que se la habia propuesto firmar una asociacion.

Pero no quiso nombrarme la persona, y fuese por inadvertencia ó de intento felizmente no me exigió la palabra de honor en cuyo caso me veria obligado á guardarla, ni tampoco le prometí ocultar á todo el mundo un hecho que me inspira el mayor terror que jamas he esperimentado. No temo ciertamente por mi y solo suplico á V. M. que se digne calcular en su sabiduria todo cuanto podria resultar de un paso falso, sabiendo lo mucho que ya cuesta el primero. He visto el tierno corazon de V. M. derramar lágrimas por la suerte de las víctimas sacrificadas; mas en el dia habria que lamentar torrentes de sangre que se derramaria inútilmente. Uua sola indecision puede ser irremediable y solo acercándose al torrente sin oponerle gran resistencia, se puede lograr en parte dirigirle. Nada hay perdido todavia y puede S. M. la reina volver á conquistar el reino para su esposo. La naturaleza le ha prodigado los medios que son los únicos practicables; puede imitar á su augusta madre; sino, nada me atrevo á decir. . . . Suplico á V. M. que me conceda una audiencia para un dia de esta semana.»

NOTA 9 PAGINA 343.

Nunca se detendrá demasiado la historia en justificar hasta los mismos individuos, sobre todo en una revolucion en que hay tantos que hayau representado los primeros papeles. Se ha calumniado tauto á Mr. de Lafayette á pesar de ser tan puro y tan consecuente su carácter, que bien merece le consagremos una nota siquiera. Su conducta en los dias 5 y 6 de octubre fué un continuo sacrificio, y sin embargo se ha pintado como si fuese un atentado, y eso por hombres que le debian la vida. Por de pronto se le hace un cargo hasta de la violencia que le hizo la guardia nacional para obligarle á que fuese con ella á Versalles, reconvencion bien injusta por cierto, porque si bien puede un general dominar la firmeza de sus soldados cuando por largo tiempo los ha conducido á la victoria, no asi á unos ciudadanos reciente y voluntariamente alistados sobre quienes no hay mas prestigio que el de las opiniones, y que son irresistibles cuando estas llegan á ofuscar su imaginacion. Un dia entero estuvo luchando con ellos Lafayette y cierto que no podia exigirse mas; pero dejando esto aparte, no habia cosa

mas útil que aquella marcha, porque sin la guardia nacional hubiera sido tomado por asalto el palacio y no se podia preveer cual habria sido la suerte de la familia real en medio de aquel desenfreno popular. Ya hemos dicho que sin los granaderos nacionales hubieran sido forzados los guardias de corps, y asi era indispensable la presencia de Lafayette y sus tropas en Versalles.

Pero despues de zaherirle por haber ido, le zahieren mucho mas por haberse entregado al sueño, habiendo sido el tal sueño un motivo perenne y cruelísimo de continuos cargos. Sin embargo Lafayette se estuvo en pié hasta las cinco de la mañana, habiendo empleado toda la noche en recorrer patrullas y restablecer el órden y la tranquilidad, y la prueba de que sus precauciones fueron bien tomadas, es que ninguno de los puestos que estaban á su cargo fué ni combatido ni amenazado. Todo parecia sosegado á aquella hora, y lo que él hizo lo hubieran hecho todos en su lugar, que fué tenderse en una cama para recuperar algunas fuerzas, de que tenia urgente necesidad, porque habia 24 horas que estaba luchando con el populacho. Sin embargo, su descanso no pasó de media hora y no solo acudió á los primeros gritos, sino bastante á tiempo para salvar los guardias de corps, que iban á ser degollados. Pues ahora bien ¿qué es lo que se le puede echar en cara? ¿el no haber estado allí en el minuto mismo? Pero lo que sucedió podia haber sucedido de cualquiera otra manera, porque con cualquiera órden que tuviese que dar ó un puesto que reconocer bastaba para alejarle por media hora del punto en que se verificó el primer ataque, sin que su ausencia en el instante mismo de la accion dejase de ser un accidente inevitable. ¿Pero és cierto que llegó bastante á tiempo para salvar á casi todas las víctimas, el palacio y las augustas personas que estaban dentro de él? ¿Dejó de esponerse á ningun peligro para conseguirlo? Pues esto es lo que nadie puede negar y lo que le valió entonces acciones de gracias de todo el mundo. Todos estuvieron uniformes en ello y Madama de Staël, que no es nada sospechosa respecto de Mr. de Lafayette, dice que oyó á los guardias de corps gritar *viva Lafayette*. Mounier, que tampoco es recusable, alaba su celo, y Lally-Tolendal solo siente que no se le hubiese dado entonces una especie de dictadura (véase su informe á sus comitentes); estos dos diputados se esplican con sobrada severidad contra los dias 5 y 6 de octubre para que su testimonio no me-

rezca la mayor confianza. Por lo demas ninguno se ha atrevido á poner en duda su lealtad en aquellos primeros momentos, aunque despues el espíritu de partido, por no conceder virtud alguna á ningun constitucional, haya negado los servicios que prestó Lafayette; y entonces principió aquella dilatada calumnia que ha llegado hasta nuestros dias.

NOTA 10 PAGINA 351.

Ya he dicho cuales habian sido las relaciones casi del todo nulas entre Mirabeau y el duque de Orleans. He aqui el sentido de aquella frase que tanto llamó la atencion. *Este C..... no merece el trabajo que se toma uno por él.* La especie de violencia que imponia Lafayette al duque de Orleans, indispuso al partido popular é irritó sobremanera á los amigos del príncipe desterrado, y se propusieron valerse de Mirabeau contra Lafayette, sacando partido de los celos que inspiraba el general al orador. Vino una noche á visitar á Mirabeau un amigo del duque llamado Lauzun, para instarle á que tomase la palabra al dia siguiente. Mirabeau que muchas veces se dejaba arrastrar por la lisonja, iba á ceder, cuando sus amigos, mas cuidadosos que él mismo de su propia reputacion, le aconsejaron que no lo hiciese y en efecto se decidió á guardar silencio. El dia siguiente al abrirse la sesion se supo la salida del duque de Orleans, y Mirabeau á quien incomodaba la condescendencia del duque para con Lafayette y se acordaba de los esfuerzos inútiles de los amigos de aquel, esclamó: *este G. C. . . . . no merece la inquietud que uno se toma por él.*

NOTA 11 PAGINA 354.

Tenia Mirabeau, como todos los hombres superiores, ciertas pequeñeces al lado de mucha grandeza de alma, y en particular una imaginacion viva, que era necesario alimentar con esperanzas. Era imposible darle un ministerio sin destruir su influjo, y por consecuencia sin perderle á él mismo y cuanto bien podia dar de sí. Pero al mismo tiempo necesitaba este cebo su imaginacion, y por eso los que me-

diaban entre él y la corte aconsejaban que por lo menos se le mantuviese en la esperanza de un ministerio. Sin embargo nunca se hizo mencion particular de intereses personales de Mirabeau en las diferentes comunicaciones que mediaron, sin hablarse jamas de dinero ni mercedes, llegando à ser muy dicilfí darle á entender lo mismo que se le queria decir; para lo cual se le indicó al rey un medio muy fino, y fué que como Mirabeau tenia una reputacion tan perdida, que nadie hubiera querido ser compañero suyo, se dirijió S. M. á Mr. de Liancourt, á quien estimaba muy particularmente, y le preguntó sí, solo por servirle, aceptaria un ministerio en compañía de Mirabeau. El otro le respondió, como verdadero amigo del rey, que estaba decidido á ejecutar todo cuanto redundase en su servicio. Esta respuesta, que no tardó en llegar á oidos de Mirabeau, le causó la mayor satisfaccion y ya no le quedó duda de que en cuanto variaran las circunstancias seria ministro.

NOTA 12 PAGINA 364.

No dejará de inspirar interes saber cual era la opinion de Ferrieres á cerca del modo con que los diputados de su propio partido se conducian en la asamblea.

« No habia en la asamblea nacional, dice, mas que trescientos miembros poco mas ó menos, que fuesen hombres de bien, exentos del espíritu de partido, estraños á los clubs, amigos del bien por el bien mismo y sin miras interesadas de clase ó de corporacion, prontos á aprobar el dictámen mas justo y conveniente, cualquiera que fuese el que le proponia ó apoyaba. Esos hombres dignos de las honrosas funciones á que fueron llamados, son los que hicieron las pocas leyes útiles que salieron de la asamblea constituyente, y ellos los que impidieron todo el mal que alli no se hizo. Con adoptar lo que era bueno y apartarse siempre de lo malo formaron frecuentemente mayoría para ciertas deliberaciones, que sin ellos hubieran sido desechadas por espíritu de faccion; asi como desecharon mociones que, sin ellos, hubieran sido adoptadas por espíritu de interes. »

« No puedo menos de notar sobre esto la conducta impolítica de los nobles y de los obispos; porque como todo su conato era disolver la asamblea y hacer odiosas sus ope-

Biblioteca Universitaria Oviedo

raciones, lejos de oponerse á los malos decretos, mostraban tal indiferencia en este punto que apenas se puede concebir. Salianse de la sala cuando el presidente fijaba la cuestion, escitando á que les siguiesen los diputados de su partido, ó bien cuando permanecian en ella, les decian que no deliberasen. De esta manera los clubistas, convertidos en mayoría por abandono de los otros, decretaban cuanto se les antojaba. Estaban realmente persuadidos los obispos y los nobles á que no podia subsistir el nuevo órden de cosas, y asi aceleraban con una especie de impaciencia la ruina de la monarquía y la suya propia con la esperanza de anticipar la disolucion. A tan insensata conducta añadian una indiferencia insultante, ya para la asamblea misma, ya para el pueblo que asistia á las sesiones. No escuchaban á nadie, hablaban en alta voz, daban risotadas y confirmaban al pueblo en la opinion poco favorable que habia formado de ellos, de suerte que en vez de esforzarse por conquistar su confianza y estimacion, parece que se esmeraban en adquirir su ódio y su desprecio. Todas estas sandeces provenian de que los obispos y los nobles no podian persuadirse á que la revolucion estaba hecha mucho tiempo antes en la opinion y en el corazon de los franceses, sino que imaginaban contener por aquellos medios un torrente que se engrosaba cada dia. Lo que hacian era engrosar sus aguas y ocasionar mayores estragos, obstinándose en el antiguo régimen que era el punto de vista de sus operaciones, de todas sus oposiciones sin acabar de conocer que nadie le queria. Con tan torpe obstinacion obligaban á los revolucionarios á estender su sistema mucho mas allá del objeto que se habian propuesto. Entonces clamaban los obispos y nobles que era una injusticia, una tiranía, y hablaban de la antigüedad y legitimidad de sus derechos á unos hombres que habian desquiciado la basa de todos los derechos. (*Ferrieres, tomo 2, pagina 122.*)

NOTA 13 PAGINA 366.

La vuelta de los guardias de corps dió lugar á una anecdota que merece ser referida. Quejábase la reina á Mr. de Lafayette de que el rey no era libre, y daba por pretesto que

el servicio de palacio se hacia por la guardia nacional y no por los guardias de corps. La preguntó al instante Mr. de Lafayette si veria con gusto que volviesen estos últimos y aunque por el pronto titubeaba la reina en contestar, no se atrevió á reusar la oferta que le hacia el general de promover su vuelta. Inmediatamente pasó este á la municipalidad y á fuerza de constancia consiguió que pidiese de oficio al rey, que volviese á llamar á los guardias de corps ofreciendo hacerles participar del servicio de palacio. El rey y la reina quedaron bastante satisfechos, pero no faltó quien les hiciese reparar que la consecuencia inmediata era que estaban libres, y esto bastó para que no admitiesen la oferta. No era facil motivar este desden, pero la reina á quien se solian confiar las comisiones difíciles, quedó encargada de decir á Lafayette que no se admitia la proposicion, por no esponer á los guardias de corps á ser degollados. Sin embargo Lafayette acababa de encontrar á uno de ellos paseándose con su uniforme en el palacio real, y asi se lo refirió á la reina, la cual se quedó cortada, pero persistió en manifestar la resolucion que se la habia encargado espresar.

NOTA 14 PAGINA 367.

El discurso del hermano mayor del rey en el ayuntamiento contiene un pasage demasiado importante para omitido.

«Por lo que hace á mis opiniones personales, hablaré de ellas con confianza á mis conciudadanos. Desde el dia en que en la segunda asamblea de los notables me declaré sobre la cuestion que tenia divididos los ánimos, no he cesado ni un instante de creer que estaba inmediata una gran revolucion; que el rey por sus intenciones, virtudes y rango supremo, debia ser el gefe de ella por lo mismo que no podia ser ventajosa á la nacion sin serle igualmente al monarca; en fin que la autoridad real debia ser el baluarte de la libertad nacional y la libertad nacional la basa de la autoridad real. Que se cite una de mis acciones ó alguno de mis discursos que haya desmentido estos principios, ó mostrado en cualquiera circunstancia que yo no miro la felicidad del rey y la del pueblo como íntimamente enlazadas y como único objeto de mis ideas y pensamientos: hasta tanto que esto se verifique, tengo derecho de ser creido sobre mis pala-

bras. Jamas he cambiado de sentimientos ni de principios, y no cambiaré *jamas.* »

NOTA 15 PAGINA 370.

Es demasiado notable el discurso pronunciado por el rey en aquella circunstancia para que dejemos de citarle con algunas observaciones. Este excelente y desgraciadísimo príncipe estaba agitado de continuas vacilaciones, y habia ratos en que veia mejor que otro alguno cuales eran sus propios deberes y las sinrazones de la corte. El tono que reina en el discurso pronunciado el 4 de febrero indica claramente que las palabras eran suyas y que estaba bien penetrado de su presente situacion.

«Señores, la gravedad de las circunstancias en que se encuentra la Francia es la que me decide á venir entre vosotros, porque al ver como se van progresivamente disolviendo los vínculos del órden y de la subordinacion, suspendida la actividad de la justicia, el descontento que ocasionan las privaciones particulares, las reyertas y aun los ódios recíprocos que siempre se originan de las largas disensiones, la critica situacion de la hacienda pública, y últimamente la general agitacion de los ánimos, todo parece que se reune para mantener la inquietud de los verdaderos amigos de la prosperidad y felicidad del reino.

«Grande es sin duda el objeto que teneis á vuestro cargo, pero es necesario conseguirle con los menos alborotos y convulsiones que se pueda. Confieso que mi intencion al reuniros era conduciros á él de una manera mas suave y sosegada, porque si bien deseaba concentrar vuestras luces y voluntades para labrar la prosperidad pública, tampoco se me obscurecia que mi felicidad y mi gloria estaban íntimamente enlazadas con el éxito de nuestros trabajos.

«Yo he procurado preservarlos, á fuerza de vigilancia, del influjo funesto que podian ejercer sobre ellos las desgraciadas circunstancias en que os hallábais, y por eso no he omitido ninguna prevencion contra los horrores de la escasez que amenazaba á la Francia durante el último año, haciendo provisiones inmensas. He procurado, á lo menos hasta eldia, reparar el desórden que debian ocasionar en nuestro crédito, ya el antiguo estado de la hacienda, ya la notable escasez del numerario y ya la disminucion progresiva de las ren-

tas. He cuidado de hacer frente en todas partes y particularmente en la capital de las peligrosas consecuencias de la falta de trabajo, y á pesar de lo mucho que se ha disminuido mi autoridad, he procurado mantener el reino, si no en aquella quietud que seria de desear, à lo menos con la suficiente tranquilidad para recibir los beneficios de una libertad juiciosa y bien ordenada. Ultimamente, á pesar de nuestra situacion interior generalmente conocida, y de las tempestades políticas que agitan à otras naciones, he conservado la paz esterior y mantenido con todas las potencias de Europa las relaciones de buena inteligencia y amistad que pueden asegurar una paz durable.

«Despues de haberos preservado de este modo de los principales obstàculos que hubieran podido interrumpir vuestras tareas y atenciones, me parece que ha llegado el momento en que importa al bien del estado que yo me asocie de un modo mas espreso à la egecucion de todo lo que habeis meditado en ventaja de la Francia. Ninguna ocasion me parece mas oportuna que aquella en que presenteis à mi aceptacion los decretos destinados à dar al reino una nueva organizacion, que tanto debe influir en la felicidad de mis súbditos y prosperidad de este imperio.

«No ignorais, Señores, que hace mas de diez años, y cuando todavia no se habia esplicado la nacion acerca de las asambleas provinciales, yo dí principio à este género de administracion, prefiriéndole al que estaba consagrado por una larga costumbre. Luego que la esperiencia me dió à conocer que no me habia engañado en el juicio que formé de la utilidad de estos establecimientos, procuré que gozasen de igual beneficio todas las provincias de mi reino; y para asegurar à estas nuevas administraciones la confianza general, quise que los miembros que habian de componerlas fuesen libremente elegidos por todos los ciudadanos. Verdad es que vosotros habeis mejorado estas ideas de muchas maneras, siendo la mas esencial de todas esa subdivision igual y bien motivada del territorio, que al mismo tiempo que debilita las antiguas diferencias de provincia à provincia por medio de un sistema general y completo de equilibrio, reune todas las porciones del reino en un mismo espíritu y en un igual interes. Esta magnífica y saludable idea os pertenece esclusivamente, y bien se necesitaba toda esa reunion de voluntades y todo el ascendiente que disfrutan los representantes de la nacion, para emprender con confianza un cambio tan importante, y

para vencer en nombre de la nacion tantas resistencias de la costumbre y de los intereses particulares. »

Es esactísimo y perfectamente espresado cuanto dice aqui el rey, porque en efecto él de su propio movimiento habia intentado todas aquellas mejoras y dado un ejemplo bastante raro entre los príncipes, cual es el de prevenir las necesidades de sus súbditos. Esos elogios que tributa á la nueva division territorial llevan el sello de la buena fé, tanto mas cuanto era utilísima al mismo gobierno, destruyendo las resistencias que muchas veces le habian opuesto las localidades. Es pues evidente que el rey hablaba con toda sinceridad, y continua :

« Yo facilitaré y apoyaré por todos los medios que dependen de mi autoridad el buen éxito de esa vasta organizacion, de que depende la salud de la Francia ; porque no debo ocultaros que me ocupo demasiado de la situacion interior del reino y tengo demasiado abiertos los ojos sobre los peligros de mas de un género que nos rodean, para no conocer que en la actual disposicion de los ánimos y considerado el estado de los negocios públicos, es indispensable establecer un nuevo órden de cosas con sosiego y tranquilidad, sopena de que el reino se vea espuesto á todas las calamidades de la anarquia.

« Que reflexionen bien en ello los buenos ciudadanos asi como yo he procurado hacerlo, fijando únicamente su atencion en el bien del estado, y verán que á pesar de ser diferentes sus opiniones debe reunirlos hoy á todos un interes eminente y comun. El tiempo reformará los defectos que se encuentren en la coleccion de leyes emanadas de esta asamblea » *(Esta crítica indirecta y delicada prueba que el rey no se proponia adular, sino decir la verdad, aunque con la moderacion nesesaria)* ; pero cualesquiera empresa que se dirija á trastornar los principios de la constitucion y á debilitar su feliz influjo, solo servirá para introducir en nosotros la tea de la discordia con todas sus consecuencias inevitables ; y aun suponiendo que semejante tentativa contra mi pueblo y contra mí llegará á realizarse, solo se conseguiria privarnos á todos, sin compensacion alguna, de los muchos bienes que el nuevo órden de cosas nos presenta en perspectiva. »

« Entreguémonos pues de buena fe á las esperanzas que podemos concebir y no pensemos mas que en realizarlas con una intencion unánime, á fin de que se sepa en todas partes que el monarca y los representantes de la nacion están unidos en el mismo interes y con iguales deseos, porque al ver esta opinion y firme creencia se esparza en todas las provincias el

espíritu de paz y de buena voluntad, de suerte que los buenos ciudadanos, aquellos que por su celo é ilustracion pueden servir esencialmente al estado, tomen parte en los diferentes ramos de la administracion general, cuyo enlace tanto contribuye al órden y prosperidad del reino.

« No debemos disimularnos que hay mucho que hacer antes de conseguirlo, y que se necesita una voluntad constante y un esfuerzo simultáneo y comun si hemos de arribar á un éxito verdadero. Continuad vosotros vuestras tareas sin otra pasion que la del bien; fijad vuestra atencion en la suerte del pueblo y en la libertad pública; pero no perdais de vista que se deben suavizar y tranquilizar todas las desconfianzas, poniendo término lo mas pronto que se pueda á las diferentes inquietudes que van alejando de la Francia un número tan considerable de ciudadanos, lo cual hace tan mal contraste con las leyes de seguridad y libertad que acabais de promulgar: la prosperidad no puede volver sin el contento general. Por todas partes se nos presentan esperanzas; apresurémonos á ver tambien en todas partes la felicidad.

« Dia llegará; asi lo espero, en que todos los franceses reconocerán indistintamente la ventaja de haber suprimido todas las diferencias de órden y de estado, cuando se trata de trabajar en comun para el bien público y para esa prosperidad de la patria, que interesa igualmente á todos los ciudadanos; y cada uno de ellos echará de ver sin pesadumbre que para ser llamado á cualquier género de servicio no necesita mas que darse á conocer por su talento y por sus virtudes.

« Pero no debe olvidarse en medio de eso que todo aquello que recuerda á una nacion la antigüedad y continuacion de servicios de una raza ilustre es una distincion que no se puede borrar con nada, y por lo mismo que va unida con los deberes de la gratitud, todos los que aspiren á servir eficazmente á su patria, de cualquier clase que sean, lo mismo que las que ya tuvieron la dicha de conseguirlo, están interesados en que se respete esa transmision de títulos ó recuerdos, que son la mas preciosa herencia que pueden dejar á sus hijos.

« Tampoco podrá borrarse el respeto á los ministros de la religion, y cuando la consideracion que se les tiene esté principalmente unida con las santas verdades que están bajo la salvaguardia del órden y de la moral, entonces todos los ciudadanos tendrán el mismo interes en conservarla y defenderla.

« *No hay duda en que los que han abandonado sus privilegios pecuniarios, y que ya no formarán como en otro tiempo un*

órden político en el estado, se ven hoy sugetos á ciertos sacrificios cuya importancia conozco muy bien; pero estoy persuadido á que tendrán bastante generosidad para darse por indemnizados con las públicas ventajas que ofrece la esperanza del establecimiento de asambleas nacionales.»

Bien se ve como continua el rey esponiendo á todos los partidos las ventajas de las nuevas leyes, y al mismo tiempo la necesidad de conservar algo de las antiguas. Las palabras que dirige á los privilegiados prueban su verdadera opinion acerca de la necesidad y justicia de los sacrificios que se les habian impuesto, y su resistencia será desaprobada eternamente por las mismas espresiones contenidas en el discurso. En vano se dirà que el rey no era libre, porque el cuidado mismo con que procura balancear las concesiones, los consejos y hasta las reprensiones, prueba que hablaba con sinceridad. No se esplicaba del mismo modo cuando mas adelante sacó à plaza el estado de opresion en que se figuraba estar, como lo probará suficientemente la carta que escribió à los embajadores y copiarémos despues. La misma exageracion popular que en ella reina denuncia la intencion que tenia de no parecer libre, en vez de que en este otro lenguage no cabe duda de que parte del corazon; porque es tan tierno y tan delicado todo lo que se sigue, que parece imposible no estar convencido de ello cuando se consiente en escribirlo y pronunciarlo.

«Tambien yo podria alegar algunas pérdidas si hubiera de pararme en càlculos personales al lado de los grandes intereses del estado; pero me basta para compensacion plena y entera el aumento de felicidad en la nacion, y esto lo digo del fondo de mi corazon

«Asi pues defenderé y mantendré la libertad constitucional, cuyos principios están consagrados por el deseo general de acuerdo con el mio. *Aun haré mucho mas, de acuerdo con la reina, que tiene los mismos sentimientos que yo, y será preparar desde muy temprano el ánimo y el corazon de mi hijo en favor del nuevo órden de cosas que han traido las circunstancias; y le acostumbraré desde sus primeros años á cifrar su felicidad solo en la dicha de los franceses;* à reconocer siempre, y à pesar del lenguage de los aduladores, que una prudente constitucion le preservará de los riesgos de la inesperiencia, y que una justa libertad añade nuevo precio à los sentimientos de amor y fidelidad, de que la nacion tiene dadas tantas pruebas á sus reyes despues de tantos siglos.»

«No puedo dudar de que luego que hayais concluido vuestra obra os ocupareis con sabiduría y candor en afirmar el poder ejecutuvo, sin cuya condicion no puede existir ningun órden durable en lo interior, ni consideracion alguna en lo esterior. Paréceme que no debe quedaros la menor desconfianza razonable, y por tanto debeis como ciudadenos y como fieles representantes de la nacion, asegurar al bien del estado y à la libertad pública aquella estabilidad que solo puede derivarse de una autoridad activa y protectora. Tendreis seguramente presente en la imaginacion que sin una autoridad de esta clase todas las ruedas de vuestro sistema constitucional quedaràn á un tiempo sin enlace ni correspondencia entre sí; y al ocuparos de esa libertad que tanto amamos unos y otros, no perdereis de vista que el desórden en la administracion produce la confusion de los poderes, degenera frecuentemente en violencias y pàra en ser la mas cruel y peligrosa tiranía.»

«Asi, no por mi, señores, que no hago caso de nada personal comparado con las leyes é instituciones que deben arreglar los destinos del imperio, sino por la felicidad misma de nuestra patria, por su prosperidad y poder, os insto à que depongais todas las impresiones del momento que puedan separaros de considerar en globo lo que exije un reino como el de Francia, tanto por su estension como por su inmensa poblacion y por sus inevitables relaciones estrangeras.»

«Tampoco dejareis de parar vuestra atencion sobre las exijencias del carácter y costumbres de una nacion demasiado célebre en Europa por su ingenio y espíritu, para que pueda parecer indiferente mantener ó alterar en ella los sentimientos de suavidad, confianza y bondad que la han adquirido tanta reputacion.»

«Dádla tambien ejemplo de ese espíritu de justicia que es la salvaguardia de la propiedad, de ese derecho respetado en todas las naciones, y que no es obra de la casualidad, ni se deriva de privilegios de la opinion, sino que està intimamente ligado con las mas esenciales relaciones del órden público y con las primeras condiciones de la armonía social.»

«¿Por qué ha de ser tal nuestra desgracia, que apenas principiaba á restablecerse la calma, en las provincias hayan de haber vuelto á suscitarse nuevos motivos de inquietud? ¿Por qué entregarse á nuevos escesos? Unios vosotros á mí para contenerlos é impidamos con todo nuestro esfuerzo que unas violencias criminales vengan à obscurecer los dias

de felicidad à que se prepara la nacion. Vosotros que por tantos medios podeis influir en la confianza pública *ilustrad á ese pueblo estraviado sobre sus verdaderos intereses, á ese pueblo á quien yo amo tanto y de quien me dicen que soy amado cuando intentan consolarme de mis penas.* ¡Ah si él supiese cuan desgraciado soy el dia que llega à mi noticia cualquier atentado contra los bienes ó cualquier violencia contra las personas, tal vez me evitaría esta dolorosa amargura. !»

« No me es posible hablaros de los grandes intereses del estado, sin rogaros que os ocupeis de una manera urgente y definitiva de cuanto convenga para restablecer el órden en la hacienda y para tranquilizar à la inumerable multitud de personas que de un modo ú otro están enlazadas con la fortuna pública. »

«Ya es tiempo de calmar todas las inquietudes y de restituir à este reino la fuerza de crédito à que tiene derecho de pretender. Vosotros no lo podeis hacer todo de una vez, y por lo mismo os aconsejo que reserveis para otro tiempo una parte de los beneficios cuyo cuadro os presenta la reunion misma de vuestras luces; pero cuando hayais añadido à lo que ya habeis hecho un plan prudente y racional para la distribucion de justicia: cuando hayais asegurado las bases de un perfecto equilibrio entre las rentas y gastos del estado; últimamente cuando hayais concluido la obra de la constitucion, grandes seràn los derechos que habreis adquirido al reconocimiento público, y luego en la continuacion sucesiva de asambleas nacionales que asegura la constitucion, no habrà mas que ir añadiendo de año en año nuevos medios de prosperidad. ¡Plegue à Dios que este dia, en que vuestro monarca viene à unirse à vosotros del modo mas franco y mas íntimo de principio à una época memorable en la historia de este imperio! Asi espero que sucederà si mis ardientes deseos y mis tiernas exortaciones sirven de señal de paz y de union entre vosotros. *Que los que todavia se apartan del espíritu de concordia tan necesario en la actualidad, me hagan el sacrificio de todos los recuerdos que les afligen, y yo les pagaré con mi reconocimiento y afecto.* »

« No profesemos todos desde este dia, no profesemos, como yo os doy el ejemplo, mas que una sola opinion, un solo interes, una sola voluntad, que es el apego á la nueva constitucion y el ardiente deseo de la paz, de la dicha y de la prosperidad de la Francia »

NOTA 16 PAGINA 381.

No puedo presentar mejor prueba que citar las memorias del mismo M. Froment para dar una idea cabal de la emigracion y de las opiniones que le dividian. En un tomo intitulado *Compendio de varios escritos relativos á la revolucion*, Mr. Froment dice lo que copio, página 4 y siguientes.

« Pasé secretamente á Turin (en enero de 1790) á verme con los príncipes franceses para solicitar su aprobacion y apoyo. En un consejo que se celebró inmediatamente despues de mi llegada, les manifesté *que si querian aunar los partidarios del altar y del trono y hacer marchar de consuno los intereses de la religion con los de la monarquia, fácil seria salvar uno y otro.* Aunque muy firme en la fé de mis padres, no queria que se hiciese la guerra á los hereges, sino á los enemigos declarados del catolicismo y de la monarquia: á los que decian en alta voz que ya estaban cansados de oir hablar de Jesucristo y de los Borbones, á los que pretendian ahorcar al último rey con las tripas del último sacerdote; por el contrario los que á pesar de no ser católicos *se han mantenido fieles* á la monarquia, siempre han hallado en mí, el ciudadano mas cariñoso, así como *los católicos rebeldes el enemigo mas implacable.*

« Tendia únicamente mi plan á formar un partido y darle, en cuanto me fuese posible, estension y consistencia. Siendo la fuerza el verdadero argumento de los revolucionarios, me hacia cargo que la verdadera contestacion era la fuerza; *así entonces como ahora*, estaba convencido de aquella gran verdad *que no puede combatirse una fuerte pasion sino por otra todavia mas fuerte, y que el celo religioso era el único que podia sofocar el delirio republicano.* Los milagros que obró despues el celo de la religion en el Vande y en España, prueban que los filosofistas y los revolucionarios de todos los partidos jamas habrian logrado establecer su sistema anti-religioso y anti-social, durante algunos años, sobre la mayor parte de la Europa, si los ministros de Luis XVI hubiesen concebido un proyecto parecido al mio, ó si los consejeros de los príncipes emigrados le hubiesen adoptado con sinceridad y sostenido con teson.

« Pero desgraciadamente la mayor parte de los personages que dirigian á Luis XVI y á los príncipes de su casa raciocinaban y obraban bajo principios filosóficos, aunque los filósofos y sus discípulos fuesen la causa y los agentes de la revolucion.

Mirabeau como ridículo y casi tomaban á deshonra pronunciar la palabra *religion* y se desdeñaban de emplear los medios poderosos que ofrece y que los mayores políticos han sabido aprovechar felizmente en todas épocas. Mientras que la asamblea nacional procuraba engañar al pueblo y atraérselo suprimiendo los derechos feudales, el diezmo, las alcabalas etc etc. pretendian los ministros y consejeros inspirarle sumision y obediencia con solo hacerle ver la incoherencia de las nuevas leyes, con presentarle el cuadro de las desgracias del rey y con unos escritos superiores á su inteligencia; con tales medios pensaban despertar en el corazon de los franceses un amor puro y desinteresado al soberano, se figuraban que los clamores de los descontentos detendrian á los facciosos en sus empresas y permitirian al rey *lograr sin tropiezo el fin que se proponía*. Probablemente mis consejos no tuvieron mas importancia que la de mi pequeñez, y prevalecieron los de los grandes de la corte apoyados por sus títulos y sus riquezas. »

Prosigue Mr. Froment en otro lugar de su obra (pág. 33.) caracterizando los partidos que dividian la corte fugitiva y dice así:

« Estos títulos honrosos y las atenciones que se me dispensaban naturalmente en Turin, me hubieran hecho olvidar lo pasado y concebir las esperanzas mas lisongeras para lo futuro, si hubiese notado gran capacidad en los consejeros de los principes y un perfecto acuerdo entre los hombres mas influyentes en nuestros negocios, pero veia con dolor *dividida en dos partidos la emigracion*. El uno queria que se hiciese la contrarevolucion *con el único auxilio de las potencias estrangeras* y el otro *solamente por medio de los realistas del interior*.

« El primero pretendia que cediendo algunas provincias á las potencias, suministrarian á los principes franceses ejércitos bastante numerosos para someter á los facciosos y que con el tiempo se volverian facilmente á conquistar las cesiones que fuese preciso hacer y que no estando comprometida la corte, *con ninguno de los cuerpos del estado*, podria dictar leyes á todos los franceses. Temian los cortesanos que la nobleza de las provincias y los realistas del estado llano tuviesen el honor de restaurar la monarquia que iba falleciendo. No se les ocultaba que en tal caso no serian ellos los que dispensasen las gracias y mercedes, terminándose su reinado luego que la nobleza de las provincias hu-

biese restablecido á costa de sangre la autoridad real, y merecido con este servicio los favores y la confianza del soberano. El temor de este nuevo órden de cosas les incitaba á reunirse, no ya para impedir que los príncipes empleasen de modo alguno á los realistas del interior, sino para dirigir principalmente su atencion sobre los gabinetes de la Europa y fundar sus principales esperanzas en los auxilios estrangeros. En consecuencia del mismo temor, ponian secretamente en práctica los medios mas eficaces para aniquilar los recursos interiores y desbaratar los planes mismos que se habian propuesto, entre los cuales habia algunos que hubieran podido restablecer el órden, dirigidos con prudencia y sostenidos con teson. He sido testigo de todo esto y lo comprobaré algun dia con hechos y testimonios autènticos, pero no es tiempo todavía. En una conferencia que se tuvo entonces sobre el partido que se podria sacar de las disposiciones favorables de los habitantes de Lyon y del Franco condado, espuse con franqueza los medios que debian emplearse *á un mismo tiempo*, para asegurar el triunfo de los realistas del Gevaudan, de las Cevenas, del Vivarais, del condado Venesino, del Languedoc y de la Provenza. En el calor de la discusion me dijo el marques de Autichamp, mariscal de campo *y gran partidario de las potencias*. « ¿Pero los oprimidos y los parientes de las víctimas no procurarán vengarse?..... — Y « qué importa? le respondí, con tal que logremos nuestro « fin! — Lo ven Vstedes esclamó, como le he hecho confe« sar que se ejercerán venganzas particulares. » Algo mas que sorprendido por esta observacion, le dije al marques de la Rouziere, mi vecino; « Yo no creia que una guerra civil habia de parecerse á una mision de capuchinos. » De este modo inspiraban los cortesanos á los príncipes el temor de hacerse odiosos á sus mas crueles enemigos, y los incitaban á no emplear mas que medias medi las, suficientes sin duda para provocar el celo de los realistas del interior, pero insuficientes para preservarles del furor de los facciosos despues de haberles coprometido. Despues he sabido que durante el tiempo que el ejército de los príncipes estuvo en la Champañe, habiendo cogido Mr. de Laporte, ayudante del marques d'Autichamp, prisionero á un republicano, creyó segun el sistema de su general, que le haria cambiar de opinion con un exorto patético, volviéndole sus armas y dándole la libertad; pero apenas hubo andado algunos pa-

sos el republicano cuando disparó y mató á su libertador. El marques d'Autichamp, olvidándose entonces de la moderacion que habia manifestado en Turin, pegó fuego á varios lugares para vengar la muerte de su imprudente misionero. »

Sostenia el *segundo partido* que habiendo varias veces las potencias tomado las armas para humillar á los Borbones, y sobre todo para impedir que Luis XIV asegurase la corona de España á su nieto, lejos de reclamar su auxilio, era preciso al contrario reanimar el celo del clero, la lealtad de la nobleza, el amor del pueblo al rey y darse prisa á *estinguiuna reyerta de familia* de la que tal vez intentarian los estrangeros aprovecharse.

« Las revoluciones no deben sus primeros sucesos mas que á esa funesta division entre los gefes de la emigracion, y á la impericia ó á la perfidia de los ministros de Luis XVI. Digo mas y mantengo, que no fué la asamblea nacional quien hizo la revolucion, sino los que rodeaban al rey y á los principes; tampoco tengo reparo en decir que los ministros han entregado á Luis XVI á los enemigos de la monarquía, del mismo modo que algunos intrigantes han entregado á los príncipes y Luis XVIII á los enemigos de la Francia; sostengo, que la mayor parte de los cortesanos que rodeaban á los reyes Luis XVI, Luis XVIII y á los príncipes de la casa real, eran y son *charlatanes*, *verdaderos eunucos políticos*, y que todos los males que la Francia ha padecido y los que amenazan todavìa al mundo entero, deben imputarse á su inércia, y á su cobardía ó á su traicion. Si mi apellido fuese ilustre y hubiera tenido parte en el consejo de los Borbones, no sobreviviria á la idea de que una horda de bandidos, tan viles como cobardes, de los cuales ni uno solo ha manifestado en ningun género ni ingenio ni talento superior, haya logrado derribar el trono, establecer su dominio en los estados mas poderosos de la Europa y hacer temblar el universo; cuando me persigue esta idea me sepulto en la oscuridad de mi existencia que me pone al abrigo del vituperio, asi como me pnso en la imposibilidad de detener los progresos de la revolucion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

TABLA

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

CAPITULO PRIMERO.

Estado político y moral de la Francia à fines del siglo 18. — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas, Turgot y Necker son nombrados ministros. — Calonne. — Asamblea de los notables. — Eleccion da Brienne para Ministro. — Oposicion del parlamento, su destierro y su vuelta. — Destierro del duque de Orleans. — Arresto del consejero Despremenil. — Vuélvese à llamar à Necker y reemplaza à Brienne. — Nueva asamblea de los notables. — Discusiones relativas à los estados generales. — Formacion de los clubs. — Causas de la revolucion. — Primeras elecciones de diputados à los estados generales. — Incendio de la casa de Reveillon. — El duque de Orleans; su caracter. . pag. 3.

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de los estados generales. — Discusion sobre la verificacion de poderes y sobre la votacion por estamentos ò por individuos. — El estado llano se declara asamblea nacional. — Ciérrase el salon de los estados y pasan los diputados à otro local. -- Juramento del juego de pelota. — Sesion real de 23 de junio. — Continua la asamblea sus deliberaciones, à pesar de las òrdenes del rey. — Reúnense definitivamente los tres estamentos. — Primeras operaciones de la asamblea. — Agitaciones populares en Paris. — Guardias franceses libertados de la carcel por el pueblo. -- Intrigas de la corte y aproximacion de tropas à los alrededores de Paris. — Exoneracion de Necker. Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. — Toma de la Bastilla. — Viene el rey al seno de la asamblea y desde allì marcha à Paris. — Vuelta de Necker . . . 111.

CAPITULO III.

Ocupaciones de la municipalidad de Paris. — Nombramiento de Lafayette para comandante de la guardia nacional. — Su caracter. — Papel que desempeñò en la revolucion. — Asesinato de Foulon y de Berthier. — Vuelve Necker. — Situacion y division de los partidos y de sus gefes. — Mirabeau, su caracter, sus proyectos y su genio. — Bandidos. — Alborotos en las provincias. — Noche del 4 de agosto. — Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilegios. — Declaracion de los derechos del hombre. — Discusion sobre la constitucion y sobre el *veto*. — Agitaciones en Paris. — Reuniones tumultuosas en el palacio real. . . . . 255.

CAPITULO IV.

Intrigas de la corte. — Banquete de los guardias de corps y de los oficiales del regimiento de Flandes en Versalles. — Dias 4, 5 y 6 de octubre, escenas tumultuosas y sangrientas, ataque del palacio de Versalles por la multitud. — Viene el rey à fijarse en Paris. -- Estado de los partidos. -- Sale de Francia el duque de Orleans. -- Negociaciones de Mirabeau con la corte. -- Traslacion de la asamblea à Paris. -- Ley sobre los bienes del clero. -- Juramento cívico. -- Tratado entre Mirabeau y la corte. -- Bouillè. -- Proceso de Favràs. -- Planes contrarrevolucionarios. -- Clubs de los jacobinos y de los fuldenses. . . 325.

INDICE DE LAS NOTAS BIOGRAFICAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Aiguillon . . . pag. 319.
Arnoult . . . . . 322.
Auch . . . . . 196.
Aumont . . . . . 254.
Bailly . . . . . 97.
Barentin . . . . . 187.
Barnave . . . . . 223.
Bergasse . . . . . 250.
Berthier . . . . . 313.
Besenval . . . . . 236.
Bouillé . . . . . 418.
Breteuil . . . . . 241.
Brezé . . . . . 223.
Brienne . . . . . 75.
Broglie . . . . . 235.
Cabre . . . . . 93.
Calonne . . . . . 68.
Camus . . . . . 415.
Cazales 187
Clermont Tonnerre . 199
Colbert 65
Crillon . . . . . 237.
Damecourt . . . . 243.
Delauney . . . . 253.
Desmoulins . . . . 243.
Devoisins. . . . . 420.
Duport . . . . . 78.
Elie . . . . . 253.
Espremenil . . . . 76.
Estaing . . . . . 391.
Favras . . . . . 417.
Fleselles . . . . . 247.
Foulon . . . . . 242.
Gerle. . . . . 419.
Gouy d'Arcy . . . 322.
Gregoire. . . . . 190.
Hullin . . . . . 253.
Juigné . . . . . 235.
Kerengal. . . . . 321.
La-Chatolais . . . 72.
Laffayette . . . 205.
Lally Tolendal . . . 197.
Lambesc. . . . . 247.
Lameth . . . pag. 201.
Lamoignon . . . . 75.
Lanjuinais . . . . 411.
Larrochefoucauld . . 193.
Le Chapelier . . . 249.
Legrand . . . . . 193.
Liancourt . . . . 196.
Lucerne . . . . . 239.
Maillard . . . . . 392.
Malouet . . . . . 317.
Maurepas . . . . 51.
Maury. . . . . 313.
Menou . . . . . 419.
Meunier . . . . . 193.
Mirabeau. . . . . 101.
Mirabeau el menor . 420.
Miromenil . . . . 73.
Monspei . . . . . 406.
Montmorin . . . . 238.
Montsabert . . . . 93.
Mortemar . . . . 322.
Mounier . . . . . 194.
Necker . . . . . 56.
Noailles . . . . . 318.
Orleans . . . . . 80.
Petion. . . . . 406.
Polignac . . . . . 251.
Puysegur. . . . . 239.
Robespierre . . . . 394.

Saint Hurugue . . . . 321.
Saint Just . . . . . 92.
Saint Mery . . . . . 248.
Saint Priest . . . . . 240.
Savonieres . . . . . 410.
Sieyes. . . . . 94.
Sombreuil . . . . . 252.
Sully . . . . . 67.
Target . . . . . 189.
Thouret . . . . . 414.
Turgot. . . . . 52.
Vauguyon . . . . . 242.
Vermont . . . . . 74.
Virieu. . . . . 249.